

La chica *im*perfecta

TAMARA MARÍN



La chica *im*perfecta

TAMARA MARÍN



■

La chica imperfecta Julio 2026

© de la obra Tamara Marín tamaramarin0403@gmail.com

Instagram: [@tamaramarin04](https://www.instagram.com/tamaramarin04)

Twitter: [@tamaramarin04](https://twitter.com/tamaramarin04)

Facebook: [Tamara Marín](https://www.facebook.com/Tamara-Marin)

Edita: Rubric

www.rubric.es

C/ María Díaz de Haro, 13 1ª 48920 Portugalete

944 06 37 46

ISBN: 979-13-992329-7-4

Corrección: Rubric.

Ilustración y diseño de cubierta, diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Para todas las ~~personas~~ mujeres a las que alguna vez
les han hecho sentir imperfectas.
Chicas, la perfección está sobrevalorada.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[1. Me perseguiría siempre](#)

[2. La perfección de Luz](#)

[3. ¿Podía hacer peor las cosas?](#)

[4. Volver a verla](#)

[5. Amigos](#)

[6. Unos tanto y otras tan poco](#)

[7. Un mal día](#)

[8. Rencorosa](#)

[9. Olvidarme de él](#)

[10. Eliot, eres imbécil](#)

[11. Fermín](#)

[12. No volver a vernos en mucho tiempo](#)

[13. La gran noticia](#)

[14. Reencuentros](#)

[15. Mi cita](#)

[16. Mi encantadora tía Gestrudis](#)

[17. Buenas noticias](#)

[18. Promesas](#)

[19. El vestido](#)

[20. La noche anterior a la boda](#)

[21. La boda](#)

[22. Otra vez](#)

[23. El grupo de WhatsApp](#)

[24. Solo sexo](#)

[25. Matarme un poco](#)

[26. La tía Gertrudis](#)

[27. La herencia](#)

[28. La pareja](#)

[29. Otra vez](#)

[30. La verdad](#)

[31. Decisiones](#)

[32. Lluvia de ideas](#)

[33. Declaración](#)

[34. Un hombre maravilloso](#)

[35. Mi declaración](#)

[36. La chica imperfecta](#)

[37. Ha pasado lo peor](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo extra](#)

[Nota de autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Música](#)

[Conoce todas las novelas de Tamara Marín](#)

Prólogo

Luna

No me equivocaba al asegurar que aquel había sido el peor día de mi vida. Y eso que no pintaba nada mal, porque esa mañana, cuando me levanté, no lo hice con el tiempo justo, al igual que siempre —pues cuando lograba salir de la cama, después de que la alarma sonara un millón de veces, corría por mi piso como pollo sin cabeza—. No, aquella mañana me tomé mi primer café más o menos tranquila, me vestí y me gustó lo primero que encontré en el armario. Encima, mi pelo no se resistió en exceso, lo que facilitó mucho las cosas. Cuando llegué al trabajo di la mitad de vueltas de lo habitual para encontrar aparcamiento, y cuando entré en la galería, Ana, mi compañera del turno de tarde, no me había dejado tareas pendientes. «Qué maravilla», pensé.

Ese día había quedado en ir a casa de mis padres, hacía tiempo que no los veía. Yo no era como mi hermana y no tenía la necesidad de estar con ellos a todas horas. La gente a veces me tildaba de mala hija o de ser demasiado independiente, pero es que me había acostumbrado a que todo lo que yo hacía fuera motivo de crítica, por lo que había acabado entrándome por un oído y saliéndome por el otro. La verdad era que yo quería muchísimo a mis padres —y los sigo queriendo—, simplemente no tenía la necesidad de verlos o de llamarlos todo el tiempo.

La mañana se me pasó volando, pero justo cuando iba a cerrar la galería llegó uno de mis clientes favoritos, supongo que por eso no fui capaz de decirle que ya era mi hora de marcharme.

El señor Fermín era un anciano con un gusto exquisito para el arte. Al contrario de esas personas que solo lo compraban para aparentar, él sabía bien lo que quería y mucho mejor lo que adquiriría. Nunca me lo dijo, pero estaba convencida de que en su juventud había trabajado en algo relacionado con el arte.

Caminó hacia donde me encontraba con la ayuda de su bastón. Jamás le pregunté si en su casa tenía algún tipo de ayuda porque, a pesar de utilizarlo,

me daba la sensación de que lo hacía más por prevenir que porque realmente lo necesitara, ya que era bastante ágil.

Iba impecablemente vestido, igual que siempre; aquello me hacía sonreír debido a que conocía a muy pocos hombres que vistieran trajes de tres piezas a diario.

—Buenos días, señor Fermín —lo saludé un poquito antes de que llegara hasta mí.

—Hola, jovencita. Ya sé que es tarde y no vengo a entretenerte, solo he entrado un momento para traerte esto.

Me tendió una cajita muy bien envuelta y yo no supe qué decir. Era cierto que algunas mañanas me traía el desayuno, un desayuno que yo compartía con él, pero jamás me había regalado nada y no estaba segura de que fuera buena idea aceptarlo.

—No puedo... —empecé a decir.

—Luna, no pienses que te he traído una joya carísima, no es el caso, solo los vi y me acordé de ti. Además, la chica que los hace me pareció encantadora y como bien sabes no tengo a nadie a quien regalarle algo así. Tómatelo como un agradecimiento por aguantarme, por lo menos, una vez a la semana.

—Ya sabes que eso no es verdad —protesté tuteándolo porque me constaba lo mucho que le molestaba que lo tratara de usted—. Sabes muy bien que estoy encantada con que vengas a visitarme, es muy difícil encontrar a alguien que sepa apreciar el arte como lo hace ust... tú —rectifiqué en el último instante.

—Venga, abre el paquete, que igual ni siquiera te gustan. —Me apremió.

Lo abrí con delicadeza y dentro de una caja de cartón había un par de pendientes de arcilla polimérica de unos colores preciosos.

—Como la parte de arriba es un círculo y la de abajo un semicírculo, me ha recordado a la luna en sus diferentes fases. Por eso me viniste tú a la cabeza.

Me sorprendió porque me parecieron preciosos y muy de mi estilo; estaba convencida de que, si los hubiera visto yo, me los habría comprado.

—Son muy... ¡me encantan! —exclamé de muy buen humor, ya que no estaba acostumbrada a recibir regalos en un día cualquiera.

—Pues me alegra que te gusten. Ahora me marchó, que tú tienes que cerrar. Que tengas un bonito día, Luna.

—Muchas gracias, Fermín.

Hizo un gesto con la mano desde la puerta de la galería. Yo lo seguí para cerrarla y luego apagué las luces. Cuando lo tuve todo en orden salí de allí y me fui a casa de mis padres. Estaba muerta de hambre.

Llamé a la puerta de arriba porque la de abajo me la había abierto un vecino, y como siempre fue mi madre la que me recibió.

—¿Qué tal, mamá? —pregunté mientras le daba dos besos.

—Pasa, que estoy terminando de hacer las lentejas —dijo caminando hacia la cocina.

A mí se me hizo la boca agua porque las lentejas eran uno de mis platos favoritos, y más aún las de mi madre.

Antes de seguirla a la cocina me asomé al salón para saludar a mi padre. No lo vi por ningún sitio y entré a ver si estaba en alguna de las habitaciones. Lo llamé y me extrañó que no respondiera. Supe que algo malo ocurría porque mi padre siempre salía a recibirme.

Continué caminando con una extraña sensación en el cuerpo, una sensación que no hizo más que ir en aumento hasta que lo encontré en su cuarto, tirado en el suelo. Corrí para situarme a su lado. Estaba consciente, pero tenía el rostro contraído por el dolor y una mano en el pecho.

—Papá, voy a llamar a una ambulancia —le dije casi a la vez que gritaba a mi madre para que viniera.

Cuando esta llegó y se quedó con mi padre marqué el número de urgencias.

Aún hoy no recuerdo nada de aquella conversación. Tengo algún vago *flash* de ciertas cosas, como que me pidieron la dirección para mandar una ambulancia y que esta llegó con mucha rapidez.

Pusieron a mi padre en una camilla y se lo llevaron. Mi madre y yo caminábamos detrás de ellos, íbamos tan aturdidas que no podíamos ni hablar. Solo cuando llegamos a la portería pude girarme para encararme al rostro descompuesto de ella.

—Mamá, ve tú en la ambulancia, yo cogeré el coche para tener algo en lo que volver cuando le den el alta.

«Ojalá ocurra eso —me repetía una y otra vez—. Ojalá mi padre salga de esta y pueda traerlo de vuelta a casa. Ojalá».

Si pensaba que encontrarme a mi padre medio inconsciente en el suelo de su cuarto había sido la parte dura era porque no tenía ni idea de lo que se me

venía encima. Porque el tiempo que pasamos en aquella sala, a la espera de que alguien nos dijera algo, la incertidumbre, el intentar animar a mi madre cuando no tenía ni idea de qué decirle para tranquilizarla... fue horrible.

—Deberíamos llamar a Luz —susurró mi madre, en un tono tan bajo y tan abatida que me costó entenderla.

—Aguarda a que sepamos algo, es una tontería que estemos aquí las tres con esta incertidumbre.

Esperaba estar haciendo lo correcto, que mi hermana no se lo tomara mal ni me echara en cara que ella hubiera querido estar. En realidad no le deseaba aquel rato ni a mi peor enemigo. No obstante, mi madre ya había tomado la decisión de que mi hermana debía estar al tanto y procedió a hacer esa llamada.

No tuvimos que esperar demasiado porque el médico apareció unos instantes después.

—Familiares de Antonio Gómez.

Yo creo que no había terminado de decir el apellido cuando mi madre y yo ya estábamos plantadas frente a él.

—Nosotras —respondí, con tanta congoja en la voz que casi rompí a llorar.

—Está fuera de peligro...

El médico continuó hablando, pero yo no oí nada más. Me aparté, me senté en una silla y allí rompí a llorar como no lo había hecho desde que era una niña.

No sé el tiempo que mi madre me dejó hacerlo ni si fueron minutos u horas, porque cuando se sentó a mi lado continué sobre su hombro. Supe que ella también lloraba por los movimientos de su cuerpo.

Poco tiempo después nos avisaron de que podíamos ir a verlo. Suspiré hondo antes de entrar en aquel pasillo, pues no quería llorar delante de él.

Mi madre y yo nos cogimos de la mano y caminamos juntas hasta donde se encontraba mi padre.

Cuando lo vi no supe si sonreír o lanzarme a sus brazos llorando. Opté por la primera opción en cuanto él habló.

—Estoy estupendamente, no sé a qué vienen esas caras tan largas. —Mi padre y su maldita manía de quitarle hierro a todo, algo que yo había heredado de él.

—Ahora no es el momento, pero ya hablaremos tú y yo de lo que te ha ocurrido —refunfuñó mi madre, y mi padre clavó la mirada en mí porque sabía bien lo que se le venía encima.

Respiré aliviada al comprobar con mis propios ojos que él estaba bien, pero aquello no borraba la angustia y el miedo paralizante que había sentido aquel día. Sin duda, el peor de mi vida.

1. Me perseguiría siempre

Eliot

Había tenido un día de mierda, o quizá sería mejor decir que mi vida últimamente era un auténtico desastre. Nada parecía salirme bien y, por si todo aquello no fuera suficiente, mi padre había regresado hacía unas semanas. Diecisiete años sin verlo, diecisiete años desde la noche en la que recogió sus cosas de nuestra casa y se largó sin ni siquiera despedirse de mí, para regresar como si nada hubiera ocurrido.

Me lo encontré un día merodeando por el barrio donde habíamos vivido y que no quedaba lejos de mi casa actual. Me dijo que llevaba semanas buscándome porque se había enterado de lo de mi madre y no quería que pasara por aquello yo solo. Huelga decir que mi madre hacía ya más de tres años que se había muerto y no fue capaz de venir ni al entierro. Me largué de allí dejándolo con la palabra en la boca. No volví a saber de él hasta que recibí una carta de su abogado citándome en un bufete. Por lo visto, lo que realmente había traído a mi padre de vuelta a mi vida fue que se había quedado sin dinero y creyó que mi madre le habría dejado algo al morir o, si no había sido así, que tal vez yo me apiadaría de él. No me consideraba una persona vengativa, pero tenía veintiséis años y mi padre me había abandonado a los nueve. Casi no conservaba recuerdos de él, para mí no era más que un desconocido y, por supuesto, un interesado.

Aunque nada de eso evitó que aquel día, al ir al bufete donde me habían citado para encontrarme con él, mi mundo se resquebrajara un poco. No tanto por su presencia, sino porque, a pesar de que la tenía siempre presente, no pude evitar pensar en lo diferente que hubiera sido todo aquello si mi madre aún estuviera conmigo.

Supongo que por eso aquella noche necesité salir de mi piso. Pero no me apetecía quedar con nadie, no tenía ganas de hablar, solo de perderme por los bares de la ciudad y regresar a casa sin acordarme de nada ni de nadie.

Y eso era justo lo que estaba haciendo. Me había pedido la segunda copa en un bar que me encantaba porque combinaba buena música con gente de lo más variopinta. Me gustaba sentarme en un rincón de la barra y observar a las

personas de mi alrededor. Apostarme conmigo mismo qué harían o con quién se irían. Seguramente por eso, por lo pendiente que estaba de todo el mundo, la vi en cuanto puso un pie en el local. Ya era bien entrada la madrugada y había bebido un poco más de la cuenta; con todo, no me costó reconocerla. Iba vestida con unos tejanos y una blusa de colores, llevaba el bolso cruzado y, a pesar de que no había nada en ella fuera de lugar, a mí me dio la sensación de que se había vestido con lo primero que había cogido del armario.

Miraba hacia todos lados, con esos enormes ojos azules que me recordaron a los de otra persona. Imaginaba que estaba intentando encontrar un sitio en el que sentarse o un lugar donde sentirse cómoda.

Sin embargo, a medida que caminaba para adentrarse en la sala, me percaté de que en aquella ocasión había algo en su rostro que no había visto antes. Me costó un poco reconocerlo porque no la conocía tanto, pero di con ello cuando posó sus ojos en mí, y es que parecía igual de derrotada que yo. En cuanto aquello ocurrió, y aunque mi intención esa noche era estar solo, deseé que se acercara más, que se sentara en el taburete vacío que había junto al mío. Suspiré agradecido cuando fue eso lo que hizo.

Había una parte de mí que no lo entendía, lo último que necesitaba en aquellos momentos era complicarme más la vida. A pesar de ello, no pude evitar desearlo.

—Hola, Eliot —saludó al detenerse frente a mí, y hasta su voz parecía un poco rota.

Luna y yo no habíamos coincidido mucho, es más, nos vimos en contadas ocasiones, pero eso no impidió que le hiciera un gesto con la cabeza para que se sentara en aquel taburete y que además quisiera, con un ansia casi enfermiza, que lo hiciera. No terminé de entenderlo, ella no era mi amiga, solo la hermana de Luz y una simple conocida. No tuve tiempo de analizar que posiblemente se trataba de que en realidad no quería estar solo o de que había visto algo en Luna, algo que me daba la sensación de que era bastante similar a lo que yo sentía en aquellos momentos, y deseaba tenerla cerca.

Sabía, porque Luz me lo había dicho, que su padre estaba bien, aunque imaginé el susto que debieron darse y lo alteradas que tenían que estar, por eso aparté la mirada de ella y le pregunté:

—¿Qué tal, Luna?

—No muy bien; por eso, si no te sabe mal, preferiría no hablar o hacerlo de cosas bonitas, como viajes, arte, música o libros.

Me hizo gracia no haberme equivocado y que los dos estuviéramos prácticamente en el mismo punto.

Durante la siguiente hora eso fue lo que hicimos, hablamos de cosas bonitas; como decía ella, de las cosas que le dan sentido a la vida y que nos alegran el alma.

Me sentí bien con Luna. Fue curioso porque casi no nos conocíamos, aunque parecía que habíamos conversado en infinidad de ocasiones, ya que las palabras fluían como si fuéramos un par de amigos que se encuentran después de mucho tiempo sin verse.

Luna me contó lo mal que lo pasó en su último viaje, cuando se quedó sin dinero y creyó que no podría volver. También me explicó que el cielo más bonito que había visto nunca lo contempló una cálida noche en Tanzania. Y los dos compartimos nuestras vivencias sobre países que ambos habíamos visitado. No tardé en percatarme de que Luna había viajado muchísimo y que eso parecía ser mucho más que una afición, pues hablaba de ello con pasión.

Hablamos de música, de conciertos a los que los dos habíamos ido y de cosas menos apropiadas, pues ella me contó que justo aquella tarde le había vuelto a escribir su ex y que no le había contestado porque no se sentía preparada.

También me explicó algunas cosas sobre obras de arte por las que sentía curiosidad y al hacerlo sus ojos volvieron a adquirir el brillo perdido. Yo le hablé de mi trabajo y le conté algunas anécdotas divertidas sobre él.

Continuamos bebiendo y hablando, saltando de un tema a otro sin ningún orden, y cuando quisimos darnos cuenta lo hacíamos mucho más cerca el uno del otro, tanto que nuestros cuerpos se rozaban. No nos hizo falta decir nada, no tuvimos que ponerle palabras a aquello y en un acuerdo tácito los dos nos levantamos y nos fuimos de allí.

Una vez en la calle, no tardamos en acortar la distancia que nos separaba y nos besamos en cada esquina. Hubo momentos en los que no éramos capaces de separarnos, por eso entramos en el primer hotel que encontramos y cuando nos dieron la tarjeta de la habitación casi corrimos hacia ella.

Nos desvestimos con avidez, casi con furia, y al contemplar a Luna desnuda pensé que nunca hubiera imaginado que debajo de aquellas capas de ropas de colores que utilizaba pudiera esconderse un cuerpo tan bonito. No obstante, y por más que lo intenté una y otra vez, no pude evitar que un pensamiento y unas cuantas imágenes inundaran mi mente, y es que no se

parecía en nada al de su hermana —no es que hubiera visto desnuda a Luz, pero le hice un montón de reportajes de fotos en ropa interior—. Aunque Luna tenía otra clase de belleza; era menos, era... más... terrenal. Después de eso me propuse sacar a Luz de mi cabeza y no volver a pensar en ella.

Y para mi sorpresa, lo conseguí.

Me dio la sensación de que aquella noche alguien me había prendido fuego y en aquella hoguera quemé todo lo malo que me había ocurrido en las últimas semanas. Cuanto más la besaba, cuanto más la acariciaba y más follábamos, menos pensaba en nada.

Por eso no dejamos de hacerlo en toda la noche. Cuando nos cansábamos, reposábamos un poco, pero nuestras manos no tardaban en volver a buscarse, nos acariciábamos hasta que la hoguera prendía de nuevo y volvíamos a empezar.

Parecíamos dos fieras intentando hallar la paz en el cuerpo del otro.

El problema vino a la mañana siguiente, cuando abrí los ojos con incomodidad, pues la luz del sol se colaba por la ventana de la habitación del hotel. Y entonces fui consciente de lo que había hecho.

Recogí mis cosas del suelo en silencio, me puse los calzoncillos, pero me costó un poco encontrar uno de mis calcetines y, en cuanto di con él, salí de aquella habitación intentando hacer el menor ruido posible. Lo último que deseaba era despertarla. Me vestí en el pasillo y fui terminando de colocarme la ropa mientras caminaba hacia la salida.

Sabía que estaba intentando esquivar lo inevitable, pues Luna no era una simple desconocida y en algún momento debería enfrentarme a ella y a lo que había hecho. Pero aquel no era ese momento y hui como un cobarde.

A pesar de estar cansado casi corrí hasta mi casa, como si cuando llegara y me encerrada entre aquellas cuatro paredes lo que acababa de hacer fuera a desaparecer.

Lo primero que hice al cerrar la puerta de mi piso fue dirigirme al baño y ducharme. Después me metí en la cama con la esperanza de poder conciliar el sueño, porque como mucho habría dormido una hora en toda la noche. Sin embargo, en cada ocasión que lograba dormirme me invadía la misma pesadilla: Luz y Luna intercambiándose como si fueran simples cromos. Primero aparecía una y luego la otra, y cada vez que me despertaba y volvía a

dormirme, pensando que me había deshecho de aquel sueño, este aparecía con más fuerza y más realismo que el anterior.

Entonces supe que no podría escaparme: me había acostado con la hermana de la mujer de la que llevaba años enamorado y aquello me perseguiría siempre.

Aunque en aquel instante no tenía ni idea del precio que pagaría por ello.

2. La perfección de Luz

Luna

No sabría decir el motivo, pero tenía muy claro que al despertarme en aquella habitación de hotel Eliot ya no se encontraría allí. Aunque eso no hizo que me doliera menos cuando abrí los ojos y no lo vi.

A ver, no se trataba de que Eliot me hubiera roto el corazón al marcharse, nada más lejos de la realidad, pero tampoco me gustó que se fuera de allí a escondidas y sin despedirse. Suspiré pensando que aquello no era tan grave, los dos habíamos recibido del otro justo lo que necesitábamos. No hacía falta ser un genio para saber que Eliot estaba pasando por un mal momento, al igual que yo.

Me levanté de la cama y me fui vistiendo sin poder sacar de mi cabeza las numerosas imágenes de mi padre en casa quejándose de dolor, yo intentando hablar y explicarles a los de urgencias lo que ocurría y el miedo denso, frío y descorazonador de cuando se lo llevaron. Aquel día me había asustado tanto que me costó mucho gestionarlo e imaginaba que fue por eso por lo que decidí, prácticamente desde que Luz me dejó en la puerta de mi piso, salir de mi casa a aquellas horas y yo sola. La realidad era que tampoco tenía a mucha gente con la que contar. Mi mejor amiga se había quedado una temporada en Ecuador y no tenía intención de regresar en breve, tal vez nunca. Habíamos hecho aquel viaje juntas, pero a ella le salió un trabajo allí y decidió quedarse más tiempo. Yo tuve que regresar antes porque se me terminó el dinero. Supongo que por eso había cogido el primer trabajo que me salió en aquella galería de arte. No me quejaba, no estaba mal, el horario era una maravilla y me permitía estar en contacto con el arte, algo que me encantaba.

Había terminado de vestirme y salí de aquella habitación, no sin antes echar un último vistazo a la cama revuelta. Debo reconocer que había sido una noche de sexo fantástica. La recordé mientras caminaba hacia mi casa, que estaba bastante cerca de allí; por eso había entrado la noche anterior en aquel bar, porque fue el primero que encontré.

Eliot siempre me había atraído. Tampoco se trataba de que hubiéramos coincidido en muchas ocasiones, pero las veces que lo había visto me pareció

un hombre muy interesante. Y guapo, joder. Eliot era jodidamente guapo. Sin embargo, siempre mantuve cierta distancia con él porque era amigo de Luz y en realidad no sabía qué tipo de relación mantenían. Y, si mi hermana se encontraba por medio, estaba claro que yo tenía cero posibilidades de conseguir que un hombre apartara los ojos de ella para posarlos en mí. Supongo que, por lo que había ocurrido entre nosotros aquella noche, llegué a la conclusión de que Eliot y mi hermana no tenían nada más que una bonita amistad.

Lo primero que hice al llegar a casa fue meterme en la ducha y en cuanto salí me percaté de lo hambrienta que estaba. Me preparé un bocadillo que me comí de pie en la cocina y, cuando terminé, me senté en el sofá con una vieja libreta y un bolígrafo entre las manos. Aquella era mi manera de serenarme. Desde que Luz me hizo aquello con Axel y la rabia me comiera por dentro, descubrí que la única forma que tenía de sacarla era escribiendo mis pensamientos. Al plasmarlos en papel me daba la sensación de que, de algún modo, dejaban de estar en mi cabeza. Llevaba años escribiendo y debajo de mi cama había muchas libretas como aquella, de diferentes tamaños y colores, pero todas llenas de pensamientos míos.

Cuando ya había rellenado un par de hojas con los detalles de aquella noche y de lo que me hizo sentir, me desperecé. Estaba muerta de sueño, el problema era que había quedado en que iría a comer a casa de mis padres. Pero estaba convencida de que no iba a aguantarlo, y menos aún me apetecía volver a ver a mi perfecta hermana. Con la cena del día anterior había tenido más que suficiente, había cubierto mi cupo para una buena temporada.

A veces me sabía mal tener aquellos pensamientos. Tal vez si me tomara la molestia de conocerla mejor me daría cuenta de que Luz tampoco era mala tía, el problema residía en su perfección. Mi hermana era guapa, pero no guapa del modo convencional, no. Luz era una mujer impresionante, de esas de las que ni hombres ni mujeres pueden despegar los ojos porque, además de belleza, desprenden cierta atracción sexual o magnética —ni siquiera sé cómo llamarlo—, que hacen que te quedes atrapado en ellas. Y, por si todo aquello no fuera suficiente, también estaba lo inteligente que era. Una vez más no podía conformarse con ser inteligente y punto, no; mi hermana tenía un coeficiente intelectual que rozaba el cielo. Y luego estaba yo, la imperfecta de las hermanas Gómez, la que nunca fue simplemente Luna, sino la hermana de

Luz, a la que jamás dedicaron más de una mirada cuando ella estaba junto a mí, la que se sacó la carrera con cierta dificultad, la que se perdía cuando le hablaban de números, la que no sabía sacarse provecho —esa me hacía mucha gracia porque me la decían bastante y parecía que se referían a una herramienta multiusos en lugar de a una persona—. Había otro puñado de cosas que me soltaban de modo despectivo, pero que a mí en lugar de molestarme me encantaban. Como que era un culo inquieto que se pasaba la vida viajando y que de ese modo jamás asentaría la cabeza, como si aquello fuera necesario. Que era demasiado independiente, demasiado creativa —como si se pudiera serlo «demasiado»—. En fin, que se habían pasado la vida comparándome con mi hermana y en ninguna ocasión salí bien parada. Tal vez por eso la noche que había pasado con Eliot fue para mí una especie de triunfo, porque de algún modo él me había elegido a mí, aunque solo hubiera sido para un rato.

Antes de meterme en la cama comprobé —por séptima vez— que mi teléfono no estuviera en silencio y al igual que en todas las ocasiones anteriores me di cuenta de que no lo estaba. En algún momento de la noche Eliot y yo habíamos intercambiado nuestros números de móvil y una parte de mí tenía la pueril y absurda esperanza de que me enviara un simple mensaje. Sabía que después del modo en el que se había marchado de la habitación del hotel era absurdo, pero no pude evitarlo. Lo que sí tenía claro era que no sería yo quien rompiera aquel silencio, mi orgullo me lo impedía.

Tenía otro mensaje por responder, pero pensaba tomarme mi tiempo para hacerlo. Y es que no me apetecía en absoluto responder al wasap de Alejandro, menos aún después de la noche que había pasado con Eliot. Ni siquiera quería pensar en él. Así que me dispuse a dejar el móvil en la mesita, pero justo antes de hacerlo repasé la conversación que tuve con mi compañera de trabajo para asegurarme de que me había cambiado el turno y de que aquel día iría en el de tarde. Solo faltaba que me equivocara, no me presentara, y no se abriera la galería por mi culpa. Me relajé al comprobar que estaba bien.

Por último, llamé a mi padre para decirle que no iría a comer. Había dejado aquella llamada para el final porque era la más difícil. Cuando estaba a punto de llamarlo, me sonó el teléfono. Me asusté.

—¿Pasa algo, papá? —pregunté mientras me levantaba de la cama.

—No, nada, solo quería hablar contigo.

—¡Joder, qué susto! —exclamé soltando el aire.

—A ver si ahora no voy a poder ni llamaros.

—No es eso, es que, además, tenía el móvil en la mano porque justo iba a llamarte yo.

—Para decirme que no venías a comer, ¿verdad?

—Sí, exacto.

Me dio cierta rabia que me conocieran tan bien o ser tan previsible para ellos.

—Me lo he imaginado y precisamente por eso te llamaba. Verás, hija, me hubiera gustado que lo habláramos cara a cara, pero sé que no vas a dejarte ver por aquí en unos días y es algo que me corre un pelín de prisa.

—¿Qué ocurre, papá? —pregunté con cierta inquietud.

—Voy a ir directo al grano. He decidido dejar la editorial y quiero que tu hermana y tú toméis las riendas de Letras.

Tuve que volver a tumbarme en la cama. Las palabras de mi padre daban vueltas en mi cabeza, aunque no era capaz de asimilarlas. A ver, que no era nada descabellado, que a mi padre no le quedaban tantos años para jubilarse, pero no me hacía a la idea de que Letras no fuera a formar parte de su vida, no era capaz de recordar ni una sola vez en la que fuera a visitarlo y no lo encontrara con un manuscrito o un libro entre las manos. Y, si eso me costaba, ser yo la que tomara las riendas era algo que veía completamente inviable. Más que nada porque, aunque yo jamás lo había hablado con nadie, a mí lo que me gustaba era estar al otro lado, es decir, escribir libros, no ayudar a publicarlos.

—Lo siento, papá, pero yo no puedo. Seguro que Luz estará encantada.

Y lo decía de verdad, mi hermana siempre estaba dispuesta para todo y si no lo estaba se obligaba, aquello era algo que yo me propuse no hacer nunca. Una cosa era ayudar a alguien puntualmente y otra sacrificarte por todo el mundo, pero es que se me olvidó comentar que otra de las cualidades de mi hermana era su bondad o «bienquedismo», como yo lo nombré.

—¿Estás segura, hija? —insistió.

—Segurísima, papá. —No tenía ni la más mínima duda sobre ello.

—Bueno, de momento yo voy a dejaros de socias a las dos, no hace falta que tú vayas por las oficinas. Pero, si cambias de idea, ya sabes...

No iba a cambiar de idea y los dos lo sabíamos, al igual que teníamos claro que, si mi padre llega a estar bien de salud, yo hubiera rebatido la decisión de dejarme a mí también de socia hasta que dejara de ser una opción;

pero, tal y como se encontraban las cosas, preferí callarme y seguirle la corriente.

—De acuerdo, papá, buenas noches. —Me di cuenta de mi error en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca. Y es que, entre el sueño que tenía y que había bajado las persianas de mi cuarto para poder dormir mejor, se me escapó.

—¿Cómo que buenas noches? Pero si es por la mañana. Luna, ¿acabas de llegar a casa? —Mi padre pretendía regañarme. En cambio, su tono de voz tenía cierto deje de cachondeo.

Si hubiera sido Luz lo habría desmentido hasta que me creyera, pero, claro está, yo no era ella.

—Sí, papá, he llegado ahora y estoy muerta de sueño. Y antes de que preguntes, hoy trabajo en el turno de tarde.

—No iba a decir nada, ya eres mayorcita para saber lo que haces.

Aquella frase casi me hizo reír porque yo no tenía ni puta idea ni de lo que hacía con mi vida ni hacia dónde iba.

—Adiós, papá —me despedí bostezando.

—Buenas noches, hija —ironizó él antes de colgar.

Esa vez sí, dejé el móvil en la mesita de noche y me acomodé en la cama. No tardé nada en quedarme dormida, el problema fue que una recurrente pesadilla en la que aparecíamos Eliot, Luz y yo no me dejó descansar como me hubiera gustado.

3. ¿Podía hacer peor las cosas?

Luna

Cuando me sonó la alarma del móvil me desperté sobresaltada, me dio la impresión de que acababa de dormirme, pero al mirar la hora me di cuenta de que debía levantarme. Sin embargo, no fue eso lo que llamó mi atención. Lo que lo hizo fue un wasap que, desde luego, no esperaba. Me senté de golpe en la cama, ya por completo despierta, y abrí el móvil con manos temblorosas.

Eliot:

Gracias por anoche.

¿Qué? ¿Cómo que «gracias»? Volví a mirar el teléfono como si al hacerlo una y otra vez fuera a lograr que el mensaje se alargara o dijera algo mucho menos... mucho más... Ni siquiera sabía lo que esperaba, aunque estaba claro que eso no. Es que aquella frase bien podría servir para dar las gracias a alguien que lo hubiera llevado a su casa, que le hubiera dejado su chaqueta porque hacía frío o cualquier otra chorrada, pero sin duda era un mensaje de mierda para lo que había ocurrido entre nosotros.

Aparté las sábanas con brusquedad y me levanté con un ímpetu que hacía apenas unos minutos no sentía. Estaba enfadada. Muy enfadada.

Había recibido muchos mensajes después de pasar una noche con alguien, mensajes más efusivos, otros un poco más fríos, algunos que marcaban límites y otros muy divertidos, pero nunca uno como ese. Daba la sensación de estar escrito por obligación, es que ni siquiera se había tomado la molestia o había tenido la decencia de redactar bien la frase, porque si hubiera puesto algo como «gracias por la noche de ayer» o, simplemente, «lo pasé bien anoche», pues aún... Pero no, no había escrito nada de eso y me había mosqueado muchísimo. Por eso decidí no contestar, por eso y porque no sabía qué leches se respondía a algo como aquello.

Me preparé un café porque, entre lo poco que había dormido, lo sobresaltada que me había levantado y el mensajito recibido, lo necesitaba más que nunca.

Mientras me lo bebía pensé en la noche anterior. Para mí fue una noche fantástica, dado que, aunque yo no creía en esas cosas, debía reconocer que sentí una especie de conexión especial con Eliot. Incluso en algunas ocasiones terminábamos las frases del otro. Me dio la sensación de conocerlo bien y de que teníamos un montón de cosas en común. Eso y que no pude ocultar la atracción que sentía por él, aunque tampoco lo pretendí, pues no era yo de las que suelen contenerse para esas cosas. Además de que el sexo, para tratarse de la primera vez que lo hacíamos, había estado bien. Diría que más que bien, porque no es fácil conectar la primera vez que te acuestas con alguien, hay que conocerlo un poco y saber lo que le gusta o cómo le gusta. En cambio, con Eliot todo fluyó de una forma muy natural, algo que tampoco me había sucedido hasta aquel momento.

Pero era obvio que para él aquella noche fue muy distinta a como la había vivido yo, me lo acababa de dejar claro con el dichoso mensajito.

Me vestí corriendo porque me había quedado en Babia pensando en Eliot y en la noche que compartimos y al final terminaría llegando tarde. Aparte de que, por supuesto, no se merecía que perdiera ni un solo minuto más en él.

La tarde en la galería pasó volando, pues en aquel turno solía haber más movimiento que por las mañanas.

Lo que no esperaba fue ver por allí a Alejandro, que entró pasadas las cinco. Hacía tiempo que no nos veíamos y yo no había contestado al último mensaje que me mandó, por lo que su presencia me incomodó un poco.

Salimos juntos durante casi un año, la nuestra fue la relación más larga que tuve nunca y él era un tío estupendo, pero nos faltaba algo. No hablo de química ni nada de eso, simplemente que lo nuestro se convirtió en algo monótono y llegó un momento que fuimos más amigos que pareja. Así que decidimos, de mutuo acuerdo, dejarlo antes de perder también nuestra amistad.

En el momento que nos separamos decidimos no escribirnos ni llamarnos durante un tiempo, por eso no entendí qué hacía allí.

—Hola, Luna.

—Hola, Alex. ¿Pasa algo?

—No, nada, solo que me enteré de lo de tu padre y quería saber cómo estabas.

¡Joder! Una vez más había sido demasiado borde. No tenía ni idea de quién se lo había dicho, pero teníamos algunos conocidos en común, así que imaginé que fue a través de ellos.

—Si me esperas una horita, podemos tomar algo y hablamos un rato —sugerí, porque creí que era lo menos que podía hacer después de dejar su mensaje en «visto».

—De acuerdo, te espero en la cafetería de enfrente.

—Perfecto. Pídete una porción de pastel de queso, lo hacen buenísimo y sé que es tu preferido.

—Lo recuerdas.

—Claro.

Vi cómo Alejandro sonreía y lo atractivo que aquel gesto lo hacía. Lo seguí con la mirada hasta que salió de la galería y volví a fijarla en el ordenador.

Milagrosamente a la hora de cerrar no había demasiada gente y pude hacerlo con bastante puntualidad.

Caminé hasta la cafetería y no tardé en localizar a Alejandro, que estaba sentado en mi rincón favorito. Me detuve un momento para pedirle a la chica una infusión y me dirigí hacia él.

—Me alegro de verte —dijo mientras me sentaba.

—Yo también.

Era verdad, ya que de algún modo lo había echado de menos. Aunque me costara reconocerlo, me sentía un poco sola.

—Lo primero es aclararte que no he venido a verte porque desee reiniciar nuestra relación ni nada por el estilo —qué bien me conocía, leche—. Me encantó compartir contigo casi un año de mi vida y he de reconocer que no lo pasé bien cuando lo dejamos, pero ahora ya estoy en otro punto. Supongo que por eso he decidido contactar contigo, porque ya no duele, aunque echo de menos lo bien que nos llevábamos antes de liarnos.

Alejandro y yo nos conocimos a través del amigo de un amigo y era cierto que nos lo pasábamos genial juntos, es más, yo había pensado en infinidad de ocasiones si no hubiera sido mucho mejor continuar siendo amigos y no pareja. Pero ya era tarde para rectificar, aunque quizá no tanto para recuperar nuestra amistad.

—Tienes razón, lo pasábamos realmente bien.

—Mucho. Nos reíamos tanto... Eso es justo lo que más extraño y lo que me encantaría retomar. A ver, que no estoy diciendo que nos veamos todos los días ni nada por el estilo, pero sí me gustaría quedar de tanto en tanto, algo paulatino y hacerlo de la forma más natural posible. Encontrar un equilibrio que nos apetezca a los dos y con el que nos sintamos cómodos, no sé si me explico.

—Sí, claro, y me parece una idea fantástica.

Sonreí sinceramente porque me agradaba recuperar la relación que nos unía a Alejandro y a mí. Más aún al asegurarme de que él estaba en el mismo punto que yo y que no quería nada más que reanudar nuestra amistad.

Además, supe que no iba a costarnos porque cuando lo dejamos ya hacía mucho que no estábamos bien y estiramos lo nuestro solo porque nos queríamos, hasta que nos dimos cuenta de que la forma de querernos no era la adecuada para una pareja, sino que simplemente éramos un par de amigos.

Por eso tuve claro que volver a quedar con él iba a salir bien.

Nos despedimos con la intención de vernos pronto y yo caminé hacia mi piso, que no quedaba muy lejos de allí.

El problema de trabajar en el turno de tarde era que comía muy temprano, y aquel día, al levantarme tarde, me había bebido el café con un puñado de cereales que me fui comiendo por el camino. Encima, en la cafetería solo me había tomado una infusión, así que cuando llegué a mi casa estaba hambrienta y, obviamente, no tenía paciencia para esperar a cocinar nada. Por ello abrí la nevera y saqué el queso y el pavo, después, de uno de los armarios, el pan de molde y un bote de Nocilla, ya que el sándwich de chocolate sería el postre.

Me comí los tres bocadillos (o, mejor dicho, los engullí) apoyada en la encimera de la cocina, es que ni siquiera llegué al salón. Una vez saciada me senté en el sofá dispuesta a ponerme una serie o una película, pero antes de eso miré el móvil y entré en mis redes sociales. Después de comprobar que no tenía nada interesante en ellas, me fui directa al Instagram de Eliot y casi suspiré aliviada cuando comprobé que lo tenía público. Durante la siguiente hora me dediqué a investigar —cotillear— cada una de las fotos que tenía publicadas. En muchas de ellas salía mi hermana y llegué a la conclusión de que para lidiar con aquello iba a necesitar una cerveza. Así que me levanté, fui a la cocina y saqué una de la nevera. Yo no solía beber mucho y solo compraba por si en algún momento tenía visita. Aunque aquella me la bebí casi de un

trago y estaba tan poco acostumbrada que no tardé mucho en notar los efectos. Y, por si aquello no hubiera sido algo lo suficientemente tonto, abrí otra que también me bebí con rapidez.

Regresé al sofá y continué mirando fotos hasta que me noté un poco mareada. Imagino que precisamente esa tontería fue la que me dio el empuje que necesitaba para hacer algo realmente estúpido. Porque pensé que sería una idea estupenda contestar al wasap de Eliot.

Sí, estaba desatada.

Yo:

*Menudo mensaje de mierda que me has mandado. Para mí sí
fue una noche estupenda y podemos repetirla siempre que
quieras.*

Como si eso no hubiera sido suficiente, también le hice un par de videollamadas, pues me pareció que verlo de nuevo era la mayor de mis prioridades en aquellos instantes.

Terminé quedándome dormida en el sofá y, cuando a la mañana siguiente me desperté, además de la cabeza, también me dolía la espalda. Aunque, sin duda, lo peor estaba por llegar porque de pronto recordé todo lo que había hecho y cogí el móvil con rapidez solo para comprobar que había enviado dos wasaps más a Eliot. En el último incluso le suplicaba. No podía ser más patética. Por un efímero momento barajé la posibilidad de que no hubiera leído los mensajes y pudiera borrarlos, pero aquello no se dio. El doble *check* azul me confirmó que los había leído y que no había contestado a ninguno de ellos.

«Genial, Luna, lo estás haciendo genial».

¿Podía hacer peor las cosas? Por supuesto que podía.

4. Volver a verla

Eliot

Unos meses después

Desde luego que no estaba siendo una buena época. Primero todo lo de mi padre, al que por suerte no había vuelto a ver, y después la cagada con Luna. Porque, por si no hubiera sido suficiente acostarme con ella, tuve que mandarle aquel maldito mensaje a la mañana siguiente. Aún no sé qué me llevó a escribirlo y a enviarlo, tal vez buscaba precisamente que Luna se cabreara y se olvidara de mí, que me borrara de sus contactos y pasara página. ¡Yo qué sé! Lo que no esperaba, ni en un millón de años, fue que me respondiera y que casi me suplicara volver a vernos.

Y lo peor no era eso, lo peor era que tenía razón. Había sido una noche fantástica, ella me pareció una tía increíble; seguramente por eso decidí cortar todo aquello de raíz, porque yo llevaba años enamorado de su hermana y lo último que quería era complicarme más la vida.

Por eso lo dejé correr, no respondí a ninguno de sus wasaps y durante los últimos meses no había vuelto a saber nada más de ella. Y, como quería que siguiera siendo así, no dejaba de darle vueltas a la propuesta que me había hecho Luz de trabajar en Letras. No pretendía engañarme, trabajar en la editorial me vendría de fábula, estaba convencido de que el trabajo iba a gustarme y encajaría bien con el equipo, eso no me suponía ningún inconveniente. Incluso era mucho mejor que la otra oferta que recibí. El inconveniente era que tendría que mirar a la cara a mi amiga y ocultarle que me había acostado con su hermana. Que, a ver, ellas dos no tenían una muy buena relación, pero sin entender bien el motivo me sentía como si la estuviera traicionando, algo completamente absurdo porque en los años que hacía que conocía a Luz me había acostado con muchas mujeres. Aunque he de reconocer que me sentí especialmente incómodo aquella noche que fui a cenar con ella y no paró de preguntarme si me ocurría algo. Un par de veces me mordí la lengua para no decirle que sí, que claro que me pasaba algo, que me había acostado con su hermana estando enamorado de ella, que si eso no era

ser ruin no tenía ni idea de cómo definirlo. En cambio, no lo hice, me callé tal y como llevaba haciendo desde que la conocí. Primero, porque creí que lo que Luz necesitaba era que pasaran un poco de ella, pues estaba tan acostumbrada a llamar la atención de los hombres que si uno no se la prestaba se sentiría mejor con él. Después, hablándole sobre mis conquistas e intentando ponerla celosa y al comprobar que nada de aquello funcionaba, me fui percatando poco a poco de que me había convertido en un amigo para ella y que eso era lo único que veía en mí. Así que me acostumbré a tenerla cerca, aunque nunca pudiera tocarla. A salir juntos, a pesar de tener que guardarme y callarme un montón de cosas.

Finalmente llegué a la conclusión de que no me iba a quedar más remedio que aceptar aquel trabajo y por mi propio bien decidí que la mejor forma de sobrellevar toda aquella situación era ignorar a Luz todo lo que fuera capaz. No sería fácil, eso seguro, pero pensaba intentarlo con todas mis fuerzas.

Así que sí, acepté su propuesta.



Ya llevaba un tiempo trabajando en la editorial y había sorteado bastante bien a Luz. Intentaba hablar con ella solo de trabajo y si podía evitarlo ni siquiera eso. Sabía que no estaba actuando bien y que ella se sentiría mal por no entender nada de lo que estaba ocurriendo, pero aquella era mi única forma de sobrellevarlo. Al menos por el momento, pues tenía la esperanza de que más adelante fuera capaz de enfrentarme a ello de una manera mucho más madura y correcta.

Me encontraba en la máquina de bebidas sacando mi tercer café del día cuando noté algo extraño en la nuca, como si alguien me estuviera observando. Solo tuve que girarme un poco para comprobar de quién se trataba. En cuanto la vi fue como si una cascada de imágenes, que hasta ese momento había tenido encerradas en una parte de mi mente, me bombardearan. Ella desnuda encima de mí, la cara que ponía cuando se corría, mi boca entre sus piernas, el ruidito que hacía cuando estaba excitada, su mano acariciando mi nuca... Fueron tan potentes, tan vívidas, que tardé en poder asimilarlas.

—¿Qué tal, Eliot? —preguntó Luna con tanta indiferencia que parecía que nunca nos hubiéramos acostado, casi como si nunca nos hubiéramos visto.

—Bien, ¿y tú?

—No voy a quejarme. ¿Puedo? —me pidió señalando la máquina de café, y es que me había quedado parado justo en medio.

—Sí, claro.

Me aparté y observé cómo movía su mano para echar una moneda y la forma en la que sus dedos rodeaban el vaso. Me daba la sensación de que cada uno de sus movimientos me tenía hipnotizado.

—Te veo bien —solté, y me arrepentí en el acto. ¿Qué mierda de frase era aquella?

—Debe de ser el buen sexo, hace maravillas. Te lo recomiendo —dijo con una enorme y cínica sonrisa—. Aunque tú no debes de estar disfrutando de él, porque tienes bastantes ojeras.

—¿Te estás ofreciendo tú, Luna? ¿Otra vez? —¿Pero qué cojones me pasaba?! Lo que debería hacer era pedirle perdón y largarme de allí.

—No, cariño —susurró acercándose a mí y paseando su dedo índice por mi pecho—. Yo puedo tener un mal día y hasta llegar a suplicar por algo, pero acepto bien los rechazos, incluso las humillaciones; recuerda que soy la hermana de Luz. Tengo claro cuándo he de retirarme, así que no te preocupes por eso. Tú y yo no vamos a volver a follar nunca, tranquilo.

Sabía que había utilizado el verbo «follar» a propósito y otro par de imágenes inundaron mi mente. Sin embargo, lo que más me impresionó fue lo que dijo sobre su hermana, pero también era cierto que su dedo recorriendo mi cuerpo me estaba poniendo tan nervioso que ni siquiera sabía qué decir. Y eso a su vez me hacía sentir tan incómodo que entré en bucle. Porque ¿desde cuándo a mí me afectaba que me acariciaran? Tal vez lo que ocurría era que no quería que Luz nos viera así, o que prefería que en el trabajo nadie pensara que estaba liado con Luna.

—Parece que estamos de acuerdo en algo —solté dando un paso atrás y alejándome de ella.

Tenía claro que había hecho lo correcto, pero mi cuerpo pareció no coincidir conmigo y tuve que tirar de toda mi fuerza de voluntad para poder apartarme de ella, como si en lugar de dar un simple paso se tratara de una gran hazaña.

—¿Ves qué bien?! —dijo mientras se giraba y chupaba el palito con el que removía el café.

Estaba convencido de que Luna no lo hacía para provocarme, o tal vez me equivocaba y la que jamás utilizaba aquellos gestos para atraer la atención de un hombre era Luz. El caso era que daba igual el motivo, yo me quedé completamente absorto en su boca, en cómo sus labios se separaban y en la forma en la que su lengua se movía. Hasta tal punto que me excité y aquello sí que me pilló por sorpresa, porque había interactuado y fotografiado a mujeres medio desnudas, ¿y me había excitado ella solo por chupar un puto palito? Mi reacción me cabreó, por lo que llegué a la conclusión de que no podía tolerarlo, no podía ni quería que ella me afectara de esa manera.

Así que me acerqué despacio para que se alejara, si así lo deseaba, y le susurré tan cerca de su oreja que pude rozar su piel:

—Luna, no juegues con fuego si no quieres quemarte.

—No me importa quemarme, Eliot. Solo que no voy a volver a hacerlo contigo. Nunca.

Me gustó que reconociera que entre nosotros existía ese fuego. Me gustó demasiado. Lo que no me gustó tanto fue lo categórica que parecía al asegurar que nunca más íbamos a acostarnos. Otra contradicción por mi parte, porque yo tampoco quería que volviera a suceder.

—Preciosa, nunca digas «nunca» —volví a susurrar, y esa vez sí rocé su cuello con mis labios.

Me invadieron su olor y otro montón de recuerdos. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo; era como cuando de pequeño me tiraba por una pendiente en bicicleta y el camino me estaba encantando, aunque sabía que tarde o temprano tendría que frenar, pero había cogido tanta velocidad que, con toda seguridad, no podría seguir y me acabaría estampando.

Tenía presente que no debería decir ni hacer nada de eso, porque estaba echando a perder la distancia que logré durante aquellos meses. Pero, por más que me lo repetía, era incapaz de parar.

No sé en qué momento se invirtieron los papeles y fue Luna quien pegó sus labios en mi cuello haciendo que me recorriera un escalofrío.

—Nunca —ratificó justo antes de darme un lametón debajo de la oreja.

Si hasta aquel momento creí estar excitado, no fue nada en comparación con lo que sentí al notar su lengua recorrer aquel punto tan sensible.

Por eso no pude reaccionar y me quedé allí clavado viendo cómo Luna se alejaba y sin poder dejar de mirar el bamboleo de sus caderas. ¿Lo estaría haciendo a propósito? Estaba convencido de que sí.

Me costó mucho más de lo que me gustaría reconocer ser capaz de regresar al trabajo. Ya no hablemos de lograr concentrarme en él, pues eso no lo conseguí, por más que lo intenté.

Me pasé el día y parte de la noche pensando en Luna y en lo preciosa que estaba después del sexo. Sí, Luz era mucho más explosiva, sexi y guapa, eso era así, pero Luna poseía algo, tal vez su descarado, su sinceridad, la infinidad de cosas que parecía que teníamos en común o su desinhibición, que la hacía diferente. Cuando me surgían esa clase de pensamientos me reprochaba comparar a las dos hermanas constantemente, pero no lo podía evitar.

Aquella noche dormí poco y mal, y a la mañana siguiente me desperté agotado.

5. Amigos

Luna

Aquel día fui a ver a Luz a la editorial, o eso me repetí una y otra vez, pero en realidad no pude evitar buscarlo a él. Después del último encontronazo que tuvimos junto a la máquina de los cafés me moría por volver a verlo. Me encantó dejarlo tan descolocado y tener la última palabra, pero lo que de verdad me gustó fue volver a verlo.

Quizá no resultara buena idea y lo más sensato sería dejarlo correr, evitarlo y no saber nada de él, que precisamente fue lo que Eliot decidió cuando dejó de contestar a mis mensajes. En cambio, allí estaba yo buscándolo con un ansia casi obsesiva.

El problema fue que no lo encontré por ningún sitio, y eso que me acerqué al baño y a por agua en un burdo intento de dar con él.

Cuando salí del despacho de Luna, y al igual que hice antes de entrar, lo continué buscando, con la diferencia de que en esa ocasión sí lo localicé y la suerte estuvo de mi parte porque antes de verme se levantó y se dirigió a la máquina de cafés, que estaba un poco más apartada y nos daba algo de privacidad.

¿Sopesé si era apropiado seguirlo y acorralarlo de nuevo allí? Ni por un momento.

—Hola, Eliot —saludé, y sonreí para mis adentros por el bote que dio al oírme.

—Hola, Luna —dijo casi sin entonación.

Su modo de hablarme podría haberme hecho recular, pero es que yo no era así para nada; en lugar de eso caminé hacia él, me detuve a su lado y rocé su brazo con mi hombro. Él se apartó en el acto. Sonreí.

—Sabes que no muerdo, ¿verdad?

—Ah, ¿no?

Algo era algo, porque su tono de voz cambió al hacer esa pregunta y yo capté que volvíamos a jugar a aquel juego que nos traíamos entre manos, a pesar de que los dos intuíamos que podría explotarnos en cualquier momento.

—Ya conoces el dicho: perro ladrador, poco mordedor —bromeé guiñándole un ojo.

—No te engañes, Luna. Tú eres ladadora y mordedora, te lo aseguro.

—Eliot, te veo tenso. ¿Tienes miedo de algo?

—De ti, por supuesto. No tengo ni idea de por dónde vas a salir y eso me... pone... inquieto.

Sabía bien que no era esa la palabra que iba a elegir, pero lo dejé pasar. Al menos de momento.

—¿Qué haces por aquí, Luna?

—He venido a hablar con mi hermana.

—Por un instante creí que me estabas acosando.

—Qué más quisieras —dije, continuando con ese tira y afloja que tanto me gustaba.

—No, te aseguro que no.

Aquella contestación me dejó cortada, porque una cosa era que los dos jugáramos a aquel juego y otra muy distinta que jugara yo sola. Si algo tuve claro siempre fue que sabía detectar cuándo alguien me rechazaba y apartarme. Con mi hermana cerca había hecho un máster sobre eso.

Di un paso hacia atrás y luego otro hasta separarme lo suficiente de él como para que no me afectara, y después di dos pasos más en dirección a la salida.

—Luna, yo no...

—Déjalo, Eliot. Ya te lo dije, sé bien cuándo retirarme.

Él dijo algo más que no oí, pues aceleré el paso hasta entrar en uno de los ascensores.

Salí de las oficinas de la editorial y caminé un rato para que me diera el aire. Era verdad que me estaba comportando como una idiota, ¿qué buscaba? Eliot me lo había dejado claro desde el principio. Entonces, ¿por qué insistía? «Porque me gusta —me contesté a mí misma—, porque me gusta mucho y esto es una soberana tontería, ya que ni siquiera lo conozco lo suficiente».

Al llegar al portal de mi piso me di cuenta de que no quería subir, no quería estar sola, así que llamé a la única persona que se me ocurrió. Por más que insistí, Alejandro no me lo cogió y me quedé en blanco. Volví a repasar el móvil y a echar de menos a Clara, que aún estaba en Ecuador y que no tenía ninguna intención de regresar en breve.

No sé qué me llevó a llamar a Noelia, pues ella y yo tampoco teníamos una relación tan estrecha, siempre fue más amiga de Luz que mía.

Me asombró y alegró que no lo dudara ni un momento y que aceptara mi invitación sin titubear. Quedamos media hora después en un bar del centro.

Apenas llevaba allí cinco minutos cuando ella apareció.

—Luna, qué alegría. Cuánto tiempo sin verte —dijo mientras caminaba hacia mí y me abrazaba. Si le había sorprendido mi llamada, no lo verbalizó.

—Mucho, sí —afirmé mientras respondía a su abrazo.

—Lo último que he sabido de ti fue que volviste de Ecuador y que estás trabajando en una galería de arte.

Me supo mal que ella tuviera esa información sobre mí y yo no tener ni idea de cómo le iba la vida, pero es que mi hermana y yo casi no hablábamos de nosotras, como para hacerlo de Noelia.

—Sí, estoy bien; como siempre, no puedo quejarme. Explicame tú, ¿cómo está Pablo?

Noelia y Pablo llevaban saliendo prácticamente toda la vida. Por eso casi me caí de la silla ante sus siguientes palabras.

—Ya no estamos juntos. Pero no me apetece hablar de ello. No te ofendas, es que llevo muchos días triste y necesito despejarme un poco.

—Por supuesto que no me ofendo.

Una vez superada la conmoción que me provocó aquella noticia, durante la siguiente hora le estuve explicando todas las cosas que hice y que visité en Ecuador y en otros países en los que había estado los últimos años. Ella me interrumpía para hacerme preguntas, pero comprendí que Noelia prefería escuchar a hablar, así que casi me marqué un monólogo. Aunque lo cierto fue que me sentí muy cómoda con ella; había olvidado su forma sosegada de ser, su manera activa de escuchar y que jamás juzgaba. Eso era maravilloso.

Si no estuvimos más tiempo en aquel bar fue porque Noelia debía marcharse a atender un asunto de trabajo, pero nos despedimos con la promesa de volver a vernos pronto.

Me vi de nuevo en la puerta de mi casa siendo aún temprano y justo cuando me disponía a entrar en el portal me sonó el móvil.

—Hola, Luna, ¿me has llamado? —preguntó Alejandro.

—Sí, hace un rato.

—¿Pasa algo?

—No, nada, es que me apetecía compañía.

—Si te sigue apeteciendo, voy a por unas pizzas y cenamos juntos.

—Genial —contesté con rapidez, ya que me parecía un plan perfecto.

—Pues ahora nos vemos.

Aquella llamada me puso de buen humor porque no quería cenar sola. Últimamente se me estaba haciendo cuesta arriba lo de pasar ratos a solas conmigo misma.

En cuanto entré en mi piso dejé el bolso en el perchero y los zapatos en su sitio y me fui directa al baño. Me dio tiempo a ducharme y me estaba secando el pelo cuando sonó el timbre. Era el de la puerta de arriba, por lo que seguramente alguien le habría abierto el portal.

—¿Ha pedido usted unas pizzas? —preguntó con una enorme sonrisa.

—Sí, es aquí —respondí haciéndome a un lado para que Alejandro pudiera entrar.

Cenamos en silencio, pues él sabía que, cuando yo tenía hambre, hasta que no me saciaba un poco no me gustaba hablar.

—¿Qué tal el día? —preguntó cuando yo acababa de reclinar me en mi silla dando por finalizada la cena.

—Bien, ¿y el tuyo?

—Uy, cuando tú devuelves la pregunta así de rápido es porque algo te ha ocurrido.

—No, qué va —desmentí igual de rápido, y es que me dio rabia que me conociera tan bien.

—Vamos, desembucha.

—No. No es un tema apropiado para hablarlo contigo. —No iba a ponerme a hablar de Eliot con él.

—Luna, cuando me has llamado estaba en la cama con una mujer. Así que, roto ya el hielo, empieza a hablar.

Lo miré con la boca abierta y se me escapó una carcajada. Me parecía increíble que supiera que estaba mal por un tío, pero más me alucinó que no me afectara lo más mínimo lo que acababa de decirme; al contrario, logró relajarme por completo.

—¿Qué leches hemos hecho tú y yo juntos casi un año? —pensé en voz alta.

—Nos llevábamos bien —indicó encogiéndose de hombros.

—Éramos amigos, nada más.

—Sí, pero dos amigos que se llevaban bien. Y ahora deja ya de desviar el tema. ¿Y cómo es él? ¿En qué lugar se enamoró de ti? ¿De dónde es? ¿A qué dedica el tiempo libreeee? —dijo sonriendo y entonando la dichosa cancioncilla que sabía que, como no me la quitara de la cabeza, iba a tenerla en ella toda la noche.

—No está enamorado de mí ni mucho menos, más bien todo lo contrario. Intenta rehuirme. Hoy me lo ha dejado clarísimo.

—No puedo creer que alguien se resista a tus encantos. —Me hizo gracia no detectar en aquella frase ni un ápice de sarcasmo.

—Es amigo de mi hermana —solté con resquemor.

—Ya estamos con lo de siempre —protestó resoplando.

—No seas falso, que la única vez que viste a mi hermana tuve que recogerte la mandíbula del suelo —le eché en cara.

—Tu hermana es espectacular, no voy a decir lo contrario porque sería mentira, pero es que tú eres un bombón.

—Un bombón relleno de limón ácido —refunfuñé.

—No es verdad, tu carácter es explosivo y a veces dices cosas que cuesta asimilar porque no posees ningún tipo de filtro. Cuando tienes hambre eres insoportable, eso sí, y demasiado impaciente la mayoría de las veces. Haces un montón de cosas sin pensar y tu espontaneidad roza lo kamikaze, pero también eres una persona sensible y empática a la que todo le afecta mucho más de lo que quiere hacer ver. Eres alegre y optimista y tu creatividad no conoce límites. Eres cariñosa y extremadamente sociable y cuando ríes es imposible no hacerlo contigo. Pero también sé que tú no quieres escuchar nada de esto porque a lo que te refieres es al físico, y ya deberías tener claro que eres una mujer bellísima.

Tragué el nudo que todas aquellas palabras habían formado en mi garganta para poder responderle.

—Gracias, Alejandro. Ya sé que tú me ves con muy buenos ojos, pero es que no hay comparación.

—Es que no tiene que haberla. Mira, Luna, la rosa es una flor preciosa, eso lo sabe casi todo el mundo. Sin embargo, el girasol no es, siendo imparciales, una flor bonita y en cambio hay muchísimas personas que prefieren el girasol a la rosa.

—¿Te has vuelto un puto friki de las flores? ¿Me estás llamando fea?

—Eres tan tonta...

—Pero ¿entonces qué soy, un bombón o un girasol? —bromeé.

—Lo que eres es idiota perdida.

Había agarrado un cojín sin que él se diera cuenta y se lo estampé en la cara nada más terminar la frase. Cuando volvió a mirarme lo hizo con la venganza dibujada en sus ojos y yo corrí por todo el piso para que no me cogiera.

Más tarde, cuando ya habíamos terminado con nuestra guerra de cojines y estábamos sentados en el sofá viendo una película, no podía dejar de preguntarme en qué momento pensamos que era buena idea salir juntos, pues estaba claro que éramos unos estupendos amigos, y también se me pasó por la cabeza lo sencillo que hubiera resultado continuar saliendo con Alejandro. Luego saqué ese pensamiento de ahí porque sí sería sencillo, pero también aburrido y totalmente falto de química. Y, justo al pensar en química, una imagen de Eliot acudió a mi cabeza.

6. Unos tanto y otras tan poco

Luna

Unas semanas después

Por fin le había confesado a mi hermana que yo era Selene y que la novela que tanto le gustaba era mía.

Me parecía mentira que después de años de escribir, pensar, borrar y volver a escribir hubieran culminado en aquella historia. Y si no me sentía más orgullosa de todo lo que había conseguido era porque estaba acojonada. Aún hoy no sé qué me llevó a enviar aquel manuscrito a Letras, aun sabiendo que la persona que lo leería sería Luz. Pero es que ella parecía estar mucho más segura que yo, no había más que ver lo emocionada y lo ilusionada que se mostraba con aquello. No era que yo no lo estuviera, simplemente es que de pensar que habría personas que leerían lo que yo había escrito me daba tanto vértigo que era incapaz de asimilarlo.

Supongo que por eso insistía una y otra vez en que no quería que saliera una foto mía en la solapa y que prefería que apareciera mi seudónimo en la cubierta.

También era cierto que me estaba costando mucho asimilar lo que me sucedía. Yo siempre había escrito para mí. Empecé con unos diarios y casi sin darme cuenta una historia se puso a rondar en mi cabeza hasta que la plasmé en el papel, y lo que comenzó siendo casi una necesidad se había convertido en una realidad que debía asimilar.

Aquel día estaba nerviosa por muchas cosas, pero sobre todo —por más que quisiera engañarme a mí misma resultaba imposible ocultarlo— por tener que ver y trabajar con Eliot. Él iba a ser el encargado de diseñar mi cubierta y aquello era una idea horrible por un millón de motivos.

Seguramente por eso terminé llegando tarde a la editorial, porque los nervios me hicieron tener dudas sobre todo lo que hacía. No quería ir demasiado arreglada y que pareciera que lo hacía por él, pero tampoco deseaba presentarme allí hecha una piltrafa, más que nada porque me restaría seguridad. Ese fue el motivo de que me pasara más de tres cuartos de hora

intentando decidir qué ponerme para finalmente decantarme por un atuendo de lo más normal: unos tejanos que me gustaban especialmente y una camiseta sencilla, pero con unos colores que creía que me favorecían. Mientras bajaba las escaleras me puse unos pendientes que tenían casi los mismos colores que la camiseta. Me había maquillado muy poco: color en la mejillas, rímel y cacao en los labios. Lo único que sí hice fue esmerarme en pasarme la plancha para estirarme el pelo, algo que resultó una absoluta tontería porque cuando salí a la calle llovía y no había cogido paraguas. Qué maravilla de día tenía por delante, lo veía venir.

Cuando llegué a la editorial estaba empapada y tuve que pedirle auxilio a Luz, que me dejó una muda que guardaba en su despacho.

Lo mejor que me había ocurrido durante los últimos meses, más incluso que la próxima publicación de mi primera novela, fue el cambio en la relación con mi hermana. Porque, a pesar de que nos quedaban algunas asperezas por limar, me di cuenta de que Luz, a la que yo siempre creí una especie de diosa, la persona a la que más idealizada tenía, en realidad era una mujer llena de inseguridades. También fui consciente de que yo misma la había subido en aquel pedestal y de que lo hice casi sin conocerla.

Cuando me enteré de lo que en realidad ocurrió con Axel me sentí fatal. Reconozco que debí haberla escuchado antes y que, con toda seguridad, si lo hubiera hecho nuestra relación no se habría resentido ni deteriorado como lo hizo, pero aquello fue solo la punta de un iceberg. Lo que no se veía fueron años de comparaciones en los que yo salía muy mal parada, años de saber que era peor que Luz en todo: en el físico, en el carácter, con los estudios... Ella era más guapa, más sexi, más inteligente, más bondadosa, más contenida, más perfecta. Luz siempre tomó ese papel y a mí me tocó ser la hermana imperfecta, la que no terminaba nada, la que no se vestía adecuadamente, la alocada, la independiente, la escandalosa, la promiscua que era capaz de acostarse con un tío y después olvidarse por completo de él (menos del maldito Eliot, que no entendía qué coño me pasaba con él).

Habían sido muchos años de vivir a la sombra de Luz —qué nombre tan adecuado para mi hermana— y tenía que acostumbrarme a reconciliarme con ella y a aceptarme a mí. Y, aunque era cierto que habíamos avanzado muchísimo, aún nos quedaban cosas por hacer.

Con todo aquello en mi cabeza me fui vistiendo con una falda de tubo y la blusa blanca que me había dejado mi hermana. No tenía zapatos de

repuesto, así que tuve que volver a ponerme mis botas empapadas.

No necesité mirarme al espejo para saber que estaba ridícula. La falda y la blusa me quedaban grandes donde mi hermana las llenaba de curvas. Tenía el pelo empapado y con toda probabilidad se me había corrido el rímel. Todo lo demás me daba igual, pero solo por eso me miré en el espejo del despacho de Luz y me limpié la cara, que, tal y como imaginaba, llevaba llena de pintura negra. Y no me miré más, no me dio la gana. Quizá porque sentí un poquito de rabia por haber perdido tanto tiempo en estar presentable y al final terminar con aquellas pintas.

—Lo siento, pero no tengo otra cosa —se excusó Luz al entrar.

—No pasa nada. Faltaría más.

En otro momento me hubiera tomado aquel comentario como una afirmación de lo ridícula que estaba, pero en aquella ocasión no lo tuve en cuenta porque sabía que Luz no lo decía con aquella intención.

—Eliot te está esperando —anunció, y no sé la cara que puse para que mi hermana dijera a continuación—: Si quieres puedo asignarte a otra persona, pero es que él es el mejor diseñador que tenemos. O si te parece podrías trabajar a través de mí, yo le diría...

—No, no, claro que no. ¿Dónde está?

—Te espera en la sala grande, la que hay en la entrada. He pensado que allí podríais trabajar mejor.

—Gracias, Luz. —Me guardé para mí que aquella sala estaba un tanto apartada y que me resultaba íntima en exceso. Aunque lo más probable sería que no estuviéramos solos. Y con ese tranquilizador pensamiento salí hacia allí.

Llamé a la puerta antes de entrar y la potente voz de Eliot me dio paso desde el otro lado. Me erguí y abrí. Para mi total consternación, él estaba solo y la luz de aquel lugar era demasiado tenue para mi gusto.

—Hola, Luna. Siéntate —ordenó sin mirarme a la cara, y yo tuve que contenerme para no soltarle una fresca.

—Hola, Eliot —respondí fría, y me dirigí hacia la silla que él me señalaba.

—¿Qué llevas puesto? ¿De qué vas disfrazada? —preguntó alzando las cejas e intentando bromear. Pero es que yo no estaba para bromas.

—De mi hermana. Seguro que te gusta —solté aquella pulla como tantas otras, sin embargo, el rostro de Eliot cambió.

Entrecerré los ojos porque había algo que se me escapaba y no estaba segura de lo que era.

—Voy a enseñarte las propuestas que he preparado. —Ya no había en su tono de voz ni un ápice de burla. Se había convertido en Eliot el profesional.

Durante la siguiente hora estuvimos hablando solo de trabajo y, cuando lo tuvimos listo y me levanté para marcharme, Eliot me tendió la mano. La. Puta. Mano.

Yo me la quedé mirando y después alcé la vista a él, que parecía un tanto incómodo.

—Eliot, esos dedos han estado dentro de mí. No me jodas.

Aquello sirvió para que se la guardara y pasara de estar un poco incómodo a muy incómodo.

Punto para mí.

No entendía muy bien por qué insistía una y otra vez en actuar de aquel modo con él cuando sabía que lo mejor sería mostrarme indiferente, pero es que Eliot me hacía sentir de todo menos indiferencia.

Lo primero que hice al llegar a casa fue meterme en la ducha, pues el frío que había pasado al mojarme parecía haber calado hasta mis huesos. El agua caliente me relajó tanto que me fastidió tener que salir aquel día. Pero me tocaba club de lectura y sabía que una vez que estuviera allí lo pasaría genial. Poco tiempo antes Luz había arrastrado a sus vecinas Virtudes y Rosario, se habían adaptado la mar de bien y yo estaba encantada por eso y porque traían unos dulces, que hacían ellas mismas, que estaban para chuparse los dedos.

No me equivoqué y aquel día Rosario preparó un pan de limón con semillas de amapola, que era justo el título del libro que habíamos leído.

Cuando terminamos la reunión del club vi que la dueña de la librería se acercaba a mí.

—Fuera hay un chico guapísimo que pregunta por ti —anunció con una enorme y resplandeciente sonrisa, incluso alzó las cejas un par de veces.

—Muchas gracias, Ingrid —murmuré.

Durante el tiempo que tardé en despedirme de todas y caminar hacia la puerta barajé la posibilidad —más bien la absurda esperanza— de que aquel chico fuera Eliot. Por supuesto, no era él; se trataba de Alejandro.

—¿Qué haces aquí? —pregunté cuando llegué frente a él.

—Pareces desilusiona, ¿esperabas a otra persona?

—No, claro que no —mentí.

—Te conozco bien y sé cuándo mientes, pero, por ahora, voy a dejarlo. Respondiendo a tu pregunta de qué hago aquí, es que no te lo vas a creer, pero he quedado con una chica y ha resultado ser la peor cita de toda mi vida. He tenido que usar la excusa del móvil.

—¿Has hecho que suene y le has dicho que era una emergencia?

—Que mi hermana se había caído por las escaleras, así que será mejor que cojees por si nos la encontramos.

—¡Eres idiota! —exclamé dándole un golpe en el brazo.

—Un poco sí, no voy a negarlo, pero es que no sabría explicarte lo rarísima que era. Si hasta me ha propuesto ir a su casa.

—Pero eso está bien, ¿no? —No entendía nada, pues aquella propuesta no me parecía tan extraña.

—No si aún vives con tus padres.

No pude contener la carcajada que salió de mi boca. Conocía bien a Alejandro y, si él decía que una persona era rarísima, a mí me hubiera parecido extraterrestre.

—¿Y cómo has terminado aquí?

—El restaurante estaba cerca y he recordado que hoy tenías club de lectura. No he traído el coche, pero he pensado que podría acompañarte a tu casa caminando.

—Pues no voy a decirte que no, porque son casi veinte minutos y se me hacen eternos.

—Eres única haciendo cumplidos; en lugar de decirme: «me encantaría disfrutar de tu compañía», sueltas esa mierda.

—Ya sabes cómo soy.

—Lo sé, lo sé. Anda, tira —dijo poniendo un brazo alrededor de mis hombros y empujándome para que caminara. Podría parecer un gesto un poco íntimo, pero era más bien una simple costumbre.

Al final, como los dos teníamos hambre, nos paramos en un bar a comernos un bocadillo y un plato de bravas.

Después Alejandro me dejó en la puerta de mi casa y quedamos en vernos la siguiente semana. Tuvo que mirar su agenda para comprobar que no le coincidiera con alguna cita. ¡Qué pena! Unos tanto y otras tan poco.

7. Un mal día

Eliot

Unas semanas después

Llevaba infinidad de días centrándome exclusivamente en el trabajo. Total, mi vida personal era una porquería y mi mejor amiga y la mujer de la que me había enamorado estaba con un tipo que parecía salido de la portada de una revista. Así que intentaba olvidarme de todo aquello trabajando en la misma editorial de la que ellos dos eran los jefes. ¿Verdad que mi vida era maravillosa?

No había vuelto a ver a Luna desde el día que tuvimos la reunión para enseñarle los diseños de su cubierta. Debo reconocer que me pilló con la guardia baja y que no actué del todo bien. Y, aunque no dejaba de repetirme que aquello era lo mejor, que cuanto más lejos estuviera de Luna y antes la sacara de mi cabeza antes podría volver a mi vida, me estaba costando más de lo que creí. No porque tuviera sentimientos profundos hacia ella, no era eso exactamente, pero no lograba borrar de mi mente la noche que pasamos juntos. Y eso era de lo más absurdo. Porque ¿qué tenía Luna que la hacía distinta al resto de mujeres con las que había estado? Nada, no tenía nada destacable y sin embargo ahí estaba yo, sin poder borrar de mi mente la imagen de ella desnuda.

Otro problema que presentaba aquel día era que en diez minutos había vuelto a quedar con Luna y hubiera preferido pegarme un tiro en un pie. Porque, si ya me costaba no pensar en ella cuando no la veía, la cosa se complicaba al verla.

—Eliot, mi hermana está a punto de llegar. ¿Lo tienes todo listo? —dijo Luz parándose frente a mi mesa.

—Sí, todo en orden. ¿Dónde nos reunimos? —pregunté, a pesar de saber la respuesta.

—En la misma sala de siempre, ¿va bien?

—Claro, perfecto.

¡Los cojones, perfecto! Era la sala que se encontraba más aislada, la más íntima y acogedora. Yo hubiera preferido un lugar público con mucha luz y

mucha gente pasando e interrumpiendo.

Luz se marchó sin decirme nada más y yo di media vuelta para ir a por un café. Me habría venido mucho mejor un *whisky* doble, pero me gustaba aquel trabajo y no quería perderlo por presentarme bebido a una reunión.

Cuando la vi parada frente a la máquina de café no pude dar marcha atrás e irme de allí porque ella también me había visto y sería ridículo huir. Caminé hacia donde se encontraba y me paré a más de un metro de distancia.

—Hola, Luna.

—Hola.

Posiblemente los dos minutos que tardó en recoger su café fueron los más largos de mi vida. Una vez que lo tuvo, dio media vuelta y se marchó sin añadir nada. Me dejó allí con la cabeza hecha un lío, porque por una parte sabía que aquello era lo ideal, que aquella distancia nos ayudaría a ambos, y por otra parte extrañé que me hiciera algún comentario, que se metiera conmigo, me soltara una pulla; no sé, algo más que aquella fría indiferencia. En fin, que no había quien me entendiera.

Recogí mi café y me dirigí hacia la sala donde iba a reunirme con ella. Encendí el ordenador y estaba imprimiendo una cosa cuando Luna llamó a la puerta. Le di paso y se sentó en la misma silla de la última vez.

En cuanto me senté a su lado nos pusimos al lío. La miraba de reojo cuando ella estaba concentrada contemplando algo que le había presentado. No pude evitar fijarme en las leves ojeras que tenía. ¿Le habría ocurrido algo? ¿Estaría bien? Sacudí la cabeza porque aquello era algo que a mí no me importaba. Volví a centrarme en el trabajo y media hora más tarde habíamos terminado, con la proeza de no habernos mirado a la cara ni una sola vez.

Luna salió de la sala sin despedirse, aunque yo tampoco lo esperaba. Y me quedé sentado allí intentando entender qué cojones me pasaba para no ser capaz de actuar con normalidad cuando ella estaba presente.

El día se me hizo eterno y cuando finalmente llegué a mi casa lo único que me apetecía era tirarme en la cama a dormir, pero por lo visto algo malo debí de hacer en otra vida que el karma estaba dispuesto a hacérmelo pagar, o cualquier otra mierda de esas, porque, a pesar de estar agotado, no lograba conciliar el sueño. Y de pronto, cuando casi había caído en los brazos de Morfeo, se me ocurrió una idea. Porque, aunque tanto Luna como yo

estábamos contentos con el resultado de la cubierta, los dos coincidíamos en que le faltaba algo, pero ninguno sabía exactamente el qué.

Me levanté y comencé a trabajar en ello. En cuanto lo tuve listo me puse en pie y alcé los brazos en señal de triunfo. Había quedado perfecta. No fui capaz de resistirme y esperar para enviársela a Luna, estaba tan emocionado con el resultado... Tanto que, en lugar de mandársela por *mail*, lo hice por WhatsApp.

Y me quedé allí, sentado en la mesa del salón con el ordenador encendido y mirando el móvil una y otra vez para comprobar que Luna la hubiera visto.

Media hora después aparecieron los *checks* azules y yo agrandé los ojos cuando vi que estaba escribiendo. Después dejó de escribir y yo me desesperé, pero entonces comenzó a grabar un audio.

En cuanto lo recibí lo abrí solo para comprobar que, por el ruido que se oía de fondo, Luna no estaba en su casa.

«Me encanta, ha quedado preciosa», arrastraba un poco las palabras como si hubiera bebido más de la cuenta. «Dile que no son horas de trabajo»; aquello no lo dijo ella, sino la voz de un tío. «Gracias, Eliot», volvía a ser su voz y me dio la sensación de que paladeaba mi nombre. Aquello me gustó. Sin embargo, me sentí un poco mal, por lo que le escribí un mensaje.

Yo:

Siento habértela enviado a estas horas, pero acabo de terminarla y necesitaba que la vieras. Me alegro mucho de que te haya gustado. Espero no haber interrumpido nada.

La última parte del mensaje sobraba, lo sabía, y aun así la envié.

Luna:

Sí, me ha gustado mucho.

Ya está, esa fue su contestación. Justo cuando dejé el móvil encima de la mesa me di cuenta de que estaba actuando como un idiota, porque, mientras yo no dejaba de pensar en la noche que habíamos pasado juntos, Luna se divertía y con toda seguridad había borrado de su mente aquella noche y la sustituyó por unas cuantas más. Vamos, lo que tendría que estar haciendo yo.

Apagué el ordenador, silencié el móvil y me metí en la cama para quedarme completamente dormido casi al momento. Aquella especie de conversación con Luna me había dado lo que llevaba meses intentando encontrar, la excusa para olvidarla definitivamente.

Claro que no tenía ni puta idea de lo que me encontraría a la mañana siguiente.

Me levanté temprano y lo primero que hice, al igual que cada mañana, fue prepararme el café. Me lo tomé sentado en la silla de la cocina y estaba cogiendo el móvil para leer las noticias cuando me percaté de que tenía un wasap de Luna. He de reconocer que cuando vi la hora a la que lo había enviado tuve serias dudas de si leerlo, pero me pudo la curiosidad, y ya sabéis lo que dicen de ella. Pues, al igual que le ocurrió al gato, a mí también me mató.

Luna:

No pudo sacar de mi cabeza la noche que estuvimos juntos.

A la frase le faltaban letras y estaba convencido de que la había escrito estando bebida, pero aquello no hizo que me impactara menos. Y con esa simple frase llegó un aluvión de preguntas: ¿Sería verdad? ¿Recordaría ella aquella noche? ¿Le gustó? ¿Estaría dispuesta a repetir? ¿Quién era el tío con el que estaba la noche anterior? ¿Tendría pareja? ¿Sería por eso por lo que había dejado prácticamente de hablarme?

Paré mis pensamientos porque sabía que terminaría entrando en bucle y la triste realidad era que no tenía ni una sola respuesta para todas aquellas preguntas.

Sin embargo, no pude evitar que llegaran otras: ¿Debería contestarle a aquel mensaje? ¿Qué podría ponerle? ¿Que yo tampoco lograba olvidar la noche que pasamos juntos? ¿Que contra todo pronóstico me atraía como la luz a las polillas? ¿Que me encantaría repetir, pero que no tenía ganas de complicaciones? Me aturullé tanto que terminé dejando el móvil encima de la mesa y metiéndome en la ducha, porque como continuara así acabaría llegando tarde. Ya tendría tiempo de contestarle durante el día. O por lo menos aquello fue lo que creí.

Resultó ser un día de mierda. Quizá porque tenía la cabeza en otro sitio y no podía parar de pensar en Luna, en el mensaje que me había enviado y en qué contestarle, o puede que simplemente estuviera espeso; el caso fue que no di una.

—Chicos, nosotros hoy salimos antes. Cualquier cosa, nos llamáis —dijo Aarón antes de marcharse junto a Luz.

No se profesaban muchas muestras de cariño en la oficina, o tal vez era que yo no les prestaba demasiada atención cuando estaban juntos, pero aquel día sí me fijé en que salían de allí cogidos de la mano y no supe identificar qué fue lo que sentí. Por un lado, me dio cierta rabia, pero por otro me sentí bien por Luz, porque sabía lo mal que lo había pasado con los hombres, y me alegré de que por fin hubiera encontrado a alguien que valiera la pena y que la tratara como merecía a pesar de que, por supuesto, ese alguien no era yo.

Resoplé, pues entre las dos hermanas iban a terminar conmigo.

—Vaya, chico, qué suspiro —dijo Beatriz, la secretaria de Aarón, que usaba cualquier excusa para pasarse por allí a ver a Rubén.

—Sí, tengo un día regular —respondí escueto.

—Pues ve a casa y trabaja desde allí, tú que puedes.

Era verdad que si lo hubiera preferido podría trabajar casi todos los días desde casa, pero, aunque me gustaba hacerlo un par de veces por semana, los otros días prefería ir a la oficina, salir de mi piso y hablar con alguien.

—Ya no me queda tanto —mentí.

Beatriz debió de darse por aludida, porque se marchó de mi mesa y se encaminó hacia la suya.

Desde luego, no tenía ni idea de lo que aquella decisión iba a cambiar mi vida.

8. Rencorosa

Luna

Aquella tarde Luz se acercó a cenar con nosotras. Desde que Noelia y yo nos habíamos mudado al piso en el que antes vivía mi hermana, ella solía venir a visitarnos con frecuencia.

Yo estaba encantada, tanto con que viniera mi hermana como con la decisión de mudarme allí. No se trataba de que el piso fuera espectacular, pero no estar tan sola y compartir los gastos del alquiler sí que lo era, además de que la vecina de enfrente era Virtudes y junto a Rosario que vivía en el primero y que era otra integrante de mi club de lectura, nos montábamos unas partidas de póquer en las que lo que más hacíamos era comer y reír. Una maravilla, vaya.

Ese día me tocaba a mí limpiar los platos de la cena, así que en cuanto Luz se marchó me puse manos a la obra. Aquella tarea mecánica normalmente me servía para evadirme, pero justo aquel día no deseaba eso, pues no quería enfrentarme al hecho de que le había enviado un mensaje a Eliot confesando que no era capaz de sacar de mi cabeza la noche que pasamos juntos, y ni siquiera podía poner de excusa que estaba borracha porque no sería verdad. A ver, que sí había bebido un poco, pero no tanto como para no saber bien lo que hacía. Tenía claro que era una persona impulsiva e impaciente, pero es que había veces que me hubiera pegado a mí misma.

Tan absorta estaba dándole vueltas a eso que terminé no solo limpiando los platos, sino dejando reluciente toda la cocina. Fue el sonido de mi móvil lo que logró sacarme de aquellos pensamientos. Me sequé las manos y contesté. La llamada era desde la editorial e imaginé que estaría relacionada con el trabajo.

—¿Sí?

—Luna, soy Beatriz, alguien ha agredido a tu hermana en el *parking* de la editorial. Acabo de llamar a la policía y a Aarón, pero he pensado que te gustaría saberlo. ¿Llamo también a tus padres?

Yo corría ya hacia la puerta. Tapé un momento el móvil antes de responder a Beatriz y grité desde fuera:

—¡Le ha ocurrido algo a Luz, me voy!

Noelia no tardó ni dos segundos en colocarse junto a mí.

—Voy contigo.

Virtudes y Rosario se fueron a sus respectivas casas pidiéndonos que las mantuviéramos informadas, y Noelia y yo no esperamos el ascensor, corrimos por las escaleras.

—Beatriz, gracias por llamarme, ya me encargo yo de avisar a mis padres —le dije como pude, porque me faltaba el aire, y colgué.

Mil cosas pasaron por mi cabeza en el tiempo que tardé en llegar a aquel *parking*. No podía ocurrirle nada a Luz, no en aquellos momentos, no cuando acababa de recuperar la relación con mi hermana.

Jamás un trayecto se me hizo tan largo y nunca en mi vida pasé tanto miedo, ni siquiera cuando le ocurrió a mi padre, porque en aquella ocasión lo vi consciente y la ambulancia llegó rápido. Esta vez no tenía ni idea del peligro en el que se encontraba Luz.

—Sigue tú, yo no puedo más —gritó Noelia parándose cuando ya no quedaba mucho, pues habíamos ido prácticamente corriendo.

Yo no estaba muy en forma, sin embargo, había algo en mí que no me dejaba detenerme, posiblemente se tratara de la adrenalina.

Entré en aquel *parking* casi sin aliento y me detuve nada más traspasar el umbral porque la ambulancia pasó junto a mí. Me paré a contemplarla mientras serenaba un poco mi respiración.

Caminé hacia el lugar de donde venía el murmullo de voces. Lo primero que divisé fue a Axel tumbado en el suelo e inmovilizado por algunos de los trabajadores de Letras. No me detuve porque él no era mi prioridad.

Los vi en cuanto di dos pasos más. Luz se encontraba junto a Eliot y parecían estar hablando. Eso quería decir que lo suyo no era grave, ¿verdad? «Si se halla consciente y puede hablar, seguro que se recuperará», pensé. Di dos pasos más porque quería comprobar con mis propios ojos si estaba bien y entonces fue cuando lo oí.

Eliot, que estaba agachado junto a Luz, acababa de decirle a mi hermana que llevaba toda la vida enamorado de ella. Me gustaría decir que aquello no me afectó, más que nada porque ya debería estar acostumbrada, pero no fue así. Dolió, y ya no solo porque con toda seguridad se había acostado conmigo

pensando en ella —aquello no era la primera vez que me pasaba—, sino porque, además de sentirme dolida, me sentí humillada.

Me aparté un poco de allí porque los sanitarios ya se habían bajado de la ambulancia y se disponían a atender a Luz. Además, acababa de llegar Aarón y parecía estar a punto de desmayarse.

Intenté apartar lo que había oído y centrarme en lo que de verdad era importante en aquellos instantes, mi hermana. Por eso di un paso al frente para oír lo que Aarón hablaba con el sanitario que estaba atendiendo a Luz.

—Hola, soy su pareja, ¿me puedes decir cómo está? —La voz de Aarón sonó suplicante.

—No puedo asegurarle nada porque ha recibido un fuerte golpe en la cabeza y tendrán que hacerle alguna prueba al llegar al hospital.

Mientras aquel sanitario hablaba con él, este subió a la ambulancia y cerró las puertas antes de que yo pudiera ver a Luz.

Al contemplar cómo se alejaba la ambulancia supe que no podía hacer nada más parada en aquel *parking*, así que subí corriendo a la editorial para pedir el teléfono privado de Aarón y poder comunicarme con él a fin de saber dónde llevaban a mi hermana. En cuanto lo conseguí, me largué de allí, o eso fue lo que intenté, porque al salir del ascensor me encontré de frente con Eliot.

—Luna, yo... —empezó a decir, y alcé la mano para que se callara.

—Mi hermana está en el hospital. Voy a llamar a mis padres. No es el momento.

Dicho esto salí casi corriendo y justo cuando llegué a la puerta me encontré con Noelia.

—¿Qué ha pasado? He ido al *parking*, pero salía una ambulancia y ni rastro de Luz. Imagino que estaría dentro.

—Sí, se la han llevado al hospital, por lo visto tiene un fuerte golpe en la cabeza. Ha sido Axel.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Noelia llevándose una mano a la boca.

—Voy a llamar a mis padres. Me hubiera gustado poder explicarles algo más porque se van a poner histéricos y no será bueno para mi padre, pero ya no puedo seguir posponiéndolo. Llamaré mejor a mi madre, ella sabrá darle la noticia con más suavidad que yo.

Noelia asintió con la cabeza y yo me di cuenta de que empezaba a pensar en voz alta, que era algo que solía hacer cuando me ponía nerviosa.

Tal y como me imaginaba, mi madre se puso histérica, tanto que pensé que lo mejor sería ir a su casa y una vez allí decidir qué hacíamos. Ellos querrían ir al hospital, eso seguro.

Volví a correr para llegar lo antes posible y mientras lo hacía sonó mi teléfono. Cuando vi que se trataba de Aarón estuve a punto de desmayarme porque no sabía lo que me diría y yo era de las que aguantaban aquel tipo de tensión regular.

—¿Sí? —murmuré, tan bajito que no tuve claro que me hubiera oído.

—Luna, soy Aarón. Acabamos de llegar al hospital y van a hacerle algunas pruebas, pero comentan los médicos que más que nada para descartar que se haya hecho daño en la cabeza, aunque nos han dicho que parece estar bien y que no nos preocupemos. En cuanto sepa algo te voy diciendo.

—Vale.

Sabía que eran buenas noticias, que podía haber sido mucho peor, pero, hasta que no me aseguraran que Luz estaba fuera de peligro, no me quedaría tranquila.

Fue una noche muy larga. Mis padres insistieron en ir a urgencias y me costó muchísimo hacerlos cambiar de idea. No se quedaron conformes hasta que tuvieron una videollamada con Luz y comprobaron de primera mano que se encontraba bien, además de que nos aseguraron que solo la dejaban en observación por precaución.

Aunque lo que de verdad los dejó más tranquilos fue que mi padre —por primera vez desde que le había ocurrido— utilizó la baza de que estaba delicado del corazón para poder hablar con el médico. Cuando este le aseguró que el TAC había salido bien, que Luz se encontraba fuera de peligro y que a la mañana siguiente le daría el alta, lograron respirar aliviados. Y yo también.

Aquel día me quedé a pasar la noche en casa de mis padres. No dormimos mucho ninguno porque hablamos varias veces con Aarón para ver cómo se encontraba Luz.

Lo primero que hice por la mañana, nada más levantarme, fue llamar a mi hermana y continué haciéndolo durante todo el día, pero siempre lo cogía Aarón para decirme que Luz estaba durmiendo. Cuando se lo repetía a mis padres me respondían que eso era bueno, que debía descansar. Sin embargo, yo

me moría de ganas por oír su voz. Imagino que aún llevaba el susto en el cuerpo.

Ya entrada la tarde recibí una llamada suya.

—Luz, ¿cómo estás? —pregunté, con preocupación, en cuanto lo cogí.

—Estoy bien, me ha sentado genial dormir tantas horas —respondió, y al oírla y comprobar que no mentía y que de verdad estaba bien respiré aliviada por primera vez desde que la vi tirada en aquel *parking*.

—No sabes cuánto me alegra oír eso —verbalicé, conteniendo la emoción.

—Luna, ¿está todo bien entre nosotras? —terció, y yo supe a lo que se refería, aunque me parecía absurdo estar hablando de aquello cuando ella acababa de salir del hospital.

—¿Por qué no debería estarlo? —repuse, en un intento de desviar la conversación.

Entendí perfectamente a lo que se refería. Hacía tiempo que mi hermana sabía lo que había ocurrido entre Eliot y yo, pero preferí hacerme la tonta.

—Porque oíste lo que Eliot...

—Luz, no te ofendas, pero no quiero hablar de eso. Aunque deseo que te quede claro que no es por ti. Entre nosotras está todo genial, de verdad. Esta noche me he asustado tanto... Quiero que sepas que siento el tiempo que hemos perdido y que... que te quiero mucho.

Tragué saliva intentando tragarme también aquel enorme nudo que se había formado en mi garganta. Era la primera vez que le decía a mi hermana esas palabras, pero es que me había asustado tanto...

—Yo también te quiero, Luna, y me alegro de que todo esté bien entre nosotras. Cuando te sientas preparada para hablar ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias. Ahora déjate cuidar por mi guapo cuñado y descansa todo lo que puedas.

—¡Muchas gracias por lo de guapo! —gritó Aarón de fondo, y supe que Luna tenía puesto el manos libres. No me importó en absoluto.

—Bah, los dos sabéis que estáis buenísimos, es una pena que no os acompañe el intelecto —bromeé.

—Tú sabes que estás hablando con tu jefe, ¿verdad?

—Mi jefa es mi hermana y las dos tenemos claro que fuera de la editorial no puede ejercer ninguna autoridad sobre mí.

—Ese trato es una porquería —se quejó Aarón, pero no le hice el menor caso.

—Me voy a trabajar un poco; por lo menos que lo haga alguien, porque lo que es vosotros dos...

Cuando colgué el teléfono me inundó una paz tan placentera que tuve que sentarme, y por primera vez desde que vi a mi hermana metida en una ambulancia desvié la atención de ella a él. Abrí el mensaje que me había mandado hacía horas y lo leí.

Eliot:

Luna, tenemos que hablar.

Vaya, parecía que le habían entrado las prisas por hablar conmigo después de meses sin dirigirme la palabra. No solo no le respondí, sino que lo bloqueé.

Además de todas las diferencias obvias que teníamos mi hermana y yo, había una que nos distanciaba del todo y era que, al contrario de Luz, yo sí era rencorosa.

9. Olvidarme de él

Luna

Habían pasado unos días desde que Axel atacó a mi hermana y aún no lograba quitarme el miedo del cuerpo. Luz ya estaba recuperada y hacía vida casi normal, y digo «casi» porque mi querido cuñado la trataba como si fuera a romperse en cualquier momento; ese pobre hombre no tenía ni idea de lo duras que éramos las hermanas Gómez. Pero no podía decir que yo no lo entendiera, pues había sido un susto muy grande.

Terminé de embalar una escultura que debía enviar a casa del señor Fermín, quien, aunque acababa de estar allí, no pudo llevársela porque pesaba demasiado para cargarla él solo. Con todo, me estuvo haciendo compañía un rato y hablamos de varias piezas que habían entrado ese mismo día. Dudó entre dos y terminó llevándose mi preferida.

No pude evitar volver a contemplarla antes de cubrirla, y es que estaba completamente enamorada de ella. Me parecía de una sencillez exquisita, pero a la vez tan delicada y con unas líneas tan definidas... En fin, que me alegraba enormemente de que la hubiera adquirido él y no cualquier otra persona que no supiera apreciarla.

Una vez que la tuve lista, recogí y cerré la galería, pues ya era mi hora de marcharme. Decidí ir caminando a casa de mis padres, así me daría un poco el aire. Llevaba unos cuantos días seguidos yendo a comer allí, pero es que lo de Luz había sido un fuerte *shock* para todos y quería estar cerca de ellos, por lo menos hasta que mi hermana se recuperara y me tomara el relevo.

El tiempo que pasaba en la galería intentaba no pensar en mi otra pasión, y no porque no quisiera, sino porque había decidido publicar mi primera novela y cada vez que pensaba en ello me invadía el pánico. Había momentos —muchos— en los que me arrepentía de haber enviado aquel manuscrito a mi hermana; sin embargo, cuando hablaba con ella y me aseguraba que aquella historia era perfecta y que le había entusiasmado tanto que se había convertido en su novela romántica favorita, el nudo de mi estómago se aflojaba un poco. Pero, en cuanto salía de la editorial, me alejaba de mi hermana y de sus palabras de ánimo, volvía a darle vueltas a todo lo que se me venía encima y el

miedo regresaba. ¿Y si no gustaba? ¿Y si la criticaban sin piedad? ¿Y si terminaba siendo un desastre?

Con aquellos lúgubres pensamientos llegué a casa de mis padres. En aquella ocasión fue mi padre el que me abrió la puerta y supo que me ocurría algo en cuanto me miró.

—¿Qué te pasa? —preguntó con preocupación.

—Nada grave —dije con rapidez—, cosas del trabajo.

—Que no sea grave no quiere decir que no sea importante. Esperemos que no tengamos nada grave de lo que hablar en un tiempo, que llevamos una racha... —se fue quejando mientras caminaba hacia el salón.

—¿Y mamá? —pregunté, por desviar el tema.

—En la ducha. ¿Qué te pasa? —insistió él, yendo directo al grano. Esa era una de las cosas que más me gustaban de mi padre, que no se andaba con rodeos.

—Estoy preocupada por el lanzamiento de la novela —respondí con sinceridad.

—¿Y qué es lo que te preocupa?

—Todo, papá, me preocupa todo. Que alguien lea algo mío por primera vez, que no guste, que lo critiquen, yo qué sé...

—Es normal que pienses todo eso, son miedos lógicos, lo entiendo. Pero no dejes que los miedos te paralicen, tú no eres así.

—¿Y si Luz se equivoca y mi novela es una basura? —expresé en voz alta algo que me agobiaba bastante. No por cargarle la responsabilidad a mi hermana, sino porque quizá lo que había escrito era una auténtica porquería.

—Luna, no eres una patata frita, no puedes gustarle a todo el mundo. Seguro que habrá personas a las que les entusiasme tu novela y otras a las que no, eso es lo normal, vaya. Pero lo que te está ocurriendo suele pasarles a muchos escritores. Si te sirve, tu novela no solo la ha leído Luz, también lo ha hecho Patricia, que es una editora con años de experiencia y muy buen ojo. Además, hija, tú nunca has sido una persona insegura, siempre te ha dado bastante igual lo que la gente pensara de ti.

Eso fue algo con lo que tuve que lidiar a diario, pues tener una hermana como Luz o te hundía o te hacía más fuerte, y yo me agarré a lo segundo. Sin embargo, en todo el tema de la novela me sentía muy vulnerable, algo con lo que me estaba costando lidiar.

—Hola, hija. ¿Pasa algo? —preguntó mi madre al entrar en el salón y vernos con expresiones serias.

—No, nada. Tengo un hambre... —dije, porque sabía que aquello haría que mi madre dejara el tema. No se trataba de que no quisiera hablar con ella, sino que haberlo hecho con mi padre ya había cubierto el cupo por aquel día.

—Pues eso tiene fácil solución, venga, a poner la mesa —ordenó y mi padre, y yo nos levantamos en el acto.

La comida fue entretenida y amena. Hablamos de libros, principalmente del que me estaba leyendo en aquellos momentos para el club de lectura que dirigía. Supongo que por eso me sorprendió tanto que al estar tomándonos los cafés mi padre cambiara tan radicalmente de tema.

—Oye, Luna, ¿y tú no estás saliendo con nadie?

Casi me ahogué con mi propia saliva, pues mis padres no solían indagar en mi vida privada.

—No —respondí escueta.

—Es que el otro día me dijeron que te vieron con un chico —soltó con ironía, alzando varias veces las cejas.

«Maldito barrio y malditos cotillas», pensé.

—Sería un amigo.

—Pues, ya que tu hermana está saliendo con Aarón, podrías acercarte a Eliot; me parece un tipo bastante majo y además trabaja en la editorial —continuó mi padre con la broma.

Creo que si me hubieran pinchado no me habría salido sangre. Mi madre debió de darse cuenta de mi incomodidad porque añadió:

—Vamos, Antonio, deja tranquila a la niña. Ni siquiera conoces tanto a ese chico.

Daba igual la edad que tuviéramos mi hermana y yo, para ellos siempre seríamos «las niñas». Puse los ojos en blanco.

—No, la verdad es que no, pero me parece buen chaval —insistió mi padre, y yo tuve que morderme la lengua.

Mi padre y yo no teníamos la misma definición de «buen chaval», aunque estaba convencida de que, si lo conociera de verdad, él tampoco lo pensaría.

—Yo solo digo que me gusta, no la estoy obligando a que salga con él.

—Solo faltaría —replicó mi madre, porque yo me había quedado sin palabras.

De pronto me entraron unas enormes ganas de largarme de allí. Pero también quería zanzar aquella conversación y no solo por aquel día, sino para siempre.

—Eliot está enamorado de Luz. Oí cómo se lo confesaba el otro día —decirlo en voz alta me costó más de lo que creí.

Mi padre carraspeó y mi madre se removió incómoda en su asiento.

—Bueno, hija... —empezó mi madre, pero la corté.

—No pasa nada, mamá, es lo mismo de siempre. Si no llegamos a ser gemelas, os hubiera echado en cara que pusierais más ganas en hacerla a ella que a mí.

—Pero ¿¡qué estás diciendo, hija!? —exclamó mi madre, dolida, y es que era un tema que yo nunca había hablado tan abiertamente.

—Vamos, todos sabemos que Luz es más guapa, más sexi, más lista, más buena... Más todo.

—¡Eso es una gilipollez! —Esa vez le tocó el turno a mi padre—. Cada una de vosotras es buena en cosas completamente distintas. Tú eres más creativa, más resiliente, más valiente, más independiente... Y decir que tú no eres bonita es lo más estúpido y absurdo que he oído nunca.

Iba a protestar y a aclararle que yo no había dicho que no fuera guapa, solo que Luz lo era más, pero estaba demasiado emocionada asimilando las palabras de mi padre. Nunca creí que considerara algo positivo mi independencia o mi valentía.

—Hija, sois hermanas, gemelas para más inri, pero dos personas diferentes, cada una con sus cosas buenas y sus cosas malas. Estoy segura de que Luz envidia un buen puñado de tus virtudes, al igual que tú las de ella. El problema es que con eso no os dais valor a vosotras y a todo lo bueno que hay en cada una.

—Y si ese idiota de Eliot está enamorado de tu hermana, que le den por saco, porque ella está con Aarón y tú podrás encontrar a alguien mucho mejor.

Sonreí porque, para mi padre, Eliot había dejado de ser majo y ya no le gustaba para mí. Pensé que ya podría pasarme eso a mí también. Ojalá después de oír aquellas palabras dedicadas a mi hermana hubiera sido capaz de sacarlo de mi cabeza. Pero entonces me erguí en mi asiento, ¡qué leches! Iba a conseguirlo, no pensaba mendigar nada a nadie y menos a un tío que se había acostado conmigo pensando en mi hermana. ¡A la mierda Eliot y a la mierda los recuerdos de aquella noche!

Con aquel potente mensaje me fui aquel día de casa de mis padres, y de camino a la mía aún fui echando más leña al fuego. Porque no podía ser que estuviera así por un tío con el que solo me había acostado una noche, yo no era una persona enamoradiza. Sí, el sexo con él estuvo bien, muy bien, y había mucha química entre los dos, pero aquello no quería decir que lo nuestro fuera especial, nada de eso. Solo fue una noche de buen sexo, nada más.

Por si todo aquello no fuera suficiente, la cubierta de mi novela estaba terminada ya y no debería tener más reuniones con él. Aunque me lo cruzara alguna vez por la editorial, ya no sería lo mismo, podría ignorarlo. De ese modo no me costaría nada olvidarme de él y de lo que sucedió entre nosotros.

Cuando aquella noche me metí en la cama lo hice con una sonrisa, pues creí que con todo aquello no tardaría en expulsar a Eliot de mi mente para siempre.

Lástima que el destino tuviera otros planes para mí.

10. Eliot, eres imbécil

Eliot

Pensé que me pasaría días mirando el móvil esperando a que ella me respondiera al wasap que le había enviado. Sin embargo, Luna prefirió ponérmelo mucho más fácil porque, al intentar mirar su foto de perfil y no lograr verla, la llamé y fue ahí cuando me percaté de que simplemente me había bloqueado. Ya estaba, borrado de su vida en un solo clic.

En parte la entendía, de verdad que sí, ni yo mismo medí las consecuencias cuando me confesé de aquella manera con Luz. Pero es que me asusté tanto y por un momento creí que..., no sé, pensé que podría ocurrirle algo y que nunca sabría lo que yo sentía por ella.

Desde luego, mirándolo con perspectiva no fue el mejor lugar ni momento, y que Luna lo hubiera presenciado aún lo hacía peor. Había una parte de mí que quería disculparse con ella, y otra que insistía en que dejar las cosas como estaban era lo mejor para todos.

Aquella mañana se me estaba haciendo bastante cuesta arriba, y es que ese día Luz y Aarón regresaban a la oficina. Se habían tomado un par de días para descansar; bueno, Luz se los tomó, Aarón trabajó desde su casa. La cuestión era que ese día volvían y yo tendría que mirarlos a la cara después de lo que dije. Barajé la posibilidad de quedarme en casa, de llamar y decir que estaba enfermo o que ese día iba a teletrabajar, pero en algún momento debía enfrentarme a ellos y prefería que fuera más pronto que tarde.

Me pasé la noche en vela imaginando un buen número de escenarios catastróficos. Porque, aunque sabía que mi declaración solo la oyeron Luna y Luz, estaba convencido de que esta última se lo habría contado a Aarón. Los escenarios que rondaban mi cabeza iban desde que Aarón me pegara un puñetazo y me despidiera hasta que Luz dejara de hablarme. Esos eran los extremos, pero también pensé que Luz no me miraría a la cara, que Aarón no volvería a dirigirme la palabra. Yo qué sé... Recreé tantas posibilidades que cuando llegué a la oficina mi nivel de ansiedad rozaba el cielo.

Ya habían pasado un par de días desde que Axel agrediera a Luz y yo sí fui a trabajar a la oficina, así que sabía que entre mis compañeros no se había expandido el rumor de mi confesión, seguramente porque no se enteraron. Al menos no tendría que lidiar también con eso.

Los oí antes de verlos, y es que venían charlando y riendo. La carcajada de Luz se me clavó y me tensó tanto que creí que me partiría por la mitad, pero respiré hondo porque era consciente de que aún me quedaba lo peor.

—Buenos días —saludó Luz, y en seguida se vio rodeada por todos los miembros del equipo, que querían saber de primera mano cómo se encontraba.

Aarón se apartó un poco para dejarles espacio, pero no despegó los ojos de Luz en ningún momento. Cuando ya empezaron a dispersarse y creí que ella se iría y yo volvería a respirar tranquilo, se paró junto a mi mesa.

—Ven a mi despacho cuando puedas —ordenó de un modo que me hizo suponer que sería algo relacionado con el trabajo y no con nosotros.

La vi alejarse y cuando entró en él yo aún necesité un poco de tiempo para serenarme. «Con toda seguridad querrá hablar de la cubierta del libro de Luna», me repetía una y otra vez. Decidí que lo mejor sería averiguarlo lo antes posible y quitármelo de encima, así que, en cuanto creí que podría afrontar aquella conversación, me levanté y fui hacia allí.

—¿Qué querías, Luz? —pregunté desde la puerta.

—Eliot, pasa y siéntate. Cierra la puerta, por favor.

Y, de todo lo que dijo, aquello fue lo que más me acojonó porque Luz jamás cerraba la puerta de su despacho, eso lo sabíamos todos.

Al sentarme en la silla que había frente a ella estuve a punto de hablar primero, de decirle que lo sentía, que no sabía lo que me pasó, que no debía haberle dicho aquello, que tenía que habérmelo guardado para mí..., pero no pude abrir la boca porque fue ella la que habló.

—Eliot, eres imbécil. —De todo lo que esperaba que me dijera aquello no era ni de lejos lo que imaginaba—. Me he pasado meses preocupada porque nos estábamos distanciando y lo único que te ocurría era que...

—Luz, llevo enamorado de ti...

—No digas tonterías, Eliot. Lo que tú sientes por mí no es amor, o no de ese tipo. Te estaré sonando pedante y estúpida, pero es que te conozco bien; de hecho, hasta hace relativamente poco eras mi mejor amigo. —Aquella última frase la dijo con una acidez muy impropia en ella.

—Estupendo. Entonces tú, que lo sabes todo, ilumíname con tu sabiduría —ironicé, porque no esperaba ni esa conversación ni la posición que había tomado Luz.

—No voy a discutir que sientas cierta atracción por mí, eso lo hablaremos luego porque tampoco lo veo claro —aquí no pude contenerme y puse los ojos en blanco—, pero durante años he sido la única mujer con la que te has relacionado de un modo más o menos sano, he sido la única que te ha puesto límites, que te ha echado la bronca cuando lo has merecido... Vamos, la que te ha colocado en tu sitio, pero también he estado cuando has necesitado un hombro en el que llorar o alguien en quien apoyarte. No, Eliot, tú y yo tenemos la misma química que dos amebas de mar, y si no piénsalo bien. Lo que te ha ocurrido es que has confundido esos sentimientos con otros.

—Bueno, ahora también vas a saber lo que siento y lo que no.

—¡Por favor! Si hemos tenido infinidad de ocasiones en las que liarnos y jamás ha ocurrido nada entre nosotros.

—No quería que se estropeará nuestra amistad —respondí a la defensiva.

—Eliot, hemos dormido juntos en la misma cama, borrachos como cubas...

—Ya te lo he dicho... —No me dejó terminar, ciertamente parecía un poco exasperada.

—A ver, te lo voy a decir claramente: el único modo que tienes de relacionarte con las mujeres es acostándote con ellas y luego se acabó. Conmigo puedes hablar, puedes confiar, puedes ser tú..., y creo que eso te ha llevado a confusión. No digo que no me quieras, sé que lo haces, pero no del modo que tú crees. Te lo repito: tú y yo no tenemos ni una pizquita de química. Nada.

—¡No puedes saber lo que siento! —repetí, ya cabreado.

—Tienes razón, no puedo saberlo, pero es que a mí jamás me has mirado como la miras a ella.

—¿A ella? —Ahí me había matado.

—A mi hermana, a Luna.

Aquello me dejó descolocado porque no esperaba que incluyera a Luna en esa conversación.

—¿Y cómo cojones miro a Luna, si puede saberse!? —grité, porque me resultó imposible contenerme.

—Como si quisieras saltar sobre ella, como si no fuera a tener tiempo de correr antes de que tú te lances encima. Con deseo, Eliot, con un deseo tan crudo que eres incapaz de ocultarlo, y te aseguro que a mí nunca en tu puta vida me has mirado así.

—El deseo no es amor —murmuré.

—Tienes razón, no lo es, pero reconocerás que sí es una parte importante.

Me recosté hacia atrás de la silla, no era posible que hubiera confundido tanto mis sentimientos. Yo estaba enamorado de Luz, desde hacía un montón de tiempo. No podía ser que...

—No estoy enamorado de Luna —susurré con contundencia.

—Y yo no he dicho que lo estés. Solo digo que por ella sientes algo muy diferente a lo que sientes por mí.

—No voy a negar que hay atracción entre nosotros, pero solo es eso. ¿Volvería a acostarme con ella? Es posible. ¿Perdería la cabeza por Luna? No, estoy seguro de que no.

Luz me miró y me imitó recostándose también en su asiento, con una media sonrisa en la boca que no me gustó un pelo.

—Como le hagas daño a Luna, no solo no tendrás química conmigo, sino que no volverás a tenerla con ninguna otra mujer. Así que, si tan seguro estás de lo que sientes por mi hermana —recalcó con énfasis aquella palabra—, será mejor que te alejes de ella.

»Y cuando salgas por esa puerta dale una vuelta a todo lo que te he dicho sobre nosotros. Sé que has tenido una infancia dura y que estás tocado emocionalmente, pero el amor no consiste solo en proteger, ayudar y confiar, eso te lo puede dar una simple amistad. Para que se dé el amor también hace falta deseo, atracción... Ya lo entenderás. Pero ahora lo principal es que pienses en lo que te he dicho. En el caso de que te lo plantees en serio, ¿de verdad nos ves como pareja, si las pocas veces que hemos compartido espacio hemos estado a punto de matarnos, y no precisamente en el buen sentido? Pero si ni siquiera somos capaces de ver una película juntos porque no logramos ponernos de acuerdo —dijo resoplando—. Eliot, yo no puedo saber lo que sientes, eso es verdad, pero te conozco bien y sé que no estás enamorado de mí.

»Deja la puerta abierta al salir.

Supe que aquel era el modo poco sutil que tenía de decirme que me largara. Así que me levanté de la silla y me marché más confundido de lo que lo había estado en toda mi vida.

Pasé la jornada como pude y cuando fue la hora de marcharme me inundó una maravillosa sensación de alivio. Estaba recogiendo mis cosas cuando noté que alguien se detenía junto a mí. No tuve que girarme para saber de quién se trataba.

—Eliot —me llamó Aarón, y yo tragué saliva—, me gusta mucho cómo ha quedado la portada de Luna, pero deberíais hablar de la tipografía. Dadle una vuelta.

Dicho esto dio media vuelta y se marchó. Yo tardé un poco en digerir y entender lo que acababa de decirme, más que nada porque Aarón no había interferido nunca en la novela de Luna, ya que era cosa de Luz y de Patricia.

Pues nada, iba a tocarme llamarla para hablar de la puta tipografía.

Al llegar a mi casa lo pensé mejor y decidí que le escribiría un mensaje. No me apetecía oír su voz, no ese día. Aún tenía que pensar en todo lo que Luz me había dicho. Y, justo cuando me senté para escribirlo, recordé que me había bloqueado. ¡Joder!

Podría mandarle un correo electrónico, pero me parecía excesivamente formal. Así que casi sin ser consciente me metí en las redes sociales para buscarla y contactar con ella por allí. Si veía que era una cuestión de trabajo tal vez hasta me respondiera, y si no lo lograba la llamaría desde la oficina.

Al final no le envié el mensaje porque ni siquiera sé el tiempo que estuve mirando fotos de ella. Fotos en distintos países con una Luna bronceada y que no dejaba de sonreír a la cámara. Lo que más me gustaba era que no había pose alguna ni preparación en aquellas fotografías, eran naturales y espontáneas.

Cuando quise darme cuenta era tardísimo y me había pasado las últimas horas descubriendo un poco más de Luna. Porque, a pesar de que la noche que estuvimos juntos hablamos de esos viajes, no era lo mismo que verla en aquellas imágenes. En su expresión se notaba lo mucho que había disfrutado.

Al meterme en la cama fue cuando me puse a pensar en lo que me había dicho Luz. No podía creer que la muy sabionda también analizara mis sentimientos y se permitiera el lujo de darme una *masterclass* sobre ellos, era

absurdo. Sin embargo, algo de todo lo que dijo resonó en mí, aunque no estaba seguro de lo que era.

Terminé quedándome dormido muy muy tarde.

11. Fermín

Luna

Casi sufro un microinfarto cuando aquella mañana vi que Eliot le había dado a «me gusta» en una de mis publicaciones. «Seguro que ha sido sin querer», me repetí. Pero ¿qué demonios hacía mirando mis fotos? Continué dándole vueltas a aquello mientras me vestía, me peinaba y me tomaba el café.

—Buenos días. ¿Qué te pasa hoy, que estás como ida? —preguntó Noelia, que ya estaba lista para irse a trabajar.

—Nada, pensaba en mis cosas.

—Esas cosas tienen que ver con un tío de más de metro ochenta llamado Eliot.

Mi compañera de piso empezaba a conocerme muy bien.

—Sí, para qué voy a engañarte. Esta mañana he visto que le había dado «me gusta» a una de mis publicaciones. ¿Qué leches hacía Eliot mirando mis fotos? —pregunté en voz alta lo que llevaba queriendo saber desde que lo vi.

—Pues ni idea. —Noelia tenía una peculiar forma de tocarse la cara cuando ocultaba algo o cuando se ponía nerviosa.

—¿Qué es lo que me escondes, Noelia? —pregunté entrecerrando los ojos.

—¡Tengo que irme a trabajar, nos vemos por la noche! —gritó corriendo hacia la puerta.

—¡Pero por la noche me lo vas a decir! —le respondí sin estar segura de que me hubiera oído, pues ya había cerrado la puerta.

No tardé en salir yo también y dirigirme hacia la galería. Aquella sería una jornada tranquila debido a que la semana anterior habíamos hecho una exposición y se vendieron muchas piezas, así que durante los próximos días tenían que llegarnos las nuevas, pero eso no ocurriría aquel día.

Hacía apenas media hora que había abierto cuando vi llegar al señor Fermín.

—Buenos días, Luna. Hoy no vengo a comprar nada, solo a traerte esto —dijo caminando hacia mí con su ya habitual sonrisa.

—Buenos días. Ya sabes, solo con la condición de que te los comas conmigo.

Fermín era un hombre exquisito eligiendo arte, pero en contrapunto era sencillo y cercano. Yo sabía que debía de tener dinero —aunque desde luego no se le notaba—, y que su desayuno favorito fueran los churros que hacía la churrera de la esquina decía mucho de él.

Entré en el almacén a buscar un rollo de servilletas que tenía guardado para esas ocasiones, porque me encantaban los churros, pero había que ver la cantidad de aceite que soltaban.

Cada vez que venía el señor Fermín con aquel tipo de desayuno solo esperaba que no apareciera mi jefa, pues no era plan de que me pillara sentada, desayunando tranquilamente con un hombre. También era cierto que ese hombre en concreto era uno de nuestros mejores clientes, así que estaba convencida de que lo hubiera pasado por alto.

Fermín se sentó en una de las sillas que había en la galería y yo en la que se encontraba a su lado.

—Me gusta desayunar aquí, me hace sentir en casa —murmuró antes de darle un mordisco a un churro. Cuando terminó de comérselo, continuó hablando—. Y lo digo con toda la ironía del mundo porque lo que desde luego no había en mi casa era arte, a pesar de que a mi madre le encantaba. Aún recuerdo cuando heredó de su abuela un cuadro del que estaba completamente enamorada y lo mucho que le costó elegir entre venderlo para darnos de comer a mis hermanos y a mí o conservarlo. Estoy convencido de que si llega a estar ella sola hubiera muerto de hambre. Era una mujer muy culta para su tiempo, tal vez demasiado para su propio bien, porque desde luego mi padre jamás la comprendió. En una época en la que la mujer no tenía voz y en la que el hombre proveía y ordenaba, que ella nos leyera por las noches, que quisiera comprar además de comida libros, que supiera más sobre los museos del mundo que sobre las vecinas del pueblo no estaba bien visto, ni por mi padre ni por nadie de su entorno.

»Creo que el día más feliz de su vida fue cuando yo me matriculé en la universidad. Pero, claro, la carrera de Bellas Artes ni siquiera existía, así que tuve que formarme en academias y escuelas superiores. Aún recuerdo la avidez con la que ella leía mis libros, a pesar de que ya estaba mal de la vista.

Me había quedado tan absorta escuchando su relato que no supe qué decirle y terminé haciendo una pregunta de lo más absurda:

—¿Por eso tú nunca te has casado, por la relación que tenían tus padres?

Antes de responder, Fermín clavó sus ojos en mí y supe que estaba debatiéndose entre responderme o no hacerlo. Finalmente habló.

—¿Quién te ha dicho que yo no he estado casado? —preguntó sonriendo.

—Ay, perdona. Lo he dado por hecho, como nunca me has hablado de ella...

—No, de «ella» no. Hace cinco años enterré al amor de mi vida. Apenas llevábamos unos pocos años casados, pero toda la vida juntos. Porque, hasta 2005, a un amor como el nuestro no se nos permitía casarnos. Aunque, si te soy sincero, después de todo lo que pasamos aquello fue lo de menos.

—Debió de ser difícil —susurré, pues no quería interrumpirlo, pero necesitaba saber más.

—No te lo puedes ni imaginar. La gente de vuestra generación no tiene ni la menor idea de por todo lo que hemos pasado los viejos como yo y lo mucho que luchamos para que las cosas cambiaran. Hasta 1978 no se dejó de perseguir a homosexuales por el simple hecho de quererse. Persecuciones, palizas, encarcelamientos, humillaciones... En fin, que no quiero aburrirte con mis historias; no entiendo qué me ocurre hoy, debo de haberme levantado melancólico. La verdad es que, después de toda la vida juntos, lo echo muchísimo de menos.

—Es normal. ¿Cómo se llamaba, a qué se dedicaba?

Sentía un interés real por conocer al que fuera el amor de Fermín, pero además es que me dio la sensación de que no era un tema del que él hablara habitualmente y daba la impresión de que necesitara hacerlo.

—Se llamaba Ernesto y nos conocimos en una de las academias de arte a las que asistíamos. Él lo tuvo mucho más difícil que yo porque por aquel entonces mi padre ya era muy mayor y mi madre no se metía en mi vida privada, algo completamente inusual para aquella época, pues que te saliera un hijo homosexual era una gran desgracia; pero ya te he comentado que mi madre era... diferente. Sin embargo, el padre de Ernesto era militar y con eso creo que te lo digo todo.

»Intentaron separarnos de todas las formas que pudieron y algunas fueron muy... imaginativas y dolorosas. Y a pesar de todo logramos hasta casarnos. Sin duda, aquel fue el día más feliz de nuestras vidas, no por el hecho en sí, sino por percatarnos de lo que habíamos logrado.

Los dos nos mantuvimos en silencio unos instantes, él sumido en sus recuerdos y yo pensando en lo dura que debía de haber sido la vida de ese anciano.

—Me hubiera gustado conocerlo —susurré.

—Le habrías encantado y estoy convencido de que tu jefa se hubiera hecho de oro con él, porque amaba profundamente el arte en todas sus formas.

—Igual que tú.

—Sí, era una de las muchas cosas que teníamos en común.

Comimos mientras un cómodo silencio nos envolvía y de pronto tuve una idea que no supe si iba a gustarle, pero que a mí me pareció estupenda.

—Fermín, ¿te gusta jugar al póquer?

—Me encanta —afirmó con vehemencia.

—Pues te invito este viernes a una partida en mi casa.

—Vaya, eso sería estupendo —exclamó volviendo a sonreír.

Y así fue como, a partir de ese día, a Noelia, Virtudes, Rosario y a mí se nos unió el señor Fermín en nuestros viernes de póquer.

Aquella tarde me dediqué a escribir. Sin embargo, sentía tanta presión por que mi próxima novela fuera a publicarse que no logré hacerlo con la misma fluidez de otras veces. Yo escribía porque me gustaba, pero jamás imaginé que alguien terminara leyéndome. Suponía que por eso me estaba costando concentrarme.

Al percatarme de que había borrado la misma página tres veces, apagué el ordenador y me fui a la ducha. Justo cuando salía del baño llegó Noelia.

—Hola. ¡Joder, huele de maravilla! —exclamó cerrando los ojos y aspirando con fuerza.

—He preparado pollo al horno con patatas —dije mientras me secaba el pelo con una toalla.

—Con el hambre que tengo, se me hace la boca a...

No pudo continuar porque sonó mi móvil.

—Hola, Alejandro —contesté al comprobar que se trataba de mi amigo.

—Luna, estoy en la puerta de tu casa, ¿me invitas a cenar? —preguntó con voz suplicante. A saber qué le había pasado.

—Claro, sube —dije. Ya pensaría qué haríamos, porque con el pollo que había en el horno no llegaría para los tres.

Iba a explicarle a Noelia que un amigo mío venía a cenar cuando mi móvil volvió a sonar.

—Se te ha olvidado el número de piso, ¿verdad? Sigues siendo un desastre...

—Luna, soy Eliot.

Casi se me cayó el móvil de las manos, di por hecho que se trataría de Alejandro. Desde luego, la última persona que esperaba que me llamara era Eliot. Aparté el teléfono para comprobar si me llamaba desde la editorial. Me propuse que en cuanto colgara iba a desbloquearlo, más que nada porque me parecía un tanto infantil si íbamos a tener que trabajar juntos en la portada, tal y como estábamos haciendo.

—No cuelgues —me pidió—, es por una cosa de trabajo —añadió con rapidez—. Aarón quiere que revisemos la tipografía, ¿puedes pasarte por la editorial mañana por la tarde?

—Sin problema. Sobre las tres estaré allí —contesté, y colgué. «Si no le va bien la hora que he elegido, que se aguante», pensé.

Necesité unos instantes para serenarme. Por muy enfadada que estuviera con Eliot, su voz continuaba afectándome de un modo que no me gustaba nada. En absoluto.

Cuando llegué a la cocina me encontré que allí ya estaba Alejandro con Noelia.

—Lo siento, chicos, no he podido ni presentaros —me disculpé al entrar.

—No te preocupes, lo hemos hecho nosotros —dijo Alejandro con el buen humor que lo caracterizaba, acercándose a mí y dándome dos distraídos besos.

—¿Quién era? —preguntó Noelia.

—Eliot quiere que me pase mañana por la editorial —respondí, y al ver la cara que ponía recordé la conversación que habíamos dejado a medias aquella misma mañana—. ¿Vas a contármelo de una vez o continuarás haciéndote de rogar?

—No creo que sea el momento —dijo mirando discretamente (según ella, pero de una forma exagerada si me preguntan a mí) a Alejandro.

—No te preocupes por él, está al tanto de todo —le expliqué para que dejara de darle vueltas al asunto.

—¿Pero vosotros no salíais juntos? —indagó, un poco desconcertada.

—Sí, pero nos hemos convertido en amigos; bueno, eso ya lo éramos... Al lío, Noelia, que nos dan las uvas —la apremié.

—Si es una tontería... El caso es que yo siempre le había dicho a Luz que Eliot estaba enamorado de ella. Solo quería contártelo para que no hubiera malentendidos entre nosotras porque yo se lo dije, pero jamás nadie lo confirmó hasta que tú lo oíste y...

Noelia se estaba aturullando, entendía lo que quería decir y yo no tenía ninguna intención de enfadarme con ella. En realidad, no me habría cabreado con nadie si Eliot hubiera estado enamorado de cualquier otra mujer. Porque solo pasamos una noche juntos, los dos podríamos querer a otras personas. En cambio, que aquella otra mujer fuera mi hermana me mataba y me llevaba a otra época, cuando los chicos solo se acercaban a mí para estar con ella. A la época en la que yo era la «hermana puente», como solían llamarme porque esa era la forma de acercarse a Luz. Tal vez estaba volcando en Eliot el enfado de toda una vida; pero mira, oye, que se jodiera. Y, si no, que hubiera hecho las cosas mejor.

Aunque lo que de verdad me mataba, lo que no se me iba de la cabeza era que se hubiera acostado conmigo pensando en ella. Que aquella noche me hubiera utilizado a mí para sentirse cerca de Luz.

—No pasa nada, Noelia, ya está. Iré a la editorial y con un poco de suerte no tendré que verlo en una buena temporada.

Y parte de razón sí tenía.

12. No volver a vernos en mucho tiempo

Luna

Había sido una mañana de locos, todo lo poco que hice el día anterior en la galería me tocó recuperarlo ese e iba de un lado a otro apagando fuegos. Así que cuando llegó la hora de marcharme estaba molida. Me quedé un rato más de mi horario porque quise solucionar unas cuantas cosas y no dejarle a mi compañera tantos frentes abiertos, pero cuando lo tuve todo más o menos resuelto y vi la hora que era me tocó correr para no llegar tarde a la editorial. Y corrí tanto que, cuando finalmente llegué y subí en uno de los ascensores, no podía parar de sudar. Menos mal que no era una persona obsesionada con su imagen, porque Eliot me había visto de cada manera... Aunque, claro, lo que él pensara de mí me la tenía que traer al paio.

Cuando salí del ascensor recorrí las oficinas de Letras para ir directa a su mesa y pararme frente a ella.

—¿Qué tenemos que mirar? —pregunté sin ni siquiera saludar.

—Hola, Luna —dijo él. Parecía cansado, pero aquello también me daba igual—. Mejor vamos a la sala de siempre, que tengo allí todas las cosas.

No me apetecía lo más mínimo quedarme a solas con él en aquel espacio tan íntimo, pero me pareció un tanto inmaduro protestar por eso, así que me callé y lo seguí hasta allí.

Me percaté, incluso antes de sentarnos, de que debíamos ver los dos el ordenador, por lo que no me quedó más remedio que elegir la silla que había junto a la suya. No entendía bien qué era lo que quería Aarón, puesto que a mí las letras de la portada ya me gustaban. No obstante, cuando llevábamos unos quince minutos mirando tipografías y todas empezaban a parecerme iguales, dimos con una que nos entusiasmó, tanto que casi lo abracé. Menos mal que me di cuenta a tiempo y ni siquiera me acerqué más de lo estrictamente necesario.

—Pues creo que va a quedar genial —dijo Eliot con una sonrisa.

—Sí, yo también lo creo —respondí, y antes de que pudiera añadir nada más continué hablando—. Si no hay que mirar nada más me marchó, que he quedado.

—Yo creo que añadiría un cambio.

—¿Qué cambio? —pregunté con exasperación.

—El color de fondo, tal vez lo suavizaría un poco.

Iba a soltarle alguna fresca, algo ácido e impertinente, pero he de reconocer que su idea me gustó.

—Podemos probar a ver qué tal queda —cedí.

—Pues, si te parece, te lo paso por correo. Aunque no sé si también me has bloqueado ahí —soltó con ironía, y yo sonreí con falsedad.

—Uy, no, ahí se me ha pasado hacerlo. No te quejes, que ya no estás bloqueado.

—Me has levantado el castigo.

—No, solo supuse que necesitaríamos estar en contacto por temas laborales. —Lo miré y amplí la sonrisa. Imaginé que debía de parecerse bastante a la de un muñeco diabólico.

—Se te ve deslumbrante con esa sonrisa. —Su voz destilaba sarcasmo.

—Yo siempre estoy deslumbrante —dije, si bien tuve que morderme la lengua para no soltarle que, aunque no era tan guapa como mi hermana, también tenía mi encanto; pensé que diciéndolo podía sonar resentida. Que, a ver, tampoco era mentira.

—No seré yo quien niegue eso.

Entrecerré los ojos porque, con lo que había sudado corriendo por el camino y aquella extraña sonrisa que le había brindado, me daba la sensación de que se estaba cachondeando de mí.

—Bueno, que me voy —anuncié poniéndome en pie.

Justo cuando me estaba dando la vuelta para irme, Eliot me agarró de la mano. Y no, no noté electricidad ni un calambrazo ni nada de eso, pero sí sentí el calor que desprendían sus dedos sobre mi piel y no pude evitar que una imagen se colara en mi cabeza. Una de aquellas manos morenas recorriendo mi cuerpo o acariciándome el...

Es que menudo asco, de todos los tíos que podrían gustarme y por los que podría sentir aquella química, va y termina pasándome con Eliot, que era imbécil y estaba enamorado de mi hermana.

Aparté la mano como si realmente me hubiera dado corriente.

—Luna, solo quería disculparme porque no debiste oír lo que le decía a tu hermana.

Había algo que la gente parecía no entender: lo de menos era que yo lo hubiera oído —disculpadme si soy una persona a la que le gusta saber la verdad—, pero es que a mí lo que me jodía siempre era que me utilizaran, sobre todo cuando Luz estaba por medio. Y eso sin tener en cuenta que aquella era una disculpa de mierda. Pero es que, aun sabiendo que él y yo no teníamos nada como para que debiera disculparse y yo aceptar aquella disculpa, fui incapaz de callarme.

—¿Qué es lo que sientes, Eliot? —pregunté acercando mi rostro a él—. ¿Estar enamorado de mi hermana? ¿Que pasáramos la noche juntos? ¿Que me utilizaras para olvidarla? ¿Que te acostaras conmigo pensando en ella?

No lo vi venir y cuando se levantó de su silla, quedando bastante cerca de mi rostro, me pilló por sorpresa, aunque no me moví.

—No puedes estar hablando en serio. Yo jamás te utilizaría, ni a ti ni a nadie, para olvidar a otra persona.

—Eso quiere decir que no pensaste ni una vez en mi hermana mientras follabas conmigo, ¿verdad? —Creo que los segundos de silencio que siguieron a aquella pregunta fueron los más largos e incómodos de mi vida—. Eso imaginaba.

No me quedé allí ni un segundo más. Primero, porque ya estaba todo dicho, y segundo, porque no quería que Eliot se diera cuenta del daño que su silencio me había causado.

Caminé sin rumbo fijo, necesitaba despejarme y ordenar mis ideas. No era que no esperara algo así, supe bien lo que se me venía encima en el mismo momento en el que oí cómo se declaraba a mi hermana; pero que no me pillara por sorpresa no quería decir que no me doliera. La triste realidad era que llevaba años doliendo.

Cuando llegué a casa ya estaba oscureciendo porque, además de caminar, me había parado en una de mis cafeterías favoritas y estuve leyendo un rato. Esa sí era una buena forma de evadirme.

—Hola, Noelia —la llamé desde la puerta.

—Estamos en el salón.

¿«Estamos»? ¿Con quién diablos estaba Noelia? No tardé mucho en averiguarlo y en cuanto puse un pie en el salón sonreí.

—A Noelia no le importa, así que espero que a ti tampoco. Hoy he traído yo la cena —dijo Alejandro con su ya habitual sonrisa.

—No, claro que no me importa. Solo espero que lo que hayas traído sea comida tailandesa de ese restaurante que nos gusta tanto.

—Das tela de asco, contigo es imposible planear sorpresas —se quejó. Yo grité de la emoción, pues me encantaba la comida de aquel restaurante.

Pusimos la mesa entre los tres y en menos de diez minutos había llenado mi plato y lo estaba devorando.

—Pues qué quieres que te diga, donde se ponga una pizza... —empezó a decir Alejandro.

—Te juro que yo he pensado lo mismo. Pero, claro, es que a mí me flipa la pizza —respondió Noelia.

—¡A mí también! ¿Has probado las que hacen en la pizzería nueva que han abierto en el centro...?

Mientras ellos hablaban de pizzerías, yo me dediqué a contemplarlos sin dejar de comer, porque a mí también me gustaban las pizzas, pero es que aquella comida me fascinaba.

Hubo un momento en el que parecía como si yo no me encontrara allí —que, a ver, por mí no había problema, yo seguía comiendo a dos carrillos—. Sin embargo, mientras estaban inmersos en la conversación, contemplé con detenimiento a Alejandro y me percaté de algo que hasta ese momento me había pasado inadvertido. Porque, aunque yo a Noelia la conocía de siempre, los últimos años nos habíamos distanciado. En cambio, con Alejandro no había sido así, lo conocía muy bien y esa forma en la que estaba conversando y mirando a Noelia me hizo sonreír entre dientes.

Después de descubrir aquello pensé que lo mejor que podía hacer era continuar comiendo y llegado el momento retirarme a mi habitación para dejarlos solos. Aunque estaba convencida de que Alejandro encontraría cualquier excusa para volver a nuestra casa lo más pronto posible, eso si no la invitaba antes a la pizzería de la que estaban hablando.

El único inconveniente era que Noelia hacía unos meses que había dejado a Pablo, su pareja de toda la vida, y lo estaba pasando muy mal, por lo que yo no tenía claro si estaría dispuesta a salir con Alejandro.

En cuanto me percaté de que aquello no era asunto mío me levanté de la mesa, me despedí de ellos —que tampoco me hicieron mucho caso— y me fui directa a la cama.

Antes de poner el móvil en la mesita de noche, contesté un par de wasaps que me habían enviado Luz y mi madre y, justo cuando me disponía a dejarlo,

me entró un correo. Era de Eliot y estuve cinco minutos debatiendo conmigo misma si sería mejor abrirlo o mandarlo directamente a la papelera. Al final terminé cediendo, pues imaginé que se trataría de trabajo.

Me equivoqué.

De Eliot Fernández

Para Luna Gómez

No deseo que sientas que me estoy justificando porque no es mi intención hacerlo, así que voy a ir directo al grano.

Si me preguntas si estoy enamorado de tu hermana, te respondería que yo creo que sí, pero eso no tiene nada que ver con lo que ocurrió entre nosotros aquella noche. Luna, te deseé a ti y solo a ti, pero es que además entre nosotros hay una química con la que es complicado lidiar.

Si me preguntas si volvería a acostarme contigo, la respuesta también sería que sí. Sí que volvería a hacerlo, porque lo pasé muy bien y creo que logramos conectar.

Ahora, si me preguntas si te utilicé, la respuesta es no, es que no tiene ningún sentido porque Luz y yo somos amigos y no te necesitaba para nada.

Es muy posible que, a partir de ahora, al tener terminada la cubierta, no nos veamos en un tiempo. Solo quería que supieras que te deseo lo mejor, con tu novela y en tu vida.

Nada más terminar de leer el correo, lo volví a empezar, solo para comprobar que no había dicho nada de que se hubiera acostado conmigo pensando en ella. Ese fue el punto que decidió obviar. Justo el que a mí más me mosqueaba.

Me tumbé en la cama y le respondí con un escueto: «Yo también te deseo lo mejor».

En algo sí tenía razón: no íbamos a volver a vernos en un tiempo.

13. La gran noticia

Luna

Unos meses después

Aquella noche habíamos quedado para cenar todos en casa de mis padres, por lo visto Aarón y mi hermana tenían algo importante que decirnos. Yo me hacía ilusiones pensando que me iban a hacer tía. Nunca me llamó la atención lo de ser madre, era una responsabilidad tan grande que me daba vértigo; en cambio, ser tía me parecía fascinante. Sin embargo, mi hermana continuaba teniendo aquel cuerpo de infarto y yo intuía que la cosa no iba por ahí, «aunque tal vez esté de poquito», me dije esperanzada.

Terminé de vestirme y cuando salí al salón me encontré con Alejandro y Noelia tirados en el sofá viendo una película. A mí me hacía muchísima gracia que cuando les preguntaba me dijeran que solo eran amigos, porque estaba claro que ahí había *salseo* del bueno, pero era cierto que no había ocurrido entre ellos absolutamente nada. Con todo, actuaban como una pareja ya consolidada: se veían casi a diario, los fines de semana los pasaban en casa viendo películas, series o haciendo cualquier otro plan, se esperaban a la salida de los trabajos, se cuidaban cuando estaban enfermos... Vamos, que hacían lo de cualquier pareja, pero sin sexo de por medio —la verdad era que habían obviado la mejor parte—. No podíamos pasar por alto que Noelia necesitaba tiempo y espacio para recuperarse de su ruptura con Pablo, ya que habían sido muchos años juntos, si bien parecía que Alejandro estaba más que dispuesto a dárselo.

—Me voy, a ver qué es lo que Luz quiere contarnos —anuncié mientras cogía mi bolso y caminaba hacia la puerta.

—Yo voto porque está embarazada —dijo Alejandro.

—Qué va, si estuviera embarazada se le notaría —expresó en voz alta Noelia, que era justo lo que yo pensaba—. Yo creo que van a casarse.

Y fue mi turno de quedarme sin palabras, no porque fuera nada descabellado —porque, a ver, Aarón y mi hermana no llevaban años de relación, pero me pareció de lo más natural—; lo que me sorprendió fue que no se me hubiera ocurrido a mí.

—Podría ser, sí —reconocí en voz alta.

—¡No le digas nada y hazte la sorprendida! —exclamó Noelia.

—No te preocupes, alargaré mi ilusión por ser tía. Me marchó ya, ¿vosotros no vais a salir? —pregunté, a pesar de que sabía bien la respuesta.

—No, tenemos varias películas pendientes y vamos a ponernos al día —aclaró Alejandro.

Esos dos compartían los mismos gustos cinéfilos, unos gustos que nada tenían que ver con los míos. Aunque en su defensa diré que yo no veía mucha televisión, prefería leer.

—Perfecto, pues que vaya muy bien.

—Igualmente —respondieron a la vez, y yo resoplé porque no podían estar más compenetrados.

Decidí ir caminado a casa de mis padres y no fui capaz de dejar de sonreír durante todo el trayecto. Tenía varios motivos para hacerlo y desde luego ninguno estaba relacionado con mi vida sentimental, que era completamente nula, sino que de un tiempo a esa parte no me importaba reunirme con mi familia para comer, cenar o para celebraciones varias. Es más, no solo se trataba de que no me importaba, sino de que hasta me gustaba. Claro que aquel cambio era debido a lo mucho que mi relación con Luz había mejorado. Y es que había pasado a ser habitual que nos enviáramos mensajes cuando nos ocurría algo o cuando queríamos el consejo de la otra. Incluso quedábamos para tomar un café o comer juntas una o dos veces por semana, y eso que puede parecer de lo más normal entre dos hermanas para nosotras fue como pasar de cero a cien. Estaba encantada.

El otro motivo y al que no quería darle muchas vueltas era que mi novela salía en apenas siete días. Si me detenía a pensarlo, me mareaba de la impresión y la ansiedad, así que intentaba alejarlo de mi mente en cuanto pasaba por ella. Sabía que llegaría el día en el que no podría hacerlo, más que nada porque solo quedaba una semana y tendría que enfrentarme a ello; pero por el momento iba a continuar así.

Tan absorta estaba en mis pensamientos que no me percaté de que había llegado a casa de mis padres y al desviar la mirada vi que Aarón y mi hermana caminaban hacia mí. Casi no los dejé llegar y ya les solté:

—Espero que sea importante lo que tengáis que contar porque, por si no lo sabéis, mi novela sale a la venta la próxima semana y tengo un millón de

cosas por hacer.

—¿Como qué? —me pinchó mi queridísimo cuñado.

—Como nada que te importe, señor impertinente, pero muchas cosas. Espero que la noticia sea que vais a hacerme tía. Decidme que sí, por favor —pedí juntando mis manos y haciendo ver que suplicaba, a pesar de que estaba convencida de que nada tenía que ver con eso.

—No, claro que no vas a ser tía —respondió Luz resoplando y confirmando lo que ya sabía—. Venga, vamos.

Durante todo el trayecto en el ascensor Aarón y yo no paramos de picarnos, aquello era algo que los dos disfrutábamos mucho.

La primera en llegar fue Luz, por eso llamó ella al timbre.

—¡Hola, qué alegría teneros para cenar! —exclamó mi madre. Yo puse los ojos en blanco, pues últimamente íbamos con bastante frecuencia, ya fuera a comer o a cenar.

Los dejé a todos allí y me adentré en el piso para achuchar un rato a Canela, que era el perro que mi padre había adoptado y mi debilidad. Tampoco pude acariciarlo mucho porque cuando los visitábamos le gustaba saludarnos a todos, así que, una vez que se hartó de mí, corrió hacia mi hermana y mi cuñado.

—Hola, hija, ¿cómo estás? —preguntó mi padre acercándose a mí.

—Pues nerviosa, para qué te voy a engañar.

—Ya me imagino. Piensa que como usas seudónimo, si va mal, nadie te conoce —bromeó intentando que me relajara.

—Esperemos que no vaya mal —respondí con un matiz de histeria en la voz.

—Va a ir fenomenal, ya lo verás.

—¿Cómo lo sabes, papá? —Entonces sí había miedo en mi voz.

—Cariño, la verdad es que no lo sé. He leído manuscritos buenísimos que no han salido bien y otros que me han gustado mucho menos y que se han vendido bastante mejor. Nadie tiene una varita mágica para esto; ojalá, pero no. Lo que debes pensar es que tú ya has hecho tu parte, has escrito un libro maravilloso, y que guste o no, que se venda mejor o peor, ya no depende de ti. Eso será algo que no podrás controlar.

—Si intentas ayudarme no lo estás logrando, porque puede que esa sea la parte que llevo peor.

—Siempre me ha resultado curioso que, a pesar de que Luz parece la más organizada y controladora, en realidad lo eres tú.

Yo siempre había pensado que no lo era. Me gustaba viajar sin programar nada, era bastante desordenada y no tenía una vida muy organizada, pero era cierto que perder el control así, con mi novela, no lo estaba llevando nada bien.

—No sé si se trata de eso. Pero he de confesarte que lo que más miedo me da son las críticas.

—Vuelvo a repetirte que no depende de ti.

No tuvimos más tiempo de hablar porque llegaron todos al salón y nos movilizamos para poner la mesa y servir la cena.

Mi hermana y Aarón se hicieron de rogar y no se dignaron a darnos la buena noticia hasta que llegó el postre. No lograba entender cómo la gente podía tener esa contención y paciencia.

Mis sospechas —o más bien las de Noelia— se hicieron realidad, porque iban a casarse. A mí la noticia no pudo hacerme más ilusión, pues, a pesar de todo lo que Aarón y yo nos chinchábamos, lo cierto era que lo adoraba.

Después de los abrazos, los besos y las enhorabuenas, nos sentamos para que Luz nos explicara lo que tenían pensado. Aunque a mí eso de las bodas me sonaba al siglo pasado y no iba nada conmigo, me gustó que no pensarán hacer un gran bodorrio con un montón de gente a la que ni conocían.

—La única excepción la haremos con la tía Gertrudis —comentó Luz, y a mí se me cayó el alma a los pies.

—¿De verdad tiene que venir? —pregunté con un quejido.

—Está sola, me da pena —respondió mi hermana.

—Si está sola por algo será —repliqué yo cruzándome de brazos, como si en lugar de ser una mujer adulta tuviera cinco años.

—De hecho, le he dicho que venga el domingo a tomar café aquí para contárselo. —Luz le echó una mirada a mi madre con la que le pedía perdón por ponerla en aquel aprieto.

Y es que la tía Gertrudis, que en realidad era tía abuela, pues se trataba de la hermana de mi abuelo paterno, llevaba siendo una mujer mayor y rancia desde que yo era una cría —seguramente desde siempre, pero es que yo no estaba allí para comprobarlo—. Con un carácter horrible y cuyo único modo de vivir era metiéndose en la vida de los demás, eso sin contar que no podía

soportar que una mujer estuviera soltera, algo ridículo si teníamos en cuenta que ella no se había casado jamás.

Odiaba a la tía Gertrudis y pensaba que mi hermana también, pero todos sabemos cómo es Luz y el buen fondo que tiene. Eso y que mi querida tía parecía tenerme a mí mucha más inquina que a mi hermana. Yo no hubiera tenido ni un solo remordimiento de conciencia por dejarla fuera de aquella boda. ¡Por favor, si era una mujer odiosa!

—De acuerdo, hija, no hay problema —respondió mi madre haciendo que saliera de mis pensamientos.

Preferí callarme y no decirle a mi hermana lo que pensaba de aquella invitación —igual la mujer ni llegaba, debía rondar los noventa años. Pensamiento malvado, lo sabía, pero no pude evitarlo— además de que era el momento de mi hermana, no el mío, y no quería ponerme a refunfuñar, menos aún por la maldita tía Gertrudis.

Así que sonreí e intenté sacarla de mi cabeza. Eso duró hasta que estábamos a punto de marcharnos y Luz me murmuró, más bien me rogó, al oído.

—Por favor, ven el domingo, si estás tú me resultara más fácil lidiar con ella.

Me mordí la lengua para no decirle que había sido idea suya invitarla y que a mí me dejara al margen de todo aquello, que la tía Gertrudis me tenía demasiada inquina y que yo no la soportaba. En cambio, respiré, lo pensé un par de segundos y le dije:

—Aquí estaré.

Valió la pena por el abrazo que me dio Luz y por la enorme sonrisa que se dibujó en su cara, por eso y porque entendí que mi hermana me necesitaba y que yo quería ayudarla.

Lo que desde luego no imaginé fue lo que aceptar aquella invitación iba a cambiar el rumbo de mi vida.

14. Reencuentros

Luna

Me pasé el sábado encerrada en casa leyendo y escribiendo. Hacía un día lluvioso y no me apetecía salir. Supongo que eso mismo les ocurrió a Alejandro y a Noelia, que también estuvieron todo el día tirados en el sofá. Si alguien me llega a preguntar si me parecía raro que mi ex y mi amiga hubieran terminado manteniendo aquella relación —que estaba a tres días de convertirse en noviazgo, si es que alguno de los dos se decidía a dar el paso, claro—, la respuesta sería un rotundo y sincero «no». Es más, me encantaba porque tenía a dos personas a las que quería mucho pasando la mayor parte del tiempo conmigo.

No había ningún tipo de celos porque Alejandro y yo ya éramos simples amigos incluso cuando aún estábamos juntos. Por ello, lejos de hacerme sentir mal, me parecía una maravilla.

Aquella tarde, cuando ya casi había entrado la noche y me cansé de borrar y escribir para volver a borrar, salí al salón con idea de unirlos a ellos.

—¿Qué estáis viendo? —pregunté con cierto temor, porque les solía gustar un tipo de cine que yo no hubiera visto en mi vida.

—Está a punto de terminar una película filipina de un director que nos encanta, pero tenemos pensado poner otra —me explicó Alejandro sin despegar los ojos de la pantalla.

Vale, para ver alguna de aquellas películas iba a necesitar muchas chucherías y marranadas varias. O tal vez no y lo más probable fuera que me quedara dormida en cuanto empezara. Lo que estaba claro era que, si no compraba algún dulce o palomitas o algo, no aguantaría ni cinco minutos.

—Pues mientras termina esta voy a bajar al supermercado de la esquina a comprar algunas cosas, ¿queréis algo?

—No, gracias.

No cabía duda de que lo que querían era ver el final de aquella película en la que no había ocurrido absolutamente nada desde que yo salí de mi cuarto, y

cuando digo «nada» me refiero a que había dos tíos metidos en un coche y ni siquiera habían intercambiado una palabra.

Antes de salir me miré un momento en el espejo de la entrada. Llevaba un pantalón de chándal desgastado que en su mejor época no era una maravilla, pero que en aquel momento parecía más un pijama que un chándal, una camiseta que tenía un pequeño agujero en la parte de abajo, prueba de la cantidad de veces que pasó por la lavadora, y me había recogido el pelo en un moño de cualquier manera. Y no, no me quedaba como al resto de la humanidad, que se hacía ese tipo de recogidos y parecían estudiadamente perfectos. El mío era una auténtica birria. Pensé en ir al baño para peinarme un poco, aunque en el último momento decidí que no valía la pena perder el tiempo; total, solo iba al súper de la esquina, seguramente no me cruzaría con casi nadie.

Spoiler: tendría que haber vuelto.

Iba absorta en mis pensamientos cuando noté algo. Fue como si sintiera que alguien me miraba, o más bien era la sensación de tener unos ojos clavados en mí. Solo tuve que alzar la cabeza para toparme con un rostro que no veía desde hacía meses. Antes de decidir si quería pararme a saludarlo o no, Eliot lo resolvió por mí y se detuvo a unos pocos pasos. Bueno, no lo hizo solo él, sino también la impresionante mujer que lo acompañaba y que debía de ser, como mínimo, modelo.

—Hola, Luna, cuánto tiempo sin verte —dijo, algo cohibido.

Barajé numerosas opciones, desde darle una patada en la espinilla y salir corriendo —esa fue con diferencia la que más me gustó— hasta hacer como que no lo conocía. En cambio, decidí comportarme como la persona adulta que era.

—Hola, Eliot. Sí, mucho tiempo.

Me entraron ganas de decirle que él parecía no ser de los que lo perdían, pues aquella chica era guapa a rabiar y todo lo contrario a mí, ya puestos a ser objetivos. Pero, claro, ¿qué derecho tenía yo a hacer un comentario como ese? Ninguno. Eliot era un hombre libre que podía salir con quien le diera la gana, aunque hubiera agradecido enormemente que no lo hiciera con aquella diosa, o que yo no los viera.

Dicho aquello llegaron unos segundos incómodos. La rubia esperaba que Eliot la presentara, muy posiblemente para saber cómo lo haría y entender qué

significaba para él. En cambio, Eliot parecía no tener ninguna intención de hacerlo y me había clavado la mirada como si me hubiera dejado un trozo de espinaca entre los dientes. Y no me refiero a que me mirara mal, sino a que parecía no ser capaz de desviar los ojos de mí, algo completamente absurdo si teníamos en cuenta la mujer que lo acompañaba.

De pronto, como si fuera imbécil y acabara de darme cuenta, fui consciente de la ropa que llevaba y de las pintas que acompañaban a dicha ropa. Me sentí tan incómoda que mi primer impulso fue arreglarme el pelo, pero para hacer eso necesitaba mucho más que mis dos manos, así que desistí antes de empezar. Eso sí, tuve muchísima más prisa que antes por largarme de allí, y aquello era mucho decir porque me hubiera ido antes siquiera de saludarlo.

—Bueno, yo voy a marcharme ya, tengo que ir a comprar para ver una película...

Me vi dando unas explicaciones que no importaban a nadie y mucho menos me habían pedido.

—Nosotros vamos al cine y luego a cenar —dijo la chica rubia con una voz tan dulce que me quedé embelesada.

—Eso es un planazo; si aceptáis una recomendación, el tailandés de la esquina hace una comida riquísima. —Otro consejito que nadie me había pedido.

—Oh, muchas gracias, eres muy amable —dijo ella, y me pareció que él murmuraba por lo bajo algo parecido a «sí, muy amable». ¿Eres amiga de Eliot? —preguntó la chica con interés. La entendía, había sido una falta de respeto por parte de Eliot no presentarnos.

—No, qué va, solo he trabajado con él un tiempo. Por cierto, soy Luna —me presenté, ya que él no tenía intención de hacerlo.

Noté la mirada de Eliot clavada en mí y cuando alcé la vista me percaté de que tenía el ceño fruncido, tal vez no le hubiera gustado que me presentara. Me importaba una mierda, claro.

—Yo soy Colette, encantada.

Hasta su nombre sonaba sofisticado. Nos dimos dos besos y excluimos a Eliot de aquella conversación.

Tuve la sensación de que Colette no dudó ni un instante que yo solo fuera una compañera de trabajo de Eliot; la pobre, al ver mis pintas, no barajó en ningún momento que pudiera haber algo más entre nosotros.

Y es que, si los mirabas juntos, ellos dos hacían una pareja estupenda, tan altos, tan elegantes, tan guapos...; vamos, más o menos como yo.

—Pues voy a marcharme ya, que me esperan para ver una película. Disfrutad mucho del cine y de la cena. —Podrían acusarme de muchas cosas, pero nunca de no ser educada.

—Ha sido un placer conocerte, Luna —dijo Colette con una perfecta sonrisa repleta de dientes blanquísimos.

—Igualmente. Buenas noches.

Di por terminada la conversación y reemprendí mi camino, porque a ese paso no iba a llegar al súper, aunque hubiera preferido dar media vuelta para encerrarme en mi casa. Ya había andado unos cuantos metros cuando noté que alguien me agarraba del brazo.

—Luna... —murmuró sin soltarme.

Yo me limité a mirarlo a él y a la mano que me agarraba hasta que me soltó. Después me crucé de brazos en un burdo intento de protegerme, aunque no sabía bien de qué.

—¿Qué quieres, Eliot? Te están esperando —dije, porque vi por detrás de él, a cierta distancia, cómo Colette nos observaba.

—Nada; en realidad, solo quería decirte que me alegro de verte y que espero que estés bien.

—No tan bien como tú, pero no puedo quejarme —solté con demasiada acidez. Me reprendí mentalmente. ¿En qué estaba pensando para hacer ese tipo de comentarios?

—A veces no es oro todo lo que reluce —respondió, y el muy imbécil se permitió utilizar el refranero español.

—Créeme, ella no parece oro, parece más bien un diamante. Tengo que marcharme.

—No te entretengo más, que ya has dicho que te estaban esperando. Me ha gustado volver a coincidir contigo. Te deseo mucha suerte con la inminente publicación de tu novela.

—Gracias —murmuré dándome ya la vuelta.

Al llegar al supermercado estaba tan alterada que fui metiendo cosas en el carrito sin ton ni son. Pagué cuando lo tuve casi lleno y me largué de allí lo más rápido que pude. Lo último que deseaba era volver a cruzarme con ellos.

Cerré la puerta de mi piso como si alguien me persiguiera, y al llegar al salón comprobé que Alejandro y Noelia no se habían movido de como los había dejado.

—Te estábamos esperando para ver la película —dijo Noelia, y clavó con interés sus ojos en mí—. ¿Qué te pasa? Parece que hayas visto a un fantasma.

—Ya me gustaría, a quien he visto ha sido a Eliot.

—¡Oh, joder! —exclamó mi amiga—. Hacía mucho que no coincidíais.

—Sí, bastante.

Necesitaba serenarme un poco, así que me dirigí a la cocina para vaciar las bolsas. Dentro de ellas encontré jabón de manos, un par de latas de Fanta, un bote de tomate frito, otro de café, un tarro de lentejas, seis yogures, media docena de huevos y una tableta de chocolate.

—Por lo menos has acertado con el chocolate —ironizó Noelia desde el umbral de la puerta.

—¡Mierda! —exclamé enfadada y tirando la bolsa vacía sobre la encimera.

—¿Estás bien? —preguntó sin moverse, y es que Noelia sabía bien que cuando yo me ponía así era mejor darme mi espacio.

—Me jode que siga afectándome de esta manera, y más cuando a él no le importo absolutamente nada —dije en voz alta lo que llevaba pensando desde que lo vi, y mi corazón decidió montarse una fiesta de latidos acelerados.

—Eso no lo sabes. No tienes ni idea de lo que él siente...

—Iba acompañado de una rubia tan guapa que, en los cinco minutos que he estado hablando con ellos, me he planteado varias veces hacerme lesbiana.

—Vale, ya entiendo —murmuré, y supe que no iba a añadir nada que me consolara. No era de esas personas que intentan consolarte con palabras vacías—. Pues venga, que te dejamos elegir a ti la película, creo que hoy vas a necesitarlo, y ahora le decimos a Alejandro que vaya a buscar chucherías y palomitas.

—Gracias —susurré andando hacia ella y abrazándola.

—En otro momento, cuando estés más tranquila, te daré la chapa sobre lo guapa que eres y lo poquito que te valoras...

—Tú lo has dicho, en otro momento —la interrumpí.

Agradecí poder ver una película de acción, de esas en las que no dejan de ocurrir cosas. De ese modo mantuve mi cabeza ocupada durante la siguiente hora y media.

No pude continuar haciéndolo al meterme en la cama, pues no logré borrar la imagen de Eliot y Colette ni de mis pensamientos ni de mis sueños.

15. Mi cita

Eliot

Llevaba unas semanas bastante perdido. Después de la conversación que tuve con Luz, o, mejor dicho, del monólogo que se marcó para regañarme por «creer» estar enamorado de ella, había pensado mucho en ello y le había dado cantidad de vueltas. Cuando se me pasó un poco el cabreo inicial por cuestionar mis sentimientos, llegué a la conclusión de que, tal vez, un poquito de razón sí tenía. Quizá había confundido una pizca lo que sentía por Luz y a medida que transcurrían los días me fui percatando aún más. Porque me daba igual verla junto a Aarón, mi pulso no se aceleraba. Sí que me gustaba compartir tiempo con ella, por supuesto, pero cuando intentaba imaginarnos a los dos desnudos en una cama algo me hacía sentir mal, como si aquella imagen no terminara de cuadrarme, y eso resultaba jodidamente extraño porque Luz era una mujer preciosa y yo no me consideraba alguien muy selectivo con las mujeres con las que me acostaba, ya que solo se trataba de sexo.

Todo aquello me tenía bastante mosqueado, dado que yo llevaba mucho tiempo convencido de que la quería, pero tal vez, solo tal vez, era cierto que en mi forma de quererla no había nada de romántico. Así que decidí, después de meses sin quedar con nadie, que había llegado el momento de hacerlo. Llamé a Carmen, la cual se parecía mucho a mí y disfrutaba del sexo sin compromiso, pero estaba realizando una sesión de fotos fuera del país. Lo intenté con Laura y con Nuria, pero tampoco logramos encontrar un día para vernos, así que al final terminé llamando a Colette. Ella era un bellezón de mujer, más guapa que las otras tres, sin embargo, parecía esperar más de mí de lo que yo estaba dispuesto a dar. Nunca me lo había verbalizado, pero aquello era algo que se notaba.

Apenas habíamos salido en unas cuantas ocasiones y mi intención, hasta aquel momento, fue no volver a hacerlo; en cambio, terminé cediendo y quedando para ir al cine y a cenar con ella esa misma noche.

Salí tarde de la editorial y me tocó correr para llegar a tiempo a mi cita. Aunque antes tuve que ir a mi piso para cambiarme de ropa porque lo que

llevaba puesto me lo había manchado de café. Me hubiera gustado elegir algo mucho más informal, pero aquella camisa y aquellos pantalones fueron lo primero que cogí y lo único que tenía limpio y planchado. Me peiné en el espejo del ascensor, o más bien me pasé los dedos por el pelo, y continué corriendo para no llegar tarde.

Ni siquiera sé cómo lo hice, pero logré presentarme a tiempo, o por lo menos con solo un par de minutos de retraso. Colette ya me esperaba y, mientras me acercaba a ella, no pude dejar de apreciar lo guapa que era. Iba impecablemente vestida, como si en lugar de a una cita fuera a una pasarela.

—Perdona por hacerte esperar, he salido muy tarde del trabajo —me disculpé acercándome a ella y dándole dos besos.

Hacía tiempo que no nos veíamos y, aunque en el pasado compartimos mucho más que saliva, en ese momento no vi adecuado pasar de ahí.

—No te preocupes, acabo de llegar —murmuró con voz dulce.

Justo en ese instante recordé el motivo por el que no disfrutaba de las citas con Colette, aun siendo una mujer tan hermosa. Y es que ella tenía tantas ganas de gustar que su comportamiento no me resultaba natural. Todo le parecía bien, jamás alzaba la voz, nunca elegía nada, ni películas ni restaurante..., nada. Daba la sensación de que lo único que deseaba era complacer a la otra persona y, lejos de parecerme agradable, me resultaba impostado, poco creíble y de una falta de personalidad acojonante. Fue al pensar en esa personalidad cuando me vino Luna a la cabeza; desde luego, aquello era algo de lo que ella no iba escasa. Y como si la hubiera invocado la vi caminando hacia nosotros. Me habría asustado por la coincidencia si no fuera porque pensaba en Luna mucho más de lo que se consideraba adecuado.

Me paré a saludarla, a pesar de que Luna parecía un poco reacia a la idea, y mientras ellas dos hablaban yo me dediqué a observarla. No pude evitar sonreír porque estaba convencido de que había salido a la calle con la misma ropa que utilizaba para estar por casa, y así, sin peinar y con aquellas pintas, me pareció auténtica y bonita. Casi di un respingo ante aquel pensamiento. Tan absorto estaba en ello que cuando quise darme cuenta Luna ya se alejaba, la seguí sin pensarlo ni un minuto. Ni siquiera sabía qué decirle, pero fui improvisando sobre la marcha y me temo que al final no logré encontrar las palabras adecuadas para retenerla el tiempo que me hubiera gustado.

La observé mientras se alejaba. Después volví junto a Colette, que me esperaba para ir al cine.

Como era de esperar elegí yo la película y cuando salimos opté por hacerle caso a Luna y fuimos al tailandés que nos recomendó.

Me di cuenta de que algo no iba bien cuando Colette empezó a dar vueltas a su comida sin probarla. No se trataba de que comiera mucho, pero es que no se había llevado a la boca ni una sola cucharada.

—¿Ocurre algo? —pregunté sin dejar de comer, y es que Luna tenía razón, la comida de aquel restaurante era deliciosa.

—No, nada, es que la cocina tailandesa no me gusta mucho —murmuró tan bajito que me costó oírla.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —pregunté incrédulo.

—No sé...

Estaba convencido de que no había ocurrido, pero tuve que recordar la conversación que habíamos mantenido cuando le propuse ir a comer allí por si ella había dado algún indicio de no querer o de que aquella comida no le gustara. Por supuesto, no fue así.

—Colette, podríamos haber ido a cualquier otro sitio —murmuré, porque no quería sonar como realmente me sentía. Es que todo aquello me resultaba absurdo.

—Da igual, no tengo tanta hambre.

—Pero es que no se trata de eso. Voy a pedir la cuenta y busquemos otro local.

—No, claro que no, aún no has terminado de cenar.

—Ya, pero es que tú no has empezado —dije, y en esa ocasión no fui capaz de contener mi exasperación.

Sabía que no era culpa de ella, debían de haberla educado así o yo qué sé; pero, claro, no me sentía nada cómodo comiendo mientras ella me miraba.

No le hice caso y pedí la cuenta. Como era un poco tarde nos costó encontrar otro restaurante en el que cenar. Al final nos dieron mesa en un italiano y no quise pararme a pensar que todo lo que comió Colette fue una porción diminuta de pizza.

La conversación no fluyó y me vi llevando yo casi todo el peso, algo que me estaba agotando, pues empezaban a faltarme temas. Imagino que por eso cuando salimos de allí tenía un incipiente dolor de cabeza y lo único que quería era marcharme a mi casa.

—¿Te apetece venir a tomar una copa a mi piso? Está cerca de aquí —propuso Colette.

Era cierto que tenía fama de saltar de cama en cama y también era un hecho empírico la belleza de Colette, pero es que no habíamos conectado lo más mínimo. Y ya no se trataba solo del físico, es que ni siquiera parecía haber atracción.

Podría haberme inventado mil excusas: que me dolía la cabeza, que al día siguiente tenía que madrugar, que quería irme a casa... y ninguna de ellas habría sido mentira. Sin embargo, no quise darle un vago pretexto y fui todo lo sincero que pude.

—Lo siento mucho, Colette, pero estarás de acuerdo conmigo en que la cita no ha fluido y no creo que sea buena idea alargarla más.

Esperaba no haber sido demasiado directo, lo último que deseaba era que se lo tomara mal.

—Sí, tienes razón. Me he dado cuenta de que no iba a ir bien en cuanto he visto cómo mirabas a Luna.

Me parece que no fui capaz de contener la expresión de sorpresa que aquel comentario me produjo y más viniendo de Colette, que era del tipo de persona que jamás opinaba de nada. Por si todo aquello no fuera suficiente, era la segunda mujer que hacía referencia al modo en el que yo miraba a Luna.

—Perdona si en algún momento te he hecho sentir incómoda —añadí, porque no se me ocurría nada más. Negar lo que por lo visto era una evidencia habría sido inútil.

—No, no te preocupes.

Pero sí me preocupaba, pues que tu cita te echara en cara la forma en la que habías mirado a otra mujer me parecía, cuando menos, feo.

—Déjame que te acompañe a tu casa —le pedí.

—No es necesario, vivo aquí al lado —respondió, y parecía que no le apetecía nada que fuera con ella.

—¿Cómo de cerca? —insistí.

—En esa calle de allí —dijo señalando hacia la izquierda.

—Como me pilla de camino, te acompaño hasta la esquina.

Sobra decir que en ese trayecto —apenas unos metros— mantuvimos un silencio bastante incómodo.

Me despedí de ella con un par de besos y ninguno de los dos acompañamos aquella despedida con frases vacías, pues sabíamos bien que no volveríamos a vernos.

Continué caminando yo solo, a pesar de que había bastante distancia hasta llegar a mi casa. Creí que me vendría bien para ordenar mis ideas, aunque la realidad fue que no me sirvió absolutamente para nada y que me pasé todo el tiempo pensando en Luna.

Me metí en la ducha nada más llegar y al salir me tiré en el sofá. Aún era pronto y barajé la posibilidad de ver una película, pero acababa de salir del cine y no me apetecía, así que casi sin querer —es un decir, claro— volví a entrar en sus redes sociales. Aquello se estaba convirtiendo en una especie de costumbre que no podía permitirme.

No tardé en obligarme a salir de allí porque sabía que si no lo hacía terminaría analizando las cosas más ínfimas. Aunque lo que deseé hacer después fue incluso peor, porque estuve a punto, en un par de ocasiones, de enviarle un wasap. Menos mal que al final terminé por desistir y me metí en la cama con una mezcla de enfado —conmigo mismo— y tristeza.

16. Mi encantadora tía Gertrudis

Luna

El temido domingo había llegado. Tenía las mismas ganas de ver a la tía Gertrudis que de que me hicieran una colonoscopia sin sedación. Estaba casi convencida de que aquella mujer era la reencarnación de Satán y no, no era una exageración.

Seguramente por eso vi muy apropiado limpiar el piso aquel día. Pararme a pensar no era una buena idea, más que nada porque mi libro salía al día siguiente y no quería entrar en pánico. El «modo limpieza» también me sirvió para desfogarme. Aparte de eso, si terminaba llegando tarde a casa de mis padres tampoco pasaría nada. O por lo menos eso creí yo hasta que recibí una llamada de Luz.

—¿Sí? —dije con cautela.

—Luna, necesito que vengas, se me había olvidado lo insoportable que es la tía Gertrudis —murmuró. Yo supe, por su forma de hablar, que debía de estar encerrada en algún sitio.

Desgraciadamente a mí no se me había olvidado y tampoco fue mi idea invitarla a ninguna merienda, y mucho menos a una boda. Quise soltárselo a mi hermana, pero terminé por callarme porque me dio lástima.

—Llego en quince minutos —dije dejando lo que estaba haciendo y poniéndome en marcha.

—Gracias, Luna.

No me dio tiempo a contestarle porque Luz ya había colgado.

Salí de mi casa sin cambiarme de ropa y, si el día que me encontré con Eliot mis pintas eran horribles, creo que en aquella ocasión incluso me superé. Una maravilla, si teníamos en cuenta que estaba a punto de encontrarme con Belcebú. Aunque creí —ingenua de mí— que mi apariencia no podría echar más leña al fuego, pues, siempre que nos veíamos, mi tía encontraba diez mil cosas con las que meterse conmigo y seguro que aquella solo sería una más.

Veinte minutos, ese fue el tiempo exacto que tardé en llegar a casa de mis padres y también el que necesitó tía Gertrudis para desesperar a todos los miembros de mi familia: cuando mi madre me abrió la puerta, vi que ya tenía

cara de estar a punto de perder los nervios; mi padre directamente había desaparecido de allí alegando que no se encontraba bien —menudo cobarde—, y mi hermana —que, por otra parte, había sido la culpable de toda aquella situación— estaba sentada frente a mi tía con cara de querer hacerse el harakiri.

—Hola a todas —saludé al entrar en el salón en un burdo intento de suprimir los besos y no tener que dárselos a mi tía.

—Tú estás más gorda —me soltó nada más verme.

—Sí, es cierto, y tú más vieja —respondí, porque hacía mucho tiempo que decidí no callarme a ninguna de sus pullas.

—Lo mío ya no tiene remedio, pero tú, que aún no tienes ni novio, podrías tratar de cerrar la boca.

—Y tú el pico de cotorra que...

—Luna, cariño, ¿quieres algo de beber? —interrumpió mi madre.

La pobre llevaba regular aquellas batallas verbales. A ella le habían enseñado a ser respetuosa con las personas mayores, a mí también, solo que aquella víbora me sacaba de quicio.

—Un café con un chorro de ginebra —le pedí intentando que sonara a broma, pero lo cierto era que no llevaba ni dos minutos en presencia de mi tía y ya me moría de ganas de largarme de allí.

—Luna... —me advirtió mi madre.

—Échale más ginebra que café, a ver si así conseguimos que se calle —murmuró mi queridísima tía, lo suficientemente fuerte como para que la oyéramos todas.

—Si la ginebra consigue eso, será mejor que traigas un embudo, mamá —repliqué. Mi madre prefirió marcharse y desapareció en la cocina.

—¿No te da vergüenza que tu hermana pequeña se vaya a casar antes que tú? —volvió al ataque; si es que casi no me dejaba respirar entre una pulla y otra.

—La verdad es que ninguna. Y somos gemelas, tía.

—Pues tú pareces mayor y...

—Y más gorda y fea... —terminé yo la frase por ella.

—No pongas en mi boca cosas que no he dicho.

—A ver lo que tardas en hacerlo —solté mientras le mostraba mi sonrisa más falsa.

—Estábamos hablando de Aarón, dice tía Gertrudis que tiene ganas de conocerlo —intervino Luz por primera vez, en un burdo intento de destensar el ambiente.

—Seguro que él tiene las mismas ganas. —Es que no podía callarme, era estar cerca de ese carcamal y no ser capaz de parar.

—Eres una insolente, niña, siempre lo has sido —me regañó.

—Gracias, tía. Mejor ser insolente que una amargada.

—Yo creo que es más o menos lo mismo —dijo clavándome la mirada, y aquello sí me jodió.

Estaba a puntito de escupir todo el veneno que me estaba subiendo por la garganta cuando mi madre apareció con mi vaso de café.

—Tómatelo, hija.

—Elisa, parece mentira que hayas educado a tus dos hijas por igual, porque una da la sensación de proceder de Mayfair y la otra de un suburbio de Covent Garden.

No pude evitar soltar una carcajada ante la mención de aquellos lugares, porque hablaba de ellos como si aún estuviéramos en la época victoriana.

—¿De qué te ríes, si puede saberse? —graznó con enfado.

—De que a veces se me olvida que prácticamente eres una momia.

A mi hermana le dio la tos y a puntito estuvo de escupir el café que se estaba bebiendo. Con todo, lo que más me impactó fue que tía Gertrudis se llevó la taza a los labios en un intento de ocultar la media sonrisa que se le escapó, aunque le salió mal porque en el último momento logré verla. Eso me hizo pensar que tal vez aquellos duelos verbales no le disgustaban tanto como hacía ver.

—Luz, ¿seremos mucha gente en la boda? —preguntó la bruja cambiando de tema.

—No, las personas más cercanas, algún amigo y compañeros de la editorial.

Aquel comentario de mi hermana me hizo caer en algo que no había pensado hasta ese momento.

—A la boda vendrá Eliot, ¿verdad? —susurré con la ligera esperanza de que dijera que no.

—Sí, Luna, es que es mi amigo... —se justificó mi hermana sin mirarme a la cara.

—¿Quién es Eliot? —preguntó la urraca mirándonos a las dos.

Justo en ese instante me di cuenta de mi metedura de pata e intenté arreglarlo.

—Te lo acaba de decir Luz, un amigo suyo.

—Y, si es un amigo suyo, ¿para qué quieres saber tú si va o no va a la boda? A menos que para ti sea algo más...

No, desde luego no había arreglado una mierda. Al contrario, cometí la imprudencia de hablar de Eliot delante de mi tía y me tocaba pagar por ello.

—No, no es nada, tan solo sentía curiosidad —dije, a pesar de que sabía bien que aquello no sería suficiente.

—Claro, claro, ya sabes lo que dicen de que la curiosidad mató al gato. —Clavó los ojos en mí antes de continuar y supe que lo que estaba a punto de decir no iba a gustarme—. Me parecerá muy interesante conocer a ese tal Eliot y ver si está tan interesado en ti como tú en él.

Una gota me cayó por la espalda, y es que estaba empezando a sudar. De todo con lo que mi tía podría amenazarme, aquello era sin duda lo que más pánico me daba. Supongo que por ese motivo hablé sin pensar, dije lo primero que pasó por mi cabeza sin contar con nadie y sin tener en cuenta las consecuencias.

—Creo que eso no sería adecuado, ya que iré acompañada de mi pareja —solté la bomba sin levantar la mirada de mi taza de café.

Mi madre, que hasta ese momento había permanecido callada —estaba convencida de que intentaba pasar lo más desapercibida posible—, hizo un extraño ruidito con la boca y Luz me miró visiblemente ofendida, como si enterarse de aquel modo le hubiera dolido.

—Iba a preguntar quién es el afortunado, pero me temo que eso sería mucho decir.

No entendía por qué había tanta gente encantadora que moría joven y mi tía iba a terminar enterrándonos a todos. Imaginaba que era debido a todo el veneno que acumulaba dentro, debía de haberse vuelto inmune.

—Se llama Alejandro —alegué con una seguridad que no tuve ni idea de dónde provenía.

Me estaba metiendo yo solita en un lío monumental. A ver cómo salía de ahí; esperaba que, con un poco de suerte, mi tía estuviera muerta para la boda.

—Pero, Luna, yo no... Quiero decir que... —Mi hermana se estaba atascando porque todo aquello le sonaba rarísimo, y a la pobre razón no le

faltaba—. Lo que quiero decir es que la boda es el mes que viene y yo... Bueno, está todo bien.

He de reconocer que no oí ni una sola palabra de lo que dijo después de aclarar que se casaría en un mes —algo que yo sabía ya, pero que mi cerebro creyó conveniente olvidar—. Porque era demasiado justo como para que mi tía la diñara y yo iba a tener que pedirle a Alejandro que me acompañara a la boda o soportar que la bruja hiciera de casamentera con Eliot. Así que sí, Alejandro me acompañaría y a cambio yo haría lo que fuera, hasta entregarle a mi primogénito, si fuera preciso. El único inconveniente era que Luz mentía fatal, y si yo quería que aquello funcionara debería convencerla de que había vuelto con él. No es que quisiera engañarla, pero me temía que no iba a quedarme más remedio que hacerlo.

Lo dicho, que yo solita me había metido en un follón importante.

Giré la cabeza hacia mi madre y supe, por el modo en el que me miraba, que ella no se había tragado ni una sola palabra. Me gustó que no lo hiciera, porque por lo menos tendría a alguien con quien desahogarme.

—Pues, si está todo aclarado, yo voy a marcharme, que mañana sale mi novela y cuando empiece a ponerme histérica quiero estar en mi casa.

—Como si eso supusiera un gran cambio. Pareces estar histérica la mayor parte del tiempo. Ya me dirás qué tiene que contar en un libro de amor alguien como tú, que se ha pasado la mayor parte de su vida sola.

Era una señora tan encantadora, había sido una idea tan maravillosa que mi hermana la invitara a su boda, iba a aportar tan buen ambiente...

—Ten cuidado, tía, que parece que estés hablando de ti —dicho eso me levanté y sin esperar la réplica me despedí—. ¡Que paséis buen día! —grité desde la puerta.

Cerré cuando mi tía empezaba a hablar, por lo que no oí lo que decía. Mucho mejor, pues su aportación, fuera cual fuera, me la traía al paio.

Mientras volvía a mi casa fui discutiendo conmigo misma sobre el motivo por el que me había inventado todo aquello. Era cierto que la tía Gertrudis me sacaba de quicio, pero no debí darle ese poder, porque me tocaba mantener con Alejandro una conversación sumamente incómoda. Eso sin contar que Noelia también estaba invitada a la boda y que con toda seguridad no le haría ni puñetera gracia que él me acompañara a mí y no a ella. Aunque yo estaba

convencida de que ninguno de los dos iba a decir en voz alta nada de aquello, porque eso sería reconocer cosas que aún no habían aclarado entre ellos.

Si es que no podía haberlo complicado todo más de lo que lo había hecho.

Pensar en aquel lío me vino bien para no enfrentarme al hecho de que al día siguiente mi novela estaría en todas las librerías y plataformas del país. Porque en cuanto tomaba conciencia me temblaban las piernas y notaba el estómago revuelto. Así que, para evitar vomitar en medio de la calle, preferí continuar dándole vueltas a la boda, a mi tía y a que no iba a quedarme más remedio que asistir acompañada de Alejandro.

17. Buenas noticias

Luna

Era viernes. Casi había pasado una semana desde que le aseguré a mi tía que iría a la boda de mi hermana acompañada de Alejandro y todavía no había hablado con él. Aprovecharía que aquella noche venían todos a jugar al póquer para sacar el tema. Me sentía más segura si me encontraba rodeada de Fermín, de Virtudes y de Rosario; estaba convencida de que ellos me ayudarían.

En aquellos momentos iba camino de Letras, ya que mi hermana me había llamado hacía un rato para decirme que quería comentarme algo relacionado con el trabajo y, tal y como teníamos pactado, lo haríamos en la editorial. Aceleré el paso para terminar cuanto antes, pues estaba muerta de hambre. No tenía ni idea de lo que Luz quería decirme. Mis pensamientos, siempre tan saboteadores, ya habían barajado un millón de hipótesis, desde que la novela estaba yendo muy mal hasta que habían decidido rescindir el contrato. Y, por más que intentaba escapar de aquel negativo bucle, me resultaba imposible lograrlo.

Tan concentrada estaba que cuando salí del ascensor terminé chocando con alguien. No me hizo falta levantar la cabeza para saber de quién se trataba, el olor de Eliot era inconfundible.

—Hola, Luna —susurró.

Y yo odié la manera en que su voz me afectaba, como si algo caliente se expandiera dentro de mí. No el modo en el que se siente cuando estás cerca de una estufa, sino un calor que provenía de dentro. Hice todo lo posible para que no lo notara, aunque no estaba segura de que mis mejillas no se hubieran encendido.

—Hola, Eliot —saludé, intentando no paladear demasiado su nombre.

No entendía qué demonios me ocurría con aquel tío. Normalmente solía ser una mujer bastante racional, o por lo menos no era una auténtica pava. Respiré hondo y recordé que él estaba enamorado de mi hermana, y no solo eso, sino que se había acostado conmigo pensando en ella. Aquello me dio el valor que necesitaba.

—¿Me dejas pasar? —Aunque sonó como una pregunta, mi intención fue decirla más bien como una orden, pero me salió regular.

—Luna, creo que deberíamos hablar. Vamos a continuar viéndonos, ya sea por aquí o por otros lugares, sin ir más lejos en la boda de tu hermana, y no me gusta cómo nos tratamos cada vez que nos encontramos.

Juro que me mordí la lengua e intenté que mis siguientes palabras no destilaran ni amargura ni acidez, pero me temo que fracasé estrepitosamente.

—Quizá deberías haberlo pensado antes de acostarte conmigo mientras pensabas en mi hermana. —Sí, señor, lo había bordado.

—Yo nunca he dicho eso —afirmó con una rotundidad que no me creí.

—Pero tampoco lo has desmentido. Mira, Eliot, he quedado con Luz. Tengo prisa, así que si me dejas pasar...

—Me gustaría poder aclarar las cosas contigo.

—Yo no me preocuparía por eso. Ya ha pasado bastante tiempo. Además, creo que las dejaste bien claras.

—No, no tanto. Lo que quiero decir...

Nunca supe lo que quería decirme porque mi hermana eligió aquel momento para llamarme. Había caminado hacia donde estábamos y ya casi había llegado hasta nosotros.

—Tengo que marcharme —repetí.

Eliot suspiró y llamó al ascensor.

—Hasta pronto, Luna.

—Adiós, Eliot.

No lograba entender por qué aquella conversación me había entristecido. Tal vez por la insistencia de Eliot en explicarme algo que para mí estaba tan claro, es que no había forma de que pudiera justificarlo, por lo menos no conmigo. Seguramente todo lo que me había tocado vivir con mi hermana no ayudaba a que lo viera de otro modo. Y tal vez era cierto que estaba siendo obstinada, pero es que ya me había cansado de sentirme así, como si no fuera más que la sombra de ella, como si yo no contara, como si no fuera válida o digna.

Luz me sacó de mi ensimismamiento al agarrarme del brazo.

—¡Hola! Venga, vamos a mi despacho, que tengo algo que contarte.

Aquello consiguió que volviera a conectar con lo que me había llevado allí: mi hermana quería decirme algo sobre mi novela. Los nervios regresaron

al momento. Caminé junto a ella por inercia y en cuanto llegamos a su despacho me dejé caer en la silla que había frente a la suya.

—Vamos, dímelo, no me trates diferente por ser tu hermana. Voy a poder con esto igual que he podido con otras cosas —dije de carrerilla, y me percaté de que estaba hablando más para mí misma que para ella.

—¿De qué estás hablando, Luna? —preguntó con extrañeza.

—De que esto es como las tiritas, suéltalo del tirón, es lo mejor.

—Pero es que no entiendo qué crees que voy a decirte.

—Pues que la salida de la novela ha sido un desastre, que estoy a punto de hundir la editorial. ¡Yo qué sé!

—Luna, respira. La editorial no va muy boyante, pero tampoco se iría a pique por algo así. De todas maneras, lo que quiero decirte es más bien todo lo contrario. Vamos a poner en marcha la segunda edición de *La chica imperfecta*. Es cierto que no sacamos una tirada demasiado grande, pero está funcionando mejor de lo que preveíamos. Enhorabuena.

Necesité un buen rato para asimilar lo que Luz acababa de decirme. Tanto que mi hermana volvió a hablar antes de que yo fuera capaz de contestar.

—¿Me has entendido, Luna? ¿Estás bien?

Y aun así no pude abrir la boca. Solo fui capaz de levantarme y estrecharla entre mis brazos. Con la voz tomada, porque estaba a punto de llorar, le susurré:

—Gracias por creer en mí y en mi novela.

—Es una novela maravillosa. —Ella no se ocultaba y yo sabía que se había emocionado y que estaba a punto de echarse a llorar. Sin embargo, su siguiente comentario me pilló con la guardia baja—. Y después de esta estupenda noticia quiero que me expliques en qué momento has vuelto con Alejandro y por qué yo no sabía nada al respecto.

Me quedé en blanco, no supe qué decirle, aún estaba asimilando lo que acababa de contarme sobre mi novela y tenía el convencimiento de que había sacado el tema justo en aquel momento porque sabía que iba a sucederme eso.

—Yo... mmm... —Esa era yo respondiendo con coherencia.

—Hombre, algo tendrás que decir, ¿no?

Me aclaré la garganta e intenté ordenar mis pensamientos.

—Acabamos de volver y no quería decir nada hasta que no estuviera más segura, pero es que la tía Gertrudis hace aflorar lo peor de mí y no pude

contenerme.

—Eso lo entiendo perfectamente, qué mujer más insoportable.

—Lo que no logro comprender es el motivo por el que has decidido invitarla a tu boda. —Me callé que aquello fue lo que detonó que tuviera que mentirle a mi tía y de rebote a ella.

—Ay, no sé, me dio lástima.

—Luz, la tía Gertrudis puede provocar muchas cosas, pero lástima...

—Es que está tan sola...

—Por algo será —solté con impertinencia.

—Lo sé, lo sé. No me digas nada más, que he empezado a arrepentirme.

—Pues llámala y dile que te lo has pensado mejor y que ya no está invitada. Lo más probable es que al oírlo le dé un ataque al corazón. Ganamos todos.

—Mira que eres burra. Anda, vamos a comer, que estoy hambrienta y no pienso con claridad; capaz serías de hacer lo que dices.

—Yo no le veo ninguna fisura, la verdad —dije haciendo que Luz riera, pues se lo tomó como una broma, pero lo cierto era que a mí me parecía una idea buenísima.

Durante la comida, mi hermana y yo estuvimos hablando de su boda; de los invitados, la comida, el convite... Nada relacionado con el trabajo, eso lo dejábamos para cuando estábamos en Letras. Tampoco era que yo pudiera ayudarla mucho porque a mí toda aquella parafernalia me resultaba ridícula, exagerada e innecesaria. Pero, claro, a Luz le hacía ilusión y yo estaba allí para escucharla.

Nos despedimos y yo me fui hacia la galería, ese día había hecho un cambio con mi compañera y me tocaba trabajar de tarde. De esa manera el señor Fermín me pasaría a buscar a la hora de cerrar y nos iríamos juntos a mi piso para picar algo y jugar al póquer. Todo hubiera resultado maravilloso si no fuera porque me tocaba pedirle a mi amigo que se hiciera pasar por mi pareja en la boda de mi hermana. Un amigo que estaba convencida de que se había enamorado de mi compañera de piso. Si es que la cosa no hacía más que mejorar.

«En fin, paso a paso o terminará dándome un ataque de ansiedad», me dije a mí misma mientras abría la puerta de la galería.

Fermín y yo fuimos caminando y charlando hacia mi piso. Por un fugaz momento barajé la posibilidad de contárselo todo, de explicarle lo que me había ocurrido, cómo me sentí y la mentira que dije para acallar a la anciana decrepita de mi tía. Antes de pararme a pensar que tal vez cuantas menos personas lo supieran sería mucho mejor, me vi relatándole absolutamente todo, desde la noche en la que Eliot y yo nos acostamos hasta nuestro último encuentro en Letras.

—¿Y dices que está enamorado de Luz?

—Sí, fue justo lo que oí y mi hermana también lo oyó, claro. Por eso tengo la certeza de que no fue una mala interpretación por mi parte.

—Pues no sé qué decirte. Lo que sí tengo claro es que el lío que has formado con lo de Alejandro va a traer cola. Los enredos y las mentiras nunca acarrearán nada bueno, a no ser que pasen los años y lo mires en perspectiva; entonces puedes incluso reírte de ello.

—No creo que llegue a reírme nunca de este follón.

—Hazme caso, el paso del tiempo hace milagros con estas cosas.

Nos quedamos unos instantes en silencio hasta que casi habíamos llegado a la puerta de mi piso y Fermín volvió a hablar.

—Entonces, ¿tienes pensado comentarlo hoy con Alejandro, pedirle que se haga pasar por tu pareja en la boda de tu hermana?

—Exacto.

—Tampoco lo veo tan descabellado, por lo que me has contado él te aprecia y ya habéis sido pareja.

—El problema no es ese, lo malo es que Alejandro y Noelia, mi amiga y compañera de piso, están enamorados, aunque uno no se lo haya confesado al otro. Y me temo que esta farsa mía no hará más que distanciarlos.

—Espera un momento —me interrumpió Fermín deteniéndose en mitad de la acera—. ¿Con esto me estás diciendo que Noelia también está invitada a la boda de tu hermana?

—Exacto —repetí.

—Eso sí que es rizar el rizo, y te doy toda la razón cuando dices que es un lío tremendo.

Yo más bien añadiría alguna palabrota, como «lío de cojones», «puto lío»... o algo así. Y es que el berenjenal en el que me había metido por culpa de la momia de mi tía era algo que ni yo misma terminaba de entender.

18. Promesas

Luna

Cuando abrí la puerta de mi piso ya se encontraban todos allí. Virtudes y Rosario trajeron varias cosas para picar y Alejandro se había pasado por mi restaurante favorito, lo supe por el logo de las bolsas que estaban sobre la mesa. No pude evitar pensar que habría sido una velada estupenda si no fuera por la bomba que me tocaba soltar.

Así que desde que llegué hasta que casi terminamos de cenar no di pie con bola. Respondí y participé de las conversaciones de manera mecánica. Estaba dispersa y supongo que por eso se me cayó un vaso lleno de agua encima y me mojé entera, por lo que tuve que ir a cambiarme. Mientras me ponía la ropa seca en mi cuarto, decidí que de nada serviría alargar aquella situación y que debía hablar ya con Alejandro, pues cuanto antes me lo quitara de encima sería mucho mejor. Me lo fui repitiendo al salir, al volver a sentarme en la silla, así que una vez acomodada y sin mirar a nadie dije:

—Alejandro, necesito que te hagas pasar por mi pareja en la boda de mi hermana. —Continué comiendo, pese a que un denso silencio se instauró en el salón.

—Perdona, ¿qué?! —preguntó Alejandro con un tono de auténtica perplejidad.

—Le he dicho a la bruja de mi tía Gertrudis que tenía pareja y que iba a llevarla a la boda de Luz, y encima he matizado que esa pareja eras tú.

—Lo que no entiendo es por qué has hecho tal cosa —dijo Alejandro, y por su tono de voz supe que, aunque no estaba enfadado, tampoco parecía contento, claro.

Lo primero que hice al levantar la cabeza de mi plato fue mirar a Noelia, que tenía los ojos fijos en él. Su mirada reflejaba anhelo y un deseo que era incapaz de ocultar. No pude evitar sentir lástima por la situación y porque la petición que acababa de hacerle a Alejandro no iba a ayudar a que lo suyo avanzara.

—Porque mi tía es odiosa y si supieras cómo me trata...

—Luna, te conozco, si solo fuera por eso la hubieras mandado a la mierda y listo —me interrumpió cruzando los brazos y frunciendo el ceño. Sabía que quería una explicación y, si le había pedido que hiciera algo como aquello, estaba claro que debía de dársela.

—Lo cierto es que no sé cómo salió el nombre de Eliot..., mi tía lo asoció conmigo... y me dio pánico que intentara hacer de celestina.

Todos los que estaban allí conocían mi historia con Eliot, el único que no estaba al tanto era Fermín y ya me había encargado yo de que lo estuviera hacía solo un rato, durante el trayecto a mi casa.

—¿Y se te ocurrió la maravillosa idea de meterme a mí por medio? —me interrogó Alejandro.

—Fue lo primero que se me vino a la cabeza para salir del paso. Siento mucho haberte puesto en esta situación, entendería perfectamente que no quisieras hacerlo.

—Sabes muy bien que no voy a decirte que no —respondió, y mi mirada fue directa hacia Noelia, que bajó los ojos a su plato. Volví a mirar a Alejandro solo para comprobar que la estaba mirando a ella. Menudo triángulo había montado yo solita.

—A ver si me aclaro —dijo Virtudes—. ¿Vas a ir a la boda de tu hermana acompañada de Alejandro para que tu tía no haga de celestina entre Eliot y tú?

—Eso es —respondí, porque lo había resumido a la perfección.

—Pero si eso sería lo mejor que podría sucederte.

—¿Cómo dices? —pregunté, dado que no entendía lo que quería decir.

—Luna, por más que intentes ocultarlo, te has enamorado de Eliot, o, si no lo estás aún, te quedan un par de encuentros más con él para que eso ocurra. Por lo tanto, que os emparejen es maravilloso.

—Virtudes, Eliot está enamorado de mi hermana —dije con rotundidad.

—Luz va a casarse con un hombre estupendo y Eliot no tiene nada que hacer ahí.

—Sí, pero no es tan fácil. Que Luz vaya a casarse no cambia el hecho de que él siga enamorado de mi hermana.

—Está claro que me faltan muchos datos, pero me apostaría mi colección de posavazos a que lo que le ocurre a Eliot es que está más confundido que una brújula rota.

—Sea como sea, yo lo oí confesándole a Luz que estaba enamorado de ella.

Se hizo un silencio que me ayudó a ordenar un poco mis ideas. Hasta que, unos instantes después, Alejandro lo rompió.

—De acuerdo, te acompaño y me hago pasar por tu pareja, pero con una condición —alegó con contundencia.

—Lo que quieras. —Solo faltaría que después de lo que iba a hacer por mí no aceptara lo que él me pidiera.

—Quiero que hables con Luz y que consigas que Noelia se siente a mi lado. Si debo tenerte en un lado a ti, en el otro quiero que esté ella.

Y aquello sonó a declaración encubierta. Sé que a mi amiga le pareció lo mismo porque se sonrojó muchísimo.

Todo apuntaba a que las cosas se iban arreglando. Solo me quedaba hablar con Luz e inventarme algo para que sentara a Noelia junto a Alejandro sin que pareciera una petición un tanto extraña. A ver qué se me ocurría. De momento iba a disfrutar de haber logrado salir de aquel embrollo más o menos bien.

Cambiamos por completo de tema y hablamos de un buen puñado de cosas. Virtudes, Rosario y Fermín se centraron en comentar el nuevo libro del club de lectura, que les estaba entusiasmando, y también hablaron del traspaso de la panadería de la esquina que hasta hacía una semana había regentado Emilia, una mujer que llevaba detrás de aquel mostrador desde que la adquirió su madre y ella solo tenía quince años. Muchos vecinos habían bajado el día anterior a despedirse, fue bonito porque era una mujer muy querida por el barrio.

Aunque no fui capaz de centrarme demasiado en las conversaciones, porque me dediqué a mirar a Alejandro y a Noelia solo para comprobar que algo había cambiado entre ellos. Ojalá el lío en el que me había metido —y los había arrastrado a ellos— ayudara a que dieran el paso que, tenía claro, estaban deseando dar.

Aquella noche me metí en la cama proclamada campeona de póquer de la velada y mucho más tranquila que la noche anterior, en la que me costó mucho conciliar el sueño. Imagino que por esa razón me quedé dormida casi en el acto.

Ingenua de mí, creí que aquel problema quedó resuelto en cuanto Alejandro aceptó hacerse pasar por mi pareja.

Lo dicho, en ocasiones me puede el optimismo.

A la mañana siguiente me propuse pasarme el día encerrada en casa escribiendo y alternarlo con la lectura. Era sábado y tenía pensado descansar, pero mis planes se vieron alterados en cuanto mi hermana me llamó para pedirme que nos viéramos, pues tenía algo que comentarme respecto a la boda. Me extrañó que necesitara verme para ello y no pudiera contármelo por teléfono, aunque terminé cediendo y quedando un par de horas más tarde, en un bar que estaba bastante cerca de mi casa.

Me puse lo primero que encontré, que resultaron ser unas mallas y una camiseta ancha que había conocido tiempos mejores. Me hice una coleta y al salir cogí el bolso y las gafas de sol.

Mientras caminaba me alegré de que Luz me hubiera llamado, pues hacía muy buen día y el sol calentándome el rostro me estaba sentando genial. En cambio, todo ápice de buen humor se desvaneció en el mismo instante que entré en el bar donde había quedado con mi hermana y me la encontré acompañada de Aarón y de Eliot.

Estuve a punto de darme la vuelta, pero ya me habían visto y no era plan.

—Hola —saludé apretando la mandíbula y clavando los ojos en Luz para ver si se daba por aludida y entendía que no estaba nada contenta con aquella encerrona.

—Hola —respondieron casi todos a la vez.

Me senté —quizá con cierta irritación— en la silla que estaba vacía, junto a mi hermana y Eliot. Me pareció bien porque, al quedar este a mi lado, no tenía que mirarlo a la cara.

—Pues vosotros diréis —pedí con impaciencia, tamborileando los dedos contra la superficie de la mesa.

—He decidido que nos encontremos aquí porque quería hablar con los dos sobre mi boda y al no tener ninguna relación con el trabajo he creído más apropiado hacerlo fuera de Letras —explicó mi hermana alternando la mirada de Eliot a mí—. Veréis, sois mi mejor amigo y mi hermana y desearía que las cosas entre vosotros fueran de otra manera, pero como bien me ha hecho entender Aarón yo no puedo cambiar eso, así que lo único que deseo es que me digáis qué está en mi mano hacer para que os sintáis lo más cómodos posible.

No podía creer que mi hermana hubiera montado todo aquello, que me obligara a ver a Eliot y a sentarme junto a él, solo para eso. ¿No podría habérmelo preguntado a mí y luego, en otro momento, a él?

Respiré hondo para tranquilizarme porque Luz no tenía la culpa de nada, aparte de que la intención era buena. La miré a los ojos cogiéndole las manos.

—Luz, vas a tener una boda increíble y nada ni nadie va a empañarla...

—Pero es que quiero que vosotros estéis bien —protestó interrumpiéndome.

—Y lo estaremos, no te preocupes por eso.

—Además, ya te ha dicho Luna que vendrá acompañada por su pareja, no sé por qué le estás dando tantas vueltas —terció Aarón sin apartar los ojos de Eliot.

—Si sé que tenéis razón, pero es que quiero veros bien —repitió.

—Y estaremos bien —respondí girándome hacia Eliot para que confirmara mis palabras. Sin embargo, la intensa mirada que me estaba dedicando no ayudó a mi cometido.

Menos mal que pasados unos instantes dijo:

—Luz, no te preocupes. Luna tiene razón, estaremos bien, tú solo tendrás que disfrutar de tu día.

—Tal vez estoy pareciendo una egoísta —añadió mi hermana, y Aarón puso los ojos en blanco—, pero no se trata de que quiera que mi día sea perfecto, o no solo eso, vaya. Se trata de vosotros. Lo que quiero es que también lo disfrutéis, lo paséis bien, os divirtáis...

—Lo haremos, te lo prometo —susurré apretando sus manos, pues aún no las había soltado.

Y así fue como, por primera vez en mi vida, hice una promesa que no estaba segura de poder cumplir.

19. El vestido

Luna

Las últimas semanas habían sido una montaña rusa y empezaba a necesitar bajar un poco las revoluciones. Por un lado, estaba el tema de mi libro, que me estaba dando tantas alegrías que aún me costaba creerlo. Si la cosa continuaba así, era posible que en breve saliera una tercera edición y yo aún me encontraba flotando en una nube.

Por otro lado, la boda de mi hermana había acaparado todo el protagonismo y el tiempo, y yo no terminaba de entender cómo había logrado transmitirme su nerviosismo. Y por último estaba Eliot...

El día que salimos de aquel bar, aún no había llegado a mi casa cuando recibí un wasap suyo.

Eliot:

Por mí no hay problema con lo que ha dicho Luz. Lo último que deseo es estropearle el día de su boda.

Yo:

Pienso lo mismo.

Eliot:

Además, no creo que tú tengas ningún problema en ignorarme y pasarlo bien si vas a ir acompañada.

Yo:

Tampoco creo que a ti te suponga un gran esfuerzo beberte unos cuantos mojitos y fingir que no se está casando la mujer de la que estás enamorado.

No era mi intención entrar a matar, pero es que me lo había puesto a huevo. Comprobé que Eliot leía mi mensaje y en cuanto vi que se había desconectado guardé el móvil. Sin embargo, no tardó en volver a escribirme. Lo hizo aquella misma noche.

Eliot:

Hola. Solo quería hacerte una pregunta: cuando nos liamos, ¿estabas saliendo con él?

No se me pasó por alto que no volvió a la conversación de aquella misma mañana y que no respondió a mi último wasap.

Yo:

Si eso hubiera sido así, tampoco sería de tu incumbencia. Solo fue una noche. Solo fue sexo.

Eliot:

¿Y entonces por qué estás tan cabreada conmigo?

En esa ocasión fui yo quien no se esperaba aquella respuesta y decidí no contestarle. Podría haberle explicado que no era lo mismo, que Luz era mi hermana, pero preferí dejarlo estar.

Con todo, volvió a escribirme un par de días más tarde. Hubo un momento que estuve a punto de volver a bloquearlo; en cambio, y sin entender el motivo, no lo hice.

Eliot:

Mira lo que tengo.

El wasap iba acompañado de una foto en la que se veía la mano de Eliot agarrando mi libro. De fondo, una librería que no lograba reconocer.

Eliot:

Estoy por ponerme a gritar que he sido yo quien ha diseñado la cubierta.

Y así fue como Eliot empezó a enviarme fotos de mi novela en diferentes sitios. No me escribía cada día, pero sí con bastante asiduidad, aunque no volvimos a hablar ni de mi pareja —imaginaria— ni de sus sentimientos por mi hermana.



Esa mañana me levanté temprano, aunque me hubiera apetecido quedarme en la cama hasta las mil. Era sábado y podría haberlo hecho si no me hubiera comprometido a acompañar a Luz.

Lo cierto era que a mí todo aquello me parecía que rozaba lo ridículo, pero entendí que para mi hermana era importante, así que llegué puntual a casa de mis padres. Fue mi madre la que me abrió.

—Hola, hija. Pasa, a ver si logras calmar a tu hermana. —Por el tono de su voz, ella también parecía alterada.

—¿Por qué? ¿Está más nerviosa de lo habitual? —casi grité, a punto de entrar en pánico.

—Un poco sí, claro que la presencia de tu tía no es que ayude mucho.

Por poco no me rompo el cuello de lo rápido que me giré a mirarla.

—¡No me jodas que está aquí la bruja! —exclamé dando un paso hacia la puerta.

—Se ha presentado sin avisar y, en cuanto a tu hermana se le ha escapado que íbamos a la última prueba del vestido de novia, se ha apuntado. Ha sido imposible hacerle cambiar de idea.

—¡Me cago en la puta! —volví a exclamar, esta vez frotándome la cara.

—Esa boca, Luna —me regañó mi madre.

A mí no se me ocurría un plan peor que acompañar a mi hermana a que se probara por millonésima vez su vestido de novia, que ya me dirás para qué cojones tenía que hacerlo tantas veces; ni que engordara y adelgazara diez kilos cada semana. Pero es que, si encima a esa tortura se apuntaba la momia,

hubiera preferido que me arrancaran los ojos de las cuencas con una cuchara oxidada.

Dejé que mi madre entrara primero al salón, en un burdo intento de disponer de unos instantes para hacerme a la idea de la mañana que me esperaba.

—¿Ya ha llegado la otra? —oí que preguntaba Tutankamon.

«La otra». Qué forma tan sutil de hacerme sentir como una mierda. Porque esa sola palabra daba a entender que mi hermana era la importante, yo solo «la otra». Respiré profundamente intentando que las palabras de una moribunda amargada no me afectaran o lo hicieran lo menos posible porque estaba convencida de que esa mujer era como los perros o los tiburones, que olían el miedo y la sangre a distancia.

—Sí, ya estoy aquí —dije al entrar en el salón—. La que no deberías estar eres tú.

—Voy a ver el vestido de novia de mi sobrina favorita.

—Bah, ni siquiera es tu sobrina. Y con asistir a la boda ya era castigo más que suficiente.

—¿Estás intentando decirme algo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Sí, que te vayas a tu casa y nos dejes tranquilas —refunfuñé dejándome caer en el sofá.

—Querida, hoy estás incluso más impertinente de lo que viene siendo habitual en ti. ¿Te ha dejado ya tu novio? Si no lo ha hecho, imagino que no tardará mucho. A ver quién es capaz de aguantar a alguien como tú...

—¡Ya está bien! —Nos interrumpió mi madre alzando la voz, y todas la miramos—. No voy a permitir que le estropeéis el día a Luz, así que, si no os veis capaces de comportaros, nos iremos ella y yo solas.

La bronca de mi madre surtió efecto y le calló la boca a mi tía, por lo menos hasta que llegamos a la tienda y empezamos un tira y afloja por lo bajini, sin que nadie más nos oyera.

—Deberías aprender de tu hermana y casarte de una vez, antes de que no te quiera nadie —murmuró cerca de mi oído mientras mi madre ayudaba a mi hermana a cambiarse en el probador.

—¿Como te ha pasado a ti?

—Hablo en serio. ¿Por qué no te casas con el tipo ese con el que sales?

—Porque una boda está al final de mi lista de prioridades.

—No puedes...

Lo que mi tía tuviera que decir se quedó interrumpido por la salida del probador de mi hermana con su vestido de novia puesto.

Luz era una mujer impresionante, eso lo sabíamos todas las presentes y todo el universo, pero es que con aquel traje parecía... Estaba increíble.

—Aarón se va a caer de culo cuando te vea —dije sonriendo.

—Estás preciosa —añadió mi tía emocionada. Yo me giré y clavé mis ojos en ella, pues creía que era incapaz de llorar; bueno, de llorar, de reír o de expresar algún tipo de emoción, más allá del resentimiento o de la amargura.

—¿Qué miras? —me soltó.

—Nada, solo pensaba que debes de tener ya un pie en la tumba y por eso haces cosas extrañas, como albergar sentimientos.

Una fugaz y mínima sonrisa se dibujó en su rostro y, aunque la hizo desaparecer con rapidez, estaba convencida de haberla visto. Era la segunda vez que captaba algo así en ella y no tuve claro qué sentir el respecto. Tampoco le di más vueltas porque volví a clavar rápidamente la mirada en mi hermana y sin querer, pese a que todo aquello me parecía una auténtica absurdez, me emocioné al verla tan preciosa y feliz.

La enorme sonrisa que ella mostraba hablaba de lo conmovida y contenta que se sentía, por lo que no pude hacer otra cosa que levantarme, acercarme y estrecharla entre mis brazos.

Fue un acto tan natural y espontáneo que supe que hasta mi madre se había sorprendido, y eso que hacía tiempo que mi hermana y yo logramos cambiar nuestra relación por completo y teníamos muchos más gestos de cariño la una hacia la otra.

—Estás preciosa —susurré pegada a su cuello.

—A mí me encanta, pero no sé si...

—No tengas dudas, Luz.

Estuve a punto de decirle algo así como que era ese, que ese vestido se había hecho para ella o alguna otra cursilería por el estilo, pero no me hizo falta porque mi hermana me entendió sin tener que verbalizarlo (menos mal). Aunque también era cierto que, si Luz hubiera decidido casarse con el vestido más feo que tuvieran, seguiría estando preciosa.

Al salir de la tienda nos encaminamos a casa de mis padres, donde mi hermana dejaría el traje de novia. Luz había decidido hacerlo de la forma

tradicional y la noche antes de la boda se quedaría a dormir allí —otra cosa absurda que sumar a la lista—.

Pensé en que por fin iba a poder marcharme a casa, pero cuando empecé a despedirme mi hermana me mató con la mirada y supe que aquello no iba a poder ser, así que me resigné a olvidarme de mi sofá y de mi libro.

Lo mejor de todo fue que mi tía llegó a la conclusión de que era demasiado para ella volver caminando y decidió marcharse. Aquello me alegró y empecé a tomarme la mañana de otra manera. Por lo menos hasta que despedimos a mi tía y mi madre se giró hacia mí y me dijo:

—Y ahora que tu tía se ha marchado y estamos las tres más tranquilas, vas a hacer el favor de explicarme qué te traes entre manos.

Sabía que acabaría sacando el tema y que no me quedaría de otra que confesar, pero no quería hacerlo delante de Luz, pues era amiga de Eliot y pésima para guardar secretos de ese tipo. Así que lo único que se me ocurrió fue alzar los hombros y salir del paso como buenamente pude.

—Acabo de acordarme que me he dejado el lavavajillas encendido. Mamá, luego te llamo y te lo explico todo. Luz, vas a estar preciosa; más de lo normal, quiero decir. Nos vemos pronto. —La última frase la tuve que gritar porque me fui alejando a medida que hablaba.

Sabía que ni por asomo mi madre iba a dejar las cosas así, pero yo había ganado un poco de tiempo.

O eso creí.

20. La noche anterior a la boda

Luna

Como era de esperar, mi madre me llamó aquella misma noche. Barajé la posibilidad de no cogerle el teléfono, pero supe que aquello sería absurdo y que era capaz de presentarse en mi casa si la preocupaba en exceso.

—Ahora que no está tu hermana ya puedes largar —dijo mi madre en cuanto descolgué.

—¿Cómo sabes que no te lo quería explicar por Luz? Igual es contigo con quien no quiero hablar.

—Porque soy tu madre. Y porque sé lo sensible que estás con todo lo que tenga que ver con Eliot, así que deja de cambiar de tema y ve al grano.

Cómo sabía mi madre que toda aquella farsa estaba relacionada con Eliot era algo de lo que no tenía ni la más remota idea.

—Mamá, es que no quería que la tía hiciera de casamentera conmigo y con Eliot. Quizá ahora ya no está la cosa tan mal entre nosotros —pensé en la cantidad de mensajes que habíamos intercambiado últimamente—, pero es que cuando todo ocurrió yo estaba...

—Dolida, hija, estabas dolida. Es normal. Continúa.

—No, si no hay mucho más que explicar. Involucré a Alejandro y el pobre sin comerlo ni beberlo se ha visto arrastrado a esta farsa. Lo peor es que creo, bueno, no creo, sé que siente algo por Noelia y ella por él y yo, con todo este lío, he terminado metiéndome en medio.

—La verdad es que me sorprende viniendo de ti.

—¿El qué? —pregunté como la ingenua que era.

—Que seas tan idiota, qué va a ser. Hubiera sido tan fácil como pararle los pies a tu tía, que por otro lado es algo que se te da la mar de bien.

—Lo sé —lloriqueé—, pero es que en aquel momento no se me ocurrió otra cosa.

—En fin. A ver cómo sales de esto.

—Mamá, no estás ayudando —me quejé.

—Es que no creo que quieras oír lo que estoy pensando.

Aquello me puso en guardia porque mi madre no era, precisamente, de las que se callaban nada.

—En realidad, sí quiero saberlo —pedí sin estar del todo convencida.

—Hija, Eliot te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir; de lo contrario, no hubieras montado toda esta parafernalia...

—Imaginando que eso sea cierto, que tampoco lo estoy afirmando, el problema es que Eliot está enamorado de Luz.

—No estoy segura de que eso...

—Mamá, lo oí y Luz también, así que ya está. Iré a la boda de mi hermana acompañada de mi ex, que está enamorado de mi amiga, para evitar que la tía Gertrudis me empareje con Eliot, que está enamorado de mi hermana...

—Es que menudo lío... —suspiró mi madre.

—La cuestión es que debo de tener algo malo para que nadie se enamore de mí —intenté que el final sonara a broma, aunque estaba convencida de que no lo conseguí.

—No hay absolutamente nada malo en ti, y no quiero que hables así —me regañó mi madre.

—Lo sé, mamá, lo sé. Solo estaba bromeando.

—Pues no me gusta que bromees con esas cosas. Si Eliot y Alejandro no saben apreciarte, que se jodan. ¿Me oyes?

—Alto y claro —respondí sin poder reprimir la sonrisa.

—Pues repite conmigo: ¡que se jodan!

Me lo hizo repetir gritando y al final a las dos nos dio la risa, tenía la seguridad de que esa había sido su intención. Pero lo cierto fue que cuando colgué el teléfono me sentía mucho mejor.



La semana pasó volando. Lo más destacable fue que Eliot y yo continuamos hablando por WhatsApp. No acababa de entender qué me llevaba a responder cada uno de sus mensajes. Quizá que hablábamos de cosas banales, muchas veces incluso divertidas. Tal vez porque teníamos un buen puñado de cosas en común, o podría ser que mi madre tuviera razón y Eliot me gustara «un poco

bastante». El caso fue que durante aquella semana había sido la persona con la que más hablé. Y eso era mucho decir, porque el señor Fermín me había visitado todas las tardes.

Así que los días se sucedieron con tal rapidez que antes de darme cuenta llegó la noche previa a la boda. Luz me había pedido que durmiera también en casa de mis padres, con ella, y yo acepté encantada.

Llegué allí un rato antes de la cena y me senté en el sillón junto a mi padre, que parecía ser el único que mantenía la calma aquella noche.

—No entiendo lo nerviosa que está por algo que desea tanto y que tiene milimétricamente controlado —le susurré en cuanto me acomodé.

—Eso mismo pienso yo, pero qué sabrá un viejo de estas cosas. —Mi padre solo se llamaba viejo o se hacía el enfermo cuando le interesaba. Por eso lo miré sonriendo—. Y tú, ¿cuándo vas a hacer una absurdez de estas?

—¿Te refieres a una absurdez como casarme? —pregunté alzando una ceja.

—Sí, o algo así.

—Algo así aún te lo compro, pero casarme con todo este paripé ya te digo yo que no. Nunca.

—No, no te pega en absoluto —reflexionó él.

—¿Y qué me pega, papá? —indagué con curiosidad.

—Alquilar una casa con barbacoa y piscina, rodeada solo de los más allegados. Nada de ropa elegante, ni peinados elaborados, ni ceremonias... Solo risas y diversión.

Pues sí que me conocía bien, sí.

No pudimos continuar hablando porque mi madre nos llamó para poner la mesa. Había preparado la comida preferida de Luz y mía y el olor que salía de la cocina me estaba haciendo la boca agua.

Comimos en silencio, pues mi madre se había superado y la sopa y las croquetas estaban deliciosas. Nuestra comida favorita distaba mucho de ser algo excesivamente elaborado o extravagante, aunque a mí las croquetas me daban tanto trabajo que prefería no hacerlas. Cuando acabamos con el postre, un espectacular tiramisú, me recosté en la silla y me llevé las manos a la barriga. No me cabía ni un bocado más.

—Mamá, estaba todo espectacular —dije con sinceridad.

—Ya ves tú; está claro que no os hemos criado en la sofisticación, porque sopa y croquetas es más un menú infantil que otra cosa.

—Eso es porque no han probado ni tu sopa ni tus croquetas —añadió mi padre.

—Y cambiando de tema —lo cortó mi madre, dado que le costaba recibir halagos; ni idea de a quién habíamos salido mi hermana y yo—, no logro entender cómo vais a dormir, ya sabéis que vuestro padre transformó uno de los cuartos y...

—Mamá, la que era la habitación de Luna tiene ahora dos camas. Sobreviviremos —ironizó Luz.

—Estoy segura de ello, pero intentad descansar, aunque sea un poco, porque mañana va a ser un día lleno de emociones.

Me aguanté para no poner los ojos en blanco, aunque al mirar a mi padre no pude evitar sonreír. Mi madre y mi hermana hablaban de la boda como si en lugar de pasar por la peluquería y comer en un buen restaurante fueran a embarcarse para ir a la guerra.

—No te preocupes, mamá, tengo pensado descansar. —Luz siempre tan correcta.

—Qué va, mamá, pienso llevarme a Luz de fiesta. Llegar aquí, bien entrada la madrugada, borrachas como cubas con el tiempo justo para que Luz pueda ducharse y ponerse su vertido de novia. —No me quedó más remedio que desmentir aquello en cuanto vi la mirada de pánico de mi madre—. Vamos a portarnos bien —cedí resoplando.

Hubiera sido genial pasar la última noche de soltera de mi hermana de bar en bar, pero estaba claro que aquella maravillosa idea solo me lo parecía a mí.

Una hora más tarde Luz y yo estábamos acostadas en la que fue mi habitación durante un montón de años. Ni siquiera recordaba la última vez que me fui a la cama tan temprano.

Pensaba que mi hermana ya estaría dormida, por eso me sobresalté cuando me susurró:

—Luna, ¿estás despierta?

—No paras de moverte, claro que estoy despierta.

—Es que no puedo dormirme, estoy nerviosa.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté girándome hacia ella y apoyando el codo en la almohada.

—Me ha parecido muy buena idea lo que has propuesto antes.

No necesité más para salir de la cama de un bote.

—Hay que hacerlo con sigilo, si mamá nos pilla nos resultará mucho más difícil escaparnos —dije mientras me quitaba el pijama.

—Yo diría que casi imposible.

—Por eso hay que hacerlo bien.

—Oirá la puerta al cerrarse —protestó Luz.

—Eso nos da igual porque ya estaremos fuera.

Debió de parecerle la respuesta correcta porque salió de la cama y las dos nos vestimos intentando hacer el menor ruido posible.

Caminamos con todo el cuidado del mundo por el largo pasillo, el problema llegó cuando Luz se tropezó con una de las sillas del salón y le dio la risa floja. Risa que me contagió a mí también. Cosa que hizo que corriéramos hasta la puerta.

Cuando salimos me lo tomé como un pequeño triunfo y en cuanto cerramos la puerta las dos corrimos escaleras abajo como si volviéramos a ser dos crías que habían desobedecido a su madre.

Entramos en el primer bar que encontramos y pedimos el cóctel más cutre de la carta. Y durante las siguientes horas repetimos en otros lugares.

Llegamos a casa bien entrada la madrugada y nos creímos invencibles cuando después de un par de intentos logramos abrir la puerta y nos encontramos con todo a oscuras. No nos habían pillado. O eso pensamos hasta que de pronto las luces se encendieron de golpe, algo que nos hizo entrecerrar los ojos.

—Al final habéis hecho lo que os ha dado la gana —refunfuñó mi madre cruzándose de brazos. Mi hermana y yo intercambiamos la mirada de ella a nosotras y nos dio la risa—. Anda, que vaya cogerza lleváis. Meteos en la cama, ya que apenas vais a dormir unas pocas horas.

Fue marchándose hacia su habitación con ímpetu y quejándose por lo bajo, algo que hizo que mi hermana y yo volviéramos a reír.

Caminamos más o menos en línea recta hasta nuestra habitación y nos dejamos caer en la cama. Ni siquiera nos quitamos la ropa ni los zapatos.

—Luna —murmuró mi hermana pasados unos segundos.

—Dime —respondí ya medio dormida.

—Gracias, ahora sí que podré dormir.

—No hay de qué.

—Me lo he pasado tan bien contigo...

—Yo también, Luz, yo también.

No estoy segura de que mi hermana oyera la última frase que dije porque nos quedamos dormidas casi en el acto.

21. La boda

Luna

Por supuesto, nuestra madre no tuvo ni un ápice de compasión para despertarnos a la mañana siguiente. Intenté taparme con las sábanas alegando que yo no tenía que levantarme tan temprano. No funcionó.

Me quité la ropa de la noche anterior y me puse un pijama, pues imaginé que estaría mucho más cómoda para lo que se me venía encima. No me equivoqué porque al salir al salón ya había allí un ejército de mujeres: la peluquera, la maquilladora, la fotógrafa y un par de ayudantes. Yo me escabullí para entrar en la cocina y allí me encontré con mi padre.

—Necesito un café —murmuré dirigiéndome hacia la cafetera.

—Creo que un ibuprofeno tampoco te iría mal —bromeó desde el rincón donde estaba sentado.

—Toda la razón. Voy a llevarle lo mismo a Luz, estoy segura de que me lo agradecerá.

Me fui directa al armario donde se guardaban los medicamentos y salí de la cocina con un café y un ibuprofeno para mi hermana que a duras penas pude darle, pues ya estaban todas aquellas mujeres encima de ella.

Pensé en irme a dar un paseo para ver si lograba despejarme un poco y para escapar de aquel bullicio. Sin embargo, mi madre tenía otros planes para mí, porque por lo visto yo también iba a necesitar que me peinaran y me maquillaran —como si no supiera hacerlo solita—. Aunque después de que nos pillara la noche anterior no me atreví a llevarle la contraria. De manera que durante las siguientes horas me sometí a aquella tortura intentando quejarme lo menos posible.

No permití que me hicieran nada demasiado sofisticado y pedí que me dejaran el pelo suelto, así que me marcaron unas ondas bastante discretas.

Cuando acabaron conmigo y me miré en el espejo me costó creer que la persona que me devolvía la mirada fuera yo. No se trataba de que no me peinara o no me maquillara, pero ni lo hacía con demasiada frecuencia —me refiero a estirarme el pelo y esas cosas, peinarme sí que me peinaba cada día— ni, por supuesto, del modo en el que lo habían hecho ellas.

—Ay, hija, estás preciosa —suspiró mi madre. Yo clavé los ojos en ella, que se veía feliz y radiante.

—¡Pues anda que tú! —exclamé—. Pero, vaya, que hoy no es ni tu día ni el mío y la que tiene que estar guapa es Luz. Aunque, claro, eso a ella le costará más bien poco —bromeé sin un ápice de ironía, rencor ni celos.

Con toda aquella puesta a punto la mañana se pasó en un suspiro y cuando quisimos darnos cuenta ya era la hora de salir de casa.

Luz estaba espectacular, más de lo habitual, y yo me sentía cómoda, que para mí era lo más importante. Me había decantado por un mono color vino, con escote en forma de corazón, estrecho por la parte de arriba, ancho por abajo y con bolsillos. Lo acompañé con unas sandalias sin mucho tacón que parecía que no iban a hacer que al terminar el día tuviera que amputarme los pies.

La ceremonia sería en el restaurante, así que, cuando llegamos allí, mi madre y yo nos adelantamos, pues mi padre y mi hermana entrarían más tarde.

Lo primero que vi al caminar por aquel pasillo fue a Aarón, que parecía nervioso y no dejaba de ajustarse el cuello de la camisa con el dedo índice. Le hice un gesto intentando tranquilizarlo, para que supiera que habíamos llegado.

De verdad que, cuanto más avanzaba la boda, más absurdo me parecía todo. ¿Qué pensaba mi cuñado, que mi hermana no iba a aparecer? Pero si estaba colada por él. ¿No hubiera sido mucho más sencillo que durmieran juntos, se arreglaran juntos y fueran los dos al restaurante? Así evitarían nervios y tonterías varias. O, ya puestos, mandar a la mierda todo aquello y con lo que se habían gastado en aquel convite haber hecho un pedazo de viaje. Madre mía, me hacían los ojos chiribitas solo de pensarlo. Lo único de todo aquello que contaba con mi aprobación era que no había demasiados invitados, solo las personas de su círculo más íntimo.

Después de esa ráfaga de pensamientos llegué a la conclusión de que si estaban nerviosos que se jodieran, porque aquellos nervios los habían elegido ellos.

Mi madre y yo nos dirigimos hacia la primera fila, donde ya nos esperaban mi falso novio y Noelia. Me quedé un poco cortada porque no sabía cómo saludar a Alejandro, no habíamos hablado de eso. Al final terminamos dándonos un fugaz y torpe beso en los labios.

No me costó localizar a Eliot, de hecho, lo había visto al caminar hacia el primer banco. Estaba sentado en la fila siete, junto a otros compañeros de la editorial. Lo saludé con la cabeza y él me devolvió el saludo con una sonrisa.

Suspiré y llegué a la conclusión de que tal vez cabía alguna posibilidad de que todo aquel lío terminara bien.

Nos acomodamos en los asientos y esperamos a que mi hermana hiciera acto de presencia —debo decir que se hizo de rogar y tardó más de diez minutos. En fin...—.

La ceremonia resultó bonita y emotiva, pero lo que más me gustó fue su corta duración. Sí, me estaba dando cuenta de que era una romántica (nótese aquí la ironía).

Nada más terminar, nos encaminamos a la sala donde se serviría el aperitivo. Solo me había tomado el café al levantarme y estaba muerta de hambre, imaginaba que Luz estaría igual. Esperaba que no tardara mucho la sesión de fotos o terminaría dándole un bocado a la cámara o a alguien, porque mi hermana cuando tenía hambre era como yo, nos poníamos de muy mal humor.

Casi me abalancé al primer camarero que salió con una bandeja de canapés. Cogí tres con la excusa de que me había mareado hacía un rato y necesitaba ingerir algo. Caminé hacia un rincón para comerlos con cierta tranquilidad.

—Mira que eres maleducada, aquí apartada de todo el mundo—cacareó una voz tras de mí.

¡Mierda! Me había olvidado de que la bruja también estaba invitada.

—Que es exactamente lo mismo que estás haciendo tú —le eché en cara antes de meterme otro canapé en la boca.

—Yo soy una persona mayor que está descansado...

—Pues sigue descansando, pero la lengua, porque...

—Hola, Luna.

Cerré los ojos porque, si ya era malo que mi tía estuviera allí, que se encontrara con Eliot solo hacía que empeorar las cosas. Había albergado la ingenua esperanza de no tener que presentarlos.

—Hola, Eliot —susurré para que mi tía no me oyera, pero resultó absurdo porque esa mujer tenía un pie en la tumba, pero un oído excelente.

—Vaya, este es el famoso Eliot.

Fruncí el ceño, pues no tenía ni idea de que hubiéramos hablado tanto de él como para que la momia lo llamara de aquel modo.

—Hola, señora. Hasta el momento desconocía que fuera famoso —respondió él, y yo puse los ojos en blanco.

—Eliot, esta es mi tía Gertrudis, una señora encantadora —ironicé, aunque no estuve segura de que Eliot pillara la ironía—. Tía, este es Eliot.

—Encantada de conocerte, muchacho. Y dime, ¿de qué conoces a mis sobrinas? —La voz aflautada de la urraca me puso la piel de gallina.

—Conozco a Luz de hace mucho tiempo y desde hace unos meses trabajo en su editorial.

—Está bien que con la que más hayas coincidido haya sido con Luz, al menos te habrás llevado una buena imagen de la familia, porque la otra...

—La otra soy yo, por si no te ha quedado claro —mascullé dirigiéndome a Eliot.

—Con Luna he trabajado en la portada de su libro y...

Menos mal que al dinosaurio le pudo la inquina que me tenía y cortó a Eliot, porque no estaba segura de que me gustara lo que él estaba a punto de decir.

Por si el ambiente no estuviera ya bastante caldeado, Alejandro y Noelia eligieron aquel preciso momento para hacer acto de presencia.

—Hola —saludó Alejandro apartándose con reticencia de Noelia y pasando su mano por mi cintura.

—Hola, estaba haciendo las presentaciones entre mi queridísima tía y Eliot —les dije. Los dos sonrieron, pues tanto Alejandro como Noelia conocían mi aversión por ella.

Alejandro me sonrió y, justo cuando yo le estaba devolviendo la sonrisa, noté cómo alguien se movía.

—Tú debes de ser la pareja de Luna. Encantado, yo soy Eliot.

¿Podría ya abrirse una grieta en el suelo y engullirme, por favor?

—Encantado, yo soy Alejandro —respondió estrechando su mano.

—Así que este es tu novio, déjame que lo vea. —Mi tía clavó los ojos en el pobre Alejandro, que no sabía dónde meterse—. Pues es guapo —dijo con sorpresa.

—¡Claro que es guapo! —exclamé enfadada—. No sé qué co... esperabas.

—Pues es que hoy no estás mal porque te has adecentado un poco, pero el resto de los días...

—Luna es una mujer preciosa —me defendió Eliot, y el ambiente se tensó. Nos rodeó un silencio incómodo.

No había sido muy normal ni adecuado que fuera precisamente él quien hiciera aquella observación.

—¿Y tú quién eres para decir algo así? —lo interpeló mi tía clavando sus ojos en él.

—Solo un hombre con ojos en la cara. Si me perdonáis... —objetó Eliot dando media vuelta para marcharse, dejándome con una estúpida sonrisa en la boca.

Me percaté de que había sido la primera vez que no le rebatía algo así, que no le respondí que más guapa le parecía mi hermana ni ninguna pulla parecida. Solo acepté el cumplido y ya está.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

—Qué insolente decir algo así de una mujer con su pareja delante —refunfuñó mi tía.

—Definitivamente vives en el siglo pasado. Anda, vamos —le pedí a Alejandro tirando de su mano, y mientras caminaba agarré también la de Noelia para sacarla de allí.

Si pensaba que la tensión ya había terminado estaba muy equivocada, porque mi hermana había cedido sentando a Noelia al lado de Alejandro, pero es que a mi otro lado se le ocurrió la maravillosa idea de sentar a Eliot.

¡Pues, hala, ya estábamos todos!

22. Otra vez

Eliot

Llevaba semanas más confuso de lo habitual, lo cual era mucho decir porque, desde que Luz me comentó —mejor dicho, me afirmó con rotundidad— que era imposible que estuviera enamorado de ella, mi vida se había convertido en más caótica de lo normal. Menos mal que no volví a saber nada de mi progenitor; aquello me daba cierta tranquilidad, por lo menos en ese ámbito de mi vida.

De lo que sí me di cuenta fue de que ya no me afectaba ver a Luz y a Aarón juntos, no tenía claro si era porque me había hecho a la idea o porque Luz tenía algo de razón y malinterpreté mis sentimientos.

Y, para mayor sorpresa por mi parte, me afectó mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir enterarme de que Luna iba a ir a la boda de su hermana acompañada por su pareja. No podía dejar de pensar en si ya salía con él cuando estuvimos juntos. Sabía que era una chorrada y que no tenía derecho a pedirle ningún tipo de explicación, pero no lograba alejar ese pensamiento.

Si todo aquello me afectó, el remate fue lo que sentí al verlos juntos en la boda de Luz. Tenía que reconocer que hacían muy buena pareja y que se notaba la complicidad que había entre ellos —lo que me llevaba a deducir que debían de conocerse bien y desde hacía tiempo—. Quizá por eso fui incapaz de despegar los ojos de él cuando, aquel día, agarró su cintura con posesión. ¿Qué demonios me estaba pasando? Y, lo que era aún peor, ¿cómo había podido decir que Luna era guapa delante de su novio, de su amiga y de su tía? Que no es que fuera ninguna mentira y menos aquel día, que al verla llegar con su madre me había dejado hasta sin respiración, aunque habría estado mucho mejor callado, eso seguro.

Supongo que por ese motivo, al percatarme de que nos habían sentado juntos, me asaltaron los nervios.

En cambio, lo que creí que sería un infierno en realidad estaba yendo bastante bien, pues, a pesar de que Luna tenía a su pareja al otro lado, este

parecía estar enfrascado en una charla interesantísima con Noelia. Hecho que utilicé para poder hablar libremente con ella.

—Un encanto tu tía, ¿eh? —ironicé sonriendo, porque menudo personaje me había parecido la señora.

—Uff, no lo sabes bien. Es una mujer horrible, pero es que a mí me tiene una manía especial que parece desatar solo conmigo.

—¿Quieres decir que con el resto del mundo es amable? —pregunté con cierto retintín.

—Tampoco te pases —bromeó—. Dejémoslo en que con el resto del mundo no se comporta como una psicópata.

—Una maravilla de mujer —susurré sonriendo.

—Un amor, sí. Me consuela saber que ya no debe quedarle mucho de vida —soltó sin inmutarse, y yo estuve a punto de escupir el vino. Después tuve que ahogar una risotada, pero solo lo conseguí a medias. Es que no se podía ser más bruta—. Es cierto, está entre los noventa y la muerte.

Ahí ya solté una sonora carcajada y supongo que se la contagié a ella, porque a los dos nos dio un ataque de risa que intentamos disimular sin mucho éxito.

Cuando se nos pasó, decidí cambiar de tema o al final acabaríamos llamado la atención de todos los invitados.

—¿Cómo llevas que esté a punto de salir una tercera edición de tu libro? —Me sentía tan orgulloso de ella y de todo lo que estaba logrando que no pude evitar que se me notara en la voz.

—Aún no puedo creerlo, la verdad.

—Pues créetelo, es...

Me detuve porque nuestras manos se tocaron y los dos alzamos la mirada para clavárnosla mutuamente. No fue difícil deducir que ambos pensamos en aquella noche, cuando esas mismas manos recorrieron el cuerpo del otro. Y estaba convencido de que no me imaginé el deseo que vi en sus ojos, pese a que apartó su mano de la mía con rapidez. Sin embargo, a partir de ese momento empezó entre nosotros un juego que los dos estábamos dispuestos a jugar, aunque sabíamos que no había manera de que terminara bien. Y es que los roces, las caricias encubiertas, las sonrisas y los flirteos se sucedieron durante toda la comida.

Era muy consciente de que quien saldría más jodido con todo aquello sería yo, pues no terminaba de tener claro lo que sentía por Luna. Eso sin

contar que ella tenía novio y que para más inri estaba sentado al otro lado de ella. Aun así, fui incapaz de pararlo; aunque, si era del todo sincero, tampoco me esforcé demasiado. Imagino que no lo hice porque me pilló por sorpresa que Luna cambiara tanto su actitud hacia mí. Y eso me estaba gustando en exceso.

Pese a que lo estaba disfrutando, toda aquella situación me había dejado tan impactado que tardé un rato en entender que el gesto que Luna acababa de hacerme, al levantarse, era para que la siguiera. Con total seguridad se notaría que los dos faltábamos en la mesa, pero fue algo que me dio exactamente igual. Me había vuelto un auténtico kamikaze, o un gilipollas, dependiendo de cómo se mirara. El caso fue que caminé tras ella hasta que llegó a una puerta que abrió para entrar en una habitación que yo desconocía que estuviera allí. Ahí tuve mis dos segundos de lucidez; ¿qué ocurriría si nos pillaban? Se podría liar una muy gorda. ¿Sopesé esa posibilidad? Ni por un instante, solo pasó fugazmente por mi mente y la aparté a un lado. El único pensamiento que tenía en la cabeza era que Luna estaba dentro de esa habitación y yo quería estar con ella.

Eché el cerrojo en cuanto entré en aquel cuarto, que parecía un baño, pero que no lo era, pues se trataba de una estancia mucho más amplia, y clavé mis ojos en los de Luna. No nos hizo falta más. Los dos acortamos la distancia que nos separaba y nos fundimos en un beso que hablaba de deseo, pero también de desesperación, de ansia y de necesidad.

Caminamos sin separar nuestras bocas hasta llegar a una especie de diván antiguo que se encontraba en un rincón. Aparté un momento a Luna de mí para que se sentara en él, tenía intención de que aquellos instantes me ayudaran a serenarme, pero resultó que, al mirarla, con los labios inflamados, los ojos ardientes y la respiración entrecortada, tuvo el efecto contrario.

Pasé mis manos por su espalda y bajé la cremallera del mono que llevaba, tuve que levantarla un momento para poder quitárselo y aproveché para volver a besarla. Fue aún peor cuando la tumbé de nuevo ya solo con la ropa interior. Y me sorprendí al percatarme de cuánto había echado de menos volver a tocarla, volver a tenerla así.

Intenté aclarar mis pensamientos, aunque, lejos de llegar a la conclusión de que aquello no era una buena idea, que estábamos en la boda de Luz, encerrados en un cuarto y que podrían pillarnos de un momento a otro, en lo

único que podía pensar era en que deberíamos darnos prisa. Pero en ningún instante se me pasó por la cabeza no tocarla, alejarme.

Mis dedos subieron por sus piernas hasta detenerse en la unión de sus muslos. Luna jadeó y a mí se me escapó un resoplido. Le bajé las bragas con cierta brusquedad y me arrodillé ante ella. Tenía tantas ganas de volver a probar su sabor que no me anduve con ninguna contemplación, eso y que debía hacer que se corriera con rapidez, pues teníamos que salir de allí lo antes posible. Me sentí orgulloso de mí mismo cuando no tardé ni tres minutos en conseguirlo.

Los dos sabíamos que no podíamos pasar de ahí, pues no llevábamos preservativos. Por eso cuando noté el último espasmo en su cuerpo me puse en pie y me coloqué bien la camisa, pero Luna tenía otros planes para mí y no tardó en ser ella la que me bajó los pantalones, a pesar de que intenté disuadirla en un par de ocasiones. Fui igual de rápido que ella, algo que no me sorprendió porque no recordaba haber estado tan excitado en mi vida.

Creo que cuando los dos salimos de aquella habitación no habían transcurrido ni diez minutos, aunque también era muy consciente de que habíamos intercambiado jadeos y gemidos, pero ni una sola palabra. Ni siquiera para quedar en salir por separado y con unos minutos de diferencia. Hasta eso lo hicimos sin hablar.

Me encontré con ella en la mesa cinco minutos después. Estaba hablando con Alejandro y aquella imagen, justo después de lo que había ocurrido entre nosotros, me sentó como un puñetazo en el estómago. Así que, antes de volver a sentarme, decidí caminar un rato por los alrededores. Todavía no había llegado al pequeño riachuelo que cruzaba aquel paradisíaco lugar cuando oí que me llamaban.

Cerré los ojos porque posiblemente era la persona con la que menos ganas de interactuar tenía en aquellos instantes.

—Hola, Luz —dije cuando llegó junto a mí—. Enhorabuena, de nuevo.

—¿Adónde vas? —preguntó obviando mis felicitaciones.

—Necesitaba que me diera el aire.

—No ha sido buena idea ponerte al lado de Luna, ¿verdad? Mira que se lo dije a Aarón —comentó chasqueando la lengua.

Me sorprendió que la idea de sentarnos juntos fuera de él y no de ella.

—No, qué va. Todo está perfecto. Tú hoy no tienes que preocuparte por nada. Anda, vuelve a la mesa —la apremié, porque necesitaba estar solo.

—Me vendrá bien alejarme un rato. Me están poniendo, entre todos, la cabeza como un bombo.

Caminamos en silencio hasta que me percaté de que Luz se estaba ensuciando toda la cola del vestido.

—¿Estás segura de que quieres seguir? Te vas a acabar rompiendo el vestido.

—Qué más da, si no voy a volver a ponérmelo nunca.

—Vamos, Luz, que nos conocemos. Suelta lo que hayas venido a decirme y lárgate ya, que es tu boda y estás perdiendo el tiempo aquí conmigo.

—Eliot, eres mi amigo, nunca pierdo el tiempo contigo. Eres tú el que parece estar dispuesto a desperdiciarlo.

—¿Ves?, ahora vas afinando. No te cortes, sigue, sigue —la animé con sarcasmo.

—¿Qué os traéis entre manos mi hermana y tú?

—Sea lo que sea, no es asunto tuyo —intenté no sonar borde, no estoy seguro de que lo consiguiera.

—No te estoy preguntando por lo que habéis hecho quince minutos encerrados en el cuarto de la novia, que por si no te has dado cuenta es el mío. Solo quiero tener claro que no os habéis vuelto locos. ¿O se os ha olvidado que la pareja de Luna está sentada justo a su otro lado?

—No, te aseguro que soy muy consciente de ese detalle —solté con inquina.

Antes de responder, Luz clavó sus ojos en mí y los entrecerró.

—Ni siquiera sé qué responder a eso. ¿Te has dado cuenta por fin de que no es de mí de quien estás enamorado?

Incluso tuvo la desfachatez de cruzarse de brazos y de mirarme como si yo fuera imbécil.

—No estoy enamorado de tu hermana —afirmé categórico.

—¿No? ¿Estás seguro de eso? Porque lo disimulas de pena.

—Me he acostado con ella un par de veces, ¿y qué? —Si lo que habíamos hecho hacía unos minutos podía llamarse así.

Era consciente de que me estaba poniendo a la defensiva y de que empezaba a no sentir nada de lo que decía.

—Pues que tú nunca has querido complicaciones, que lo primero que hacías cuando deseabas acostarte con alguien era asegurarte antes de que

estaba libre. Y lo segundo, que tu carta de presentación era que no se hicieran ningún tipo de ilusiones contigo.

—No creo que Luna esté ilusionada.

—No me refería a eso, y lo sabes.

—¿Entonces? —pregunté con chulería.

—Odio cuanto te haces el tonto conmigo. A lo que me refiero es a que ya no es solo que Luna esté emparejada, es que su novio está aquí. ¡Joder!

Luz había alzado la voz, en su boda. Aquello no pintaba bien, y lo peor de todo era que tenía razón.

23. El grupo de WhatsApp

Luna

¿Qué demonios tenía en la cabeza para haber invitado a Eliot a seguirme y terminar practicando sexo oral en la boda de mi hermana? Serrín, eso era de lo que la tenía llena. Y es que ni siquiera podía echarle la culpa al alcohol porque apenas había bebido.

Lo peor de todo era que no estaba segura de sentir arrepentimiento, pero sí un poco de vergüenza. No por lo que había hecho, sino por arrastrar a Alejandro y a Noelia a aquella situación, para terminar liándome con Eliot a escondidas.

Así que me comporté como una cobarde y utilicé a Alejandro de parapeto el resto de la boda para evitar tener que enfrentarme a Eliot y a lo que habíamos hecho. Por suerte, él se marchó —desconocía dónde— y cuando regresó ya habíamos terminado de comer, por lo que no tuvimos que volver a sentarnos juntos.

Me dio la sensación de que si fue tan fácil no cruzarme con Eliot se debió a que él tampoco estaba muy por la labor de querer hacerlo, ya que en la boda no había tantos invitados.

Lo importante fue que conseguí disimular bastante bien. Que mi hermana se lo pasó genial y que su boda estuvo de diez. Todo aquello pensaba cuando iba en la parte trasera del coche de Alejandro.

—Muchas gracias por todo —agradecí otra vez.

—No ha sido nada —respondió él clavando los ojos en Noelia, que iba en el asiento del copiloto.

—Por cierto, ahora que estamos solos, ¿qué ha sido esa estampida que habéis hecho durante la comida? —preguntó Noelia girándose hacia mí y alzando las cejas.

—¿De verdad quieres que te responda a eso? Solo tenías que ver la cara que traían los dos al volver para percatarte de lo que habían estado haciendo —bromeó Alejandro.

«¿En serio resultó tan evidente?», pensé. Y yo creyendo que habíamos logrado pasar desapercibidos.

—No, si yo eso lo tenía claro. Solo quería saber cómo estaba Luna y si debía preocuparme por algo. —Noelia ya no sonreía.

—Estoy bien —afirmé, guardándome para mí que estaba bien más o menos. Quería llegar a casa, meterme en la cama y analizar lo ocurrido.

Necesitaba entender qué me había llevado a tontear del modo en el que lo hice con Eliot y cómo fui capaz de levantarme de aquella mesa y esperar — más bien desear— que él viniera tras de mí. Y qué leches me había ocurrido para no poder poner fin a aquella situación, a pesar de que ni era el momento ni el lugar adecuado para que ocurriera nada entre nosotros. ¡Joder!, si es que fui yo misma la que se había inventado una relación con Alejandro para no tener que interactuar con él y... voy y...

Menos de tres minutos, eso fue lo que tardé en correrme en su boca. No podía sacarme aquello de la cabeza. Me tapé la cara con las manos e hice un ruidito de fastidio. No porque me hubiera costado tan poco, sino por la persona con la que decidí compartir ese orgasmo.

—Eso no ha sonado muy bien —dijo Alejandro.

—Déjala tranquila, imagino que tendrá que asimilar muchas cosas. Como, por ejemplo, que Eliot no le es tan indiferente como quiere hacer ver —continuó Noelia.

Yo solo deseaba salir de allí, dejar de estar encerrada en un coche con ellos, pues lo último que necesitaba era a aquellos dos entrando en debate sobre mis sentimientos por Eliot.

—A ver, que se ha largado en medio de la boda de su hermana, a hacer... todos sabemos el qué, con él, aun estando yo allí, que se supone que era su pareja. Eso es muy fuerte incluso para ti, Luna.

—¿Podéis hablar de vuestras cosas y dejarme un ratito en paz, por favor? —supliqué.

Pero no tuve suerte, porque se pasaron el resto del trayecto de vuelta a nuestra casa cotorreando de mí y de Eliot.

Cuando, por fin, me metí en mi cama suspiré aliviada. E intenté hacer lo que hacía siempre que una situación me sobrepasaba, le quité hierro. Probablemente le estaba dando más importancia de la que en realidad tenía. Era casi seguro que Eliot no volvería a tocar el tema y aquel escarceo se borraría de su mente antes de que coincidiéramos de nuevo. Ni siquiera nos habíamos acostado, solo había sido sexo oral —del bueno—, pero no pasamos

de ahí. Eliot no le dedicaría ni un solo pensamiento. Es más, era posible que hubiera terminado la noche con mi prima Marga, que se había pasado toda la boda detrás de él. Obvié lo que ese pensamiento me hizo sentir y me centré en continuar con mi disertación. Sin embargo, el sonido de mi móvil detuvo mis planes y me giré para cogerlo.

Toda esperanza de que fuera él se vio frustrada cuando leí el mensaje que había enviado mi padre al grupo familiar.

Papá:

Ya va siendo hora de añadir al nuevo miembro de la familia a este grupo, ¿no creéis?

Luz:

Pues no sé, papá, eras tú el que no quería hacerlo hasta que no estuviéramos casados, que ya me dirás qué tontería más grande.

Papá:

Solo era por presionar un poco al chaval, hija.

Mamá:

Luz, ¿qué haces con el móvil en tu noche de bodas?

Luz:

Acabamos de terminar de bailar y vamos de camino a casa.

Mamá:

Tened cuidado.

Yo:

Tampoco tanto, que quiero ser tía pronto.

Mamá:

¡No me refería a eso! Quería decir que tuvieran cuidado con el coche.

Yo:

Te hemos entendido, mamá. Era broma.

Papá:

Hala, pues ya está añadido.

Aarón:

Gracias por el privilegio de dejarme formar parte de este grupo.

Hasta yo podía notar el sarcasmo en aquella frase.

Mamá:

¿Pero tú no estás conduciendo?!

Luz:

Mamá, acabamos de llegar a casa.

Mamá:

Bueno, entonces os dejamos.

Aarón:

No, antes me gustaría preguntarle a mi cuñadita si se lo ha pasado bien en nuestra boda.

¡Menudo cabrón! Había sido muy mala idea añadirlo a aquel grupo.

Yo:

Déjame tranquila y dedícate a hacerle una hija a mi hermana.

Aarón:

Tiene que ser niña, ¿verdad?

Yo:

Hombre, y más te vale que se parezca a Luz.

Aarón:

Me acabo de marear. No había pensado en eso.

Me encantó ser yo por una vez quien se lo hubiera hecho pasar mal.

Papá:

¿Por qué ha preguntado Aarón si te lo habías pasado bien en la boda? ¿Ha ocurrido algo que debemos saber?

Aarón:

J4, J4, J4, J4.

No, definitivamente había sido una idea de mierda meter a mi cuñado ahí.

Yo:

Nada, papá, lo he pasado genial.

Aarón:

¡Eso seguro!

Luz:

Tranquila, Luna, le acabo de quitar el móvil.

Yo:

Gracias.

Papá:

No me entero de nada, creo que me estoy perdiendo algo importante.

Mamá:

Antonio, cuando quieran explicárnoslo, ya lo harán.

Yo:

¿Pero vosotros dos no estáis juntos?

Pregunté, pues me parecía de lo más extraño que hablaran por el móvil estando en la misma casa.

Mamá:

Sí, pero quería que quedara constancia de mi comentario.

Yo:

No hay nada que contar. Y dejad de centraros en mí, que hoy es el día de Luz.

Mamá:

Ha sido una boda preciosa, cariño.

Menos mal que a partir de aquel momento la conversación se centró en mi hermana y se olvidaron de mí. O eso creía yo hasta que mi padre me mandó un wasap por privado.

Papá:

Ya te dije que Eliot me gustaba.

Joder, y yo pensando que habíamos sido discretos y resultaba que se había enterado todo el mundo.

Yo:

Yo en tu lugar no me haría ilusiones.

Papá:

Hagas lo que hagas estará bien. Buenas noches, hija.

Yo:

Buenas noches, papá.

Y con aquellas tranquilizadoras palabras de mi padre logré quedarme dormida.

Durante el día siguiente me dediqué a dormitar y a ir del sofá a la cama. Debería ponerme una televisión en mi cuarto, pues Noelia y Alejandro acaparaban la del salón y, por más que me insistieran en que yo podía poner lo que quisiera, sabía que a ellos no les gustaban el mismo tipo de películas que a mí, así que prefería encerrarme en mi habitación a leer un poco.

Una de las veces que salí de ella, me encontré un panorama con el que no pude hacer más que sonreír.

—¡Ya era hora! —exclamé apoyada en el quicio de la puerta, lo que hizo que se sobresaltaran.

—Joder, Luna, ¡qué susto!

—Eso os pasa por liaros en el sofá. Tenéis una habitación a unos metros.

—Eres tan bruta... —murmuró Noelia.

—Lo siento, no sabía que tenía que ser delicada. Después del tiempo que lleváis mareando la perdiz, estoy segura de que lo de la habitación es urgente.

Alejandro intentó disimular una carcajada y Noelia sonrió.

—Yo voy a por algo de comer y prometo no salir de mi cuarto en unas horas.

Y eso fue exactamente lo que hice.

Por la mañana me llegó un wasap de Patricia para ver si podía acercarme a la editorial. La habían dejado a ella al mando mientras mi hermana y Aarón estaban de luna de miel.

Llegué a Letras unos minutos antes de la hora y mientras subía en el ascensor rezaba a las diosas para no encontrarme con Eliot. Pero supongo que las diosas tenían otras cosas más importantes que hacer, pues me topé con él en cuanto llegué a las oficinas. Estaba sentado frente a su ordenador y durante unos pocos segundos pude contemplarlo sin que me viera. «La verdad es que es guapo de cojones», pensé.

Caminé hacia el despacho de Patricia, sabiendo que debía pasar cerca de Eliot y sin dejar de pensar que no había vuelto a saber nada de él desde el sábado, apenas hacía dos días, pero es que después de lo que habíamos compartido creí que me enviaría aunque fuera un escueto mensaje. Pero no.

—Hola, Luna —me saludó casi sin levantar los ojos de lo que estaba haciendo.

—Hola, Eliot —respondí sin detenerme. Solo lo hice cuando al pasar junto a él me agarró la mano.

—Creo que tenemos que hablar.

Aquellas palabras me sonaron igual de mal que al resto de la humanidad y casi sin querer me puse a la defensiva.

—Pues yo creo que no hay nada de lo que hablar.

—Luna... —Su voz sonó a advertencia.

—Eliot, ni siquiera llegamos a acostarnos y... —No me dejó terminar la frase.

—¿Crees que lo que hicimos fue menos íntimo que si hubiéramos follado?

—Lo que intento decir... —Volvió a interrumpirme.

—Ya sé lo que intentas decirme y no quiero que lo hagas. Terminamos practicando sexo oral en la boda de tu hermana, con tu pareja presente. Yo creo que sí tenemos algo de lo que hablar —susurró para que nadie lo oyera.

—Voy a ver a Patricia, ¿nos tomamos un café cuando salga? —cedí.

—Vale.

La reunión con Patricia fue un poco desastre, no por lo que me dijo, que fue todo bueno, pues la novela parecía que cada vez funcionaba mejor, sino porque yo tenía todos los sentidos puestos en la conversación que iba a mantener después con Eliot.

Ni siquiera sabía cómo enfocarla porque no tenía ni idea de lo que quería decirme él.

—Luna, ¿has oído lo que te he dicho? —preguntó Patricia, y yo me puse roja, pues no me había enterado de nada.

—Lo siento, me he despistado. —Estaba en Babia desde que Eliot me había dicho que quería hablar conmigo.

—Luna, acabo de decirte que vamos a traducir tu novela al inglés y al italiano.

—¡¿Qué?!!

A partir de aquel momento, Patricia tuvo toda mi atención.

24. Solo sexo

Luna

Estaba tan contenta con lo que acababa de decirme Patricia que no quería mantener aquella conversación con Eliot para que empañara mi felicidad. Aunque también sabía que no me quedaba más remedio.

Cuando lo propuse, tenía pensado hablar con él junto a la máquina de cafés de la oficina, pero por lo visto los planes de Eliot eran diferentes. Así que bajamos a la cafetería de al lado y nos sentamos a una de las mesas, uno frente al otro. ¿Podía ser aquello más incómodo? «Yo creo que no», me dije.

Eliot empezó a hablar en cuanto nos sirvieron los cafés.

—Luna, quiero ser sincero contigo y no sé bien por dónde empezar.

—Con que el nombre de mi hermana no salga en la conversación me doy por satisfecha. —Intenté sonar lo más despreocupada posible, no sé si lo conseguí.

—No tengo ninguna intención de nombrar a tu hermana. Esto va de ti y de mí. —Desconozco si Eliot se dio cuenta del escalofrío que me recorrió—. Lo que quiero decirte es que no logro entender lo que me llevó a actuar como lo hice en la boda de Luz...

—Lo hicimos, fuimos los dos —lo corregí.

—Sí, lo sé, pero es que yo tengo una regla muy sagrada que no rompo jamás. Y es que nunca me lío con mujeres que tienen pareja. Y mucho menos cuando se encuentra en el mismo lugar... Es que no sé qué me ocurrió...

—Eliot, no le demos más vueltas. Pasó y punto, ya no podemos hacer nada para cambiarlo...

—Luna, es que creo que no me estás entendiendo o tal vez no me estoy explicando bien. Lo que intento decirte es que fue una locura y estuvo mal, pero no puedo dejar de pensar en ello. Y lo peor de todo es que me muero por repetirlo.

De todas la hipótesis que había barajado sobre lo que Eliot quería decirme, ninguna se acercaba, ni de lejos, a aquello.

—No hace falta que digas nada. Entiendo que tienes pareja y que me estoy metiendo en medio de algo y yo no soy así, pero es que siento una

atracción por ti que hacía mucho que no sentía por nadie. En realidad, no estoy seguro de haberla sentido nunca.

No pude evitar pensar en mi hermana, pero los dos habíamos quedado en que no íbamos a nombrarla.

Me costó unos instantes asimilar lo que me estaba diciendo y en cuanto lo hice un agradable calorillo me recorrió el cuerpo. No quería hacerme ilusiones, lo único que él estaba diciendo era que se sentía atraído por mí. Nada más. Pero pensé que podría lidiar con aquello. Que sería capaz de sobrellevarlo.

La verdad era que no tenía ni puta idea de dónde me estaba metiendo.

Mientras caminaba de vuelta a mi casa no dejé de reproducir la conversación que Eliot y yo habíamos mantenido. Cómo acepté sin titubear lo que él me ofreció. Cómo quedamos en vernos esa misma noche en su casa. Cómo nos habíamos convertido en algo así como amantes sin serlo, porque en realidad yo estaba tan libre como él.

Una cosa tenía clara y debía mentalizarme de hacer: no iba a colgarme de Eliot, o no más de lo que ya estaba. No me permitiría momentos de debilidad y aquello, lo que él y yo tendríamos, se reduciría solo al sexo. Nada más. Eso me repetí una y otra vez mientras regresaba a mi casa esa mañana y mientras caminaba hacia la suya aquella misma noche.

Lo más curioso de todo aquello fue que le di muchas vueltas, pero en ningún momento barajé la opción real de no ir.

Llamé al timbre del portal y me abrió al momento. Cuando salí del ascensor, él ya estaba esperándome en el umbral de la puerta, apoyado ahí con los brazos cruzados y el pelo revuelto. Llevaba puesta la parte de abajo de un chándal gris y una camiseta negra. No podía estar más guapo. Perdón, sí podía; de hecho, lo hizo al sonreír.

—Hola, Luna —susurró, y a mí me entraron ganas de lanzarme sobre él.

—Hola, Eliot —respondí llegando a la puerta.

Creí que iba a esperar, sin embargo, me agarró por la nuca y me dio un beso corto, pero tan intenso que me temblaron las piernas.

—No sabes la de horas que llevo pensando en esto.

«Luna, es solo deseo. Recuerda: nada más que sexo», me repetía una y otra vez a mí misma.

Eliot agarró mi mano y cerró la puerta en cuanto entré. Llegamos al salón y se giró para posar los ojos en mí. Volvió a acortar la distancia y me besó de nuevo.

—Perdona, es que ni siquiera estoy dejando que te sientes —se disculpó apartándose solo un poco de mí.

—No pasa nada; al fin y al cabo, no es una cita y he venido por esto, ¿no? Algo cambió en su mirada, o tal vez solo fue cosa mía.

—De acuerdo —dijo con un tono de voz diferente—. ¿Quieres que lo hagamos aquí mismo o caminamos hasta mi habitación?

Estaba segura de notar el sarcasmo en su voz, aunque no entendía el motivo, fue él quien propuso todo aquello.

—Lo que prefieras —respondí con una indiferencia que estaba lejos de sentir.

Eliot resopló y me pidió que lo siguiera, pero en esa ocasión no cogió mi mano.

Llegamos a una habitación amplia y con una cama grande, los muebles eran bonitos y la hacían acogedora. Me llamó la atención lo perfectamente ordenada que estaba. No había nada fuera de lugar.

Tan absorta me hallaba contemplándolo todo que no me di cuenta de que Eliot se había movido por la estancia, de una esquina a otra, hasta que me percaté de que lo que estaba haciendo era apagar un par de velas. ¿Las habría puesto por mí? No, no tenía sentido, y menos si las estaba apagando.

Me acerqué a él y lo agarré por el cuello, uní mi boca a la suya y dejé de pensar. Dejé de darle vueltas a lo que había entre Eliot y yo, a lo complicado que se estaba poniendo todo, a lo mal que estábamos haciendo las cosas... Solo sentí. Sentí su lengua entrando en mi boca, el calor de su cuerpo cuando se pegó al mío, sus manos recorriéndome, desprendiéndose de mi ropa. Eliot y yo podíamos no entendernos en algunos aspectos, pero estaba claro que en la cama lo hacíamos muy bien.

El ansia por tocarnos, por volver a estar desnudos el uno frente al otro nos invadió como solo sabe hacer el deseo feroz; con impaciencia y sin ningún tipo de control.

Y a las ganas que nos teníamos había que añadir que la última vez tuvimos que conformarnos con el sexo oral. Imagino que por eso se me escapó la sonrisa cuando vi que sacaba una caja de preservativos sin abrir en su mesita de noche.

Cuando no quedó ni una sola prenda de ropa que se interpusiera entre nosotros, nos tumbamos en la cama sin separar nuestras bocas. Eliot bajó una de sus manos para acariciarme y jadeó al comprobar lo mojada que estaba. Aun así, posó sus dedos entre mis pliegues y me acarició con suavidad. Desconozco el tiempo que estuvimos acariciándonos y besándonos, si bien, cada vez que notaba que el orgasmo se acercaba, Eliot paraba de tocarme. Me sentía como un volcán a punto de explotar, pero al que jamás le llegaba la liberación. Hasta que por fin él se apiadó y entró en mí de una sola investida, pues yo ya estaba más que lista; de hecho, me daba la sensación de que llevaba horas lista. Empezó a moverse con una cadencia lenta, pero fuerte y profunda. Me removí para que fuera más rápido, aunque me percaté de que lo que estaba intentando era que aquello durara más que en la boda de mi hermana.

Poco a poco fue acelerando el ritmo de sus embestidas y sin dejar de acariciarme dijo:

—Vamos, Luna, córrete para que pueda verlo.

No me hizo falta más. Y, mientras yo me corría y mi sexo oprimía al suyo, noté cómo él también lo hacía.

Salió de encima de mí soltando un jadeo ahogado. Definitivamente, el sexo entre nosotros no era un problema.

Me giré un instante para mirarlo y me entraron unas inmensas ganas de colocarle bien el mechón de pelo que le cubría la cara. De eso y de acariciarlo. Menos mal que detuve mi mano a tiempo. Con todo, aquel gesto que tuve que reprimir hizo que me pusiera en movimiento, no podía permitirme aquellos momentos de debilidad. Eliot había expuesto perfectamente que solo quería sexo y eso era lo que yo me había comprometido a darle. Nada más.

Me levanté con pereza, pues después del espectacular orgasmo que había tenido lo único que me apetecía era volver a tumbarme en la cama y estar ahí las siguientes horas. También me apetecía repetir, pero me sentía demasiado vulnerable para eso. Lo mejor era salir corriendo de allí.

—¿Te vas? —preguntó Eliot a mi espalda sin poder ocultar el asombro en su voz.

—Sí —respondí escueta.

Y es que no sabía qué más decirle. ¿Que no quería sentir? ¿Que no me apetecía salir dañada de aquello que ni siquiera era una relación? ¿Que prefería poner distancia antes de tocarlo con otro tipo de intimidad? ¿Que quería

repetir, pero que no sabía cómo desconectarme de lo que estaba sintiendo? No, no podía decirle nada de aquello.

Noté cómo el colchón se movía y supe que él también se estaba levantando. Salió de la habitación antes que yo, porque él solo se puso los calzoncillos. Yo lo que quería era vestirme y marcharme a mi casa.

Tenía un sentimiento rarísimo porque no me arrepentía de lo que había hecho, pero no quería continuar allí, necesitaba ver las cosas con perspectiva.

Una vez vestida, fui al baño y me lavé la cara con agua fría. Quería despejarme, aunque sirvió de poco.

Respiré hondo antes de dirigirme al salón. Lo primero que vi fue la mesa puesta y, al fijarme, comprobé que había dos cubiertos allí. ¿Querría que me quedara? Lo dudaba. ¿Estaría esperando a alguien? Joder, tenía que irme.

—Espero que por lo menos te quedes a cenar, he pedido pizzas.

Una especie de alivio me recorrió entera al percatarme de que no esperaba a otra persona, aunque no estaba segura de querer quedarme a cenar con él.

—Luna, solo será una pizza, después podrás marcharte. Una cosa es que quedamos en acostarnos juntos y otra que ni siquiera intercambiamos ni una palabra.

Tenía razón, así que aflojé mi postura y asentí con la cabeza.

25. Matarme un poco

Eliot

No entendía por qué me ponía así, si había sido yo quien propuso aquello. Pero es que estaba enfadado conmigo mismo por no entender qué me ocurría con Luna.

¿Por qué insistía en que se quedara, en que hablara conmigo, en que compartiera su tiempo, si ella tenía pareja?

Con todo, verla dispuesta a marcharse cuando apenas se había repuesto del orgasmo me enfadó. Me cabreó que se hubiera tomado tan al pie de la letra lo del sexo; joder, si apenas habíamos intercambiado unas pocas frases desde que llegó.

No, no estaba conforme con aquel trato e iba a hacer todo lo posible por conseguir más. Y fue justo ahí cuando me di cuenta de que estaba mendigando su atención. De lo mucho que deseaba que aceptara cenar conmigo, que quisiera compartir algo más que cama. No sentirme utilizado. Aquel pensamiento sí me golpeó con fuerza porque no recordaba ni una sola vez en la que hubiera querido algo así, pues por norma general era yo el que solía largarse en cuanto el sexo se terminaba.

Y por si todo aquello no hubiera sido suficiente, suspiré agradecido cuando ella cedió y aceptó quedarse a cenar.

Fui un momento a mi habitación a por los pantalones y la camiseta y al regresar la encontré en medio del salón, como si aún no hubiera entendido qué hacía allí.

—Hace poco que he pedido la pizza. Si te apetece, puedes ducharte mientras llega —dije para darle la posibilidad de estar a solas unos instantes, de ese modo esperaba que lograra tranquilizarse.

—Sí, me apetece—murmuró.

—Perfecto, voy a buscarte una toalla.

Durante la siguiente media hora, Luna se encerró en el baño y yo me dediqué a dar vueltas por el salón, pues era incapaz de permanecer sentado.

Unos minutos antes de que ella saliera, llamaron a la puerta para entregar las pizzas. Me había arriesgado y le había pedido una de queso, pues me había

comentado en la boda de su hermana que le encantaban todos los tipos de quesos.

En cuanto dejé las cajas encima de la mesa, ella salió. Llevaba el pelo mojado y parecía más recompuesta que cuando entró en el baño.

—No sé si habré acertado, pero te he pedido la pizza de queso. Si no te gusta...

—Es mi preferida, ¿cómo sabías...?

—Comentaste en la boda de tu hermana que te gusta mucho el queso.

—Ah, sí, es verdad.

—Venga, vamos a cenar antes de que se enfríen.

Poco a poco, a medida que comíamos porciones de pizza, la incomodidad entre nosotros iba desapareciendo y cuando terminamos ya casi estábamos en el mismo punto de complicidad que teníamos en el convite de la boda de Luz.

Empezamos hablando de la editorial y de su novela. Temas con los que ambos nos sentíamos a gusto. Hasta que finalmente abordamos la conversación que nos tenía agobiados a los dos.

—Cuando te dije que quería que compartiéramos cama, no me refería a que salieras corriendo en cuanto termináramos. Me gusta hablar contigo, me gustó desde la primera vez que coincidimos en aquel bar.

Hacía tanto de aquello que me parecía otra vida.

—A mí también me gusta hablar contigo, pero no sé si es lo más adecuado.

Por primera vez desde que ella se encontraba allí pensé que tal vez lo que Luna sentía era culpa de lo que había surgido entre nosotros teniendo ella novio, que quizá quería a su pareja y aquello se le empezaba a ir de las manos. Y ante aquel pensamiento me di cuenta de que estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que ella quisiera darme. Eso sí que me asustó.

Decidí cambiar de tema y centrarme en terreno menos hostil, así que empezamos a hablar de cine y de series. Decidimos poner una película que los dos teníamos muchas ganas de ver.

Por supuesto, no terminamos de verla porque una cosa llevó a la otra y acabamos follando en el sofá y después en la cama, donde finalmente nos quedamos dormidos.

Cuando aquella mañana me sonó el despertador tenía dos cosas claras. La primera, que albergaba sentimientos por Luna con los que estaba acojonado. Y la segunda, que ella no se encontraría ya en mi cama.

Efectivamente cuando me giré pude comprobar que me encontraba solo y que las sábanas estaban frías, por lo que debía de hacer rato que se había marchado.

No lo pensé, cogí el móvil que dejé olvidado en el comedor la noche anterior y le envié un mensaje.

Yo:

Gracias por esta maravillosa noche.

¿Podía ser más cursi? Estaba convencido de que no, al igual que sabía que nunca había enviado un mensaje parecido a ese.

Pensé que, si las cosas con Luz no estuvieran tan raras, me encantaría contárselo, pese a que se reiría mucho de mí por ello. Estaba convencido de que repetiría una y otra vez la de tiempo que había deseado que llegara ese momento. El día en el que una mujer me tuviera atado por las pelotas. Parecía como si la tuviera sentada a mi lado.

Cogí el móvil en un impulso y no pensé que Luz se encontraba de luna de miel, simplemente escribí:

Yo:

Creo que tenías razón.

A pesar de la diferencia horaria tardó muy poco en responder.

Luz:

Siempre la tengo, pero ¿a qué te refieres exactamente?

Yo:

A lo que siento por tu hermana. Estoy jodido, Luz.

Luz:

Deja de lloriquear y conquístala. Tengo que irme, que voy a hacer snorkel. Solo una cosa, más te vale portarte bien con ella.

Y dicho eso se desconectó. Era curioso porque con Luna tenía la sensación de que el que iba a salir dañado sería yo.

Aquella mañana no logré concentrarme en el trabajo. Luna no respondió a mi mensaje, pese a haberlo visto, y yo no dejaba de darle vueltas a que quizá me había puesto más intenso de la cuenta.

Cuando una hora después me sonó el teléfono, casi lo tiré al suelo por el ansia con el que lo cogí.

Luna:

Yo también lo pasé bien.

Vale que no era una confesión de amor, pero me había contestado y no me dijo que no quería repetirlo nunca. Algo era algo. Y, sí, ese era mi nuevo yo, conformándose con las migajas que ella quisiera regalarle.

Le di un montón de vueltas a si debía escribirle otro wasap o mejor dejar pasar unos días para no agobiarla. Finalmente llegué a la conclusión de que yo no era así, yo no hacía las cosas de ese modo. No lo pensé más.

Yo:

¿Te apetece cenar esta noche sushi y terminar la película que dejamos a medias?

Hala, ya estaba enviado. Lo peor era que me tocaba esperar a que Luna decidiera contestarme. Menos mal que se apiadó de mí y lo hizo con rapidez.

Luna:

Lo siento, pero esta noche no puedo.

No pasaba nada, era una respuesta correcta, estaba bien, no quería decir que no quisiera nunca, solo que esa noche no podía. Con todo, mi mente

empezó a ir por libre y a preguntarse si tal vez me estuviera dando largas, si podríamos volver a quedar en otra ocasión o si ella ya había decidido dejarlo ahí. Paré mis pensamientos para no terminar deprimido. Ya le preguntaría de nuevo pasados unos días y si volvía a ponerme cualquier otra excusa me plantearía una retirada. Aquello me produjo un escalofrío y decidí llamar a un amigo para quedar aquella noche, pues no me apetecía pasármela en vela y dándole vueltas y más vueltas al asunto.

José y yo nos conocíamos de toda la vida, habíamos ido juntos al colegio y nuestras madres —la suya viuda y la mía con un marido ausente— fueron vecinas y nos criaron entre las dos. Con todo, no era capaz de sincerarme con él porque sabía que alucinaría. Prefería ir poco a poco y comentarle que me gustaba alguien, dejarlo ahí y la próxima vez que quedáramos continuar explicándole.

Quedamos en un bar que se había puesto de moda. Cuando llegué, él ya me esperaba sentado a la barra, pues, a pesar de que era bastante pronto, el local estaba lleno.

Empezamos a charlar de cosas triviales y finalmente, imagino que porque necesitaba desahogarme, terminé hablando más de la cuenta.

—No puedo creer que te hayas pillado por alguien. Por alguien que no sea Luz, quiero decir —matizó José.

Aquella afirmación me dejó descolocado. Sin saber el motivo empezaba a ver más claro que nunca que lo que una vez creí sentir por Luz no era, ni de lejos, estar enamorado. La muy cabrona tenía razón.

—Bueno, no estoy seguro, pero tal vez lo que creía sentir por ella no fuera tan fuerte como pensaba. ¿Y tú qué tal con Inma?

Sabía que aquella era la mejor forma de hacerle cambiar de tema y no me equivoqué, porque durante la siguiente media hora me estuvo hablando de lo maravillosa que era su novia. Y por primera vez me dio cierta envidia, pues me imaginé cómo sería compartir todo aquello con Luna.

Creo que la sentí antes de verla. Una carcajada llegó a mis oídos y hubiera jurado que aquella risa pertenecía a Luna, eso o que me estaba volviendo loco. Sin embargo, cuando miré hacia la puerta allí estaba ella. Me perdí en su sonrisa y en cómo gesticulaba, supongo que por eso tardé más de la cuenta en percatarme de que no iba sola, pues detrás de ella venía Alejandro.

Ese era el plan que tenía para aquella noche y por eso no había podido quedar conmigo.

Luna no tardó en verme y pude notar la sorpresa en sus ojos. Se disculpó con Alejandro y con Noelia, que entró la última, y se acercó hasta nosotros. Por un momento pensé que se limitaría a hacerme un gesto con la cabeza. No estaba seguro de lo que hubiera preferido.

—Hola, Eliot —saludó con las mejillas ligeramente sonrosadas.

—¿Qué tal, Luna?

—Bien, a tomar algo...

—Genial.

—Pues me voy. Hablamos.

—Sí, hablamos —respondí con toda la ironía que pude.

Era una conversación absurda y los dos lo sabíamos; los tres, si teníamos en cuenta que José no dejaba de mirarnos.

No pude apartar los ojos de ella mientras se alejaba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó José perplejo.

—¿El qué?

—Vamos, no te hagas el idiota conmigo. Es ella, ¿verdad?

Era inútil mentirle, tarde o temprano se lo acabaría contando.

—Sí, ella es Luna, la hermana de Luz.

Le dije aquello porque me pareció más apropiado que confesarle que creía que me estaba enamorando de Luna y que el tío con el que había entrado en el bar era su novio.

—¡La hostia! —exclamó.

—Ni que lo digas. ¿Nos vamos? No me apetece seguir aquí.

—Por supuesto, pero a cambio tendrás que responder a algunas preguntas.

—Contaba con ello —intenté bromear.

Tuve que esforzarme por no mirar hacia ella ni una sola vez mientras salíamos de aquel bar.

Me estaba comportando de un modo absurdo, pues yo ya sabía que tenía pareja, aunque intentaba no imaginarlos nunca juntos. Supongo que por eso verla con él me había matado un poco.

26. La tía Gertrudis

Luna

No tenía ganas de hacer nada. O, mejor dicho, no paraba de darle vueltas a por qué le había dicho a Eliot que no podía quedar aquella noche, cuando lo que de verdad me apetecía era correr hacia su casa. Sin embargo, ahí estaba, tirada en el sofá con el móvil en una mano y el mando en la otra, pasando canales sin lograr ver nada.

—¿Ese es tu plan para hoy? —preguntó Noelia acercándose a mí.

—Es un planazo —respondí con sarcasmo.

—Si tú lo dices... Luna, ¿estás bien? —La preocupación en su voz me hizo levantar la cabeza.

—He estado mejor —respondí sin concretar.

—Eso pensaba. ¿Quieres hablar de ello?

—Si es que no hay mucho que contar. Creo que me estoy enamorando de un tío que me va a romper el corazón.

—¿Crees? —ironizó.

—Ya me has entendido.

—Igual no ocurre eso, Luna...

—Noelia, es el mismo tío que hace nada le confesó a mi hermana que estaba enamorado de ella.

—Yo no creo que eso sea verdad.

—Tampoco estoy segura de que, si no es así, sea una buena noticia porque lo único que confirma es que no tiene ni puta idea de lo que siente.

—Quizá estuviera confundido.

—No lo sé, lo que sí tengo claro es que, si sigo así, si continuo acostándome con él, voy a terminar mal.

—Pues deja de hacerlo.

—Como si eso fuera tan fácil. Creo que prefiero pasarlo mal habiendo vivido esto. No sé si me explico.

—¿Que prefieres acostarte con él y disfrutar mientras dure? Te has explicado perfectamente.

—Ese sería más o menos el resumen, sí —respondí con una leve sonrisa.

—De acuerdo, pero eso no quiere decir que mientras tanto tengas que andar por el mundo como alma en pena. Así que vístete, que vamos a salir.

—No tengo ganas de...

—Por si no te has dado cuenta, no ha sido una pregunta.

—Yo en tu lugar le haría caso —pinchó Alejandro, y yo lo maté con la mirada—. Solo aclaro un hecho —bromeó levantando las manos.

Malditas las ganas que tenía de salir a ningún sitio. Mi plan era quedarme pasando canales toda la noche. Supongo que por eso mi humor no era el mejor cuando entré en aquel bar y Alejandro, que era muy consciente de ello, dijo una burrada que me hizo soltar una carcajada. Lo cierto es que fue liberador y pensé que quizá no hubiera sido tan mala idea acompañarlos. Pero me pareció casi una broma que lo primero que viera al cruzar la puerta fuera a él. Durante unos segundos barajé la posibilidad de hacer como que no lo había visto, pero cuando nuestras miradas se cruzaron lo descarté. Así que caminé hacia Eliot como si fuera a la sogá.

La conversación resultó tan absurda que casi me pareció surrealista, y hasta que transcurrió un rato desde que él se marchó de aquel bar no caí en la cuenta de que Eliot habría dado por sentado que yo fui con Alejandro y no de aguantavelas, como en realidad había sido.

Me pasé el resto de la noche sopesando si era buena idea enviarle un wasap, pues me daba la sensación de que me estaba metiendo en algo de lo que iba a costarme salir. Finalmente me quedé dormida a las tantas sin mandarle nada.

Aquel día la galería estaba bastante tranquila, así que agradecí enormemente la visita de Fermín.

—Muchacha, menos mal que te he traído un café. Tienes cara de haber estado toda la noche peleando con las sábanas.

—Pues no te equivocas, no. Y no te imaginas lo bien que me viene ese café.

—Por supuesto, también te he traído algo para poder mojar.

Ese algo eran unas minimagdalenas que hacían en la panadería de la esquina y que eran mi debilidad (una de tantas).

—¡Si es que te tengo que querer! —exclamé abrazándolo.

—Es cierto que soy bastante majo —bromeó, a pesar de que no le faltaba razón—. Y ahora dime qué es lo que te quita el sueño.

—Un hombre —confesé.

—No podía ser de otra manera.

—Estoy un poco confusa —dije con sinceridad.

—¿Porque no sabes lo que sientes por Eliot?

—¡Eh! Yo no he dicho que se trate de él.

—No ha hecho falta. Continúa.

—Creo que tengo bastante claro lo que siento, lo que no sé es qué hacer con ello.

—Ah, ya entiendo, el miedo vertiginoso a lanzarse al vacío. A veces pienso que deberíamos enamorarnos con lo que yo sé ahora. Todo sería mucho más sencillo.

—¿Por la sabiduría que te dan los años? —pregunté con ingenuidad.

—No, porque no guardas nada para ti y porque te la trae al paio estamparte, y mucho más equivocarte.

—Eso debe de ser maravilloso.

—El peaje que pagar son los años, eso sí. A mí siempre me gusta pensar esto: ¿qué es lo peor que puede pasar?

—¿Que me rompa el corazón? —me salió en forma de pregunta, pero fue más una afirmación.

—Eso es jodido, no voy a negarlo. Pero, si decides no arriesgarte, puede ser que te pierdas un buen puñado de cosas buenas. Cuando Ernesto murió me rompió el corazón, aunque no cambiaría ni uno solo de los momentos que viví con él.

—Sí, pero entenderás que es diferente. Hace nada que Eliot se estaba declarando a mi hermana.

—Por supuesto que eso no juega a su favor, pero deja de pensar en él y en lo que siente o en lo que quiere, y piensa en lo que tú deseas.

—Si no pensara en las consecuencias de mis actos, esta misma noche me plantaba en la puerta de su casa —declaré, sorprendiéndome a mí misma.

—¡Pues hazlo!

Aquella tarde, mientras caminaba hacia mi casa, no podía dejar de pensar en las palabras de Fermín. Saqué el móvil y fui dándole vueltas en mis manos, hasta que sonó y me dio tal susto que por poco no se me cae al suelo.

Mamá:

Niñas, la tía Gertrudis se ha caído por las escaleras de su casa. La cosa pinta bastante mal.

Por mucho que hubiera deseado —la mayoría de las veces con un ansia voraz— que mi tía la diñara, llegado el momento no pude evitar sentir cierta congoja.

Yo:

¿Estáis en casa?

Mamá:

Sí, salimos para el hospital en un rato.

Yo:

Voy para allí y os acompaño.

Luz:

Joder. Idme contando cómo sigue.

Mamá:

No te preocupes, hija. Vosotros disfrutad de vuestra luna de miel.

Yo:

¡Y hacedme tía!

Me guardé el teléfono en el bolso y apresuré el paso.

Llegamos al hospital una hora después. Tía Gertrudis no tenía hijos y no se hablaba con nadie más de la familia, así que los doctores se alegraron de que

hubiera llegado alguien a quien explicarle que a aquella anciana le quedaba poco de vida.

—No habla mucho, pero hay un nombre que no para de repetir. Les aconsejo que localicen a esa persona para que pueda hablar con ella lo antes posible, ya que no tardaremos mucho en sedarla y estaría bien darle la oportunidad de despedirse —nos informó el médico.

—Por supuesto —dijo mi madre—. El único inconveniente es que mi hija Luz está de luna de miel y...

—No, no es ese el nombre que dice. —El médico miró la carpeta que llevaba entre las manos y yo retrocedí hacia atrás para dejar paso a mi padre, pues estaba convencida de que el nombre que tía Gertrudis repetía era el suyo.

—No para de pronunciar el nombre de Luna. Al principio no la entendíamos, pero conseguimos llegar a la conclusión de que se refería a una mujer.

Dos pares de ojos se clavaron en mí y me hubiera reído de las caras de mis padres si no estuviera tan impactada.

—¿Saben a quién se refiere? —nos apremió el doctor.

—Sí, yo soy Luna —susurré, aún en *shock*.

—Entonces, acompáñame.

Si llegan a decirme unos días antes que iba a ser yo la que agarrara la mano de mi tía Gertrudis hasta que diera su último suspiro, no lo hubiera creído. Pero aquello fue justo lo que ocurrió. Cuando salí de allí, mis padres me esperaban en una sala. Ellos habían entrado hacía un rato, pero no estuvieron mucho tiempo dentro.

Negué con la cabeza nada más verlos para que entendieran que ella había muerto.

—Pobre mujer, era... —empezó a decir mi madre, pero la corté.

—No se te ocurra decir que era una buena persona, mamá. Odio a la gente que hace eso, si era una cabrona lo era y ya está.

—¡No hables así de los muertos! —me regañó.

—Estoy segura de que la vieja arpía estaría de acuerdo conmigo.

—¿Para qué quería verte? —preguntó mi padre.

—Ah, eso. —Me llevé la mano a la nuca y sonreí—. Por lo visto no me odiaba tanto como yo creía y me ha hecho heredera universal de todos sus bienes. Ya ves, cosas de vieja loca.

Lo cierto era que me pidió que no le dijera a nadie que tenía debilidades y que una de ellas era la insolente e insoportable de su sobrina Luna (palabras textuales), pero que, con que esa información la tuviera yo, era más que suficiente. Que tampoco había necesidad de ir proclamando sus puntos débiles. ¡Puñetera momia!

Me pidió que el dinero que heredara lo invirtiera en encontrar más tiempo para escribir, que según ella era para lo que había nacido. Yo reía para mis adentros, no sabía lo que esa mujer imaginaba que ganaba un escritor, pero estaba claro que no tenía ni idea. También me dijo que le diera una vuelta a lo de trabajar en una galería, que tal vez podría encontrar otra solución para estar en contacto con el arte sin tener que dedicarle tantas horas. No sabía a qué se refería, pero, ni pensaba dejar la galería —ese trabajo me gustaba—, ni podía permitírmelo. Menos aún con los cuatro euros que ella tendría.

Aunque, al final, la urraca me hizo hasta emocionarme.

Me dejé caer en una de las sillas que había en la sala de espera donde se encontraban mis padres justo antes de fijar los ojos en ellos y comprobar que estaban desconcertados.

—Pero, pero ¿tú sabes en cuánto está valorado el patrimonio de la tía Gertrudis? —dijo mi padre perplejo.

—Con que me dé para comprarme un pisito... —respondí yo, aunque con la vida tan austera que llevaba la mujer pensé que tal vez no me llegara ni para eso.

—Hija... —Mi padre se sentó junto a mí, visiblemente pálido, y aquello me puso en alerta.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, sí. Ahora mismo vamos a salir de aquí y vas a invitarnos a comer a Ca la Roser.

Yo solté una carcajada porque aquel restaurante era impresionante y siempre bromeábamos con que cuando nos tocara la lotería iríamos a comer allí.

—Claro, papá, por supuesto —respondí con sarcasmo.

—Hija, no lo estás entendiendo. Yo he llevado las cuentas de tía Gertrudis toda la vida...

—Eso ya lo sé, la cabrona era tan desconfiada que solo se fiaba de ti. Dime que me llega para un pisito, aunque sea una cajita de cerillas —rogué.

Por un instante me imaginé en mi propia casa; que, a ver, me encantaba compartir piso con Noelia, pero ella y Alejandro iban a tardar muy poco en querer más intimidad. Así que poder disponer de un pisito para mí sería una auténtica maravilla.

—Luna, no es que te llegue para un pisito, es que podrías comprarte una casa en el centro y, si lo desearas, no tendrías que volver a trabajar en tu vida.

—¿Qué?!

Instintivamente recordé las palabras de ella, relativas a que podía dedicarme a escribir y darle una vuelta a lo de la galería de arte. Y también recordé que ni al borde de la muerte pudo contenerse, amenazándome con que más me valía hacer buen uso de su herencia si no quería que se me apareciera en sueños.

¡Maldita loca!

27. La herencia

Luna

Al día siguiente nos tocaría lidiar con una montaña de papeleo, pues debíamos organizar el entierro. Pero aquella tarde, al salir del hospital, fui con mis padres a su casa, ya que necesitaba ordenar mis ideas.

—Al final no es solo que no vayas a invitarnos tú, sino que vienes a gorronear a casa —bromeó mi padre.

—En cuanto sepa cuánto tenía la cacatúa, programo celebraciones. Lo prometo.

Mi móvil sonó y mi madre dijo:

—Estoy informando a Luz del fallecimiento de la tía.

Saqué el teléfono del bolso y leí lo que había escrito mi hermana.

Luz:

Jolín, y yo tan lejos.

Yo:

*Tú estás de luna de miel, así que haz el favor de disfrutar.
Ah, y será mejor que me hagas madrina de tu hija, porque,
por si no te has enterado, ahora soy rica.*

Luz:

¿Qué me he perdido?

Yo:

*Resumiendo, que la momia tenía un montón de pasta y me la
ha dejado toda a mí.*

Luz:

Pero si yo era su preferida...

Yo:

O eso creíamos. No te preocupes, hermanita, que prometo regalarte algo bonito y si me haces madrina de tu prole les dejo la herencia a ellas. Eso si no me lo fundo todo antes, claro.

Me estaba empezando a venir arriba. Pero era en broma. Aún ni siquiera sabía el dinero que tenía la tía, aunque era bonito fantasear mientras tanto.

El entierro de tía Gertrudis fue el más triste al que había asistido en mi vida, no por el inmenso amor que le profesaba ni por el dolor de la pérdida, sino porque solo fuimos mis padres y yo. A mi hermana se le pasó por la cabeza adelantar su vuelo para poder estar, pero entre todos la convencimos de que no lo hiciera.

Cuando salimos de allí nos fuimos directos al notario. No tuvimos que esperar demasiado. Me hicieron pasar a una sala anodina y me senté frente a una chica más o menos de mi edad.

Me leyó un documento del que no entendí mucho y luego pasó a detallarme las propiedades y el dinero que mi tía poseía y que a partir de aquel momento pasarían a ser míos.

Me faltó poco para desmayarme.

¿De dónde leches había sacado todo aquel patrimonio? Ya me dirás a mí para qué quería tanto dinero, si apenas salía de su casa. Ya podría haber disfrutado más de la vida con la pasta que tenía; pero, claro, no iba a ser yo quien se quejara de eso, porque su absurda austeridad me había convertido en una mujer con mucho dinero.

Cuando salí de aquella sala me dirigí hacia mis padres y dije con voz solemne: —Y ahora sí, papá, nos vamos a comer donde queráis.

Resultaba contradictorio haber asistido aquel mismo día a un entierro y estar disfrutando tanto con mis padres unas horas después. Pero es que tampoco quería ser una hipócrita, pues, aunque agradecía a mi tía que me hubiera dejado toda su fortuna, era incapaz de fingir que su muerte me afectara tanto.

Aquella noche, cuando llegué a casa, me fui directa a la ducha. Tenía pensado tumbarme en mi cama a contemplar el techo y asimilar todo lo que me había ocurrido en las últimas horas. Sin embargo, cuando salí del baño y llegué a mi habitación continuaba estando tan eufórica que necesitaba compartirlo con alguien. Alejandro y Noelia se habían ido al cine y estaba convencida de que tardarían en volver. Y mi hermana continuaba de luna de miel. No lo pensé mucho y envié el mensaje tal y como se me pasó por la cabeza.

Yo:

¿Te va bien quedar?

Fue al volver a leerlo cuando me di cuenta de que tal vez había sido demasiado directa, seca e incluso algo borde. Con todo, Eliot no tardó nada en responder.

Eliot:

Claro, estoy en casa. Puedes venir aquí o si lo prefieres podemos quedar donde me digas.

Sabía que no era la mejor ocurrencia y que lo ideal hubiera sido continuar manteniendo las distancias, pero recordé las palabras de Fermín y lo que de verdad me apetecía era compartir todo lo que me había ocurrido con Eliot. Y me constaba que aquello no pintaba bien, pues no me apetecía solo sexo —que también—; lo que de verdad quería era hablar con alguien. Con él.

Para quitarle hierro al asunto recordé que mi hermana no estaba y que mis dos amigos se habían ido al cine, así que Eliot se había convertido en mi última opción. Era un argumento estupendo para poder engañarme a mí misma. Pero, oye, me lo compré la mar de tranquila.

Cogí una botella de vino de casa, pues la última vez había pagado él las pizzas y me sabía mal volver a ir a su casa a gorrear. Además, ahora que tenía pasta podía permitirme ir de sobrada.

Al igual que la última vez, Eliot me esperó en el umbral de la puerta. Resultaba increíble que cada vez que lo veía me pareciera aún más guapo. En esa ocasión

me dejó pasar sin besarme y he de reconocer que no me gustó.

—Hola, Eliot. He traído una botella de vino —murmuré un poco abochornada.

—Hola, Luna. Genial, voy a por dos copas.

No sabía bien el motivo, pero me sentía un poco avergonzada. Como si de pronto no supiera qué hacía allí.

—Luna, deja de darle vueltas a la cabeza. Dame la botella, que la abro, y siéntate. Vengo enseguida.

Hice lo que me pidió. Eliot no tardó nada en regresar con las dos copas y con unos tacos de queso con picos de pan.

—Me ha encantado recibir tu mensaje —confesó clavando su mirada en mí.

—Necesitaba hablar con alguien.

—Pues gracias por elegirme a mí.

De pronto me percaté de que tal vez era raro que teniendo pareja (como se suponía que tenía) lo eligiera a él para hablar de aquello, pero decidí no darle más vueltas.

—¿Te acuerdas de mi tía Gertrudis? —Fui directa al grano.

—Imposible olvidarla —ironizó.

—Pues ha muerto.

—No estoy seguro de que quieras que te dé el pésame.

—No, qué va, puedes ahorrártelo. La cuestión es que yo siempre creí que no me soportaba y resulta que me ha dejado toda su herencia.

—Vaya, eso ha tenido que ser una sorpresa para ti.

—Un sorpresón, mejor dicho, porque yo pensaba que mi tía apenas podía vivir con su pensión, pues jamás había dado señales de que le sobrara ni un puñetero euro.

—¿Y no era así? —preguntó con interés incorporándose un poco.

—No, en absoluto. La realidad, para que te hagas una idea, es que, si no quiero volver a trabajar en mi vida, no tendría que hacerlo.

—¡Joder!

—Eso mismo pensé yo.

Nos quedamos en silencio unos instantes hasta que Eliot volvió a hablar.

—¿Y qué quieres hacer?

—Está claro que no soy una persona que pueda vivir sin hacer nada —dije casi para mí misma.

—Ya imagino, pero no te he preguntado eso.

Me pareció curioso que fuera él quien me preguntara lo que más me había preocupado desde que me enteré del dinero que me dejó mi tía.

—No lo sé —confesé con sinceridad—. Por una parte, estoy bien en el trabajo en la galería, el arte es una parte de mí que no quiero abandonar del todo. Pero también me gustaría poder dedicarme a escribir, que es lo que realmente me apasiona.

—¿Y por qué no haces las dos cosas?

—Porque el trabajo en la galería me roba bastante tiempo.

—Luna, si tu tía te ha dejado tanto dinero puedes comprar la galería, o abrir otra. De ese modo no dejarías de estar en contacto con el arte, pero tendrías tiempo para escribir.

Ni siquiera había barajado esa posibilidad, pero, desde luego, no era mala idea. Tal vez, incluso era a lo que tía Gertrudis se refería.

—Puedo darle una vuelta a eso, sí.

—Me alegro por ti. No quiero decir que me alegre de la muerte de tu tía, entiéndeme...

—Te he entendido. La verdad es que estoy un poco abrumada con todo, pero no voy a quejarme porque se me abren un montón de oportunidades.

—Cierto. Muchas gracias por compartirlo conmigo.

—Gracias a ti, porque creo que tu idea ha sido muy acertada.

Nos habíamos puesto en modo formal y yo tenía en mente algo muy distinto.

Eliot carraspeó antes de hablar, como si también se hubiera percatado de que las últimas frases habían sonado frías e impersonales.

—¿Te apetece cenar algo? Puedo pedir...

No lo dejé terminar porque me senté a horcajadas encima de él y le cerré la boca con un beso. Imagino que la euforia del día me hacía actuar sin pensar mucho las consecuencias. Suerte que Eliot respondió con entusiasmo agarrando mi nuca y colocándose mejor para poder profundizar más en él.

Nuestra intención inicial fue llegar a la cama, sin embargo, terminamos haciéndolo encima de la alfombra del salón.

Aún no habíamos recuperado del todo el aliento cuando Eliot me acercó a él. En aquella ocasión sí toqué su pelo y acaricié su cara. Siempre he sido de esas personas que tras compartir una experiencia sexual se sienten vulnerables. El problema era que sentirse así cuando encima aquello ocurría con la persona

de la que estaba enamorada, queriendo que no se enterara de aquello bajo ningún concepto, la cosa se complicaba bastante.

Por todo aquello me tragué las palabras que hubiera dicho si las cosas no estuvieran así entre nosotros. El caso fue que nunca más volvimos a sacar el tema de Luz y, aunque esta estuviera felizmente casada, aquello no quería decir que él hubiera dejado de quererla. Desde luego eso era algo que yo no quería oír, y menos en aquellos momentos.

—Tengo que irme —murmuré bajito, pero sin moverme.

—¿No puedes quedarte a dormir? —preguntó mientras me acariciaba la espalda.

—No, hoy no.

Noté el modo en el que él se tensaba e imaginé que tal vez estaba pensando que aquella negativa era por Alejandro; a fin de cuentas, se suponía que era mi pareja.

Me levanté con reticencia y por un momento barajé la posibilidad de volver a tumbarme junto a él, confesarle lo que sentía y que fuera lo que tuviera que ser. Con todo, no me apetecía que me hicieran daño y menos que volviera a ser él.

Me vestí con parsimonia y cuando estuve lista me puse en pie. Estaba claro que él no tenía intención de moverse y mucho menos de acompañarme hasta la puerta. Así que caminé hacia ella y no había salido aún del salón cuando lo oí.

—Me hubiera gustado que te quedaras.

«Y a mí quedarme, pero no soy capaz de exponerme tanto a ti y menos cuando tú no correspondes a mis sentimientos», pensé. Pero no lo dije, solo susurré, justo antes de cerrar la puerta, un «adiós, Eliot» que no estuve segura de que él oyera.

28. La pareja

Eliot

Cuando ella se marchó me quedé allí tirado, en la alfombra de mi salón, tanto tiempo que terminó dándome frío.

Me había dicho a mí mismo una y otra vez que no importaba, que yo cogería únicamente lo que Luna me quisiera dar, pero verla marcharse para ir con él no era plato de buen gusto para nadie.

Por un momento, cuando nuestros ojos se cruzaron, justo antes de que ella se marchara, creí que iba a decirme algo. Pensé que tal vez empezara a sentir algo por mí, no sé. Tenía claro que yo no iba a ser el primero en hablar mientras Luna estuviera con Alejandro. Y no lo haría porque estaba convencido de que ella no me creería, no cuando no hacía tanto que oyó cómo me declaraba a su hermana. Y tampoco lo haría mientras fuera la pareja de otro hombre.

Decidí meterme en la ducha para ver si lograba despejar la cabeza y dejar de darle vueltas al mismo tema, una y otra vez.

El resto del día lo pasé entre el sofá y la cocina. Me harté de comer comida basura y ver series sin terminar ningún capítulo, pues mi cabeza iba por libre y cuando quería darme cuenta ya volvía a pensar en ella, así que tenía que retroceder para enterarme de lo que estaba viendo. El tema de Luna empezaba a darme cierta ansiedad, quizá porque no tenía ni puta idea de cómo gestionarlo.

Al día siguiente no albergaba ninguna esperanza de recibir noticias tuyas. Yo debí controlarme en infinidad de ocasiones y paré a mis dedos, que ya estaban encima del teclado enviando un mensaje simple. Solo un «¿cómo estás?», algo que diera pie a una conversación aunque fuera por WhatsApp, porque ya se me había olvidado lo cabreado y triste que me sentí la noche anterior cuando la vi salir de mi casa. Ya no recordaba que dando vueltas en la cama me dije que esperarí a que ella diera el siguiente paso. Ya lo único que me importaba era volver a verla.

Supongo que por eso, cuando oí el móvil sonar con una nueva notificación, no barajé la posibilidad de que se tratara de ella. Podría ser alguien del trabajo —porque, aunque estaba en la oficina, no sería la primera vez que nos comunicábamos por WhatsApp, estando a dos mesas de distancia—, tenía pendiente entregar una cubierta y seguramente se trataría de eso. Patricia se había tomado el papel de jefa al pie de la letra y no nos dejaba ni respirar. Menos mal que pronto volvían Luz y Aarón. Todo eso me repetía a mí mismo mientras cogía el teléfono.

Casi se me cayó de las manos cuando comprobé que sí se trataba de ella. Luna me había escrito y a mí me faltó poco para dar un grito de pura dicha. A ver, que tampoco se trataba de que el mensaje fuera una maravilla, pero había sido ella la que tomó la iniciativa y yo no podía creerlo.

Luna:

¿Te apetece ir al cine esta tarde?

No estaba convencido de que ir al cine con ella fuera una buena idea, más que nada porque no podría tocarla, ya que alguien nos podía ver. Con todo, pasar un rato con Luna me pareció perfecto.

Yo:

Perfecto.

Respondí sin ser capaz de dejar de sonreír.

Quedamos un par de horas más tarde en un cine del centro. Luna me había comentado la película que quería ver y yo le respondí que me parecía bien, a pesar de que no tenía ni idea de lo que iba.

Me había duchado aquella misma mañana, pero preferí pasar por mi piso para volver a hacerlo y cambiarme de ropa.

Pese a que intenté hacer tiempo, terminé llegando veinte minutos antes. Aproveché, sentado en un banco, para contestar a unos cuantos mensajes del trabajo.

—Te veo muy concentrado.

¡Joder! Su voz, su maldita voz, hizo que mi corazón se acelerara.

—Me he quedado absorto respondiendo a unos correos —respondí, en lugar de decirle que tenía tantas ganas de verla que había llegado muy pronto.

—Pues venga, vamos a por las entradas, que acaban de estrenar la película y me da miedo que nos quedemos sin ellas.

Tal y como imaginaba, durante el tiempo que duró la película ni siquiera nos rozamos. Supongo que, por eso, cuando salimos de allí le propuse ir a mi casa. No era que quisiera acostarme con ella, que también, pero es que necesitaba besarla y no podía hacerlo en mitad de la calle. No cuando ella salía con él.

Había pensado, en infinidad de ocasiones, mantener una conversación con Luna. Intentar averiguar qué tenía pensado hacer, si barajaba la opción de dejar a Alejandro, pero en el último momento siempre me echaba atrás, pues me daba miedo que la opción de dejar a alguien la tuviera reservada para mí.

—Se me había ocurrido que podríamos ir a cenar al restaurante que han abierto nuevo en esta misma calle. Dicen que se come muy bien.

No quise pensar que no quería estar a solas conmigo y me lo tomé como que le apetecía que hiciéramos algo diferente.

—Claro, me parece genial —respondí, tal y como lo hubiera hecho con cualquier cosa que me propusiera.

Luna tenía razón, la comida fue increíble y nosotros lo pasamos muy bien. No podía evitar pensar que ella cada vez parecía estar más cómoda conmigo y que empezaba a actuar con mucha más espontaneidad. Resultó tan liberador...

Al salir de allí, me ofrecí a acompañarla y caminamos juntos hasta la esquina de su casa. No me lo había dicho, pero preferí despedirme de ella allí que hacerlo en el mismo portal, ya que podrían vernos. Además de que llevaba toda la noche deseando besarla y no estaba dispuesto a esperar más.

Me acerqué a ella cuando pasábamos por la entrada de un *parking*, la empujé ligeramente para que quedara resguardada y la besé como llevaba queriendo hacerlo desde que la vi.

Luna me agarró del pelo y acercó su cuerpo al mío. Pude notar todas y cada una de sus curvas. Bajé una de mis manos a su nalga y la pegué aún más a mí, con la otra le tiré ligeramente de la coleta que llevaba. Ella soltó un jadeo y yo una maldición, ya que me hubiera gustado estar en cualquier otro sitio. Contuve el aliento al notar los dedos de Luna bajando por mi abdomen y

parándose en el botón de mi pantalón y seguí sin respirar cuando lo desabrochó con una sola mano. Estaba tan concentrado en sus movimientos que el sonido, demasiado cerca, del claxon de un coche me sobresaltó.

—¿¡No sois ya un poco mayorcitos para esto!? ¡Marchaos a vuestra casa! —exclamó cabreado el conductor.

Los dos salimos de allí con rapidez y no habíamos avanzado ni un metro cuando Luna se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia? —dije yo con cierto mosqueo.

—Que no sé qué me ha sentado peor, si que nos interrumpiera o que nos llamara viejos. Joder, si somos superjóvenes.

—Quizá para morrearnos en un *parking* no tanto.

—Muy jóvenes —recalcó cada sílaba con retintín.

—Vale, vale —acepté levantando las manos.

Ya no me atreví a avanzar más y me paré antes de llegar a su calle.

—Te escribo mañana. Buenas noches, Eliot.

—Buenas noches, Luna.

Di un paso hacia ella para darle un último beso, pero en el último momento lo pensé mejor. Si volvía a besarla, no sería capaz de parar.

Decidí regresar a mi casa caminando. Estaba seguro de que el aire fresco me sentaría bien. Tenía la esperanza de que dar un paseo haría que llegara a la cama más cansado y no me costara tanto conciliar el sueño.

No tenía prisa, así que fui fijándome en las personas que empezaban a salir o las que se recogían y se marchaban ya para sus casas. Era una zona de ocio, por lo que estuve bastante entretenido observando a unos y a otros.

Cuando ya estaba dirigiéndome hacia mi casa me fijé en la pareja que caminaba delante de mí. Iban a cierta distancia y la calle estaba bastante oscura, por lo que no los veía bien. Parecían muy acaramelados y yo sonreí con cierta tensión, pues me recordó que Luna y yo no habíamos podido hacer nada de eso. Me encontraba inmerso en aquellos pensamientos cuando la risa de la mujer me resultó familiar. Estaba a punto de cruzar de acera, ya que solo me faltaba encontrarme con alguna de las mujeres con las que me había acostado. No me apetecía nada, y menos aquella noche. Sin embargo, fue al oír la voz de él cuando me recorrió un escalofrío. También la conocía, y eso sí que me extrañó. Por un momento barajé la posibilidad de que fuera José, pero lo

descarté con rapidez. Ese tipo no era mi amigo; me sonaba su voz, pero no tanto.

La curiosidad pudo conmigo y acorté la distancia que me separaba de aquellas dos personas que parecía que no podían estar dos segundos sin meter la lengua en la boca del otro.

Lo cierto es que no me lo ponían fácil y tampoco podía acercarme tanto, pues iba a parecer que los estaba acechando.

Aun así, no me hizo falta más porque, al entrar en una calle que estaba mucho más iluminada que en la que nos encontrábamos, los distinguí perfectamente.

Me detuve en seco de la impresión que me dio, porque aquella empalagosa pareja no eran otros que Alejandro y Noelia.

29. Otra vez

Luna

Aquella mañana estaba muy contenta, y es que por fin mi hermana regresaba de su luna de miel. Tenía muchas ganas de verla. Aquel tipo de pensamiento ya no me sorprendía, pues hacía tiempo que la relación que mantenía con ella había cambiado mucho. Y yo estaba muy feliz por ello.

Salí de la ducha corriendo y cuando miré la hora en el móvil casi se me escapó un grito. Me había presentado voluntaria para ir a recogerlos al aeropuerto y como no me diera prisa terminaría llegando tarde.

Al final, como siempre me pasaba, me tocó esperar a mí. Cuando iba a recoger a alguien al aeropuerto me daba cuenta de lo mucho que me gustaba, pues era muy diferente a cuando tenía que llevarlos, lo cual, por lo general, implicaba despedidas. En aquella ocasión eran reencuentros y yo no dejaba de sonreír cada vez que se producía uno de ellos. Como cuando salió una chica muy joven con un montón de maletas, que hablaban de que había pasado fuera bastante tiempo. La estaba esperando mucha gente, un grupo de chicas que gritaban sin parar con un cartel enorme, y los que parecían sus padres. La chica corrió hacia ellos y ya no pudo continuar conteniendo las lágrimas. Aparté la mirada, pues llevaba observándolos un buen rato. Por lo menos aquello me evitaba seguir pensando en que hacía dos días que no sabía nada de Eliot y que el último mensaje que le envié ni siquiera lo respondió. Me había propuesto no insistir porque no era que no hubiera visto el mensaje, simplemente que no me contestó. Así que le tocaba mover ficha a él.

Aparté a Eliot de mis pensamientos al ver salir a la pareja más guapa que había visto en mi vida, porque, si mi cuñado y mi hermana ya eran guapos «de normal», con la cara de relajados que llevaban y la piel bronceada, estaban que tiraban para atrás.

—¡Luna! —gritó Luz al verme, y corrió hacia mí.

—¿Qué tal, hermanita? —dije respondiendo, con fuerza, a su abrazo.

—¡De maravilla! —exclamó sin soltarme.

—Por la cara que traes, ya me lo imagino.

—¿Qué es lo que imagina la bruja de mi cuñada? —Sonó la voz de Aarón y por el tono supe que estaba sonriendo, ya que el abrazo de mi hermana me impedía verlo.

—Lo mal que lo habéis pasado —bromeé.

—Uff, fatal —ironizó sumándose al abrazo y abarcándonos a las dos.

Una vez roto el abrazo colectivo caminamos mientras me contaban todo lo que habían hecho; todo lo que se podía contar, claro.

—Por cierto, cuñada, me ha dicho Luz que ahora eres una mujer rica.

—¿Qué te parece? Ya le dije a mi hermana que, si me dais una sobrina, toda mi fortuna pasará a ella.

—Te aseguro que he hecho todo lo que he podido durante estos días —respondió él, y Luz se puso roja.

—He desconectado del mundo, ¿qué tal la editorial? ¿Sabes algo? —preguntó Luz en un intento de cambiar de tema.

—¿Además de que me han propuesto traducir mi novela a dos idiomas? No, no sé nada más.

—¡¡¿Qué?!! —gritaron Aarón y Luz a la vez.

—Lo que oís —solté con prepotencia.

—Oye, en lugar de dejar tu fortuna a mis futuras hijas, podrías ponerte a escribir sin descanso y hacernos ricos a nosotros también, ¿no? —bromeó (o no tanto) mi querido cuñado.

—Bueno, no descarto nada. Estoy barajando muchas opciones.

—Pues no te cierres a esa, ¿vale?

Mi hermana golpeó a Aarón en el brazo, pero fue incapaz de ocultar la sonrisa.

El viaje en coche lo hicimos sin dejar de hablar y cuando llegamos a casa de mis padres —habíamos quedado para comer allí todos juntos— yo ya estaba al día.

Mi madre se comportó como una auténtica mamá gallina, al igual que mi padre. Parecía que en lugar de volver de luna de miel regresaran de la guerra.

Cuando ya íbamos por el postre decidieron cambiar de tema, qué lástima que se centrara en mí. Por un instante creí que podría estar tranquila, aunque fuera durante aquella noche.

—¿Ya os ha contado Luna que es una mujer rica? —comentó mi padre.

—Sí. Madre mía, quién iba a decir que la tía Gertrudis tuviera tanto dinero... Por el modo en el que vivía, no lo parecía en absoluto. —Luz

continuaba perpleja con ese tema.

—A mí me parece perfecto que no gastara nada en vida, así puedo fundírmelo yo —bromeé.

—¿Ya sabes qué vas a hacer? —preguntó mi padre con seriedad.

—Estoy barajando la posibilidad de comprar la galería. He descubierto que me gusta demasiado el arte como para desprenderme del todo de él.

—Pero vas a escribir, ¿verdad? —indagó mi madre.

—Esa es mi intención, sí.

—Ahora te escucho —ironizó Aarón.

—No te vengas arriba, que puede que me largue a otra editorial que me ofrezca mejores condiciones.

—Eres una mujer rica, no te hace falta el dinero —pinchó él.

—Hablando de eso, y ahora que estamos todos aquí, ha llegado el momento de que renuncie a ser socia de Letras, de manera oficial, quiero decir —ya que nunca había ejercido como tal— para pasártelo a ti, hermanita. Desde que tía Gertrudis me dejó el dinero he estado pensando en regalarte algo que te emocionara y creo que esto es lo que más ilusión va a hacerte.

—Quiero que te lo pienses, no quiero que renuncies... —empezó a decir mi hermana.

—Luz, no me hace falta ni tengo ninguna ilusión, y quiero que mi parte sea tuya. De hecho, yo no tomo ninguna decisión en Letras ni estoy involucrada de ninguna manera; bueno, como autora, y eso espero seguir siéndolo.

—Y nosotros, que los seas —chinchó Aarón.

—Lo que quiero es dejarlo todo por escrito.

—Si estás segura... —insistió mi hermana.

—Lo estoy —respondí con firmeza.

—Pues venga, vamos a brindar por mis hijas, que serán dueñas de una editorial y de una galería de arte —propuso mi padre.

—Aún no lo sé, papá.

—No seas aguafiestas y brinda.

—Ah, y otra cosa, Luz. ¿Te acuerdas de aquel coche que te gustaba tanto? ¿Aquel del que no parabas de hablar? —le pregunté.

—Sí, claro. Es tan bonito que...

—Tienes que ir mañana al concesionario a recogerlo.

—¡¿Qué?!

—No me digas que no es el mejor regalo de boda que te han hecho en la vida —bromeé—, además de que es lo suficientemente grande como para que lo llenéis de niñas.

Mi hermana se levantó y me abrazó con fuerza dándome las gracias, pero es que, después de que mi tía me lo dejara todo a mí, aquello era lo mínimo que podía hacer.

—Luna, ¿recuerdas que te dije que siempre había querido tener un yate? —preguntó Aarón riendo.

Las bromas continuaron hasta que Luz decidió cambiar de tema y eligió uno que casi me hizo atragantarme.

—¿Has visto a Eliot? Me mandó un mensaje un día y lo noté un poco raro.

No tenía ni idea de que Eliot le hubiera enviado un mensaje a mi hermana estando ella de luna de miel. ¿Qué querría? ¿Qué le diría? ¿Para qué lo hizo?

—Sí, lo he visto —respondí de forma ambigua con la esperanza de que me dejaran en paz.

—¿Y? —insistió Luz.

—Y nada, ¿qué quieres que te diga?

El resoplido de la mesa fue casi conjunto, como si lo hubieran ensayado antes.

—Bueno, da igual, mañana lo veré y ya hablaré con él —dijo con naturalidad.

—Ni se te ocurra decirle nada de mí, que nos conocemos —casi la amenacé.

—No, tranquila.

Aquellas palabras saliendo de la boca de mi hermana me provocaban de todo menos tranquilidad. ¡Encima de que acababa de regalarle un coche!

Tenía que hablar con ella, pero no pensaba hacerlo delante de mi cuñado y de mis padres. Luego le mandaría un mensaje para quedar.

Mientras regresaba a casa no pude contener la sonrisa. Le había pillado el gusto a eso de disfrutar de las comidas y cenas familiares y, si tiempo atrás hubiera heredado el dinero que tenía en aquellos momentos, lo primero que habría hecho sería largarme a un viaje infinito, sin prisas y sin billete de vuelta. Sin embargo, ya no me veía largándome de allí un tiempo indefinido. Eso no

quería decir que no fuera a viajar, pero no me apetecía hacerlo como lo hacía antes, cuando me daba la sensación de que nada me ataba y de que mi hogar no estaba en ningún sitio.

Era relativamente pronto cuando llegué a casa, por lo que no me extrañó encontrarme a Virtudes cenando con Alejandro y Noelia.

—¿Qué tal está Luz? —Fue la primera pregunta que me hizo mi vecina.

—Pues yo la he visto más guapa que nunca, así que imagínate.

—¡Joer! Igual es que ya viene embarazada —bromeó Virtudes.

—Ojalá —fantaseé yo.

—Bonica, te he guardado un trozo de tortilla de patatas por si quieres tomártela mañana para desayunar.

Y ese era uno de los motivos por los que no quería marcharme de aquel piso. Me daba igual el dinero que tuviera, la red que encontraba en ese edificio no iba a hallarla en ningún otro lugar. Además de que no quería dejar a Virtudes ni a Rosario solas y de que no deseaba marcharme lejos de Fermín.

También era cierto que quizá Alejandro y Noelia decidieran quedarse con aquel piso. No lo habíamos hablado aún.

—Madre mía, ya tengo ganas de que llegue mañana porque desayunar un bocadillo de tu tortilla de patatas es lo más cerca del cielo que voy a estar.

—Por cierto, Luna, ¿te has terminado el libro del club? —quiso saber Virtudes.

—Sí, lo acabé hace un par de días. —La ventaja de que en la galería tuviera que entrar una colección nueva era que me daba tiempo a leer en el trabajo.

—¡Me está encantando! —exclamo Virtudes con una enorme sonrisa.

—Sí, a mí también me ha gustado muchísimo.

—Creo que va a ser mi preferido.

—Espérate, que el del próximo mes me han dicho que es maravilloso.

—Hay tantos libros por leer que no doy abasto.

—Toda la razón.

Virtudes no tardó en marcharse a su casa y yo me metí en mi cuarto para dejar un poco de intimidad a la parejita feliz.

Tal y como le dije a mi vecina, ya me había terminado el libro y había empezado otro que no acababa de engancharme, así que no sabía bien qué hacer allí encerrada.

Le escribí un mensaje a mi hermana para quedar a comer al día siguiente. Y como ya tenía el móvil en la mano entré en la conversación de Eliot. Estaba en línea. Estaba conectado y no me respondía. Es que no entendía nada. Leí el último mensaje que le envié.

Yo:

Me ha encantado compartir contigo esta noche. Ha sido diferente. Casi como una cita normal, ja, ja, ja. Me encantaría repetirla.

Quizá resulté demasiado sincera. Me daba la sensación de que era el primer mensaje tan directo que le enviaba. Tal vez le hubiera sentado mal algo, pero es que no lograba entender el qué.

Me desprendí de mi orgullo y de mis miedos y le escribí otro.

Yo:

Bueno, tal vez la película que elegí no fuera buenísima, pero disfruté mucho de la compañía y eso es lo que cuenta, ¿no?

Tuve claro que, si Eliot no contestaba a aquel otro wasap, ya no insistiría más. Solo me faltaba declararme y eso no iba a ocurrir, por supuesto.

Estaba tan absorta mirando la pantalla que capté el momento exacto en el que el doble *check* se puso de color azul.

Contuve la respiración.

Y Eliot se desconectó.

«¿Volvemos a eso?», me pregunté recordando lo que sucedió cuando nos conocimos. Pues ya podía estar tranquilo, porque aquel era el último mensaje que le enviaba.

Me sentía más cabreada que triste y eso era bueno, porque odiaba estar triste. La parte mala era que la rabia no iba a lograr que conciliara el sueño con facilidad.

No me equivoqué, aquella noche terminé quedándome dormida cuando casi amanecía.

30. La verdad

Eliot

No podía continuar así. Era el segundo mensaje de ella que dejaba en «visto», pero es que no tenía ni idea de qué hacer en aquella situación.

Estaba claro que lo mejor sería quedar y hablarlo cara a cara. Pero es que había intentado imaginar varias veces el modo de sacar el tema de manera que le hiciera el menor daño posible y no lo veía viable.

«Hola. Mira, Luna, que vi a tu novio y a tu amiga a puntito de comerse el uno al otro en plena calle». No, no podía decirle algo así. «Luna, llevas unos cuernos tan grandes que no puedes ni entrar por la puerta». TAMPOCO. Y mucho menos podía soltarle lo que de verdad me apetecía: «Luna, deja a tu novio, que es un gilipollas que no te merece, y elígeme a mí». No, no era el momento de eso. Primero ella tendría que asimilar la noticia, superar la ruptura y estar preparada para empezar otra relación —que esperaba que fuera conmigo—. Y yo pensaba permanecer junto a ella para cuando lo hiciera.

Sabía que no podía tardar en ordenar mis ideas y en responder a sus mensajes, pues, por más que había intentado evitarla, aquello no tenía ningún sentido y al final terminaría cabreándose conmigo.

Así que, a la mañana siguiente, antes de ir a trabajar, le mandé un wasap con el que esperaba suavizar las cosas entre nosotros y dejar la puerta abierta para poder mantener una conversación tranquila. No sabía hasta qué punto Luna estaba enamorada de Alejandro, pero me jodía sobremanera ser yo quien tuviera que romperle el corazón explicándole lo que había visto. No me importaba sostenerla, pero no quería ver, en primera línea, cómo se derrumbaba.

Yo:

Luna, perdóname, pero he estado muy liado. Para compensarte me gustaría invitarte a cenar en mi casa hoy. Por cierto, yo también me lo pasé genial. Y, sí, fue una cita que me encantó compartir contigo.

Solo me quedaba cruzar los dedos para que aceptara mi invitación. Quizá me había precipitado invitándola a mi casa, pero deduje que sería el sitio donde estaríamos más tranquilos.

Aunque, claro, estábamos hablando de Luna. Así que cuando comprobé que había visto el mensaje tuve claro que iba a hacérmelo pasar un poquito mal antes de responder.

Llevaba dos horas trabajando cuando por fin Luz me llamó para ir a su despacho. Aquella mañana ella había llegado antes que yo y no salió de allí en ningún momento.

Tenía ganas de verla y de saber cómo le había ido.

Ni rastro de ningún tipo de celos.

—¿Se puede? —pregunté antes de entrar.

—¡Eliot! Estaba deseando verte, pero es que llevo una mañana...

—Ya me imagino —dije acercándome a ella.

Fue un abrazo extraño, diferente a todos los que nos habíamos dado antes, porque parecía que quisiéramos guardar las distancias, pero que nos resultara difícil hacerlo.

—¿Qué tal va todo? —indagó mientras se separaba.

—Bueno, no voy a quejarme. No me he pasado los últimos quince días en una playa tomando el sol, pero no ha estado mal.

—Me alegra oír eso. ¿Qué tal con Patricia?

—Digamos que estaba deseando que regresarais. No es que tenga queja, pero se ha tomado muy a pecho el papel de jefa.

—Perfecto, precisamente por eso la dejamos a ella al mando. Siéntate, que tenemos que hablar.

Sabía muy bien por dónde iba a ir la conversación con Luz. Solo hacía falta esperar un poco porque ya había roto el hielo con el tema del trabajo, ahora tenía que continuar hablando para saber cuál era la cuestión que de verdad quería abordar conmigo.

—Eliot, Luna dijo que os habíais estado viendo. —Y ahí estaba.

—Si no te importa, eso es algo que no voy a hablar contigo —contesté tajante.

—No te preocupes, he quedado para comer con ella. Ya me pondrá al día. Solo quería que habláramos para asegurarme de que las cosas entre nosotros estaban bien y para saber qué intenciones tienes con mi hermana.

—Francamente, antes de hablar contigo de mis sentimientos por Luna quiero hacerlo con ella. Solo te diré que tenías razón, no estaba enamorado de ti.

—Claro que no estabas enamorado de mí, menuda gilipollez, hay que ser idiota para pensar que...

—Muchas gracias —la interrumpí bromeando.

—Es que menuda olla te hiciste. Entonces, si por fin has descubierto que no estás enamorado de mí, has llegado a la conclusión de que lo estás de mi hermana, ¿verdad?

—Sí —respondí rotundo, a pesar de que acababa de aclararle que quería decírselo antes a Luna.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó sonriendo.

—Sí, pero aún tenemos muchas cosas por aclarar y me gustaría hacerlo a mí, así que te pido por favor que no le comentes nada a ella.

Lo último que me faltaba era otro malentendido con Luna. Además de que yo solo pensaba en cómo iba a reaccionar cuando se enterara de lo de Alejandro. Tal vez necesitara un tiempo sola para aclarar sus ideas, quizá... La siguiente frase de Luz me sacó de mis pensamientos, que empezaban a entrar en bucle.

—No te preocupes por eso, puedo guardarte un secreto. Después de todo, eres mi mejor amigo.

Y en esa ocasión fui yo quien sonrió.

Hasta bien entrada la tarde Luna no respondió a mi mensaje, y lo hizo con una escueta línea.

Luna:

Ok. Nos vemos a las nueve en tu casa.

El corazón se me desbocó y en esa ocasión no fue por la perspectiva de verla —o no solo eso—, sino porque no me gustaba nada lo que tendría que confesarle aquella noche. En fin, le di muchas vueltas y pensé que si fuera al revés yo querría que me lo contaran. Pese a que no soy del tipo de persona a la que le gusta meterse en la relación de nadie. Barajé la posibilidad de que

tuvieran una relación abierta, pero, si fuera así, entonces no pasaría nada porque se lo dijera.

No di pie con bola el resto de la tarde.

A las nueve en punto sonó el timbre del telefonillo y como venía siendo habitual la esperé apoyado en el quicio de la puerta. En aquella ocasión no la dejé pasar sin pagar el peaje y la besé con tantas ganas que creí que no llegaríamos a poder hablar. Sin embargo, me acordé de lo que estaba a punto de decirle y me separé de ella, no sin reticencia.

—Hola, Luna. Tenía muchas ganas de volver a verte —murmuré aún pegado a sus labios.

—Hola, Eliot —dijo con retintín—. Yo también.

Caminamos cogidos de las manos hasta llegar al salón.

—Antes de nada, siéntate, que voy a traerte una copa de vino. He comprado una botella que me han recomendado.

—Iba a traer yo una, pero al final se la bebieron Noelia y Alejandro.

Aquellas palabras me tensaron y decidí que no iba a posponer más la conversación. Así que, en cuanto regresé con las copas llenas, me bebí la mía casi de un tirón y me senté junto a ella.

—Tenías sed, ¿eh? —bromeó.

—Un poco sí.

—Eliot, pareces nervioso, ¿qué pasa?

—Luna, el otro día vi a Noelia y a Alejandro juntos.

—¿Juntos? —preguntó alzando las cejas, y yo me armé de valor.

—Besándose en medio de la calle como si estuvieran acostumbrados a hacerlo habitualmente. —Ya estaba, ya lo había dicho.

—Ah —murmuró.

Había barajado cantidad de reacciones, pero, desde luego, aquel simple «ah» no era una de ellas. Esperé unos instantes, sin apartar los ojos de Luna, para ver si esa reacción simplemente se debía al *shock*. Pero no fue así.

—¿Has oído lo que te he dicho, Luna? —pregunté tomando su mano para que supiera que yo estaba allí con ella, que la apoyaba, que podía contar conmigo.

—Sí, sí. La cuestión es que yo... quería hablar contigo... desde hace tiempo... sobre esto.

—¿Necesitas que te traiga un vaso de agua? —propuse, puesto que su reacción me tenía completamente desconcertado.

—No, estoy bien. Más o menos. Lo que quería decirte es que Alejandro y yo... Bueno, que Alejandro fue mi pareja, pero que luego lo dejamos y pasó todo aquello con nosotros y le pedí que se hiciera pasar por mi novio para la boda de mi hermana, ya que mi tía Gertrudis iba a hacer de celestina entre tú y yo y vi venir la que se podía liar. Después la pelota se hizo tan grande que no supe cómo pararla...

—Luna, no estoy entendiendo nada —la interrumpí.

—Alejandro y yo dejamos de ser pareja hace mucho tiempo, pero nos hicimos pasar por novios en la boda de mi hermana.

Pues sí que lo había entendido. El problema quizá fuera que no deseaba hacerlo, porque eso quería decir que todo aquel tiempo estuve haciendo el gilipollas con ella. Aparté mi mano de la suya y la llevé a mi pelo.

—¿Eso quiere decir que no has tenido pareja nunca? —pregunté por asegurarme.

—Hombre, nunca, nunca... —dijo bromeando, y eso sí que me cabreó.

¿Había estado jugando conmigo y con mis sentimientos desde el principio, y encima se permitía el lujo de bromear?

—No consigo verle la gracia por ningún lado. ¿Me hiciste creer que mi confesión a tu hermana te dolió y luego me haces esto? —El dolor que sentía se coló en cada una de mis palabras.

—No...

—Sí, Luna, sí. Porque yo entendí lo mal que lo hice, pero es que, cuando le confesé a tu hermana que estaba enamorado de ella, nosotros no estábamos en el punto que nos encontramos ahora.

—Eliot, yo...

—Luna, quiero que te marches. Necesito pensar en todo esto.

Ella abrió la boca varias veces mientras se ponía en pie, pero no dijo nada. Por lo menos hasta que llegó a la puerta y se giró hacia mí.

—Lo siento, Eliot, de verdad que lo siento mucho.

—¿Sabes lo que más me jode?

—¿El qué?

—Que nunca estuve enamorado de Luz y que al hacerlo de ti me di cuenta de lo que realmente era.

Cerré la puerta antes de que me contestara y mientras me dirigía a mi cuarto agarré la botella de vino que había dejado sobre la encimera, la iba a necesitar.

Ni siquiera me molesté en coger una copa.

31. Decisiones

Luna

Cuando Eliot me cerró la puerta en las narices me cayó la primera lágrima y al llegar a casa lloraba tanto que no podía ni meter la llave en la cerradura de lo que me temblaban las manos. Fue al entrar y ver a Noelia cuando me percaté de que tampoco podía hablar. Ella, al verme parada sin poder casi moverme, se levantó de un brinco del sofá.

—Luna, ¿qué ha pasado?! —preguntó con cierto pánico en la voz.

Alejandro, en cuanto se dio cuenta, también se levantó y se acercó a mí para abrazarme con fuerza, lo que hizo que aún llorara con más intensidad.

—Voy a prepararte una tila con muchos sobres dentro —dijo soltándose y caminando hacia la cocina.

—Siéntate, que me da miedo que te caigas —pidió Noelia.

—La he cagado tanto... —murmuré, más para mí misma que para ella.

Me senté en el sofá y eché la cabeza hacia atrás. Noelia no dijo nada, solo cogió mi mano y la acarició. Así estuvimos hasta que Alejandro regresó con una taza de tila que dejó sobre la mesita que había junto al sofá y sentándose frente a mí dijo:

—Eliot se ha enterado de todo, ¿verdad?

—Sí, y está muy enfadado —aclaré como pude, porque el nudo que se formaba en mi garganta cada vez que lo pensaba me impedía hablar con soltura. Tomé la taza entre mis manos, más por tenerlas ocupadas que por las ganas de beberme aquello. Alejandro le había echado tantos sobres de tila que el agua había adquirido un color verde oscuro. Muy oscuro. Dudaba mucho de que aquello se pudiera beber.

—Normal, ya te dije... —No pudo continuar porque Noelia le dio un fuerte codazo y lo fulminó con la mirada.

—Lo último que necesita ahora es que le echés en cara que ya se lo dijiste, creo que ha llegado ella solita a esa conclusión —le recriminó.

—Ya me callo —susurró él con cierto resquemor.

—No, si tienes razón. No debí dejar que la pelota se hiciera tan grande, pero es que no sabía cómo decírselo porque tenía claro que no iba a sentarle

bien, y al final he dejado pasar tanto tiempo que todo ha sido peor.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Noelia.

—Me ha echado de su casa —respondí volviendo a llorar.

—¡Joder! —exclamó ella.

—Y me ha confesado que está enamorado de mí —murmuré.

—Pero eso es bueno, porque entonces no está todo perdido —añadió Alejandro.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con interés.

—¿Puedo hablar? —le preguntó a Noelia, y esta puso los ojos en blanco —. Pues que es normal que se sienta así, imagínate que hubiera sido al revés. Pero si está enamorado de ti la cosa cambia. Tal vez deberías dejar que pasen unos días, esperar a que se le suavice el mosqueo para volver a hablar con él.

—No estoy segura de que quiera volver a hablar conmigo. Además, no me he tomado sus palabras como una declaración de amor, ha sido más bien un modo de echarme las cosas en cara.

—Hazme caso, dale tiempo —insistió él.

La realidad era que no me quedaba de otra, no podía obligarlo a hablar conmigo y estaba claro que Eliot no iba a querer hacerlo en breve; así que a mí, que era la persona más impaciente del mundo, me iba a tocar esperar.

Noelia y Alejandro pasaron un par de horas conmigo, cada uno sentado a un lado e intentando hacerme compañía. Se lo agradecí porque no tenía ganas de meterme en la cama, dado que no iba a poder dejar de darle vueltas a la conversación que había mantenido con Eliot y a lo mal que había hecho las cosas con él.

Con todo, pasado ese tiempo tampoco logré calmarme y, por supuesto, no fui capaz de beberme el mejunje que Alejandro me había preparado.

Aunque, claro está, no podía mantenerme sentada en el sofá toda la noche y en cuanto me metí en la cama ocurrió justo lo que me temía: la conversación resurgió en mis pensamientos.

No podía olvidar lo dolido que Eliot parecía ni tampoco que me había confesado que estaba enamorado de mí. Era extraño porque me sentía feliz por eso y a la vez muy triste porque no hubiera sucedido en otras circunstancias. Lo último que deseaba era haber terminado haciéndole daño. Y, claro, entendía bien que se sintiera dolido, pues además del engaño era que, tal y como me había puesto yo con lo de Luz, hacerle aquello había sido un golpe bajo y yo lo sabía bien.

Terminé quedándome dormida bien entrada la madrugada.

Me sentía agotada, así que me levanté como pude y casi me arrastré hasta el baño. Me metí en la ducha con la esperanza de que aquello me despejara, pero no surtió efecto.

Ni siquiera mientras me tomaba el tercer café de la mañana estaba segura de que no fuera a quedarme dormida en cualquier momento. Y es que no había pegado ojo en toda la noche, ya que cada vez que lograba conciliar el sueño y quedarme dormida me asaltaba alguna pesadilla relacionada con Eliot y conmigo. El problema era que aquel día mantendría una importante reunión con la dueña de la galería de arte y, desde luego, no tenía la cabeza despejada como para poder negociar con ella. En fin, haría lo que pudiera.

Minerva me esperaba en el café que había frente a la galería. Era una mujer de edad indefinida, que podría ir desde los cuarenta hasta los cincuenta y largos. Siempre iba peinada, maquillada y vestida de manera impecable y estaba convencida de que los zapatos que llevaba pagarían mi sueldo de un año. Si algo tenía claro era que, por mucho dinero que yo tuviera, no pensaba convertirme en ella. Más que nada porque me parecía que debía de ser incomodísimo trabajar con aquella ropa y aquellos zapatos de tacón infinito. ¿Cómo podía aguantar tantas horas de pie con semejante máquina de tortura en los pies? Pero, vaya, que aquel estilo nunca había ido conmigo. Miré mi pantalón tejano, mis deportivas y el bolso que me parecía una maravilla porque se convertía en mochila. Visualicé el moño que me había hecho, mi cara lavada —ni siquiera estaba segura de haberme echado crema al salir de la ducha—, y supe que aquello jamás ocurriría.

—Hola, Minerva, ¿qué tal? —pregunté acercándome y sentándome en la silla que había frente a ella.

A pesar de que hablábamos casi a diario por teléfono, no nos veíamos con mucha asiduidad.

—Pues muy bien. Un poco triste por esta reunión porque me temo que es para comunicarme que vas a dejarme —dijo llevándose a los labios, pintados perfectamente de rojo, la tacita de café solo que había frente a ella.

«Creo que lo que voy a proponerle no se lo ve venir de ninguna de las maneras», pensé.

—No, no tengo intención de dejar la galería, mi propuesta es bien distinta.

—Ay, pues entonces sí que no comprendo nada —reconoció.

La entendía, la propuesta que estaba a punto de hacerle no debía de ser muy frecuente. Decidí ir directa al grano.

—Lo que quería decirte es que estaría interesada en comprarte la galería.

—Su cara de sorpresa me dio la razón, era una opción que no barajaba—. Sé bien que no la has puesto en venta y que tal vez no tengas ninguna intención de hacerlo, pero tengo claro que quiero adquirir una y me gustaría que fuera esta, pues ya estoy familiarizada con ella y sé cómo van los números.

—Entonces, sabrás que no es que sea un negocio muy rentable —añadió alzando una ceja.

—Sí, lo sé.

—¿Y aun así quieres adquirirla? —Su sorpresa crecía por momentos. No me extrañaba.

—Llámame romántica, pero es que he empezado a escribir y me va bien, aunque no quiero dejar de estar en contacto con el arte —añadí con sinceridad.

—Lo entiendo. —Se removió incómoda en su silla—. Si bien, como ya sabrás, he adquirido una colección nueva que no ha sido precisamente barata, por lo que, además del local y del traspaso del negocio, tendrás que hacerte cargo de ella también.

—Siendo así, hablemos de números.

Sabía que Minerva iba a ser un hueso duro de roer, lo bueno era que la galería de arte donde yo trabajaba no era la única que poseía y que estaba mucho más volcada en la otra, que era mucho más grande. Pero, claro, yo me había preparado para que no quisiera venderla, así que comprobar que no estaba cerrada del todo a aquella opción me dejó un resquicio en el que colarme.

No llegamos a cerrar el acuerdo, pues Minerva quería pensárselo, pero yo dejé una propuesta encima de la mesa que me pareció justa y con la que la vi bastante interesada.

Había empezado a tomar decisiones y no quería parar solo con la compra de la galería. Quería hablar con Noelia y Alejandro, ver qué intenciones tenían, ya

que, aunque me gustaba compartir el piso con ellos, estaba claro que necesitaban intimidad y yo también quería un poco de espacio.

Así que aquella noche pedí comida en un restaurante que nos gustaba mucho y cuando ellos llegaron yo los estaba esperando con la mesa puesta.

—Vaya, ¿qué celebramos? —preguntó Alejandro.

—¿Te has reconciliado con Eliot? —añadió Noelia con rapidez.

—No, qué va, aún no he hablado con él. Pero quería hacerlo con vosotros. Venga, sentaos antes de que se enfríe.

No saqué el tema hasta que terminamos de cenar.

—Veréis, le he estado dando muchas vueltas a todo y necesito reorganizar mi vida. Ya sabéis que os quiero un montón, pero creo que ha llegado el momento de que me vaya y os deje intimidad —anuncié sin levantar la vista de mis manos.

—Al final vas a abocarnos a vivir juntos —bromeó Alejandro.

—Lo cierto es que no queríamos dejarte sola..., nos sabía mal... —balbuceó Noelia.

—¿¡Qué! ¿Quieres decir que ya habéis hablado del tema? —pregunté.

—Hace semanas que le pedí que se mudara a mi casa —confesó Alejandro.

—¿Y no te has ido por mí? —le recriminé a Noelia.

—Es que me sabía mal. Encima pasó todo eso con Eliot y no pude...

—Noelia, me encanta estar con vosotros y os voy a obligar a continuar viniendo a nuestra noche de póquer, pero sois pareja y necesitáis vivir solos.

—No tenía pensado marcharme porque sabía que no podrías pagar el alquiler tú sola, aunque lo empecé a pensar seriamente cuando tu tía te dejó la herencia —me explicó, un poco avergonzada.

—Tengo intención de comprar este piso, puedes irte a vivir con Alejandro muy tranquila.

—¿De verdad? —preguntó esperanzada.

—Bueno, a no ser que no quieras vivir con él y me estés poniendo a mí de excusa; entonces seré tu tapadera todo el tiempo que necesites, por supuesto —bromeé, tras lo cual Noelia me dio un suave golpe en el brazo.

—¡No seas burra, tía! —exclamó, y acto seguido posó su mirada llena de amor en Alejandro, mandando a la mierda cualquier tapadera o excusa.

—Pues venga, vamos a brindar por los nuevos comienzos —propuso Alejandro.

Alzamos los vasos y reímos y brindamos por nuestra emancipación tardía.

Después les estuve explicando la conversación que había mantenido con Minerva. También les conté que, aunque mi jefa aún no había aceptado la oferta, yo ya tenía en mente llamar a Judith, una antigua compañera de la universidad, para ver si estaba interesada en suplir mi turno. Quería mantener a Ana, que llevaba años allí y que me encantaba cómo trabajaba, así que, si a Judith no le interesaba el trabajo, tiraría de los currículums que nos habían ido llegando al correo de la galería para cubrir el otro turno.

Volvimos a brindar, por eso y por unas cuantas cosas más. Cuando aquella noche llegué a la cama me encontraba ligeramente mareada.

Me hubiera encantado hablar con Eliot, contarle todo lo que estaba haciendo, las decisiones que había tomado, pero sabía que eso no podía ser. Y aquello solo me llevaba a que mis ganas de buscar la forma de que me perdonara aumentaran.

Casi me había quedado dormida cuando recibí un wasap. Encendí la luz y me incorporé en la cama, porque si no lo hacía no me despejaría y ni siquiera sería capaz de leer aquel mensaje. Miré el reloj solo para percatarme de que era bastante tarde, así que cogí el móvil con cautela. Pero al leerlo una enorme sonrisa se dibujó en mi cara.

Minerva:

Acepto tu oferta.

Con ese escueto mensaje, en una sola noche, me había convertido en propietaria de una galería de arte y de un piso.

Hice un gesto hacia arriba y murmuré:

—Muchas gracias por arreglarme la vida, bruja.

Y de pronto se fue la luz. No quería darle más vueltas a eso. Yo no era precisamente de las personas que creían en cosas raras, pero no pude evitar pensar que la momia era impertinente y tocapelotas hasta en el más allá.

32. Lluvia de ideas

Luna

Parecía que mi vida empezaba a encauzarse en todos los sentidos, menos con Eliot. No había vuelto a saber nada de él y me parecía que aún era pronto para insistir en aclarar las cosas. Tenía pensado hacerle caso a Alejandro y dejar pasar unos días. Solo esperaba no estar metiendo la pata aún más.

Aquel mediodía había quedado con Luz para comer juntas y por la noche tenía partida de póquer, así que se me presentaba por delante un día muy completito.

Antes de asistir a la comida con mi hermana llamé a mi compañera y en breve mi empleada para contarle las novedades. También me puse en contacto con Judith, que me contó que estaba trabajando de cajera en un supermercado, pues no había encontrado nada de lo suyo. Antes de aceptar lo que yo le proponía me hizo un millón de preguntas, algo que me pareció perfecto, puesto que quería que estuviera segura de la decisión que iba a tomar. Finalmente quedamos en vernos en unos días para terminar de atarlo todo.

Vi a mi hermana nada más entrar en el restaurante en el que habíamos quedado. Un par de camareros pululaban por su mesa sin apartar los ojos de ella y el hombre que tenía sentado en la mesa de al lado no le quitaba la vista de encima; sin embargo, ella estaba concentrada en la carta y parecía no percatarse de nada.

Le había pedido que se cogiera un par de horas para poder comer tranquilas, pues quería contarle todas las novedades de la galería y lo ocurrido con Eliot. Sabía que él no le había comentado nada, pues si hubiera sido así Luz me lo habría dicho.

—Hola, hermanita —saludé acercándome a ella para darle dos besos.

—Luna, ¡qué ganas tenía de que quedáramos las dos solas! —exclamó con una sonrisa que me desconcertó.

No tenía ninguna duda de que iba a aplicarme un tercer grado.

Mientras comíamos hablamos un poco de todo, pero yo no dejaba de observar a Luz. Ella no paraba de darle vueltas a la comida de su plato, casi no

había probado bocado. Entrecerré los ojos.

—¿Qué te pasa? —pregunté, interrumpiendo lo que me estaba contando.

—¿Qué me pasa de qué? —respondió con otra pregunta, y no me miró a la cara. Aquello me puso en guardia.

—Luz, las dos tenemos un apetito voraz y no te has metido en la boca ni una cucharada desde que te han servido el primer plato.

—He comido varias cucharadas —respondió a la defensiva.

—Vale, varias, pero es que yo estoy a punto de terminar.

—No está muy bueno... —Menuda mierda de excusa.

—Hemos pedido lo mismo, está exquisito. ¿Luz?

—¡Bueno, vale! No quería decírselo a nadie, es muy reciente y...

—¿Estás enferma? —Esas dos palabras me hicieron sentir un escalofrío, pero antes de que el pánico me invadiera Luz me contestó.

—No, no estoy enferma, Luna. Estoy embarazada.

Ni desmiento ni confirmo que me costó un poco asimilar aquella frase.

—¿Qué? —Y, sí, esa fue mi maravillosa respuesta.

—No era nuestra intención que ocurriera tan pronto, apenas llevamos un mes casados, claro que estoy de casi tres meses, así que esto viene de antes. Pensé que con los nervios se me había retrasado la regla, pero...

Mi hermana empezó a divagar y yo me levanté de la silla para acercarme a ella. Le hice ponerse de pie a ella también y la abracé con fuerza.

—Enhorabuena, Luz. Gracias por hacerme tía. —No pude contenerme y empecé a llorar sin ser capaz de parar.

—Luna, no llores, que yo estoy muy sensible y... —Pero no pudo continuar porque ya lloraba también.

Necesitamos unos minutos para que se nos pasara. Los camareros acudieron varias veces a ofrecernos pañuelos. Más a mi hermana que a mí, por supuesto.

—No quiero ni imaginarme cómo debe de estar mi cuñado —dije para que Luz se centrara en otra cosa, ya que parecía ser incapaz de parar de sollozar. Había abierto la compuerta y no podía cerrarla.

—No te lo quieras imaginar, no. Como loco. —Funcionó porque se le dibujó una pequeña sonrisa.

—Y tú, ¿te encuentras bien? —pregunté con interés.

—Con el estómago un poco revuelto, pero por todo lo demás estoy genial.

—¿Y cuándo tenías pensado contármelo? —No quise que aquella pregunta sonara a reproche, aunque no lo conseguí del todo.

—Pronto, estábamos esperando a que pasara el primer trimestre. Algo que ocurrirá la próxima semana.

—Por eso propusiste quedar a cenar en casa de los papás.

Mi hermana había insistido en cuadrar una cena en casa de mis padres la siguiente semana. A mí me pareció un poco pesada y en esos momentos entendí el motivo.

—Exacto.

—Se van a volver locos con la noticia.

Continuamos hablando de ella, de mis padres, de mi cuñado y de su embarazo. Era el momento de mi hermana y no quería ponerme a hablar de mí; pero, claro, Luz me conocía bien y, cuando me lo contó todo, dijo:

—Y ahora vamos a por ti. ¿Qué ha pasado con Eliot?

—¿Cómo sabes que...?

—Porque él se pasea por la editorial como un alma en pena y no suelta prenda. Además de que parece estar cabreado conmigo y desconozco el motivo.

Yo no lo desconocía, seguramente Eliot pensaría que mi hermana estaba metida en el ajo y por eso estaba enfadado. No quería imaginarme cómo debía de sentirse al pensar que todos lo sabíamos menos él.

—Vale, voy a empezar por el principio: Alejandro y yo dejamos de ser pareja hace tiempo.

—¿Lo has dejado? ¿Por Eliot? —preguntó perpleja.

—No, en realidad hace bastante más.

Le conté a Luz todo lo que había sucedido. El día que afirmé estar saliendo con Alejandro por culpa de la tía Gertrudis. Las veces que había quedado con Eliot, lo que sentía por él y lo que pasó cuando él descubrió lo ocurrido. Lo que me confesó antes de cerrarme la puerta en las narices y lo mal que yo me sentía.

—Me engañaste a mí también, ¿por qué? —Parecía dolida y yo tragué saliva porque lo último que deseaba era que mi hermana también se enfadara conmigo.

—Porque sabía que ibas a ser incapaz de mantener la fachada y que se te acabaría notando. Después te fuiste de luna de miel y no lo vi apropiado... Lo siento. —No sabía qué más decir.

—¿Sabes? No voy a cabrearme contigo porque estoy muy feliz y porque creo que ya lo estás pasando lo suficientemente mal con la actitud de Eliot, la cual, si se me permite decirlo, veo muy normal.

—Lo sé, pero es que la situación se me fue de las manos y después no supe cómo salir de ahí.

—Así que te ha confesado que está enamorado de ti... —apuntó echándose hacia atrás en la silla.

—Sí.

—¿Le crees? —Entendía bien aquella pregunta.

—Pensé que no lo haría, pero, por el modo y en el momento en el que me lo dijo, sí, le creo.

—¿Y tú sientes algo por él? —Por la manera en la que mi hermana me hablaba sabía que había dejado de protegerme a mí para protegerlo a él. Y lo entendía; después de todo, ellos eran buenos amigos.

—Yo estoy enamorada de él hasta las trancas —confesé resoplando.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó aplaudiendo como si tuviera cuatro años y le hubieran dicho que podía comer todo el chocolate que quisiera.

—¿Tú crees? —pregunté mucho menos emocionada que ella.

—Claro que sí, los dos os queréis. Encontraréis la manera de arreglarlo.

—Se me olvidaba que a ti era a la que le gustaban las películas Disney —dije poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, también quería comentarte que he comprado la galería de arte y que la próxima semana tengo hora con el casero para ver si me vende el piso.

—Luna, ¿eres millonaria y vas a quedarte en ese piso? —preguntó con escepticismo.

—Es que no quiero alejarme ni de Virtudes ni de Rosario ni de Fermín.

Me pareció una explicación un tanto absurda. Era cierto que con el dinero que tenía podía comprarme un piso mucho más grande, más céntrico, más nuevo; sin embargo, yo quería quedarme allí.

—¿Sabes qué?

—Dime.

—Que te entiendo perfectamente.

Y las dos sonreímos de oreja a oreja.

Era noche de póquer y mi hermana y Aarón se habían apuntado, por lo que aquella velada teníamos pleno.

Virtudes se empeñó en preparar el picoteo y Rosario trajo un pastel de queso que estaba para chuparse los dedos.

Llevaba días dándole vueltas a una idea, y es que, como tenía muy claro que ninguna de mis dos vecinas iba a aceptar que yo les diera ni un solo euro por las comidas que traían los días de póquer ni tampoco las que me preparaban en numerosas ocasiones para comer, en la reunión que mantendría con el casero le pediría que les bajara el alquiler y yo me haría cargo de la diferencia, con la condición de que no les dijera nada a ellas. De esa manera les pagaría el coste de la comida —y un poco más— sin que se enteraran y sin discusiones. Las dos mujeres cobraban una ridícula pensión y encima me alimentaban, no iba a permitirlo.

Fue una noche realmente divertida, no paramos de reír y al contemplar a los que rodeaban aquella mesa sentí un pellizco en el estómago. Estaba enormemente agradecida de haberme cruzado con todos ellos.

Y también feliz por haber logrado encontrar el camino para querer profundamente a mi hermana y a mi futura sobrina —estaba convencida de que sería niña—. No obstante, mi felicidad no era plena porque en aquella mesa faltaba alguien, alguien a quien yo solita había alejado de mi vida.

—¿Y esa cara, cuñadita? —preguntó Aarón. Yo decidí ser sincera y no contestar con el simple «nada» que hubiera dicho en otro momento.

—Estaba pensando en lo afortunada que soy de teneros a todos en mi vida. —Sonó un «oh» colectivo, pero yo seguí—. Y también estaba pensando en que en esta mesa falta él.

—Hablamos de Eliot, ¿verdad? —bromeó Aarón, y yo le agradecí que le quitara hierro al momento.

—Sí, exacto.

—Yo creo que debes hacer algo grande, algo significativo, para que te perdone —propuso Aarón.

—Ya veo que mi hermana te ha puesto al día, ¿eh? —me quejé cruzándome de brazos.

—Igual que a ti —contestó bajando la voz. Yo sonreí, pues tenía razón—. Se me ha ocurrido algo: vamos a hacer una lluvia de ideas entre todos para ver si se nos ocurre la mejor manera de que Eliot te perdone.

No estaba segura de que aquello me gustara, pero necesitaba ayuda e iba a dejarme llevar.

—¿Y si le regalas un cuadro o un busto? A mí siempre me funcionaba con Ernesto —propuso Fermín.

—Tal vez funcionaría conmigo, pero no estoy segura de que lo haga con él.

—¿Y flores? —dijo Rosario.

—Creo que la he fastidiado bastante como para que me perdone con unas simples flores.

—Hazle su comida favorita y un postre que le quite el sentido, y cuando haya terminado confíésale lo que sientes por él —añadió Virtudes.

—Yo jamás he visto a Eliot enamorado, así que no tengo ni la menor idea de qué podrías hacer —murmuró mi hermana con pesar.

—¡Joder! Qué nula imaginación y qué poco romanticismo —se quejó Aarón.

—¿Tú sabes qué hacer? —pregunté con escepticismo y alzando una ceja.

—Por supuesto —me respondió, y se giró hacia Luz—. ¿Verdad que la séptima edición del libro de Luna está punto de salir?

—Sí —contestó mi hermana, aunque parecía no tener ni idea de lo que quería hacer su marido con eso.

—Pues vamos a realizar algunos cambios —sentenció él con una enorme sonrisa.

33. Declaración

Eliot

Habían transcurrido algunos días desde que Luna se marchó de mi casa y, aunque ya no sentía aquella profunda rabia y aquel sentimiento de traición y engaño, continuaba estando enfadado.

La noche anterior había quedado para tomar algo con José y terminé contándoselo todo. Necesitaba a alguien con quien desahogarme y no quería hacerlo con Luz, pues con total seguridad estaría enterada de cada detalle. Aquello me hacía sentir como si fuera imbécil. Como si todos se hubieran estado riendo de mí a mis espaldas. Cada vez que pensaba en las veces que había visto a Alejandro. En la boda de Luz. Yo creyendo que lo que estábamos haciendo era horrible y ella sabiendo que, en realidad, Noelia y Alejandro habían ido juntos. Cuantas más vueltas le daba, más me encajaba todo. El modo en el que los dos se pasaron hablando toda la boda, casi sin hacerle caso a Luna. Y yo encantado porque su pareja hubiera decidido hablar con su amiga y me dejara a Luna para mí solo. Menudo idiota estaba hecho.

No quería darle más vueltas porque, cuanto más lo pensaba, más rabia me daba. Pero es que no podía evitarlo. ¿Estarían enterados los padres de Luna? ¿Aarón? ¿Lo sabían todos menos yo? Seguramente. Me repetí aquello mentalmente levantándome con furia de la silla y caminando con paso firme hacia la máquina de café de la oficina.

Se me estaba haciendo eterna la mañana. En realidad, los últimos días solo deseaba llegar a casa y meterme en la cama, algo estúpido porque cuando llegaba allí era incapaz de conciliar el sueño y aún le daba más vueltas a todo.

—Hola, Eliot. —Me sobresalté al oír aquella voz, tan parecida y distinta a la de ella.

—Hola, Luz —casi gruñí.

—Llevas días evitándome.

—Sí, y me gustaría que continuara siendo así.

—En algún momento tendrás que hablarme —me echó en cara, pero su voz se rompió un poco al final de la frase.

—Sí, pero ahora no es ese momento —respondí alzando la voz, aunque sin llegar a gritar.

—De-de acuerdo —tartamudeó, y supe que estaba llorando.

Cuando me di la vuelta para encararla, ella ya caminaba a paso ligero hacia su despacho. Cerré los ojos porque sabía bien lo que ocurriría en breve. No me equivoqué, media hora después Aarón me llamaba para que fuera a su despacho.

Me levanté de mi silla y me dirigí hacia allí como el niño pequeño que sabe que va a recibir una bronca de papá por haberle hablado mal a mamá.

—Hola —saludé después de llamar a la puerta.

—Siéntate, Eliot —más que pedir, ordenó.

Lo obedecí y me senté en la silla que había frente a la suya. Aarón fue directo al grano.

—Hace un rato he ido al despacho de Luz y me la he encontrado llorando. No me ha hecho falta preguntarle para saber que tenía relación contigo.

—Creo que eso es algo entre Luz y yo.

—No, no te equivoques. Esto es entre Luna y tú, pero deja de ser vuestro cuando Luz se entristece tanto. Punto. Voy a decirte una cosa que ella no te ha dicho. Luz no tenía ni idea de nada. Entiendo que estés enfadado con mi cuñada —recalcó mucho esa palabra—, pero deja a Luz al margen.

—No sabía...

—Me da igual lo que sepas o no sepas. ¿Entendido?

—Sí —respondí levantándome de la silla, porque di por hecho que había terminado.

—Por cierto, ni una palabra a ella de esta conversación, pues como se entere el que va a llorar voy a ser yo.

Me hubiera reído del comentario de Aarón si no estuviera enfadado con el mundo.

Volví a mi sitio e intenté concentrarme en el trabajo, pero no lo conseguí. Por si aquella mañana no estuviera resultando una mierda, la guinda del pastel llegó una hora más tarde, cuando estaba haciendo ver que trabajaba y me pareció oírla. Pensé que tal vez solo se tratara de Luz y que me había confundido, pero no, yo no tenía tanta suerte. Me percaté de que era Luna cuando alcé la vista de mi ordenador y la vi. Estaba preciosa. Casi solté un

gemido; menos mal que logré contenerme y volví a bajar la mirada para centrarla en mi pantalla, aunque no supiera ni lo que estaba viendo.

Pensé que Luna se pararía a saludarme. Me equivoqué; lo único que hizo fue susurrar un escueto «hola» al pasar junto a mi mesa. En respuesta yo solté un gruñido debido a que el olor que dejó a su paso me hizo recordar todos los momentos compartidos.

Por más que me lo propuse, no perdí detalle y la seguí con la mirada. Creí que se desviaría para ir al despacho de Luz, pero volví a errar: fue directa al de Aarón. Aquello me extrañó, pues él no era el encargado de la novela de Luna, aunque quizá no tuviera nada que ver con eso. Así que volví a lo mío, o por lo menos a hacer ver que hacía algo. Por supuesto, no logré adelantar absolutamente nada.

Cuando oí que la puerta del despacho de Aarón empezaba a abrirse me levanté de mi sitio y me fui al baño. No quería volver a verla. Mentira. Sí quería, pero no era lo mejor para mí. Necesitaba distanciarme para poder pensar qué era lo que de verdad deseaba hacer.

Al volver a mi silla, pese a que aún quedaba un leve aroma a Luna, ya no había ni rastro de ella.

Pasado un rato tomé una decisión. No terminaba de sentirme bien, así que fui directo al despacho de Luz.

—¿Puedo pasar? —pedí asomándome, pues Luz pocas veces cerraba la puerta.

—Sí, claro, siéntate. —Parecía nerviosa y yo me regañé a mí mismo porque, aunque Luz hubiera estado al tanto de todo, no tenía la culpa y yo lo pagué con ella. No se lo merecía.

—Luz, siento mi comportamiento de antes.

—No te preocupes...

—No, de verdad, me he comportado como un idiota.

—Idiota eres un rato, sí.

Ya no había ni rastro de la mujer vulnerable con la que había hablado hacía poco.

—Gracias —respondí seco.

—De nada. Si no fueras un obtuso, un cabezota y un... un imbécil.

—Vamos, ahora no pares —ironicé.

—¡Yo no tenía ni idea de nada! Pero es que, si lo hubiera sabido, Luna es mi hermana, ¿qué crees que hubiera podido hacer? Mira, da igual, no contestes

a eso. Ahora mismo estoy muy enfadada contigo por haberme hablado así.

—Luz, te has ido llorando y ahora estás al borde de la histeria...

Levantó la cabeza de golpe y clavó sus ojos en mí.

—Vuelve a llamarme histérica y te tengo haciendo fotocopias hasta que mi hija cumpla la mayoría de edad.

Yo entrecerré los ojos y ella se llevó la mano a la boca. De pronto sus cambios de humor y que Aarón se mostrara como un cromañón con ella empezaban a cobrar sentido.

—Estás embarazada —afirmé, más que pregunté.

—No se lo digas a nadie. Solo lo sabéis Luna y tú.

—Enhorabuena, Luz. Me alegro muchísimo por vosotros —dije con sinceridad, y me acerqué a ella para abrazarla.

Luz había vuelto a llorar y así fue como nos descubrió Aarón cuando entró en su despacho.

—Te juro que no llora de pena —me justifiqué alzando las manos.

—Ya sé que no llora de pena, conozco bien a mi mujer —sonrió, por lo que yo respiré aliviado. Entre uno y otro me veía durmiendo en el cuarto de la fotocopidora.

—Luz, tu hermana acaba de marcharse, ya lo tenemos todo preparado. Nos está esperando abajo para ir a comer a casa de tus padres.

—De acuerdo. Ahora voy.

Aarón salió del despacho y volví a quedarme a solas con Luz.

—Eliot, no quiero meterme donde no me llaman...

—Luz, no lo hagas —respondí medio en broma, medio en serio.

—Lo que quiero decir es que cuando Luna oyó tu declaración lo pasó realmente mal, para ella no ha sido fácil; nuestras... diferencias físicas... Pero por fin, después de un montón de años, he recuperado a mi hermana y ahora no quiero perder a mi amigo. Así que, si no es mucho pedir, no te obceques y mantén la mente abierta. Para Luna tampoco es sencillo reconocer sus sentimientos.

—Te recuerdo que ella jamás ha expuesto sus sentimientos conmigo.

—Lo sé, lo sé —murmuró dándome un par de palmaditas en el brazo para después girarse a coger su bolso y caminar hacia la puerta.

Un rato más tarde yo también salí sin haber logrado entender las palabras de Luz.

Aquella noche volví a quedar con José, pero solo para tomar una cerveza al salir del trabajo, ya que él tenía planes con su pareja.

Íbamos por la mitad de nuestra jarra cuando mi amigo me sorprendió diciendo:

—Eliot, no he querido entrar demasiado en lo tuyo con Luna y me he limitado a escucharte, casi sin hablar, pero es que no te veo bien, pareces hundido, apático, triste...

—Hombre, contento no estoy.

—Ya lo sé, lo que quiero decir es que hay veces que merece la pena tragarse el orgullo si con eso vas a vivir mejor. Tú quieres a Luna y Luna a ti...

—Luna nunca ha dicho que me quiera. —Era la segunda vez aquel día que decía una frase similar y en las dos ocasiones me dio la sensación de estar tragando tierra.

—Pero sabes que está enamorada de ti...

—No me lo ha dicho —repliqué.

—Cuando te pones así, eres insoportable.

—Parece que hoy todos mis amigos se han puesto de acuerdo para insultarme —refunfuñé a la defensiva.

—Eliot, hablo en serio. Haz lo que quieras, pero no puedes continuar así.

—Lo sé —reconocí abatido.

Cuando apenas hacía un rato que había llegado a mi piso, llamaron al timbre de abajo. Me extrañó porque no esperaba a nadie. Resultó ser un mensajero, algo que también me resultó raro porque tampoco esperaba ningún paquete. Quizá era para algún vecino.

Finalmente resultó ser para mí, así que, muy extrañado, cogí el bulto que me ofrecía el repartidor. Lo abrí en cuanto llegué al salón y mi extrañeza inicial se tornó sorpresa absoluta.

Era un ejemplar del libro de Luna. En la portada había una nota escrita en un pósito con una letra que yo conocía muy bien. La letra de Luna.

Lee la dedicatoria. La he modificado para la séptima edición y la he ampliado considerablemente.

Deseo que te guste.

Luna

Me senté antes de abrir el libro y, en cuanto lo hice, empecé a leer.

Este libro es para ti, Eliot.

De algún modo, te debo el título de esta novela porque contigo dejé de sentirme la chica imperfecta.

Y porque, aunque me he pasado toda la vida siendo invisible y pensé que contigo sería como con todas las demás personas, me equivoqué, porque tú me ves.

Me ves de verdad.

Justo cuando había terminado de leer aquellas palabras sonó un mensaje en mi móvil. No me sorprendió que se tratara de ella.

Luna:

Aarón insistió en que te escribiera la declaración completa en el libro, pero yo preferí que esta parte fuera solo tuya y mía.

Siento muchísimo lo que ha sucedido entre nosotros. Me comporté como una idiota, pero cuando ocurrió lo de Luz me sentí tan expuesta contigo que alcé muros casi sin darme cuenta. El problema vino cuando los derribaste todos y yo no tuve ya ni el valor ni las ganas de volver a alzarlos.

Te echo muchísimo de menos y, aunque no deseaba decirte esto por aquí, necesito que sepas que estoy completamente enamorada de ti. Lo estoy desde mucho antes de que fuera capaz de reconocerlo incluso conmigo misma.

Ahora tienes la pelota en tu tejado.

Sí, estaba claro que me tocaba a mí mover ficha.

34. Un hombre maravilloso

Luna

Iba con Luz y Aarón caminado a casa de mis padres y no podía aplacar los nervios que sentía.

Ya estaba hecho. El primer ejemplar de la séptima edición modificada llegaría a casa de Eliot aquella misma tarde. Así que intentaría disfrutar de la comida con mi familia, pues estaba convencida de que sería muy emotiva. Ya pensaría en él cuando llegara a mi casa. Porque estaba claro que pensar iba a pensar mucho. Con aquella declaración me había expuesto y abierto en canal, solo esperaba que funcionara para que Eliot me perdonara.

Dejé a un lado todos aquellos pensamientos en el momento en el que mi madre abrió la puerta. Me propuse mantenerme callada y, por supuesto, esperar a que fuera mi hermana la que diera la feliz noticia. Pero eso no quitaba que estuviera deseando que lo hiciera, y es que me sentía muy nerviosa, pues sabía la inmensa ilusión que les haría a mis padres.

Intenté evitar la mirada de mi madre. Seguro que, en cuanto clavara los ojos en mí, adivinaría que le ocultaba algo. Por ello decidí que la mejor opción era sentarme en el suelo y jugar un rato con Canela. Era como estar en Suiza, territorio neutral.

Claro que yo pensé que mi hermana iba a soltarlo con relativa rapidez; en cambio, Luz debía de haberse quedado con la paciencia que nos correspondía a las dos, porque se lo tomó con una calma pasmosa y no decidió contarlo hasta que terminamos el postre.

A aquellas alturas yo no sabía ni para dónde mirar.

—Mamá, papá, os hemos traído un regalito —murmuró con una enorme sonrisa.

No, si encima lo pensaba alargar todavía más. Estuve a punto de resoplar. Yo hubiera entrado por la puerta gritándolo a los cuatro vientos.

Luz alargó una caja hacia mis padres, pero fue mi madre quien la cogió. A ella solo le hizo falta abrirla un poco para entenderlo todo. Sin embargo, mi padre movía la cabeza mirándonos a unos y a otros sin acabar de comprender lo que ocurría.

—Ay, cariño, no sabes lo feliz que estoy... —Mi madre no pudo continuar porque se emocionó y se levantó de la silla para abrazar a mi hermana.

Yo me di cuenta de que mi padre cada vez estaba más descolocado, nos miraba intentando averiguar la respuesta en la expresión de alguno. Me apiadé de él y me acerqué para susurrarle al oído:

—Luz está embarazada.

—¡No me jodas! ¿Y no podía decirlo como hace todo el mundo? — Parecía genuinamente indignado.

—Eso he pensado yo —dije alzando los hombros.

Entonces sí, él se levantó para unirse a las felicitaciones y a los abrazos. Yo me quedé allí sentada contemplando a mi familia sin poder dejar de sonreír y de llorar a la vez.

Cuando mi hermana recobró el habla, levantó la mano para pedir silencio.

—Hoy hemos ido a que me hicieran la ecografía y hay algo que quería deciros y que Luna tampoco sabe.

Durante un momento pensé que tal vez algo no iba bien, pero lo descarté con rapidez porque mi hermana no estaría tan feliz si eso fuera así. Me di cuenta de que cada vez que Luz quería anunciar algo yo me ponía en lo peor. Tenía que cambiar el chip con urgencia.

—Todavía no sabemos si son niños o niñas, pero nos han dicho que son gemelos, como tú y yo —susurró hablándome solo a mí.

Entonces sí lloré. Desconozco por qué aquella noticia me emocionó tantísimo, pero lo hizo.

A partir de ese momento aquello se convirtió en una especie de fiesta improvisada y con pocos invitados, pero durante las siguientes horas disfrutamos muchísimo hablando de mis futuras sobrinas —aunque no se sabía si eran niñas o niños, yo lo tenía claro—. Y me encantaba compartirlo con mi cuñado, que fingía estar indignado, pero que me constaba que solo lo hacía por seguirme el juego.

Lo bueno fue que la tarde se me pasó volando.

Llevaba un rato en mi casa cuando me llegó la notificación de que el paquete había sido entregado a Eliot, así que le envié el wasap que tenía guardado para cuando recibiera el libro.

Vi cómo lo leía y esperé su contestación, y esperé y esperé hasta que desesperé. Porque la contestación no llegó nunca. A las tres de la madrugada me levanté para tomarme un vaso de leche calentito y a las siete ya estaba en la ducha. No había logrado dormir absolutamente nada.

Me fui directa a la cocina para prepararme un café y Noelia entró pasados unos minutos.

—¿Qué haces levantada ya? —preguntó con los ojos apenas abiertos.

—No podía dormir y he decidido ir a comprar unas piezas para la galería.

Había pensado llamar a Fermín para que me acompañara. Sin ser consciente lo había convertido en mi asesor, me encantaba conocer su opinión porque la mayoría de las veces era muy acertada.

—Imagino que no has sabido nada de él —añadió mientras se estiraba.

—Nada de nada —respondí con resignación.

—Ten paciencia, quizá necesite tiempo.

—Sí, puede ser —dije sin estar del todo convencida. Porque, si aquel gesto para lograr su perdón no había funcionado, ya no sabía qué podía hacer. Se me habían acabado las ideas—. Voy a vestirme.

—Luna, son las siete de la mañana, ¿dónde piensas ir tan pronto? Dondequiera que vayas a comprar esas piezas, estoy segura de que aún no habrán abierto.

—No lo sé, pero necesito salir.

Pasé las dos siguientes horas en la cafetería que había frente a la galería y a las nueve de la mañana crucé la calle para entrar. Allí se encontraba mi compañera, que me estaba haciendo el favor de doblar turnos hasta que Judith se incorporara, lo cual sucedería en un par de días.

—Hola, Ana, ¿qué tal? —pregunté al entrar.

—Ya sabes, de momento, muy tranquila. Aún es pronto.

Solo pudimos intercambiar unas pocas frases más porque alguien entró en la galería. Me di la vuelta para ver de quién se trataba y ahí estaba Fermín, con un atuendo impecable, como siempre.

—Buenos días, chicas. Os he traído unos dulces para desayunar —anunció dejando sobre el mostrador un paquete perfectamente envuelto.

Ahora que yo era la dueña de la galería, Fermín tenía vía libre para alimentarnos cuando quisiera. Comimos aquellos dulces entre los tres y una hora más tarde él y yo nos dirigimos a hacer unas compras para la galería.

No tardamos apenas nada, pues Fermín y yo teníamos gustos muy similares y no dudábamos cuando algo nos gustaba.

Al terminar paramos en un restaurante que sabía que era de los preferidos de Fermín y lo invité a comer, a pesar de que él se resistiera.

—No tienes que invitarme, ya sabes que esto lo hago encantado. Es más, me ayuda a estar conectado con el arte. Lo cierto es que debería invitarte yo a ti.

—Fermín, ahora soy una mujer rica que disfruta enormemente de tu compañía.

—Eso es lo que no termino de entender, ¿cómo puedes estar perdiendo el tiempo conmigo cuando tendrías que estar quedando con él?

—¿Con él nos referimos a Eliot? —pregunté con retintín.

—¿Hay otro él?

—No —respondí categórica, pues solo me faltaba eso para complicarme más la vida.

—Pues lo dicho, no tiene sentido —se quejó alzando los hombros.

—Dejando a un lado que me encanta hablar contigo de arte y que no he encontrado a nadie que me entienda como tú en ese sentido, es que dudo mucho que Eliot quiera acompañarme a ninguna parte.

—¿Y eso por qué?

—Porque ayer hice lo que Aarón me propuso. Modifiqué la dedicatoria de mi libro y le mandé un mensaje en el que hablaba abiertamente de mis sentimientos hacia él.

—Ay, no me dejes así. Ve al grano, ¿qué te ha dicho él?

—Nada.

—¿Nada? —repitió perplejo.

—Absolutamente nada. Ha leído el mensaje, pero no me ha contestado.

—Eso está feísimo. Una cosa es que no lo veas y otra muy distinta que lo leas y no contestes —refunfuñó Fermín.

—Pues así estoy. Tengo una mezcla de sentimientos. Me siento triste, un poco enfadada, desilusionada, esperanzada, anhelante, nerviosa, avergonzada, muy enamorada...

—Para, chiquilla, para, que como sigas vas a explotar. La leche, qué cantidad de cosas estás sintiendo a la vez.

Sonreí porque me hizo gracia el modo en el que lo dijo. Continuamos hablando de Eliot y de mis sentimientos hacia él mientras salíamos del

restaurante. Justo cuando estábamos en la puerta sonó mi móvil. El corazón se me paró hasta que vi que se trataba de Luz.

—Dime, hermanita.

—Luna, ¿podrías venir mañana por la mañana a la editorial? Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

—Sí, claro —respondí con rapidez, pues imaginaba que con un poco de suerte serían buenas noticias relacionadas con mi novela.

—Perfecto. Nos vemos aquí a las diez.

—Allí estaré. ¡Oye! —grité antes de que colgara—, ¿te encuentras bien?

—Como viene siendo habitual, con el estómago un poco revuelto, pero perfectamente.

—Genial.

—¿Y tú qué haces?

—Acabo de salir de comer con un hombre —bromeé.

—¿Con un hombre? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Un hombre guapo y culto —continué con la broma.

—¿Y dónde lo has conocido? —inquirió con cierta angustia, por lo que yo decidí portarme bien.

—Luz, estoy con Fermín, que me ha acompañado a elegir unas obras para la galería.

—Ah, pues entonces te doy la razón, una compañía maravillosa.

—Lo sé —respondí mientras caminaba junto a él agarrada de su brazo—. Nos vemos mañana. Un beso.

—Hasta mañana, Luna.

Continuamos caminando en silencio. Esa era una de las cosas que más me gustaban de él, que los silencios jamás resultaban incómodos.

—Luna, llevo tiempo queriendo comentarte algo.

—Pues no será porque no nos vemos —intenté bromear, pero Fermín se había puesto serio.

—La verdad es que no sé por dónde empezar.

—La mayoría de las veces va bien hacerlo por el principio y, si no puede ser, ir directo al grano también funciona.

—Sí, tienes razón. Pues, verás, la cuestión es que Ernesto, además de amar el arte, también amaba pintar y a lo largo de su vida pintó un montón de cuadros. Hasta ahora he sido muy reacio a desprenderme de ellos, pero hay muchísimos y sé que a él le hubiera hecho mucha ilusión exponerlos para su

venta. Yo me quedaré tres que son mis preferidos, pero me preguntaba si con el resto podrías hacer una exposición en la galería, ahora que es tuya.

—¿Tú crees que son buenos? —pregunté un poco emocionada. Últimamente me emocionaba con todo.

—No sé si soy demasiado... objetivo con ellos, pero me... parece que sí —balbuceó ya con lágrimas en los ojos.

Estaba convencida de que las pinturas serían muy buenas, pero, aunque no lo fueran, iba a montar una gran fiesta en honor del que fuera la pareja del hombre más maravilloso que había conocido. Porque si alguien se lo merecía ese era él, y sabía, por el modo en el que se le quebró la voz, que aquello le hacía una ilusión especial.

35. Mi declaración

Eliot

Me pasé toda la noche dándole vueltas a cómo tener un gesto, hacerle un regalo, algo que devolviera, o no que devolviera, sino que demostrara todo lo que yo también sentía por ella. Pero ¿qué podría hacer para una persona que lo tenía todo?

No podía presentarme en su casa con un ramo de flores ni con una caja de bombones. Tenía que encontrar algo... algo como lo que ella me había regalado a mí. Una demostración de amor, una declaración que recordara siempre. La idea en sí era bonita, el problema residía en que no sabía qué hacer. Y así me pasé el resto de la noche, dando vueltas en la cama intentando hallar algo que me convenciera.

No se me ocurrió la idea perfecta hasta que me levanté a la mañana siguiente, me senté a tomarme el café, volví a leer la dedicatoria y cerré el libro para toparme con la cubierta. Y me reprendí por haber tardado tanto en dar con ella. La propia Luna me la había puesto casi con luces de neón en aquella dedicatoria.

Me vestí corriendo y aquella mañana fui el primero en llegar a la editorial, pero cuando me senté delante de mi ordenador me olvidé de todos y de todo y me centré solo en mi declaración.

En cuanto terminé, esperé a que llegara Luz para hablar con ella y explicarle lo que quería hacer. Porque, claro, necesitaba su visto bueno, ya que ella era la editora de Luna y mi jefa. Pero aquel día parecía que iba a tardar más que nunca. Media hora más tarde, tiempo en el que yo creí que desgastaría el suelo de tanto pasearme por él, llegó acompañada por Aarón y los abordé a los dos sin pensarlo ni un instante.

—Necesito hablar contigo —le pedí, casi le rogué, a Luz.

—Claro, vamos a mi despacho —aceptó con rapidez, imagino que por el apremio que debía de desprender mi voz.

—Si es sobre mi cuñada, quiero estar presente —pidió Aarón, y a mí me dio igual que aquella petición sonara un poco extraña. Lo único que quería era que Luz aceptara lo que estaba a punto de proponerle.

Entramos los tres en el despacho y, al verme observado por los dos, empecé a dudar por primera vez desde que había tenido la idea. Aunque no me dejé intimidar y les conté mi propuesta. Cuando terminé, Aarón levantó ligeramente las cejas y se me quedó mirando con intensidad antes de decir:

—¿Y a ese simple tachón lo llamas tú declaración? —preguntó con un camión de sarcasmo.

Me sentí como un idiota. Tal vez me había precipitado, quizá tuviera razón y aquello era una chapuza. No les dije que pensaba enviarle un mensaje como el que ella me había enviado a mí, pero es que di por hecho que aquel gesto sería bonito. Salí de golpe del bucle al que me estaban llevando mis pensamientos cuando oí a Luz sollozar.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó un Aarón sumamente preocupado.

Pero Luz no lo miraba a él. Había clavado los ojos en mí.

—Eliot. Es perfecto —susurró, y yo solté todo el aire que estaba reteniendo.

—¿En serio? —preguntó Aarón un poco sorprendido.

—Muy en serio. Voy a llamarla para decirle que mañana venga aquí. Dejaré libre durante una hora la sala de reuniones para que puedas enseñárselo ahí.

Yo me senté en la silla que había frente a Luz y me amasé el pelo intentando liberar la tensión que había contenido durante toda la noche, aunque sabía bien que hasta que no hablara y se lo enseñara a Luna esa tensión no se marcharía del todo. Aunque tener a Luz de mi parte en aquello era un plus.

No volví a levantar la cabeza hasta hacerlo de golpe cuando oí a Luz preguntarle a Luna con qué hombre estaba y dónde lo había conocido.

Me levanté de la silla casi de un salto y vi por el rabillo de mi ojo la media sonrisa que se dibujó en la cara de Aarón. Se la hubiera borrado de un puñetazo si no fuera mi jefe y el marido de Luz. Porque puta gracia me hizo.

No respiré tranquilo hasta que Luz colgó y me explicó que se trataba de Fermín. Un señor mayor al que Luna le tenía muchísimo cariño y que entendía mucho de arte. Entonces caí en la cuenta de que Luna me había hablado de él en alguna ocasión.

Volví a sentarme y respiré aliviado; por un momento creí que todo había terminado, que había llegado tarde, que lo había hecho todo mal.

La parte buena de aquello fue que Aarón y Luz habían accedido a lo que les pedí. La parte mala, que tendría que esperar hasta el día siguiente para hablar con ella. Era cierto que podría enviarle algún mensaje para que no pareciera que la estaba evitando ni nada por el estilo, pero es que quería que el primer wasap que respondiera a su declaración fuera el de la mía.

Así que tocaba esperar.

Ya de noche, mientras iba hacia mi casa, me paré a por una pizza, pues pensé que lo mejor que podía hacer para mantener un poco —solo un poco— a raya a la ansiedad era regarla con un par de cervezas y una pizza enorme. Y eso fue justo lo que hice. Me puse una película y durante la hora y algo que duró logré no pensar mucho en ella, sin embargo, en cuanto se acabó, me dio la sensación de que todo recayó sobre mí con más peso. Intenté ser positivo, Luna me había dicho que estaba enamorada de mí y no creía que dejara de estarlo en un par de días. Por otra parte, si mi gesto hacia ella no le gustaba, tampoco ocurriría nada, no se terminaba el mundo. El problema era que yo quería que le gustara.

Volví a dormir regular y por la mañana me tocó tomarme dos cafés antes de salir de mi casa. Por segundo día consecutivo llegué excesivamente pronto a la editorial y aproveché para tomarme mi tercer café —todo un récord, teniendo en cuenta que no eran ni las ocho—. A ese paso, cuando ella llegara, yo estaría mucho más histérico de lo recomendable.

Entré otra vez en la sala para comprobar que todo estuviera en orden y cuando salía la oí. Luna iba hablando con alguien, me pareció que se trataba de Patricia, pero no pude confirmarlo hasta que las vi. Me quedé con el café a medio camino de mi boca porque Luna soltó una carcajada y yo me perdí en aquel sonido. Tuve que tragar saliva para poder asimilar que aquella mujer estaba enamorada de mí. Una mujer que claramente yo no merecía. Quizá me había costado darme cuenta de mis sentimientos por ella, en cambio me percaté muy pronto de que Luna era una persona increíble.

—Hola, Eliot —saludaron casi a la vez al pasar junto a mí.

Yo respondí al saludo con un gesto con la cabeza, pues parecía que no era capaz de vocalizar. Seguí a Luna con la mirada hasta que desapareció en el despacho de su hermana y entonces sí me puse en marcha, porque una cosa era que estuviera nervioso y otra distinta que la cagara. Ya me había arriesgado

mucho habiendo dejado pasar dos días sin dar señales de vida, e imaginaba lo que Luna debía de haber deducido de eso.

Caminé hacia allí, pero, antes de que pudiera llegar, Luna salió del despacho acompañada por Luz.

—Eliot, qué bien que estés aquí. Serás tú quien le enseñará a mi hermana los cambios que hemos hecho. —Recalcó, creo que sin ser consciente, la palabra «hermana», como si quisiera protegerla de algo. Solo esperaba que no fuera de mí, porque yo ya había dejado clara mi postura.

—Por supuesto. Luna, sígueme —le pedí.

Me vine muy arriba cuando me di la vuelta sin ni siquiera mirarla, pero es que me temía que en cualquier momento ella se negara, dijera que no quería hablar conmigo o que pidiera que fuera Luz quien le enseñara los cambios. Sin embargo, Luna me siguió sin poner ninguna objeción.

Al abrir la puerta para que entrara no pude evitar inhalar su perfume. Siempre me había encantado cómo olía, pero es que en aquel momento lo que sentí fue un anhelo tan grande que tuve que meterme la otra mano en el bolsillo para no tocarla.

Ella se sentó en la misma silla de siempre y yo lo hice en la que había al lado.

—Tú dirás... —sugirió. En ese momento noté que ella también estaba nerviosa, por lo menos no era solo cosa mía.

Decidí que ya le había dado suficientes vueltas a todo aquello.

—Luna, después de la declaración que me regalaste, no sabía qué hacer para devolvértela...

—No tenías que devolverme nada, yo lo hice porque lo sentí, no para que tú...

—Lo sé, pero quería ofrecerte una declaración bonita, algo que pudieras recordar, algo solo para ti. El problema es que no tenía ni idea de qué regalar a una mujer rica y guapa. —Luna estaba muy seria y no hizo ni un amago de sonrisa—. No obstante, se me ocurrió algo que espero que te guste. Es mi manera de decirte que te quiero y que estoy profundamente enamorado de ti. Que no tenía ni puta idea de lo que era eso hasta que lo he descubierto contigo. Que estos días separados me he dado cuenta de que cuando me ocurre algo eres a la primera persona a la que deseo contárselo. Que te he echado muchísimo de menos. Que no puedo dejar de pensar en ti. Que tu olor me está volviendo loco. Que quiero dormir a tu lado todas las noches y llevarte

el desayuno a la cama a la mañana siguiente y que me muero de ganas por pasar tiempo a tu lado... —Había preparado una declaración que poco tenía que ver con todo aquello que le había soltado, pero me aturullé y dije lo que sentí en aquel instante—. Este es mi gesto de amor.

Le di al proyector y en la pantalla se vio la imagen de su portada con los cambios que había hecho para ella.

Luna la contempló unos instantes, que se alargaron más de la cuenta, pero no dijo nada. Ni una palabra ni una reacción, nada.

¿Y si Aarón tenía razón y un puto tachón era un gesto ridículo? ¿Y si a Luna le parecía absurdo? ¿Y si me había equivocado por completo?

36. La chica imperfecta

Luna

Lo primero que hice aquella mañana al levantarme fue mirar el móvil, otra vez. Nada, Eliot continuaba sin dar señales de vida. Lo malo era que ese día me tocaba ir a la editorial y con toda probabilidad me encontraría con él. ¿Estaba preparada para eso? No, seguramente no, pero no me quedaba de otra. Total, Eliot trabajaba en Letras y sabía que más pronto que tarde me tocaría volver a verlo.

«Ha llegado el momento de afrontar las consecuencias de mis actos», me dije a mí misma en el espejo de la entrada, cuando lo que de verdad me apetecía era dar media vuelta y volver a meterme en la cama. En cambio, no lo hice y salí de mi casa rumbo a las oficinas de la editorial.

Me tranquilizó ir acompañada de Patricia cuando me crucé con Eliot, de ese modo no quedó tan mal que no me parara y que bastara con un simple saludo conjunto.

Y al caminar hacia el despacho de Luz pensé que ya había pasado lo peor, que con toda probabilidad no me volvería a cruzar con él. Así no tendría que sufrir la vergüenza de mirarlo a la cara después de haberme declarado y de que no me hubiera contestado al mensaje.

El verdadero problema llegó cuando mi hermana me dijo que sería él quien me enseñaría los cambios que habían hecho.

Quise largarme a mi casa. Porque, si Eliot no había encontrado tiempo para responderme a aquellos mensajes, si mi declaración lo había dejado tan... indiferente, lo último que me apetecía era que la primera conversación que mantuviéramos después de eso fuera sobre trabajo. Con todo, tenía pensado comportarme como una profesional —ya tendría tiempo de venirme abajo cuando llegara a mi piso— y no iba a abrir la boca al respecto. Por eso lo seguí hasta la sala de reuniones y entré en ella con una seguridad que ni de coña sentía.

Así que cuando él se sentó a mi lado creí estar preparada para lo que tuviera que decirme, pero ni de lejos resultó ser cierto porque lo que desde

luego yo no esperaba era que se me declarara y me dijera que estaba enamorado de mí. Y si pensé que aquello era todo, cuando vi los cambios que le había hecho a mi portada me quedé muda. No por lo que era, sino por lo que significaba. Eliot había modificado un poco el título y a *La chica imperfecta* le había puesto un garabato de uno de los colores que llevaba la cubierta para tachar el «im» de «imperfecta». Y solo con eso entendí que Eliot lo había comprendido todo de mí.

Era consciente de que tenía que hablar, pero es que las palabras se me atoraban en la garganta y no era capaz de que salieran.

—Yo... entiendo que parezca absurdo, pero... —balbuceó Eliot, y cuando fui capaz de despegar la mirada de la pantalla y posarla en él me percaté de la ansiedad que reflejaba su rostro.

Así que me levanté y me dirigí hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar hasta allí él habló:

—Luna, no te vayas. Por favor, yo puedo volver...

—Eliot, no —lo interrumpí, justo en el momento en el que cerré y pasé el pestillo de la puerta para regresar hacia donde se encontraba.

Me paré frente a él y alargué mi mano para acariciar su mejilla.

—Gracias por verme. —Fue todo lo que dije antes de tapar su boca con la mía.

Y durante los siguientes minutos no hicimos otra cosa que besarnos y acariciarnos como si nuestros cuerpos ansiaran tanto volver a encontrarse como nosotros. Estoy convencida de que hubiéramos estado así bastante más tiempo si no fuera por el fuerte ruido que sonó tras la puerta y que hizo que nos sobresaltáramos.

Puse los ojos en blanco porque los oía susurrar desde dentro de la sala.

—Son sigilosos como *ninjas* —bromeé.

Eliot sonrió y volvió a acercarme a él para darme un beso suave y rápido, que me dejó deseando más.

Volví a caminar hacia la puerta y, en cuanto llegué y quité el pestillo, la abrí de golpe, haciendo que mi hermana y mi cuñado casi se cayeran al suelo. Intenté contener la sonrisa cruzándome de brazos y poniéndome seria.

—¿Se puede saber qué hacéis escuchando a hurtadillas? —les recriminé.

—Luna, nosotros... yo... quería asegurarme de que todo estaba bien entre vosotros —se excusó mi hermana sin mucha convicción.

—¿Y no podías esperar a que yo te lo contara? —pregunté alzando una ceja.

—La verdad es que no.

Aquella contundente respuesta me dejó sin margen de maniobra para continuar increpándolos.

—Sabía que iba a funcionar —aclaró mi hermana dirigiéndose a Eliot.

—Pues he de decir que yo no las tenía todas conmigo, ¿eh? —añadió Aarón rascándose la nuca.

—Me debes cincuenta euros —le soltó mi hermana a su marido, y yo agrandé los ojos.

—¿Habéis hecho una apuesta sobre nosotros? —pregunté alucinada.

—Una apuesta como tal no, pero es que no podía dejar pasar esta oportunidad; tenía tan claro que iba a funcionar y mi querido marido estaba tan seguro de lo contrario... No tuve más remedio que bajarle esos humos.

Yo sabía que las dos hijas de mi hermana —seguía convencida de que serían niñas— iban a ser unas brujas, porque no había otro modo de explicar el comportamiento de Luz. Ella, que siempre había sido tan correcta, estaba apostando sobre nosotros y nuestros sentimientos. Me parecía increíble.

—En fin, que solo hemos venido por aquí para... —empezó a decir Luz.

—Ah..., que, además de para chafardear, tenías otros motivos —ironicé.

—Por supuesto —continúo mi hermana—. Aarón y yo hemos acordado que si lo vuestro se arreglaba le daríamos el día libre a Eliot. —La sonrisa de Luz pasó de angelical a pícara.

—¿Y si no se arreglaba? —preguntó Eliot sin sonreír.

—Bueno, discutíamos si sería conveniente despedirte.

Los dos clavamos los ojos en ella y abrimos la boca.

—Es una broma, ¿verdad? —murmuré mirándola.

—Por supuesto —respondió con rapidez, pero yo no las tenía todas conmigo—. Hala, venga, fuera de aquí los dos. Id a celebrarlo —nos apremió.

—Pasadlo bien —dijo mi cuñado justo antes de salir de la sala.

Solo cuando nos aseguramos de que hubieran salido volvimos a hablar.

—Vaya dos —soltó Eliot suspirando.

—Y que lo digas. Recoge y vámonos, antes de que se arrepientan.

Eliot no se lo pensó dos veces y diez minutos más tarde estábamos en la calle, paseando cogidos de la mano. Sin saber bien el motivo no teníamos ninguna

prisa por encerrarnos en un piso, era como si quisiéramos saborear aquellos momentos.

De todas maneras, me armé de valor para hacerle la siguiente pregunta. No sabía bien lo que deseaba oír, pero sí tenía la certeza de que, si iba a empezar algo con Eliot, quería hacerlo dejando las cosas claras. Ya me había cansado de tantos malentendidos entre nosotros.

—¿Y ahora qué? —susurré bajito.

—¿Qué quieres decir?

—Odio que me devuelvan una pregunta con otra. Creo que sabes perfectamente lo que quiero decir —repuse clavando los ojos en él.

—Luna, me he declarado y tú lo hiciste hace unos días. Los dos estamos enamorados, así que no te miento cuando te digo que no sé lo que quieres decir.

Resoplé porque iba a tocarme explicárselo todo.

—Lo que quiero decir es que no sé si ahora somos pareja o si quieres tener una relación más intermitente, si deseas exclusividad o si...

—¡Luna, para! Mira, solo me he declarado dos veces en mi vida. Una a tu hermana y otra a ti.

Torcí el gesto y él se dio cuenta.

—No era mi intención sacar ese tema, pero es solo para que comprendas cómo me siento. Dos veces y la primera ni siquiera era verdad. Confundí los sentimientos con Luz y, si tenía alguna duda, todas se disiparon cuando me enamoré de ti y supe realmente lo que era. Lo que quiero decir con esto es que no he estado enamorado en mi vida y estoy cagado de miedo, no voy a mentirte, pero aun así quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Que seamos novios, pareja o como quieras llamarlo. Pero, por favor, no vuelvas a hablar de exclusividad porque mi corazón se ha saltado un latido. No, no soy tan moderno. Por lo que mientras estemos juntos, que espero que sea por mucho tiempo, te quiero solo para mí. ¿Estás de acuerdo?

Tuve que tragarme el nudo de emociones que se me había formado en la garganta y, como me pasaba la mayoría de las veces que eso ocurría, decidí quitarle intensidad al momento.

—Muchas cosas estás dando tú por sentadas, ¿no?

—Si no te gusta, no hubieras preguntado. Ahora te aguantas, es lo que hay.

Una de las cosas que más me gustaban de Eliot era que me conocía tan bien que ya sabía cuál era mi forma de bromear.

—Me parece bien —confirmé ensanchando la sonrisa.

—Pues, si ya hemos ultimado todos los detalles, te invito a comer, que estoy hambriento.

—No voy a decir que no a una pizza de La Napoli.

—¿Quién ha dicho que...? —Eliot negó con la cabeza y sonrió—. Vas a hacer conmigo lo que quieras —refunfuñó—. Venga, vamos.

Y lo seguí sin soltar mi mano de la suya.

37. Ha pasado lo peor

Eliot

Unas semanas después

Había quedado en recoger a Luna en diez minutos y ya iba tarde. Terminé cambiándome de ropa varias veces y aquello no era muy normal en mí, pues yo tampoco le daba tanta importancia a la apariencia. Con todo, aquel día iba a comer en casa de los padres de Luna y quería causar buena impresión.

No tenía claro si iba a lograrlo porque como continuara corriendo así terminaría por llegar sudando. De pronto vi una floristería y decidí pararme, y un poco más adelante, cuando vi una librería, también me detuve. Por si no me hubiera retrasado lo suficiente, aquello aún me robó unos cuantos minutos más.

Por eso, cuando llegué a casa de Luna, ella me esperaba ya en el portal.

—Llegas tarde —me echó en cara, alzando un poco la voz, antes de que yo llegara hasta donde se encontraba.

—Lo siento —fue todo lo que pude decir.

—¿Esas flores son para mí? Porque entonces te perdono.

—En realidad son para tu madre. A ti te he traído esto.

Le alargué el paquete que acababa de comprar en la librería. Cuando lo desenvolvió, su rostro cambió.

—¿Para qué me lo has comprado? —preguntó, visiblemente emocionada—. La editorial iba a darme algún ejemplar...

—Lo sé, pero quería que tuvieras uno que fuera un regalo mío.

Aquella era la edición en la que estaban ya incluidos todos los cambios que hicimos los dos. Nuestros dos gestos de amor.

Luna me abrazó y a mí me pareció mentira que cada día que pasaba pudiera quererla un poquito más. Porque, cuando yo pensaba que eso no era posible, ella me hacía ver lo equivocado que estaba.

Guardó el libro en su bolso y caminamos cogidos de la mano, un gesto que ya hacíamos por inercia y que a mí me encantaba.

—No has dicho ni una palabra desde que hemos empezado a andar. ¿Estás nervioso? —indagó con media sonrisa.

—No voy a mentirte, es la primera vez que conozco a los padres de una novia. Estoy acojonado.

—Pero si a mis padres ya los conoces...

—Sí, pero no es lo mismo.

—No, no lo es.

—Además, ellos saben lo que hice con Luz y no me siento nada cómodo con eso —confesé lo que realmente me inquietaba.

—Te diría que no te preocuparas, que no van a hacer ningún comentario al respecto, pero te mentiría porque posiblemente será lo primero que te suelten.

Genial, aquello era una maravilla: ir a comer a casa de los padres de Luna, con Luz y Aarón presentes, y que sacaran el tema de mi declaración a la hermana de mi novia. Fantástico.

—Eliot, respira o terminará dándote algo. No te preocupes, yo te defenderé —dijo, riendo descaradamente, justo en el momento en el que llegábamos al portal.

Cuando la madre de Luna nos abrió la puerta yo ya estaba al borde del colapso. Mi infancia, la ausencia de una familia convencional y la no relación con mi padre hacían que tuviera sentimientos encontrados. Por una parte, quería caerles bien, pero es que no se trataba solo de eso, yo quería formar parte de algo y deseaba encajar allí, con ellos.

—Hola, Elisa, esto es para ti —susurré muy bajito tendiéndole el ramo de flores.

—¡Ay, muchas gracias, Eliot! —exclamó encantada—. Ni siquiera recuerdo la última vez que alguien me regaló flores.

Y dicho eso entró en el salón para alardear de ramo, algo que no estaba seguro de que fuera buena idea porque tal vez al padre de Luna no le hiciera ni puñetera gracia.

Antes de poder continuar dándole vueltas a todo, una bola peluda se abalanzó sobre mí.

—Es Canela y parece que le has caído bien —anunció Luna a la vez que me daba toquecitos en la espalda intentando tranquilizarme.

Me agaché para acariciarla y pensé que por lo menos tenía un aliado allí.

Mi paz mental duró poco porque, cuando entré en el salón, Luz y Aarón se acercaron a saludarnos, pero este último murmuró un «eres un pelota» cerca de mi oído y supe que se refería a las flores que le había llevado a Elisa. Sin embargo, lo peor estaba por llegar porque, cuando Antonio se acercó a mí, lo primero que me dijo fue:

—Vaya, Eliot, no te había visto después de que te declararas a mis dos hijas....

Yo quise que la tierra me tragara, pero, tal y como me había adelantado, Luna salió en mi defensa.

—Papá, quedamos en que ibas a portarte bien —lo regañó.

—Y es lo que estoy haciendo, solo he expresado en voz alta una realidad.

—Antonio... —lo reprendió Elisa.

—Vaya, que ahora no voy a poder abrir la boca, ¿no?

—En su defensa diré que estaba más perdido con sus sentimientos por Luz que un daltónico con un cubo de Rubik.

No estaba del todo seguro de si Aarón quiso echarme una mano o hundirme más.

—Eliot nunca estuvo enamorado de mí. ¿Podemos dejar ya el tema, que debe de estar pasándolo fatal? —me defendió Luz, lo cual agradecí con un leve gesto.

—No, claro que no vamos a dejar el tema. Me parece perfecto que salgas en su defensa, pero a quien quiero escuchar es a él —insistió su padre.

Miré a Luna y esta asintió con la cabeza, como si supiera que lo mejor sería pasar una vez por eso y dejarlo estar para siempre. Y yo también creía que, si era ella la que me defendía, el tema no se terminaría de cerrar, así que me armé de valor y dije:

—Es verdad que me declaré a Luz porque creí tener sentimientos hacia ella. Pero me di cuenta de lo equivocados que estos eran cuando sí me enamoré de Luna y supe lo que de verdad era querer a alguien. Sé que no hice las cosas bien, pero estoy dispuesto a enmendar mis errores, no con vosotros, sino con Luna. A quien voy a intentar dar cada día la mejor versión de mí, porque, si alguien lo merece, es ella.

El silencio que siguió a aquellas palabras me hizo sentir expuesto e incómodo. Tal vez no debería haber dicho eso, quizá...

—Bienvenido a la familia, Eliot —zanjó Elisa justo antes de abrazarme.

Y después de aquello todos exclamaron varias frases a la vez. De lo que me di cuenta fue de que, aunque pudiera parecer que era de Antonio de quien necesitaba el visto bueno, descubrí que era Elisa quien debía dármelo.

Pasado aquel mal rato, la comida fue rodada y por primera vez en mi vida comí alrededor de una mesa llena de gente que empezaba a ser familia.

—¿Estás bien? —murmuró Luna acercándose a mí.

—Muy bien —confesé sonriendo.

Ella agarró mi mano por debajo de la mesa y yo sentí que no quería estar en ningún otro lugar.

—Por cierto, Luna, tengo una noticia que te hará feliz —comentó Luz clavando sus ojos en ella.

—Y esa noticia es... —la apremió Luna.

—Me han hecho la ecografía y ya sabemos que lo que estamos esperando son dos niñas.

—¡Lo sabía! —exclamó Luna poniéndose en pie y alzando los brazos.

—Sí, así cuando se junten contigo ya tendrás tu aquelarre —susurró Aarón.

—Yo que tú empezaría ya a tomar tranquilizantes, porque si mis sobrinas se parecen a mi hermana lo vas a pasar regular —le soltó Luna, y a mí se me escapó una carcajada que intenté disimular con tos.

—No tengo claro si será peor que se parezcan a ella físicamente o que saquen tu carácter —replicó él mirando al infinito, como si estuviera pensando en ello.

—Imagínate que sacan el físico de ella con mi personalidad. ¡Eso sería la leche! —exclamó Luna viniéndose arriba.

—Sí, una maravilla —ironizó Aarón, pero yo lo vi tragar saliva con dificultad.

—Y también hemos decidido ya los nombres —dijo Luz sonriendo.

—Más bien los ha decidido ella —volvió a susurrar Aarón.

—No vayas de tipo duro, que a ti también te gustan.

—Es cierto —afirmó él clavando los ojos en Luz.

¿Miraría yo del mismo modo a Luna? Porque aquellos dos parecían estar a punto de morir por sobredosis de azúcar.

Estaba convencido de que la respuesta a eso era un «sí» como una casa.

—Una de ellas va a llamarse Gertrudis —terminó de decir Luz.

El silencio que siguió a aquella afirmación casi pudo cortarse con un cuchillo.

—Me niego a que le pongas a una sobrina mía el nombre de esa bruja... —empezó a decir Luna, que se había incorporado en su silla.

—¡Es broma! —la interrumpió Luz, pues Luna empezaba a exaltarse—. Van a llamarse Estrella y Luna.

—Llevará el nombre de otra bruja —bromeó Aarón.

En realidad a mí aquellos nombres juntos no me parecían la mejor de las ideas, pero hice bien en callármelo, pues a Luna se la veía muy ilusionada y emocionada. Tanto fue así que lloró en el hombro de su hermana, como mínimo, cinco minutos enteros.

Nos despedimos de sus padres con la promesa de volver pronto y bajamos junto a Aarón y Luz.

Ellas se adelantaron un poco y nosotros dos nos quedamos atrás.

—¿A que no ha sido tan malo? —preguntó él.

—Pensé que sería mucho peor, la verdad.

—Son buena gente. ¿Te apetece que salgamos a correr mañana por la mañana?

—¿Los dos solos? —pregunté un poco perplejo.

—No sé por qué pones esa cara. Ahora, aparte de ser tu jefe, también soy tu cuñado. Y relájate, que ya ha pasado lo peor —bromeó dándome un fuerte golpe en la espalda.

Nunca había barajado la posibilidad de llevarme bien con Aarón, más que nada porque me declaré a la que en aquel momento era su pareja; pero tal vez no estaba todo perdido.

Esa era la primera noche que íbamos a pasar en el piso de Luna los dos solos, ya que aquella misma mañana Noelia terminó la mudanza y se fue a vivir con Alejandro. Yo sabía que, a pesar de que a Luna le gustaba la idea de vivir allí y que las dos parejas necesitábamos privacidad, ella iba a echar de menos a Noelia y a Alejandro, pues este pasaba en aquel piso la mayor parte del tiempo.

Y lo noté en el mismo instante en el que abrió la puerta y entró en él.

—Demasiado vacío, ¿eh? —dije acercándome a ella.

—Un poco sí —respondió con la voz tomada.

—No te preocupes, este piso me gusta mucho más que el mío, así que tengo pensado pasar aquí bastante tiempo.

—Ah, ¿sí? ¿Y crees que yo voy a estar de acuerdo con esa decisión unilateral que has tomado? —preguntó cruzándose de brazos, pero ya sin un ápice de tristeza ni en su rostro ni en su voz.

—Es una decisión increíble, no sé por qué no tendrías que estar de acuerdo con ella.

Y antes de que pudiera contestar la atraje hacia mí y la besé.

Resultó ser cierto que era una muy buena decisión y también que ella la aceptó sin ninguna oposición, porque a partir de aquel día fueron muy pocos los momentos que no pasamos en su casa.

Epílogo

Luna

Uno año después

Habían ocurrido tantas cosas en el último año que me sentía como si no cupiera en mí más felicidad. Como decía Fermín, parecía como si el pecho me fuera a reventar.

Lo primero, y me atrevo a decir que lo más importante, que ocurrió fue el nacimiento de mis sobrinas. Las dos niñas más preciosas que yo había visto en mi vida.

Mi madre decía que eran más bonitas que nosotras. Más que yo, seguro; pero si superaban en belleza a mi hermana la cosa pintaba fuerte.

Mi cuñado ponía cara de sufrimiento cada vez que comentábamos algo al respecto —lo cual yo solía hacer con mucha asiduidad solo para chincharlo, pero es que, joder, las niñas eran bellísimas—. No me cansaba de mirarlas y en cuanto tenía ocasión las cogía en brazos y las achuchaba todo lo que me permitían. ¿Cómo se podía querer tanto a alguien tan pequeño?

Nuestro alrededor había dejado de insistir —por fin— en lo bien que se nos daban a Eliot y a mí los niños y en lo buenos padres que seríamos. Era cierto que disfrutábamos mucho con mis sobrinas, pero aquello era distinto; de momento, a ninguno de los dos se nos pasaba por la mente tener hijos.

Otra cosa reseñable fue que mi primera novela se había vendido, y seguía haciéndolo, muy bien. Tanto que mi hermana ya había abierto un sello de novela romántica en la editorial, el cual había conseguido tanto prestigio que ya tenía a muchas de las escritoras más famosas del país trabajando en él. Esto llevó a la editorial de estar casi en números rojos a tener amplios beneficios.

Noelia y Alejandro llevaban viviendo juntos desde que se marcharon de nuestro piso. Estaban felices, y es que lo de no ser padres había sido una de las condiciones que ella le puso al inicio de su relación y que los dos compartían con convicción férrea, pese a la presión social que sufrían casi a diario.

A Noelia aquel tema le había costado la ruptura con su antigua pareja, pero parecía que finalmente con Alejandro encontró lo que buscaba. Además, hacía un par de semanas, mientras paseaban de vuelta a su casa, se encontraron una caja llena de cachorros de gato abandonados. Entre ellos y otra pareja que se paró, se los llevaron a sus casas. Así que también tenían dos gatos y para ellos aquello era todo lo que la familia iba a crecer.

Otro de los cambios de aquel tiempo fue que Eliot y yo habíamos estado unos meses viviendo en su piso, antes de ponerlo en venta, porque hicimos obras en el mío. Me gustaba mucho aquel piso, pero era rica y podía permitirme hacerle una buena reforma. Por eso, cuando regresamos a él parecía nuevo.

Virtudes y Rosario estaban la mar de contentas porque el casero «hubiera decidido» bajarles el alquiler, ya que aquello les iba a permitir hacer algún que otro viajecito. Yo no podía estar más feliz con la decisión que tomé en su momento.

Aunque había veces en las que Eliot y yo llegábamos a la conclusión de que poco le había ofrecido al casero, pues esas dos mujeres nos traían cocidos, tortillas de patatas, bizcochos y todo tipo de comidas caseras casi a diario.

Lo mejor era que algunos días las convencíamos para comer todos juntos, incluido Fermín, por supuesto. Y me gustaba tanto cuando aquello ocurría... Ellas solían bromear con que no pensábamos tener hijos, pero habíamos decidido adoptar a tres abuelos. La realidad era que Eliot y yo estábamos encantados porque para nosotros ya eran más familia que otra cosa.

Otro de los momentos más importantes de aquel año fue nuestra boda. Y es que Eliot y yo nos dimos el «sí, quiero» en una casa rural perdida en medio de la montaña y vestidos con trajes de baño. Tal y como mi padre vaticinó tiempo atrás, la comida consistió en una barbacoa y a la boda solo invitamos a los más allegados.

Fue un día inolvidable, no por el convite ni por la fiesta, sino por reunir a todos los que queríamos y compartir con ellos nuestro amor.



Eliot y yo nos habíamos acostumbrado con una facilidad pasmosa a vivir juntos. Justo ese día, en el que yo estaba de los nervios, entendí —una vez más — por qué hacíamos tan buen equipo.

—Luna, para —casi me ordenó—. Todo va a salir perfecto y, si no es así, estará abierta al público el mes completo. Terminará siendo un éxito. Tienes un olfato especial para este tipo de cosas y, si a ti se te escapa alguna, Fermín la coge al vuelo. Respira y disfruta de este día porque llevas muchos meses preparándolo. Ahora solo puedes soltar y pasarlo bien.

Eliot tenía razón. Había trabajado tanto en ese proyecto, era tan especial para mí y le tenía tantísimo cariño que no me quedaba de otra que disfrutarlo.

—Y ahora vámonos, que tienes que ser la primera en llegar. Más que nada porque eres la que tiene las llaves para abrir la galería.

Justo antes de salir abracé y besé a Eliot para darle las gracias. Todo el trabajo extra que aquello me había exigido se lo robé al tiempo que podríamos haber pasado juntos, eso sin contar que yo estaba bastante irritable.

—Gracias por sostenerme durante estos meses.

—Solo lo he hecho porque cuando esto termine por fin nos vamos a largar de luna de miel —bromeó, o no tanto, acariciando mi pelo.

Cuando nos casamos tuvimos que posponer nuestro viaje porque yo había empezado a escribir un nuevo libro y estaba enfrascada en él. Más tarde surgió lo de la galería y nunca encontré el momento adecuado, pero después de aquella noche, exactamente en una semana, Eliot y yo íbamos a volar y a pasar los siguiente quince días perdidos por el mundo. Y eso sonaba de maravilla.

Llegamos caminado juntos a la galería. Ninguno de los dos había dicho nada durante el trayecto, no hacía falta. Eliot y yo ya teníamos esa confianza que hace que los silencios sean tan importantes como las palabras.

Abrí la puerta de la galería, encendí las luces y allí me quedé, en medio de la sala contemplando la exposición que llevaba meses preparando y que en breve estaría abierta al público.

—No entiendo mucho de arte, pero esto me parece una pasada —dijo Eliot junto a mi oído.

—Lo es —aseguré yo sin un ápice de duda.

Terminé de colocar todo en su sitio y unos minutos después Fermín estaba parado en la puerta de la galería. Le había prohibido que viniera los días

previos, pues quería que fuera una sorpresa y supe que lo había conseguido, porque fue incapaz de contener las lágrimas.

La galería estaba repleta de las obras de Ernesto, la que fuera su pareja. No podía asegurar que supiera lo que él estaba sintiendo al verlas, pero me había dicho que hacer realidad el sueño del amor de su vida era más de lo que nunca hubiera imaginado.

—Esto... es... es... un homenaje precioso —murmuró, visiblemente emocionado.

—Lo es, pero te aseguro que su obra lo merece. Ernesto era un artista increíble y me siento muy honrada de que me hayas elegido a mí para exponer su obra.

—No podía haber sido de otra manera.

—Ven, acompáñame —dije tendiéndole el brazo y esperando a que él se agarrara a mí. Cuando lo hizo, le di una vuelta por la galería para que viera cómo había quedado todo.

Eliot se encargó de terminar de colocar las bebidas y los canapés.

—Gracias, Luna. Ha quedado muy bonito, es tan emocionante ver sus obras aquí... Estoy convencido de que si estuviera vivo esta sería una noche muy especial.

—Pues vamos a hacerla especial por él; a fin de cuentas, estamos rodeados de su esencia porque no hay nada mejor que el arte para transmitir quiénes somos.

Los primeros en llegar fueron Luz y Aarón. Era la primera vez que dejaban a mis sobrinas con una canguro y yo les estaba muy agradecida por venir a darme su apoyo.

Pero es que no faltó nadie: Noelia y Alejandro, mi padre y mi madre, que habían pospuesto un crucero para poder estar allí esa noche. Virtudes y Rosario, las chicas del club de lectura, la gente de la editorial. Esas fueron las personas que yo creí que asistirían, tal vez alguno de los clientes habituales de la galería. Sin embargo, cuál fue mi sorpresa cuando un autobús paró delante y de allí bajaron un montón de personas mayores.

—No... no puedo creerlo —tartamudeó Fermín.

—¿Quiénes son? —pregunté con curiosidad.

—Antiguos amigos nuestros. Alumnos de la escuela de arte a la que asistíamos. Profesores, catedráticas, eruditos, intelectuales..., colegas de

Ernesto y míos.

Fermín se alejó para saludarlos y luego presentármelos a mí. De pronto, mi galería se había llenado de las más ilustres e importantes personas relacionadas con el arte.

—Esto no te lo habías visto venir, ¿eh? —dijo Eliot agarrándome por la cintura.

—¿Has sido tú? —pregunté perpleja.

—No he hecho demasiado, solo tirar de algún hilo de aquí y de allá. Los que hicieron mucho fueron Fermín y Ernesto, que resultaron ser unos pioneros en infinitad de cosas y, sobre todo, una pareja muy muy querida.

Ese fue mi turno para emocionarme y lloré apoyada en el hombro de la persona que había hecho que aquel día fuera redondo.

Alguien me llamó y yo me separé de Eliot para saludar. No obstante, en un momento dado que me vi sola me acerqué a mi cuadro favorito. Un lienzo con las líneas sencillas del contorno de una mujer. Ese cuadro me tenía robado el corazón. Los colores, lo que me transmitía... Me acerqué un poco más porque me pareció ver un cartelito junto al precio. «Vendido», ponía, y yo no supe cómo sentirme al respecto porque me alegraba que se hubiera vendido tan rápido, pero iba a costarme muchísimo desprenderme de él. Lo cierto era que quería exponerlo primero, pero tenía pensado comprarlo yo misma, aunque por lo visto había llegado tarde.

—Es un cuadro precioso. Entiendo todo lo que me has explicado sobre él y comprendo muy bien por qué te gusta tanto —susurró Eliot pegado a mi cuello.

—Se ha vendido, pero no entiendo quién... —dije sin poder ocultar mi tristeza y enterrando mi cara en su hombro.

—Sí, eso he visto. Pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que va a quedar de maravilla en nuestro salón.

—¡¿Qué?! —Levanté la cara de golpe para mirarlo.

—Debo confesar que no ha sido solo cosa mía. Fermín ha tenido mucho que ver.

—No puedo aceptarlo.

—Dice que te lo tomes como un regalo de bodas. Además, ha insistido en que te diga que, si Ernesto te hubiera podido pintar, está seguro de que el resultado se parecería mucho a ese cuadro.

Alcé la mirada para buscarlo entre la gente y, como si él se hubiera percatado, clavó sus ojos en los míos e hizo un asentimiento con la cabeza.

Solo necesité eso para volver a llorar.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad —dijo Eliot mientras besaba mis mejillas.

—Lo son, te aseguro que lo son.

Cuando logré recomponerme miré a mi alrededor. Toda la gente que quería se encontraba allí —solo faltaban mis sobrinas—. Mi libro ya iba por la décima edición. Casi tenía terminado el siguiente. La exposición estaba resultando un éxito. Fermín parecía pletórico y me encontraba junto al hombre al que amaba.

Pero, sobre todo, yo... yo había dejado de ser la chica imperfecta.

¿Qué más podía pedir?

Epílogo extra

Grupo familia WhatsApp

Tres años después

Luz:

¿Alguien puede hacer de canguro de las gemelas el próximo sábado? Aarón y yo queremos ir al cine y antes de decírselo a la canguro queríamos saber si os apetecía a vosotros.

Aarón:

Tenéis que reconocer que es un planazo.

Yo:

¡Nosotros! Que se vengán a dormir a casa. Ya hemos terminado de montarles su habitación.

Mamá:

Joder, hija, para lo que te interesa sí que respondes rápido.

Papá:

Pues a la próxima nos toca a nosotros.

Yo:

No, si yo soy más rápida.

Luz:

Luna, mándame foto de la habitación para ver cómo ha quedado.

Eliot:

Buah, van a flipar. Le he hecho una cabaña a Estrella llena de libros y le he montado un circuito de carreras a Luna.

Aarón:

Ya mismo podremos irnos de vacaciones solos, cariño.

Luz:

Me temo que sí, porque no van a querer salir de esa habitación.

Yo:

Para eso tienen una tía rica.

Rosario:

Además, yo voy a hacer el pastel favorito de cada una.

Virtudes:

Y yo cocinaré macarrones con queso para Luna y patatas con huevos fritos para Estrella.

Fermín:

Yo he preparado la obra de teatro que querían hacer la última vez que se quedaron.

Mamá:

Así no hay manera. No van a querer quedarse nunca en casa, Antonio.

Yo:

Mamá, papá, venid a cenar y cuando las metamos a dormir os marcháis. Así pasamos la tarde y parte de la noche todos juntos.

Papá:

¡Hecho! Fermín, te escribo por privado para pedirme un papel en esa obra.

Aarón:

Me lo veo venir...

Luz:

Es que me parece un plan mucho más chulo, cariño.

Aarón:

Lo sabía.

Luz:

Pero si tú prefieres ir...

Aarón:

¿Y perderme todo eso? ¿Estás de broma? Me pido ser el malo en la obra de teatro.

Papá:

Ese soy yo. Te toca ser la princesa.

Aarón:

Vale, pero me niego a ponerme purpurina, que luego no hay manera de quitármela.

Papá:

Eso díselo a tus hijas.

Aarón:

¡MIERDA!

Yo:

Me encantan estas reuniones familiares, menos mal que tiré una de las habitaciones para hacer el salón más grande. Así cabemos todos.

Eliot:

Cariño, estoy convencido de que las hubieras hecho igual, aunque no pudiéramos movernos.

Yo:

Pues también es verdad.

Eliot:

Me encantará verte lleno de purpurina en el partido del domingo.

Aarón:

Tú cállate, que en esta obra hay dos princesas y la otra vas a ser tú.

Eliot:

No sé para qué hablo. Y digo yo, ¿las princesas no pueden ser las niñas?

Fermín:

No. Estrella me pidió ser el dragón y Luna la bruja.

Aarón:

Si es que son dignas sobrinas de su tía.

Yo:

Las adoro.

Aarón:

No imagino por qué.

Yo:

Tengo el mejor aquelarre del mundo.

Aarón:

Lo tienes, lo tienes.

Papá:

Bueno, familia, me voy a pasear a Canela y a nadar. Nos vemos el sábado por la tarde.

Virtudes:

Me temo que tendré que cambiar el menú.

Yo:

Virtudes, no cocines nada, ya pediremos algo para cenar.

Virtudes:

Me vas a decir que es lo mismo comer cualquier cosa refrita de esas que pedís a que yo prepare unas buenas croquetas con ensaladilla rusa y tortilla de patatas.

Aarón:

Lo mismo no es, desde luego.

Yo:

No quiero que te pases toda la tarde en la cocina.

Virtudes:

Como si tuviera muchas más cosas que hacer. Además, Fermín y Rosario vendrán a ayudarme.

Fermín:

Ah, ¿sí?

Virtudes:

¿Tú no querías aprender a hacer croquetas?

Fermín:

Cierto, nos vemos en tu casa por la tarde.

Virtudes:

Veníos a comer.

Yo:

Venid a comer a nuestra casa y así me enseñas a mí también, Virtudes. Venga, comemos Virtudes, Rosario, Fermín y nosotros dos y cenamos todos juntos.

Aarón:

Cuñadita, que te conozco... Espero que llegue alguna croqueta a la cena.

Yo:

No cuentes con ello.

Papá:

Me equivoqué.

Luz:

¿Qué quieres decir, papá?

Papá:

Que al meteros a todos en el grupo debí dar a la opción en la que solo yo pudiera hablar. No hay manera de que os calléis, coño.

Nota de autora

Con esta historia pongo punto final a la serie compuesta por *La novela perfecta* y *La chica imperfecta*.

Deseo que, con estas dos historias, te hayas enamorado tanto de sus personajes principales como de unos secundarios que para mí han sido perfectos.

Si queréis saber más de mí y de mis personajes, podéis encontrarme en:
Instagram: @tamaramarin04

TikTok: tamara.marin04

Facebook: Tamara Marín o Tamara Marín Autora

Agradecimientos

Gracias a mi madre por intentar hacer perfectas mis imperfecciones.

A mis hijas; ojalá nunca pretendáis ser perfectas, porque sois maravillosas tal y como sois.

A mi familia y amigas, que me han acompañado, de una manera u otra, mientras escribía esta novela. Gracias.

A Taira, por ayudarme a perfeccionar esta novela, y a Rocío, por terminar de rematarla y dejarla perfecta para vosotras.

A Carol, a Evelyn y a Patri (Patri.lovebooks), mis lectoras cero. Chicas, mil gracias por todo.

A Nerea, por la impresionante cubierta de esta novela.

A mis lectoras, mil gracias por todo el cariño que me dais, por los mensajes y por esperar con ansia mi próxima historia, aunque acabéis de terminar una. No os podéis imaginar lo que me animáis a continuar escribiendo.

A ti, que has terminado esta novela. Si te ha gustado y quieres ayudarme, la mejor manera de llegar a otras lectoras es el boca a boca o a través de la recomendación, por eso te agradecería mucho que dejaras una reseña en cualquier plataforma. Muchas gracias.

Música

Ya sabéis que no suelo oír música a la vez que escribo, pero sí durante el proceso de creación de la historia. Pero con esta novela me pasó algo muy curioso, y fue que al escuchar la canción de *La sirena*, de Funambulista, tuve la chispa que necesité para empezar a escribir. No pasa siempre, pero a veces la música hace su magia.

Conoce todas las novelas de Tamara Marín

